

LA GUARIDA



JAI ME BLANCH

JOSÉ MARÍA FERREIRA



Contents

La Guarida

#1

#2

#3

#4

#5

#6

#7

#8

#9

#10

#11

#12

#13

#14

#15

#16

#17

#18

#19

#20

#21

#22

#23

#24

#25

#26

#27

#28

#29

#30

[#31](#)

[#32](#)

[#33](#)

[#34](#)

[#35](#)

[#36](#)

[#37](#)

[#38](#)

[EPÍLOGO](#)

[Gracias](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre los autores](#)

La Guarida

José María Ferreira Mañá
Jaime Blanch Qeral

Todos los derechos reservados
Registrado en Safe Creative (Código:1512226081996)

Diseño de portada: Jaime Blanch
Imágenes de portada de: Shutterstock

Versión 1

#1

Una figura avanzaba con paso tranquilo por la avenida, apenas iluminada por las farolas recién encendidas. A derecha e izquierda, se alzaban en silencio refinadas casas. Todo estaba en calma.

El hombre consultó su reloj y, luego, miró a lo alto. Soplaban una suave brisa y el cielo estaba cerrado por nubes bajas. La temprana luna no le descubriría. Mejor así. Incluso si alguien llegara a fijarse en él sería muy improbable que luego recordara sus rasgos. Justo al pensarlo, se cruzó con una pareja que se alejó trotando, con un perro que les seguía. Pasaron a su lado sin ni siquiera echarle un vistazo, como si fuera un fantasma.

Caminó cien metros más y se paró frente a la entrada de la finca. A través de la verja se vislumbraba una gran extensión de cuidado césped, flanqueada a la derecha por una piscina y a la izquierda por una cochera en la que se veía el BMW de su dueño.

Contempló el edificio con detenimiento y distinguió luz en una de las ventanas del segundo piso. Sin duda, el viejo debía estar leyendo cómodamente en su biblioteca.

Se alejó unos pasos y examinó la verja. Su parte inferior era un muro que imitaba la piedra natural, pero a partir del metro y medio de altura estaba hecha de estilizadas barras negras verticales, que ascendían hasta los dos metros. Era muy elegante, se dijo, pero fácil de saltar.

Miró a ambos lados y, no viendo a nadie, trepó con ágiles movimientos y se dejó caer al otro lado.

Una vez dentro del recinto, caminó con tranquilidad hacia la puerta principal. Sabía de sobra que el doctor nunca había querido recurrir a cámaras ni sensores, confiando ciegamente en la seguridad privada de la urbanización.

Se acercó hasta la puerta de la casa y movió el pomo. Este giró en silencio.

No pudo evitar sonreír. El viejo siempre tan confiado. Como de costumbre, no echaría la cerradura hasta la hora de dormir.

Dejó la puerta entreabierta y avanzó por el amplio recibidor. Frente a él, las escaleras daban acceso al piso superior; a la derecha se situaba la cocina con una despensa y una pequeña habitación, destinada a los sirvientes que nunca hubo en la casa; y a la izquierda, se distinguía un amplio comedor y otra habitación más.

En ese momento oyó voces arriba y se sobresaltó. Se suponía que el doctor estaba solo. Subió en silencio y se acercó sigiloso a la puerta de la biblioteca. El hombre hablaba con alguien, pero enseguida cayó en la cuenta de que estaba usando el teléfono. Se disponía a bajar cuando algo de la conversación le detuvo.

—Mañana vendrá a verme ese antiguo alumno del que le hablé, Lucas Drusell.

(...)

—Sí, le daré los tres cuadernos, además del escrito que ahora mismo he terminado, en el que lo explico todo.

(...)

—Sí, eso es. Es diferente del que tengo preparado para entregar a la policía. También ese lo acabo de terminar.

(...)

—No. Tengo mis motivos para pensar que él puede ser una pieza importante para resolver este asunto.

(...)

—No estoy seguro de que se acuerde de mí, pero no importa. Estoy convencido de él se ha visto afectado, aunque todavía no lo sabe. Una vez se lo explique todo, nos ayudará. Drusell será una pieza clave para contrastar todas mis afirmaciones y proporcionar mayor validez a mis argumentos, una vez nos decidamos a entregárselo todo a las autoridades. Pero primero debo ganarme su confianza antes de contarle toda la verdad; será duro para él. Hay que acabar con todo esto, lo que hacen allí no tiene nombre.

El intruso notó cómo la ira aumentaba en su interior y sintió deseos de matar con sus propias manos al anciano. Tal y como imaginaba, se había ido de la lengua y lo que había oído seguramente no sería más que la punta del iceberg.

Cerró los puños con fuerza y respiró varias veces hasta que consiguió calmarse. Aunque sabía que nunca podrían encontrar pruebas que lo involucraran, tenía que parecer un accidente, y utilizar un poco de gasolina era algo muy distinto de abrirle la cabeza con un hacha.

No obstante, había conseguido una información muy útil. «Lucas Drusell»: no debía olvidar ese nombre. Se felicitó en su interior por encontrarse allí en aquel instante y se dispuso a terminar su cometido.

En una de las paredes del salón, una tímida lumbre crepitaba en la chimenea.

Era más de lo que necesitaba. Esparció pequeños troncos de la leñera alrededor del hogar, mientras miraba a su alrededor con aprobación: paredes forradas de listones de pino, una gran mesa de roble, todo el suelo alfombrado... El viejo iba a tener una pira funeraria impresionante.

De su mochila extrajo un pequeño bote de gasolina. Esparció el combustible por la alfombra y golpeó una de las brasas con un tronco.

Esta saltó de la chimenea y en un instante, toda la alfombra prendió.

La figura abandonó la casa y cerró la puerta con cuidado tras de sí. Rodeó la pared hasta situarse bajo la ventana de la biblioteca y allí dejó un pequeño objeto con cuidado.

Desanduvo el camino hecho y al cabo de unos instantes ya estaba fuera de la propiedad.

José Antonio Brull colgó el viejo teléfono, colocándolo sobre el interruptor de gancho, y se sentó en el cómodo sillón que utilizaba para leer. La biblioteca constituía para él su recinto sagrado. Era la sala más grande de la casa. Cuando adquirió la vivienda, reformó esa habitación, tirando varios tabiques para dejar espacio a su amplia colección. Así, las cuatro paredes estaban adornadas con elegantes estanterías repletas de libros cuidadosamente ordenados. En un lugar accesible conservaba, además, los cuadernos en los que, durante su dilatada carrera profesional como psiquiatra, había ido anotando la evolución de los enfermos tratados por él.

Durante unos minutos estuvo sentado, sin hacer nada, pensando en la reunión del día siguiente. Su antiguo alumno no había confirmado su asistencia, ni la recepción de la carta, pero estaba seguro de que acudiría. No sabía por qué tenía esa certeza, como si lo conociera de siempre, a pesar de que habían hablado en contadas ocasiones.

De pronto, tuvo la sensación de no estar solo. Percibió en su cuerpo un estremecimiento que le resultaba familiar.

—¿Él, aquí? No, no es posible.

Intentó mantenerse sereno sin resultado, hasta que un fuerte olor a quemado le hizo sobresaltarse todavía más.

Se volvió hacia la puerta y vio que un humo denso empezaba a entrar en la sala.

De un salto, se levantó y corrió hacia las escaleras. Una corriente de aire ardiendo lo recibió y lo golpeó con fuerza en la cara. Abajo, un infierno de llamas se había desatado, haciendo imposible bajar. A pesar de la oleada de pánico que empezaba a inundarle, se obligó a recuperar la calma, a la vez que retrocedía hasta el estudio y cerraba la puerta. Afortunadamente, la habitación se encontraba en el primer piso, lo que significaba que poco más de tres metros le separaba del suelo. Podría saltar desde el balcón, aunque seguro que saldría lastimado. No obstante, se felicitó por no haber puesto rejas, tal y como hacían muchos de sus vecinos.

Se acercó al mirador y forcejeó con la manivela, pero inexplicablemente no pudo abrir la puerta que daba al exterior.

Volvió a intentarlo, sin éxito. Se extrañó sobremanera pues aquella misma tarde la había abierto sin ninguna dificultad.

Intentó con la otra ventana de la biblioteca, con idéntico resultado.

Mientras, la temperatura de la sala había ido en aumento y el anciano empezaba a sudar copiosamente.

Levantó el auricular del teléfono y marcó el número de emergencias, pero enseguida se dio cuenta de que no había tono.

Desesperado, agarró un pesado pisapapeles de su escritorio, y lo lanzó contra la ventana. Sin embargo, el objeto rebotó en el cristal, en lugar de hacerlo añicos.

En aquel momento, una certeza se abrió paso en su mente y entendió lo que sucedía.

—Estoy en su poder —musitó resignado—. He ido demasiado lejos.

Se sentó en el sillón, sabiendo que había llegado su final.

#2

Lucas Drusell se disponía a recibir al último paciente del día.

Consultó su agenda en el portátil de su escritorio.

—Miguel Ordóñez. Quince años. Trastorno idiopático de personalidad.

Sabía de sobra que esas tres palabras no significaban gran cosa. Sin embargo, resultaban perfectas para resumir la mayoría de casos que acudían a su consulta por primera vez. La madre del muchacho había llamado diez días antes, pidiendo una cita. Aún recordaba su voz, ligeramente alterada, aunque tratando de ocultar su inquietud.

—Buenas noches —les saludó, tendiendo su mando por encima de la mesa.

La mujer traía la cara crispada y el chico daba muestras de estar allí contra su voluntad. Un viejo tema de los *Rolling* se escapaba desde los auriculares del muchacho, que no hizo ningún ademán de quitarse.

—Siéntense, por favor.

Drusell invitó a la mujer a exponer los motivos de su visita y ésta comenzó a hablar.

Miguel era un adolescente normal. Era aplicado en los estudios hasta que un día soltó a su madre que ya no valía la pena hacer ningún esfuerzo por sacar las asignaturas puesto que no aprobaría ninguna. Afirmaba que los profesores la habían tomado con él.

Además, un día, Miguel cogió un extintor y, sin motivo aparente, lo vació en el interior de la clase. Todos sus compañeros tuvieron que abandonar el aula, inundada como estaba de espuma y hasta el día siguiente no se pudieron reanudar las clases.

Desde entonces, había protagonizado varios incidentes en el instituto, como romper espejos en los aseos o lanzar sillas por las ventanas.

Al preguntarle por qué hacía esas cosas, simplemente se encogía de hombros.

—Además, se ha aislado de sus amigos y pasa las horas muertas en casa sin hacer nada. Lo más que hace es leer cómics y ver la tele —puntualizó, compungida—. ¡Ya no sé qué hacer, la verdad!

Llevaba en esta situación dos meses, y, después de tratar el caso con el psicólogo del instituto y de comprobar que las pautas que éste le había dado no surtían ningún efecto en su hijo, una amiga le recomendó acudir a la

consulta del doctor Drusell.

Después de media hora de charla con el muchacho, ante la mirada ansiosa de su madre, el doctor concluyó:

—En definitiva, Miguel, no crees que te pase nada raro sino que el problema está en los demás.

—Eso es —le contestó el chico—. Ya le he dicho que no soy yo quien ha cambiado; han sido ellos. Todos y cada uno de ellos.

—Pero antes estudiabas y salías con los amigos y ahora...

—Ahora la cosa es distinta. No sé qué les ha pasado. ¡No los aguanto! Parece que todos se hayan vuelto contra mí.

—¿Yo también? —preguntó su madre, con la mirada llena de angustia.

—Fuiste tú quien empezó con la manía de que no me quedase tanto tiempo delante del ordenador. La culpa es tuya.

Su madre retiró la mirada del chico. Estaba a punto de echarse a llorar.

Lucas la hizo salir y durante unos minutos estuvo conversando con el muchacho, sin obtener apenas información, puesto que solo contestaba con monosílabos. Entonces, le explicó la medicación que le iba a recetar, además de darle unas pautas que le ayudarían en casa y en el instituto.

—Miguel —añadió, al ver que el chico parecía ajeno a todo lo que le estaba diciendo.

—¿Qué pasa?

—¿Estás dispuesto a tomarte las medicinas que te he indicado y tratar de hacer todo lo que te he sugerido?

El chico agachó la cabeza.

—Hazlo por tu madre —insistió el doctor.

—Lo intentaré —respondió, levantando la vista y mirando a Drusell con fijeza.

—Gracias.

—¡Bah! No creo que sirva para nada todo lo que me ha dicho pero... A ver qué sale.

—Ahora, si no te molesta, me gustaría habla un momento con tu madre.

El muchacho asintió y salió de la consulta sin despedirse. Acto seguido, entró la madre.

—¿Es grave? —preguntó, angustiada.

Ahora que Miguel no estaba, Drusell la miró por primera vez. Era una mujer muy atractiva que superaba ya los cuarenta, si bien su falda corta, su generoso

escote y el exceso de maquillaje pretendían quitarle quince años.

—Creo que no —respondió el doctor—. Me ayudaría mucho conocer su situación familiar, cualquier cosa que vea importante. A propósito, ¿su marido no ha podido venir?

—Verá... Nos hemos divorciado hace tres meses.

Tal y como había sospechado, detrás había una ruptura matrimonial. El doctor no se extrañó. La mayoría de sus pacientes jóvenes pertenecían a hogares en los que faltaba alguien.

—Verá, señora...

—Miriam —le interrumpió ella.

—Sí, Miriam. Es muy posible que el problema de base sea esa ruptura matrimonial.

—No sé qué tiene que ver —respondió, a la defensiva—. La separación fue amistosa. Mi marido y yo todavía somos amigos, simplemente el amor se acabó. Lo mejor era seguir cada uno por su lado.

—De acuerdo; si usted lo dice...—le dijo Drusell.

Ya era tarde y pensó que no sacaría mucha más información que pudiera ayudarle más. Le alargó un papel para la farmacia y añadió:

—De momento, le he recetado quetiapina de 200 mg, un comprimido al día. Así estará más tranquilo, aunque la medicación no es por sí sola la solución.

Se despidió de Miriam y comenzó a escribir en el historial, haciendo esfuerzos para evitar distraerse por el exagerado contoneo de caderas de la mujer.

Lucas salió de la consulta y comprobó que estaba solo.

Daniel, el joven estudiante que tenía contratado para atender el teléfono y a los pacientes según iban llegando, se había marchado junto con Miguel y su madre. Ya eran casi las nueve y media. En ese momento se dio cuenta de que estaba hambriento. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en España nunca se había acabado de acostumbrar a cenar tan tarde.

Drusell, irlandés de nacimiento, era un enamorado de España desde su niñez. Los largos veranos pasados en la Costa del Sol le marcaron de tal modo que, al acabar la carrera, se trasladó a España con intención de probar fortuna en su profesión y hacer la tesis doctoral. Al poco tiempo, adquirió la

nacionalidad española y, más tarde, obtuvo una plaza de médico psiquiatra que le permitía ejercer su profesión en el sistema público sanitario. Además, contaba con el suficiente tiempo para sacar adelante una consulta privada que había instalado en su propio domicilio. Una sala de espera y un despacho recargado de estanterías con decenas de volúmenes constituían su lugar de trabajo.

—¿Ya se han ido? —preguntó Lucy, la hija de Lucas, desde el fondo de la casa.

—Sí —respondió su padre—. Son los últimos de hoy, gracias a Dios.

Se le notaba cansado, después de todo el día atendiendo pacientes.

—Menos mal. Así podrás ayudarme con estos ejercicios que me ha puesto la profesora de matemáticas. No quiero pasarme el fin de semana pensando cómo hay que hacerlos.

—¡Por supuesto! Estaré encantado —dijo con tono jovial. A pesar del ajetreo del día, ver a su hija cada tarde era como una pequeña inyección de energía.

Antes de empezar con los deberes, su padre realizó el habitual chequeo que todos los días le hacía, para comprobar que seguía bien.

—Hace una semana que ya no tomas nada de medicación, ¿cómo te encuentras?

—Bien —respondió la joven, poniéndose seria de golpe.

—¿Nada de pesadillas ni sueños raros? —le preguntó Lucas con su tono más profesional.

—Sueños, sí tengo —reconoció su hija—. Pero no son tan desagradables como antes.

Desde que ocurrió lo de su mujer, Lucas trataba y medicaba a su hija con pequeñas dosis de fármacos para ayudarla. Por fin, después de tanto tiempo, podía considerar a Lucy curada y le había retirado toda la medicación, que le permitía dormir bien, además de regular su ansiedad.

Entre ecuación y ecuación, ambos se lo pasaron en grande gastándose bromas y comentando lo sucedido en el colegio ese día. Finalmente, Lucy tomó una sencilla cena y se despidió de su padre, rumbo a su habitación.

Lucas se le quedó mirando mientras se alejaba de él. El pelo rubio y los ojos verdes de Lucy siempre ejercían en el doctor el poder de evocar a Ángela, su mujer. La chica, con doce años recién cumplidos, ya se estaba haciendo mayor y cada día se parecía más a ella.

Ángela faltaba del hogar desde hacía seis años. Pedro, el segundo hijo del matrimonio acababa de fallecer por una extraña enfermedad pulmonar. La esposa de Drusell se hundió en una profunda depresión, que acabó conduciéndola a una apatía total. Permanecía el día completamente ida; no se la podía dejar sola en casa porque no había seguridad de que supiera regresar al hogar y se la declaró totalmente inútil para cualquier trabajo. Drusell lo intentó todo para curar a su mujer pero al final tuvo que admitir su fracaso. Nada parecía poder sacarla de aquel estado, lo había probado todo y consultado a infinidad de colegas.

Para Lucas, todo aquel tiempo fue un auténtico infierno. ¿Qué habían hecho ellos para merecerse todo aquello?, se preguntaba una y otra vez, sin encontrar respuesta. ¿Cómo podía la desgracia golpear de esa manera a una familia? En apenas unos meses había perdido a dos de sus seres más queridos y, como resultado de todo aquello, se hundió anímicamente y a punto estuvo de caer en una depresión él también. Así, hallándose en el apogeo de la vida, se encontró cara a cara con la muerte y la desgracia, sin saber cómo responder a esa nueva situación.

La sociedad le había enseñado a triunfar y a disfrutar, pero nadie le había preparado para algo así. En la ecuación que era la vida, nadie introducía el factor «muerte» o el elemento «enfermedad incurable» y, por eso, cuando ambos golpeaban a la vez, lo hacían de una manera tan cruel y despiadada.

Solicitó la baja durante un tiempo, su consulta privada casi desapareció y durante semanas coqueteó con la bebida, hasta que consiguió sobreponerse.

Tenía que ser fuerte por su hija, ella lo necesitaba. A pesar del dolor desgarrador, consiguió seguir adelante y ambos unieron fuerzas para sobrevivir, ya que ahora solo se tenían el uno al otro.

El tiempo fue pasando y, aunque ciertamente había recuperado gran parte de su optimismo y buen humor, algo dentro de él había muerto hacía seis años y el dolor continuaba allí, amenazando con desbordarle en ciertos momentos, especialmente en fechas señaladas como la Navidad o en los cumpleaños.

Ángela vivía internada en una residencia psiquiátrica, donde Lucas acudía cada semana para visitarla, pasar un rato con ella y tratar de volverla al mundo real. Encima de la mesa de su despacho, una foto de su mujer y su hijo le recordaban los buenos años pasados juntos.

Junto al retrato, se acumulaba sin abrir la correspondencia de los tres últimos días. A sus cuarenta y cinco años y con un buen montón de gente

conocida, Drusell apenas echaba de menos cartas de amigos o de familiares. Se comunicaba con sus padres por videoconferencia una vez por semana y lo mismo hacía con aquellos amigos que había dejado en Irlanda o con bastantes de los que había hecho durante los años que llevaba en España. La mayoría de los asuntos profesionales también las resolvía a través de Internet y, por ese motivo, lo que entraba en el buzón de la casa era mayoritariamente ejemplares de revistas a las que estaba suscrito y una gran cantidad de propaganda que no había modo de hacer desaparecer.

Por eso, no pudo menos que extrañarse al ver entre dos folletos de tiendas de informática cómo asomaba la esquina de una carta. La entresacó y se fijó en que tenía escritos su nombre y dirección a mano; al volverla, pudo leer el remite: José Antonio Brull Villegas.

¡El doctor Brull le mandaba una carta a él, de su puño y letra! Drusell le recordaba dando clases en los cursos de doctorado, brillante en su contenido aunque un poco descuidado en sus formas. Lo segundo era perdonable: solía comentar que vivía solo y tanto su porte externo como su aseo personal eran notoriamente mejorables; sin embargo, en lo primero se mostraba insuperable. Basaba sus clases en la explicación de alguno de los cientos de casos que habían pasado por sus manos, guardando el oportuno secreto profesional, sin citar jamás el nombre del paciente. En un cuaderno de tapas duras llevaba anotadas todas sus observaciones sobre cada persona en particular hasta que lograba la mejora o estabilización del enfermo o dejaba de tratarlo por algún motivo.

De cada cuaderno era capaz de extraer infinidad de conclusiones y enseñanzas muy útiles para los que estaban ejerciendo la psiquiatría o pensaban hacerlo en un futuro. «No olviden que un ser humano no es simplemente un cuerpo unido a un alma, sino la materia y el espíritu interactuando y constituyendo de este modo cada persona», le gustaba decir, del mismo modo que calificaba como «terapia psicósomática» más que mera psiquiatría a la ciencia que practicaba y enseñaba. Mente, cerebro, personalidad, inteligencia, trastornos..., todo se juntaba en una especie de caldo de cultivo del que siempre sabía sacar consecuencias prácticas para la aplicación clínica en los pacientes. Sin duda, se trataba de un gran profesional.

Mientras recordaba a su viejo maestro no dejaba de preguntarse el motivo de la carta que tenía en sus manos. Utilizó un cortaplumas para abrir el sobre, que contenía una simple cuartilla.

«Estimado amigo:

No me ha resultado fácil dar con usted, teniendo en cuenta los pocos datos de que disponía. Necesito su ayuda para proporcionar a mi alma la tranquilidad que le falta desde hace años. Noto que la vida se me acaba y que no me queda mucho tiempo.

Sin duda, se preguntará por qué le escribo precisamente a usted esta carta. Es algo de lo que me gustaría conversar si me hace el honor de venir a visitarme el próximo sábado, a las cinco de la tarde. Tengo algo que mostrarle y que sabrá valorar, como ya lo hizo cuando asistía a mis clases. Necesito su consejo y, en cierto modo, su respaldo para enfrentarme a una realidad que jamás hubiera imaginado.

Reciba un cordial saludo.»

El mensaje no podía ser más conciso, a la vez que enigmático. Por fortuna, el día siguiente por la tarde solo tenía pensado ver en la televisión los partidos de la NBA que había grabado durante la semana. Podrían esperar para otra ocasión. Además, su hija estaba invitada a un cumpleaños por lo que no necesitaría de su compañía.

El remite indicaba una urbanización de gente bien próxima a Madrid. Drusell la conocía por haber buscado allí hace años junto con su mujer una casa grande, exenta, con jardín independiente, donde criar a la familia que confiaban tener. Sin embargo, la enfermedad de Ángela hizo imposible su sueño y se conformó con un piso relativamente amplio en la zona céntrica de la capital. No necesitaba más para él, su hija y su pequeña consulta.

Drusell sintió de repente una viva curiosidad por aquel hombre al que apenas conocía y que, sin embargo, se había tomado la molestia de dar con un antiguo alumno a quien, por razones desconocidas, deseaba ver. Se le ocurrió hacer una búsqueda en Internet que pudiera aportarle algún dato reciente sobre las actividades de Brull en los últimos años. Quizás le proporcionase alguna pista acerca del motivo que había llevado al doctor a concertar la cita.

Escribió su nombre y el primer apellido y en seguida aparecieron varias entradas a las que acceder. Muchas se referían a los libros escritos por Brull y también encontró varias referencias a diferentes artículos publicados en la prensa y en diversas revistas de divulgación científica. La mayoría trataban de psicopatologías más o menos frecuentes, que no le llamaron especialmente la

atención. Observó, sin embargo, que todo su trabajo se interrumpía dos años antes. Le resultó muy extraño, teniendo en cuenta que lo recordaba como alguien muy activo y prolífico. Debía de superar ya los setenta, lo que justificaría que hubiera dejado la investigación, aunque en realidad no pegaba con su estilo, al menos hasta lo que él conocía.

Lucas guardó la carta en el cajón de su escritorio y se retiró a descansar.

#3

Lucy pulsó el botón 4A del bloque de pisos, nerviosa. Mientras, unos metros atrás, su padre esperaba dentro del coche en marcha, estacionado en doble fila con las luces de emergencia parpadeando.

Había acudido al cumpleaños de Emma animado por su padre, aunque era lo último que deseaba. No tenía nada contra aquella chica; simplemente no se sentía bien entre tanta gente. Siempre había sido una muchacha un poco tímida y estaba cómoda así.

Una vez se identificó frente a la cámara, la puerta se abrió con un chasquido.

La chica se giró para despedirse con la mano de su padre, entró en el edificio y se metió en el ascensor.

—Bienvenida, Lucy —dijo la madre de Emma, mostrando una amplia sonrisa.

La joven entró en el recibidor, adornado con guirnaldas y globos, dejó su chaquetón en un abarrotado perchero que amenazaba con descolgarse de la pared, y entró en el comedor un poco encogida.

Ya habían llegado la mayoría de los invitados, unos quince, que estaban congregados en torno a la mesa. Los conocía a casi todos, ya que muchos eran de su clase.

Lucy se acercó a Emma y le dio la bolsa en la que llevaba su regalo envuelto en papel de colores.

—Felicidades. Espero que te guste.

—Gracias —respondió la niña, sin demasiado entusiasmo, y dejando el regalo sin abrir a un lado, junto con el resto.

Ambas sabían que Lucy estaba invitada en correspondencia a la fiesta organizada por su cumpleaños, un par de semanas atrás.

Se acercó a la mesa y cogió un plato vacío. Mientras se servía, oyó una voz masculina que decía:

—Ya está aquí la rarita.

Varios de su alrededor rieron ante su comentario.

Se trataba de Salva, uno de los tres chicos que había en la fiesta. Era el chaval más popular de la clase y por eso siempre era invitado a todas las celebraciones. Era alto, guapo, y lo suficientemente ingenioso con doce años

como para saber hacerse con la gente, aunque sus notas académicas no siempre iban a la par.

—Por lo menos estamos a salvo. Por aquí no hay ningún pozo al que echar a nadie —dijo Javier, el inseparable amigo de Salva.

De nuevo, risas.

—No te creas, igual acabas dentro de la taza del váter —añadió el primero.

Esta vez las risas se convirtieron en carcajadas y Lucy se alejó, roja como un tomate.

—¿Un pozo? —preguntó alguien. Sin duda no era de su clase, puesto que todos conocían la historia.

Esa iba a ser una tarde muy larga, se dijo Lucy, suspirando. Estaba acostumbrada a recibir ese tipo de bromas y ya no lo encontraba demasiado humillante. No obstante, le seguían molestando. Sobre todo cuando se hacían delante de gente que no la conocía, ya que ahora sabía lo que vendría: que alguien, añadiendo todo tipo de detalles morbosos y falsos, le contaría la historia de lo ocurrido en el campamento de hacía seis veranos, el único al que había ido, ya que su padre desde lo que ocurrió, no le había dejado ir a ninguno más.

Al recordar a su padre sintió una punzada de culpabilidad. No había sido del todo sincera con él cuando le preguntó por los sueños. Ciertamente, seguía soñando con frecuencia sobre cosas sin sentido, pero desde que dejara la medicación algunos habían sido mucho más intensos y vívidos. El sueño de aquella noche le había perturbado muchísimo. Era la primera vez que tenía esa pesadilla y no resultaba fácil de olvidar. Una casa ardiendo hasta los cimientos, una persona mayor tratando de salir, y un hombre alejándose de las llamas. A pesar de que no le podía ver el rostro, sabía que era oscuro y repulsivo

Se había despertado aterrorizada y llena de angustia. La desagradable sensación le acompañó durante todo el día.

Desde que ella recordaba, soñaba con cosas y lugares que no llegaba a entender. A menudo, personas que veía en la televisión intervenían en ellos. Algunos de ellos morían; otros triunfaban entre aclamaciones y muchos le hablaban con palabras incomprensibles.

En las fechas en que su hermano enfermó, los sueños se transformaron en pesadillas que le acompañaban con frecuencia por la noche; algunas eran terribles y muy realistas. Habló de ello con sus padres pero, durante un

tiempo, no le hicieron caso, ya que su hermano centraba toda su atención. Cuando Pedro murió, su madre ocupó el primer plano, al entrar en aquel estado del que no podía salir, como si estuviera muerta en vida.

Unos meses después, su padre estuvo lo suficientemente recuperado para hacerse cargo de su situación y empezó a medicarla. Le dijo que, sin duda, se debían a la situación sufrida; ver morir a un hermano y apagarse a una madre era algo tremendo. Lucy insistió en que habían comenzado antes, pero su padre parecía no entenderla. Así, empezó a tomar la medicación recetada por su padre y esos sueños desaparecieron por completo.

Y, después de seis años, ahora que por fin ya no tomaba medicación, las pesadillas habían regresado. Lucy detestaba tener que confesarlo, y empezar a tomar otra vez esas horribles pastillas, que le hacían estar como dormida y, con frecuencia, le dificultaban pensar con claridad.

El incendio. Ése era su nueva pesadilla, que se había repetido la noche anterior. Al recordarlo, un escalofrío le recorrió la espalda.

Sacudió la cabeza y se dijo que debía comportarse como una persona adulta y dejarse de fantasías, como Lucas le repetía una y otra vez.

Volvió a la realidad tras esos instantes de ensimismamiento. Algo apartada de la mesa de comida y con cara de preocupación, vio a María, otra compañera de clase que había acudido a la fiesta. Lucy sabía que cuando estaba con sus amigas era igual de insoportable que ellas, pero si se le trataba a solas, era una chica bastante afable.

—Hola María, no tienes buena cara.

La aludida la miró durante unos segundos, sin saber qué decir, hasta que por fin se decidió:

—Mira mi pantalón. Se me ha enganchado y se me ha roto por detrás. No puedo moverme de aquí o todos me verán las bragas cuando les dé la espalda.

—¿Me dejas ver?

Lucy le pego un vistazo.

—Con un par de imperdibles se podría solucionar temporalmente.

—¿Tú crees? —preguntó María, esperanzada.

—Sí. Voy a preguntar a la madre de Emma.

Mientras iba en su busca, vio que varios en la mesa le lanzaban miradas, mientras hablaban entre cuchicheos.

Aunque su padre le aseguró que pronto se olvidarían de aquello, el incidente del pozo seguía estando en boca de todos. ¡Maldito sueño que nadie

se creía!

El sueño, el sueño, el sueño... ¡Con qué ganas desconectaría su mente cada noche si pudiera! De nuevo, le vino a la cabeza, como si hubiera estado allí, el edificio ardiendo, el anciano buscando cómo escapar de aquel infierno, y una siniestra silueta alejándose. El presentimiento de que aquello estaba relacionado con su padre la volvió a inundar.

Negó con la cabeza decididamente, tratando de volver a la vida real por segunda vez en esa tarde. Ya se lo había dicho su padre muchas veces, debía tener los pies en el suelo y dejar a un lado la imaginación. «Seguro que algún día te servirá para escribir muchos libros —le comentaba a menudo—, pero ahora solo puede perjudicarte si la dejas volar como una loca».

Tras media hora de viaje, más de la mitad empleada para salir de la ciudad, Drusell por fin cogió el desvío que le iba a conducir a la urbanización en la que vivía su antiguo profesor.

La carretera comenzó a ascender según se acercaba a un grupo de casas grandes, casi majestuosas, situadas sobre una pequeña montaña sembrada de pinos.

Mientras avanzaba a buen ritmo, el cielo, que hasta unos minutos antes había estado despejado, se cubrió por completo de nubes y una ligera lluvia comenzó a descargar. Un extraño sentimiento de desasosiego le invadió, aunque lo achacó al repentino cambio de tiempo.

Encendió las luces y, a pesar de que llovía poco, puso en marcha el limpiaparabrisas y redujo ligeramente la velocidad. El panorama que contemplaba era envidiable. A su derecha, la ladera de frescos pinos ascendía hasta perderse en la altura; a su izquierda, el barranco abría su vista hasta la profundidad del valle que se elevaba más allá buscando la siguiente loma.

La pendiente de la carretera era ahora bastante pronunciada y se acercaba una curva con poca visibilidad. En unos minutos llegaría a la entrada de la urbanización.

De pronto lo vio. Justo al salir de la curva, había un animal enorme tirado en medio de la carretera, parecía un ciervo. Por acto reflejo, Lucas frenó en seco y dio un volantazo para no chocar contra él. El coche se lanzó hacia su izquierda, justamente al lado en el que faltaba el quitamiedos. Cuando

consiguió frenar del todo, el morro de su vehículo asomaba sobre el precipicio y las ruedas delanteras se apoyaban por milímetros en el borde de la carretera.

Con el corazón en un puño, hizo marcha atrás con cuidado y se detuvo.

Estuvo durante más de un minuto quieto, recuperándose del susto, hasta que por fin su pulso se normalizó.

Salió de su Volkswagen Golf y miró a la carretera. Comprobó con asombro que no había absolutamente nada obstaculizándola. Avanzó hasta situarse en el lugar en el que se suponía que yacía el animal, pero no vio nada. Ni manchas de sangre, ni huellas, nada.

Volvió al coche y reemprendió la marcha, sin dejar de preguntarse qué era lo que había visto en realidad. La lluvia había cesado.

Por fin llegó a la entrada de la urbanización y se detuvo frente a la garita del guardia.

Se sorprendió al ver la barrera de acceso levantada. Dos de los guardas de seguridad discutían acaloradamente.

Como parecieron no percatarse de su presencia, Lucas se encogió de hombros y continuó.

Mientras se aproximaba a la dirección indicada en el remite de la carta, se extrañó al ver a lo lejos un coche de la policía local junto a un camión de bomberos en aparente inactividad. Al acercarse más, también distinguió dos furgonetas de conocidas cadenas de televisión.

Cuando llegó a su altura, comprendió lo que había sucedido. Un incendio, ya sofocado, había calcinado por completo una de las casas. Sólo quedaba la estructura y algunos leños todavía humeando. Varios árboles del jardín habían ardido también. El aspecto del conjunto era desolador.

Drusell comprobó con horror que la casa destruida por las llamas no era otra que la del doctor Brull, como indicaba el número que aparecía en el cartel de entrada a la finca. Aparcó el coche en la acera de enfrente, como para alejarse de un posible e invisible peligro, y se dirigió a uno de los policías que andaban por el lugar. Éste se apoyaba sobre la puerta de su coche mientras charlaba con un bombero.

—Buenas tardes. Me llamo Lucas Drusell y estaba citado con el doctor Brull esta tarde.

—¿Se refiere a José Antonio Brull? —le preguntó el policía.

—Sí. Esta es... mejor dicho, era su casa, ¿no?

El policía y el bombero se intercambiaron la mirada con un gesto que no pasó desapercibido a Drusell.

—Efectivamente, ahí vivía —respondió el policía—. Pero me parece que no va a ser posible que tenga lugar la cita que concertó con Brull.

—¿Por qué? —preguntó Drusell—. ¿Está herido el doctor?

El policía parecía como si no le hubiese escuchado y se quedó con la vista fija en el suelo. El bombero que le acompañaba le imitó.

—¿Quieren contestarme, por favor? ¿Qué ha pasado aquí?

El bombero, que llevaba su casco en la mano, hizo un gesto como de disculpa. Luego, mirando a Drusell, dijo:

—El doctor Brull está muerto.

Lucas se quedó atónito, no acabando de entender.

—Ardió con la casa —continuó el bombero—. El incendio comenzó un poco más tarde de las nueve de la noche, según nos informó un vecino que empezó a oler a quemado. Una buena parte de la vivienda era de madera y el fuego prendió muy fácilmente. Para cuando llegó el primer camión, no quedaba casi nada por quemarse.

—¿Y qué pasó con Brull?

—Suponemos que el incendio debió cogerle en el primer piso. Quizá se asfixió y se desmayó.

—Encontraron su cadáver carbonizado en lo que debía de ser su biblioteca —puntualizó el policía.

Drusell no sabía qué hacer. Se encontraba completamente desconcertado. Se supone que en ese momento debía estar charlando con un hombre que, sin embargo, estaba muerto desde hacía varias horas. Y ni siquiera sabía de qué tendrían que estar hablando. Brull se llevaría su secreto a la tumba. Al menos, ahora que ya no se encontraba entre los vivos, se habría librado de los escrúpulos de conciencia que mostraba en la carta que le había enviado.

—¿Se sabe cómo empezó el incendio? —preguntó, por no marcharse del lugar con las manos vacías.

—Seguramente unas brasas saltaron de la chimenea, prendieron la alfombra y el fuego se extendió a partir de ese punto —señaló el bombero—. Desde luego, la primera zona de la casa que ardió y en la que no ha quedado nada que pudiera ser quemado fue el salón. Otro vecino que venía a visitarle con cierta frecuencia nos ha dicho que le gustaba encender el fuego aunque no hiciera apenas frío y que tenía la casa llena de librerías de madera repletas de libros y

de cuadernos. Ahora todo es ceniza.

«¡Los cuadernos donde llevaba todas sus anotaciones!», pensó Drusell. Debían de constituir para Brull como una especie de enciclopedia viviente, en cuanto que todos los conocimientos que ahí se contenían los había adquirido de la misma vida. Día a día, con paciencia infinita, sin dejar de apuntar cualquier síntoma o la más pequeña novedad en el estado de los pacientes que tan primorosamente había seguido durante los largos años de su práctica profesional. Más de una vez, Drusell había sentido en su interior el deseo de pedirle al doctor alguno de esos cuadernos que parecían, cada uno de ellos, más una novela que el seguimiento del estado de un enfermo. Sin embargo, el fuego lo había destruido todo.

Lucas se sintió incómodo y completamente inútil. Se despidió de los dos hombres, que continuaron su charla, y se acercó al cordón policial, en un vano intento de obtener una respuesta para todo aquel sinsentido. A su lado, un par de adolescentes parecían entusiasmados con lo ocurrido y no dejaban de fotografiarse con la casa calcinada de fondo, usando sus móviles.

Drusell se giró para irse, pero se detuvo de pronto, al verlo. Se trataba de un hombre con una cazadora ligera de color azul, que lo miraba a una decena de metros, medio oculto entre los árboles. Cruzaron sus miradas pero, lejos de amedrentarse, el otro no bajó la vista. Se trataba de un individuo de unos sesenta años, de estatura media y muy delgado, con un rostro cuarteado y una mirada fría y escrutadora. Drusell se giró para avanzar unos pasos hacia su coche y volvió a mirar. El desconocido se había esfumado.

Una vez dentro del vehículo, permaneció unos instantes quieto y pensativo. ¿Qué extraña casualidad le había llevado a ese lugar justo después de aquella desgracia? Sintió por un momento cierta sensación de culpabilidad. «¡Pero qué estúpido soy! ¿Qué tendré yo que ver con que se le haya quemado la casa precisamente esta noche a este tipo, al que apenas conozco?». Se tranquilizó y arrancó el automóvil.

De camino a su casa, le asaltó la comezón. Desde la noche anterior, no había dejado de preguntarse por qué tenía Brull tanto interés en entrevistarse con él. Hizo memoria para recordar si en algún momento habían mantenido una conversación a solas por la que el viejo profesor pudiera acordarse de un tal Drusell, pero lo dudaba mucho. Recordaba no haber faltado nunca a sus clases y quizás le hiciese una pregunta en alguna ocasión, como era normal entre los asistentes. Revolviendo en su cerebro, decididamente no encontró nada que le

relacionara con Brull. Otro secreto que la muerte del doctor dejaría sin desvelar.

Prefirió dejarlo pasar y olvidarse del asunto. Al fin y al cabo, todo lo ocurrido era casi como si no hubiera pasado para él. De no haber recibido esa carta, lo más probable es que ni siquiera se hubiese enterado de su muerte y el caso no le habría afectado lo más mínimo. Sin embargo, esa sutil sensación de que su visita al doctor y la muerte de éste estaban de algún modo relacionadas no dejaba de atormentarle. «¡Bah! Supersticiones tontas. No quiero desquiciarme por una tontería».

#4

De vuelta en casa, se sentó en el salón, preguntándose qué podría hacer hasta que la hora de recoger a Lucy. Dudó si ocupar el tiempo releendo historiales clínicos de sus pacientes o dejar descansar su mente, navegando por Internet.

Se decidió por esto último. Curioseó en los periódicos digitales, en busca de información relativa al incendio, sin saber muy bien por qué, ya que había oído de primera mano la versión de los hechos y dudaba que los periódicos aportaran algo más.

Encontró varias noticias que narraban con bastante fidelidad lo que se suponía que había ocurrido. En todas se mencionaba que en pocos días se dispondría de más información, aunque todo apuntaba a un incendio fortuito.

Junto a la crónica del suceso, en uno de los diarios aparecía además una breve biografía del profesor. Mencionaba las titulaciones que poseía y los lugares más importantes en los que había trabajado, además de hacer referencia al gran número de artículos de investigación publicados en diversas revistas especializadas.

Cuando ya llevaba cerca de una hora, alguien vino a interrumpir su correteo por la red. Acababa de sonar el timbre. Era extraño. No esperaba ninguna visita.

La pantalla del portero automático del edificio mostraba a un hombre mayor, elegantemente vestido, con aire de persona importante.

—¿Quién es? —preguntó Drusell a través del telefonillo.

El otro se percató de que le estaban viendo y mostró la mejor de sus sonrisas.

—¿Lucas Drusell?

—Sí, soy yo. ¿Podría decirme quién es usted, por favor?

—Me llamo Alberto Hurtado. Soy un amigo de José Antonio Brull.

La sorpresa tardó varios segundos en desvanecerse. Por fin, Drusell reaccionó y pulsó el botón de apertura del portal. Esperó al señor Hurtado junto a la puerta y vio salir del ascensor a un hombre alto y fornido que lucía una barba bien recortada. Calculó su edad en sesenta años. Su aspecto era realmente imponente, dejando a la vez que una elegante impresión, la sensación de que uno se hallaba ante una persona muy distinguida.

—Buenas tardes, señor Drusell —saludó.

—Buenas tardes —respondió Lucas.

Le invitó a entrar en casa y una vez dentro, Hurtado se volvió y dijo:

—Supongo que se estará preguntando quién soy y a qué he venido.

—Pues sí. Lo ha adivinado.

Drusell le condujo hasta la sala de estar y le invitó a sentarse.

—¿Quiere tomar algo, señor Hurtado?

—No gracias. Es muy pronto todavía.

El reloj del salón marcaba las seis y media.

—Usted dirá —invitó Drusell a su visitante.

—En primer lugar, le supongo enterado de lo que le ha sucedido a nuestro común amigo.

—¿A quién se refiere? ¿Al doctor Brull?

Hurtado enarcó las cejas y afirmó.

—Claro ¿A quién si no? Ha salido en el telediario.

Lucas continuó.

—Sí. Acabo de regresar de ver lo que queda de su casa. Me han informado de que falleció durante el incendio.

—Eso parece. Una terrible tragedia y una gran pérdida.

La cara de Hurtado no reflejaba nada que pudiera interpretarse como un signo de dolor por la muerte de un amigo. Más bien, parecía transmitir con su porte y su actitud una impresión de indiferencia hacia lo que había sucedido.

—¿Sabe que hace unos pocos días estuve cenando con él? —continuó Hurtado—. Tuvimos a continuación una agradabilísima conversación en la que nos intercambiamos experiencias profesionales.

—¿He de suponer, por tanto —dijo Drusell—, que es usted también psiquiatra?

—Perdone —se disculpó el otro, mientras sacaba de su chaqueta una pequeña cartera—. Tome mi tarjeta de visita. Ahí aparecen todos mis datos.

Hurtado le alargó una pequeña cartulina que Drusell leyó rápidamente y se guardó en el bolsillo de su camisa. Otro loquero, por si alguna vez le había parecido que habían pocos en el mundo.

—¿Qué lástima!, ¿verdad? —exclamó Hurtado.

—Usted lo dice —respondió Drusell, sin mostrar emoción.

—Un sencillo accidente que se nos ha llevado a José Antonio al otro mundo. ¿Usted le conocía mucho?

—No. Sólo había asistido a sus clases en los cursos de doctorado.

—¡Ah, sí! Hablamos en numerosas ocasiones sobre su labor docente. ¿Sabía usted que le entusiasmaba transmitir sus conocimientos? Además, últimamente se sentía mayor y uno de sus grandes deseos era hacer llegar todo su saber a las generaciones venideras antes de que fuese demasiado tarde. Ha sido usted un privilegiado pudiendo asistir a sus clases.

—Así es, eran muy instructivas. Recuerdo que, además, no sólo nos hablaba de teoría, sino que compartía con nosotros casos prácticos. Solía utilizar en las clases un cuaderno en el que se describía el tratamiento que había seguido con cada enfermo.

—Sí —asintió Hurtado—. Más de una vez me mostró su colección. Debía de tener por lo menos un centenar. Los guardaba bajo llave en una estantería de la biblioteca de su casa. Eran como una especie de diario de a bordo de su actividad profesional, según me refirió él mismo. Supongo que se habrá quemado todo con el incendio.

—Sí. Del salón sólo ha quedado la chimenea y, de la biblioteca, un montón de cenizas.

—¡Qué pena que se haya perdido todo ese material! Y eso, sin contar con los volúmenes que conservaba en los estantes de su librería.

Drusell se sentía incómodo. Llevaban varios minutos hablando y todavía no sabía a dónde quería llegar su interlocutor ni a qué se debía su visita. Decidió ir directo al grano.

—Doctor Hurtado, aún no me ha explicado su presencia aquí esta tarde. Si puedo servirle de algo, no tiene nada más que pedírmelo, pero ya le he dicho que apenas tuve trato con el doctor Brull, que en paz descanse.

—José Antonio me dijo que le había citado a usted para acudir a su casa esta tarde.

—Así es —respondió Drusell—. Me acerqué hasta allí pero, como ya le dicho, sólo vi lo que quedaba de ella.

—¿Cómo le invitó? ¿Le llamó por teléfono o se vieron en algún lugar?

A Drusell le extrañó la pregunta.

—Me escribió una carta.

—¿Y no le enviaba nada en la carta? —preguntó Hurtado— Me refiero a alguno de los cuadernos o a cualquier otra cosa.

—No. Era sólo una invitación, diría que casi una orden para acudir a su casa esta tarde.

—Si se conocían tan poco, ¿por qué demonios una invitación a su residencia privada?

Aquello empezaba a parecer un interrogatorio. Ya le llegaría el turno a Lucas para efectuar después unas cuantas preguntas.

—Eso mismo no he dejado de preguntarme yo. No entiendo por qué se tomó la molestia de buscar mi dirección de entre todos los alumnos que ha tenido.

—¿Eso significa que no le hablaba en la carta del motivo de la invitación?

—No. Simplemente me decía que tenía algo que mostrarme, nada más.

Drusell prefirió no hacer mención a la tranquilidad para el alma de Brull que iba a resultar de su visita. No le parecía que fuese algo que concerniera en absoluto a Hurtado.

—O sea, que deseaba enseñarle algo —continuó su invitado—. ¿No puede hacerse una idea de por qué deseaba verle?

—Lo ignoro, señor Hurtado. Me he quedado sin saber por qué quería hablar precisamente conmigo y sobre qué. Yo no le daría demasiada importancia.

—Quizá tenga usted razón —concluyó Hurtado—. Esta última temporada se mostraba algo raro y excéntrico en sus costumbres. Incluso había dejado de publicar artículos. A lo mejor pensó que hablar con un antiguo alumno le ayudaría a recordar tiempos mejores.

En vista de que Hurtado parecía haber satisfecho su curiosidad, Lucas comenzó con su batería de preguntas.

—¿Se conocían mucho usted y el doctor Brull?

—Lo bastante como para ir a su casa sin avisar y quedarme un rato largo charlando de cualquier asunto. Trabajó conmigo hasta hace un año en una pequeña residencia para enfermos mentales, de la que soy director, en Collado Villalba.

—¿Tienen muchos pacientes viviendo allí? —preguntó Drusell, sin especial interés.

—De modo habitual, no llegan a cincuenta —respondió Hurtado.

Lucas no pudo dejar de pensar en su mujer y en el tiempo que llevaba ingresada.

—¿Pasan largas temporadas los enfermos en su centro?

Hurtado hizo un gesto con la cabeza que expresaba cierto pesar.

—Me temo que sí. Algunos llevan varios años ingresados. No hay más remedio porque en sus casas no pueden cuidar de ellos. En general, ocurre así con la mayoría de los pacientes. Son enfermos crónicos muy problemáticos.

—Deben ser sin duda casos particularmente complejos, por lo que cuenta.
¿Tienen también ancianos?

—Muy pocos. No queremos que se convierta en un gran asilo donde las familias manden a sus abuelos cuando ya no sepan qué hacer por ellos. Hay algún enfermo de Alzheimer, pero la mayoría se trata de casos de extraña sintomatología que requieren un seguimiento muy personalizado, ya que muchos de ellos son peligrosos tanto para sus familias como para sí mismos. Tenemos pacientes de todas las edades, y por desgracia, un buen número de ellos son jóvenes.

Hurtado sacó una cajetilla de tabaco.

—¿Le importe que fume?

—No, en absoluto. Pero tendré que ir a buscar algo que sirva de cenicero.

Lucas fue a la cocina y volvió con un pequeño plato de una taza de café.

—Le decía que habitualmente los pacientes permanecen en la residencia durante meses e incluso años. En ocasiones, hay familiares que se empeñan en que el enfermo vuelva a vivir en su casa aunque sepan que va a ser difícil convivir con él. El cuidado especial que pone una mujer, un marido o unos hijos a veces hace que el enfermo manifieste en menor grado sus deficiencias, pero no suele resultar bien. Más pronto o más tarde, acaban devolviéndolo al centro. Es una carga demasiado pesada.

De nuevo, se le vino a la cabeza Ángela, su mujer. El lugar donde vivía era seguramente muy similar al que dirigía el doctor Hurtado. Había intentado por todos los medios mantenerla en casa, incluso contratando una asistenta que le ayudara durante el día, pero al final no había dado resultado y tuvo que optar por ingresarla. Aunque sabía que su mujer estaba bien atendida, en ocasiones, le atormentaba la idea de que aquello era una especie de abandono.

—Bien, ha sido un placer conocerlo —dijo Hurtado, poniéndose en pie y sacándolo de sus cavilaciones, mientras consultaba su móvil—. Me temo que tengo que dejarlo. Espero que nos veamos en otra ocasión un poco más agradable.

#5

Al día siguiente, ninguno de los dos se levantó antes de las diez. Como todos los domingos, lo primero que hizo Lucy nada más vestirse fue bajar a la churrería que había en la misma manzana de la finca. Al subir con una docena de churros recién hechos, se encontró con el chocolate caliente que había preparado su padre mientras tanto. La combinación hacía del comienzo del domingo, sin duda, el mejor de la semana, a pesar de que, después, el día se iba ensombreciendo, en especial durante la visita a su madre.

A las once bajaron a la iglesia, que les quedaba apenas a un par de minutos de casa, para asistir a misa, como todos los domingos. Al igual que la mayoría de los niños de su edad, Lucy había tomado la comunión con nueve años.

Aunque Lucas se consideraba católico, hacía muchos años que esas creencias las había dejado prácticamente de lado. Le gustaba celebrar la Navidad, pero no dejaba de ser algo meramente cultural. Estaba seguro de la existencia de un ser superior; sin embargo, ya no tenía tan claro el hecho de que ese Dios fuera el que se describía en el Cristianismo. Así, tanto el bautizo como la comunión de Lucy tuvieron lugar no por convicciones, sino como un acto social, un evento que aglutinaba a los seres queridos y que convertía a los pequeños en protagonistas por un día.

Muy a su pesar, durante los cinco meses previos a la celebración le tocó acompañar a su hija a la iglesia todos los domingos, ya que era una imposición del párroco para todos los padres.

La comunión pasó, fue un día hermoso para Lucy, en el que se congregó toda la familia, tanto la de España como la de Irlanda, si bien estuvo ensombrecido por la falta de su madre.

Al siguiente domingo, la chica le sorprendió diciendo:

—Hoy también quiero ir a misa.

Lucas no sabía qué pensar de aquello, ya que era práctica común que, una vez pasada la primera comunión, se dejaba de asistir a la iglesia, puesto que ya no era «obligatorio». Así, los padres dejaban de llevar a los hijos y estos no ponían mayor inconveniente.

Obviamente Lucas, por muy pocas ganas que tuviera de tragarse otro sermón, accedió a acompañar a su hija, pensando en que esos anhelos espirituales quizá le durarían tres o cuatro semanas más. Justo hasta que viera

que ninguno de sus compañeros de comunión continuaba y, vacías de niños, las misas se volvían algo soso y aburrido, solo para personas entradas en edad.

Sin embargo, los domingos se sucedieron y Lucy continuaba manifestando su deseo de asistir. Además, Lucas observaba un cambio importante en ella durante la celebración. Su rostro se relajaba y parecía llena de paz. Él le había preguntado en alguna ocasión qué le ocurría en aquellos momentos, a lo que Lucy respondía con frases vagas y poco concretas, si bien siempre le decía que se sentía muy bien.

Una vez finalizada la celebración de ese día, cogieron el coche para ir a ver a Ángela. El viaje hasta la residencia podía durar desde veinte hasta cuarenta minutos, según el tráfico que se encontrasen a la salida de Madrid. En cualquier caso, siempre era una ocasión que ambos aprovechaban para charlar. La ida resultaba más agradable ya que, al regresar a casa, la chica solía permanecer en silencio, apesadumbrada por el estado de su madre. Durante la visita procuraba esforzarse por parecer contenta con tal de alegrarle un poco la existencia.

—Ayer casi no me dijiste nada de la fiesta. ¿Vas a contarme algo más hoy?
—le preguntó Lucas, una vez emprendieron el viaje.

—Tampoco me contaste tú nada sobre la visita a tu antiguo profesor —respondió Lucy con mirada pícaro.

—*Touché* —respondió su padre.

El viaje de vuelta del cumpleaños había sido bastante silencioso, ya que Lucas había estado absorto en cavilaciones, pensando en los últimos acontecimientos vividos, por lo que se limitaron a escuchar la radio y luego, en casa, pusieron una película.

—De acuerdo —dijo Lucas—. Primero me cuentas tú y luego te cuento yo. Pero, antes de eso, se me ha olvidado preguntarte si...

—No, papá —le cortó su hija, poniendo los ojos en blanco—. Hoy tampoco he tenido ninguna pesadilla.

Y era cierto, el sueño de la casa ardiendo se había repetido un par de veces pero no esa noche.

—Muy bien —dijo Lucas, complacido y acariciando el pelo de su hija, sin dejar de mirar a la carretera—. Nos ha costado remontar, pero vamos a salir adelante. Entonces la fiesta, ¿qué?

—No hay mucho que contar. Fue muy aburrida —contestó Lucy, poniendo cara de asco—. La comida no estuvo mal, pero la fiesta fue sosa. Se limitaron

a poner música después de sacar la tarta para que bailáramos como tontos. Como habían invitado a unos pocos chicos de clase, muchas de mis compañeras se dedicaron a pavonearse y a tontear con ellos.

Lucas no pasó por alto que su hija dijo «compañeras» y no «amigas». Por desgracia, aunque Lucy era todo un encanto en casa, de puertas afuera era retraída, algo que Drusell no acababa de entender, esa diferencia tan grande de personalidad dentro y fuera de casa.

—¿Y bailasteis?

—Yo no, ya sabes que no me gusta y además no sé.

—Pues sí que tuvo que ser una fiesta aburrida.

—Y tu visita, ¿qué tal?

Lucas se quedó en silencio unos instantes, intentando pensar cómo explicárselo a la chica. Por el serio semblante de su padre, Lucy entendió enseguida que algo terrible había ocurrido.

—Verás, al final no vi al doctor Brull. Falleció la noche anterior.

—¿En serio? —preguntó la muchacha, poniendo los ojos como platos.

—Sí. Fue un accidente. Debió de saltar algún brasa de la chimenea del salón, prendió en algo y quemó todo el edificio... Cosas que pasan —le explicó, intentando restarle importancia para no preocupar a su hija.

—Tu profesor... ¿vivía en una casa de dos plantas rodeada de árboles?

Lucas apartó durante unos instantes la mirada de la carretera y la fijó en su hija.

—¿Por qué lo dices?

—No sé. Curiosidad.

Lucy se sobresaltó pero enseguida trató de aparentar normalidad. No obstante, era demasiada casualidad lo que su padre le acababa de explicar. Un edificio en llamas y una persona muerta... Solo faltaba el hombre que huía. Se esforzó por olvidar el asunto, achacando todo a su indomable imaginación, y lo consiguió hasta cierto punto, mostrando a su padre un rostro sereno.

El viaje transcurrió sin contratiempos y media hora después apareció frente a ellos la residencia Ardiles. Al verla, a Lucas se le encogió el corazón, tal y como le pasaba siempre. «Ahí es donde has abandonado a tu mujer», le decía una voz acusadora, que brotaba de vez en cuando, y que se hacía especialmente presente en sus visitas a la residencia.

El hogar de su esposa desde hacía unos años era una formidable casa de tipo señorial, con cuatro plantas y rodeada de un amplio y cuidado jardín.

Dejaron el coche en el aparcamiento y, después de identificarse, accedieron al patio.

A esa hora todavía no había demasiados residentes paseando.

Se sentaron en un banco a contemplar el pequeño lago artificial, mientras esperaban a que una enfermera trajera a Ángela.

La tranquilidad que reinaba en aquel lugar consiguió calmar en parte el torbellino de sentimientos que había en el interior de Lucas, tal y como ocurría todos los domingos.

A los cinco minutos apareció una de las auxiliares llevando a Ángela de la mano. Lucas se puso en pie al verla llegar. A pesar de su estado, todavía conservaba gran parte de la belleza de su juventud. Llevaba un bonito vestido estampado y su rubio cabello estaba perfectamente peinado. Al verla así, acercándose poco a poco de la mano de su acompañante, Lucas evocó el día de su boda. Parecía estar acercándose al altar, paso a paso, del brazo del padrino.

Sin embargo, la realidad era otra y a pesar de que su aspecto era bueno, su mirada confirmaba lo que ocurría en su interior.

—Hola, querida —saludó Lucas, abrazándola, con un entusiasmo fingido.

—Hola, mamá.

Durante la siguiente hora y media se dedicaron a pasear como una familia normal, contemplando los hermosos árboles, en alguno de los cuales se distinguía algún nido, las cuidadas hileras de flores, o simplemente saboreando la brisa matutina.

Después, almorzaron los tres en el comedor del centro. Se notaba que era el día de más visitas, ya que la mayoría de las mesas estaban ocupadas por familiares y amigos que acudían a ver a los internos.

Una vez acabó la comida, una enfermera se llevó a Ángela a su habitación a descansar, y padre e hija se despidieron de ella hasta el domingo siguiente.

El viaje de vuelta en coche transcurrió en silencio, como siempre que volvían de visitar a Ángela.

—Papá, ¿no podríamos traerla a casa y cuidarla nosotros? —preguntó Lucy, pregunta que se repetía en todos los viajes.

Lucas contestó con la respuesta de siempre.

—No, cariño. Aquí es donde mejor está atendida.

El reloj del salón marcaba las diez de la noche. Lucy se había ido ya a dormir. Al día siguiente había que madrugar. Lucas estaba repasando los historiales de algunos pacientes que vería por la mañana, con ganas de retirarse también a su habitación. Decidió apagar el ordenador, justo en el momento en que sonó el teléfono.

—Dígame.

—Quería hablar con Lucas Drusell— dijo una voz masculina de porte autoritario—. ¿Es usted?

—Sí.

—Soy el agente González, de la policía local de Guadarrama —se presentó el otro-. Disculpe la hora. Estamos investigando el incendio de la casa del doctor Brull. Usted le conocía, ¿no es así?

—Bueno, en realidad casi podría decir que no. Unos días antes de su muerte, recibí una carta en la que me citaba en su casa ayer por la tarde, pero cuando llegué, me di cuenta de que no había mucho que hacer. ¿Por qué me lo pregunta?

—Una de las pocas cosas que no ha ardidido de esa casa es una caja fuerte. Estaba empotrada en la pared de la cocina, escondida tras un armario. Con el permiso de un sobrino, que es su único heredero, hemos forzado la caja y, entre otros objetos, se ha encontrado un sobre grande dirigido a usted.

—¿A mí?

—Eso pone. «Para Lucas Drusell» y, a continuación, su dirección y este número de teléfono. El sobrino del doctor Brull ha reconocido la letra de su tío en el sobre y ha querido que se lo hiciéramos llegar.

Lucas no podía dejar de extrañarse ante la noticia que acababa de recibir. ¿Qué demonios habría en ese sobre inesperado?

—¿Pueden enviármelo o tengo que ir a buscarlo?

—Tendrá que venir usted, ¿sabe? Es necesario que rellene un pequeño formulario antes de llevárselo.

Drusell le preguntó al agente la dirección donde debía acudir y le dio las gracias.

#6

El departamento de Psiquiatría del Hospital Gregorio Marañón se remontaba a la primera mitad del siglo XVIII. Desde sus comienzos, tuvo gran importancia en la producción científica y en la formación de sucesivas generaciones de psiquiatras, siendo dirigido y atendido por grandes figuras de la psiquiatría española.

Lucas Drusell estaba orgulloso de poder trabajar en esta institución de reconocido prestigio.

Después de un fin de semana un tanto singular, volvió a la tarea ordinaria del día a día. Llegó al hospital con un par de minutos de retraso, caminado a paso vivo.

—Buenos días, doctor —saludó la auxiliar de enfermería desde detrás del mostrador, una señora de cincuenta años, bajita y entrada en carnes.

—Buenos días, Luisa —correspondió Drusell, con una pequeña inclinación de cabeza.

En ese momento, asomó por el pasillo una enfermera.

—Hola, Rebeca ¿qué tal ha ido el fin de semana? —preguntó Lucas, mientras se acababa de abrochar la bata.

—Bien, sin sobresaltos —respondió. Se trataba de una robusta mujer que rondaba los sesenta años.

—Eso es bueno... o malo, dependiendo de cómo se mire —le contestó, guiñándole un ojo y cogiendo el parte de la noche.

—Ayer hubo jaleo con Alfonso —le informó, mientras Lucas leía por encima lo ocurrido a los pacientes durante el fin de semana—. Se recorrió toda el ala, gritando de alegría y a la carrera.

—Bueno, eso no me parece malo del todo. El hombre se siente pletórico.

—Y desnudo.

—Pobre hombre, habrá que aumentarle la medicación —contestó, sin levantar la vista de las hojas—. Veo que han ingresado esta noche a otro con brote psicótico, y muy joven, por cierto.

—Sí, apenas veinte años. Ahora está bastante tranquilo, aunque lo tuvieron que traer entre tres policías y dos sanitarios.

—No me extraña. Metro noventa y cinco, y ciento diez kilos, ¡Madre de Dios! ¿Qué le ha pasado? Aquí todavía no lo pone.

—Se le murió el perro.

Lucas miró a la auxiliar.

—¿Cómo?

—Se ve que la familia tiene predisposición a sufrir brotes psicóticos, pero el chico hasta ahora había sido una persona normal. Resulta que hace una semana atropellaron a su perro y eso fue el desencadenante. Desde entonces, todos los días pasaba varias horas en el jardín de su casa, hablándole a la tumba del animal. No comía, ni se aseaba, no quería hablar con nadie, se tiraba casi todo el día encerrado en su dormitorio, que parecía una pocilga, quitando de cuando hablaba con el perro.

—Pobrecillo.

—Sí. Además estaba muy agresivo y no se le podía decir nada. Después de cuatro días, su madre acudió al médico de cabecera y lo demás se lo puede imaginar.

Drusell asintió. El médico sin duda avisaría a la policía y al SAMU y se lo llevarían a la fuerza.

—Me han dicho que se puso hecho un basilisco cuando se lo llevaron; uno de los policías tiene la cara amoratada. Ahora está más tranquilo.

—Ya lo veo —dijo Lucas, consultando el informe—. Haloperidol cada cuarenta y cinco minutos, no es para menos.

Dejó el parte y se dirigió al ascensor dispuesto a comenzar las visitas rutinarias a los pacientes. Entonces, recordó algo y consultó el reloj. Pasaban diez minutos de la hora. Decidió esperar unos minutos más.

—Por cierto —comentó la enfermera—, he leído en el periódico que su amigo, el magnate, va a meterse en política. ¿Sabe algo?

Drusell la miró, sorprendido.

—¿Gonzalo Vargas? La verdad es que no tenía ni idea, pero no es algo que me sorprenda.

Con solo treinta y cinco años, Gonzalo Vargas era el ejemplo perfecto de superación. Sin tener apenas nada, quince años atrás había fundado una pequeña empresa de informática con otro colega, en un diminuto local que pertenecía a sus padres. Muchos los comparaban con los fundadores de Apple, ya que en poco más de un lustro su empresa alcanzó un auge espectacular y fue comprada por una multinacional. Con los treinta millones de euros que obtuvieron de la venta, los dos amigos fundaron otra empresa y al poco tiempo ocurrió algo similar. De hecho, muchos medios de comunicación lo llamaban

el Rey Midas, ya que parecía que convertía en oro todo lo que tocaba. Lucas lo había conocido hacía unos años y habían entablado amistad. No se veían muy a menudo, ya que Vargas viajaba mucho, pero se mantenían el contacto por email o alguna llamada telefónica esporádica.

Entonces apareció el residente, caminando atropelladamente hacia él.

—Por fin se digna usted a aparecer, señor Ferrer —le saludó Lucas con fingida seriedad.

—Lo siento, he tenido problemas de tráfico.

Lucas ignoró su disculpa y empezó a andar despacio en dirección a la primera habitación, acompañado del residente y de una enfermera.

—Toma buena nota de todo —le dijo al joven aprendiz—. Como irás viendo, una cosa es aprender sólo teoría en un aula y otra muy diferente es tratar con personas. No lo olvides nunca: son personas.

—No lo haré, doctor —dijo su interlocutor, asintiendo enérgicamente con la cabeza.

—En el oficio de médico corremos siempre el riesgo de centrarnos demasiado en la enfermedad, olvidando que detrás de ella hay un ser humano sufriente —insistió.

Fue recorriendo una a una las habitaciones, revisando la medicación y dando órdenes a la enfermera que lo acompañaba, comentando de vez en cuando algún caso con su residente, el cual no dejaba de apuntar en su cuaderno. Lucas sonrió interiormente, al recordarse a sí mismo en su época de residencia. Desde entonces había llovido mucho y la vida no había resultado ser tan maravillosa y satisfactoria como se veía con veintisiete años.

Una hora y media después, había acabado su ronda. Se metió en su despacho y se sentó, encendiendo el ordenador.

Al poco, entró Luis, otro psiquiatra del hospital. Se habían conocido durante los cursos de doctorado y llevaban dos años trabajando juntos en el hospital.

—¿Te has enterado de las últimas noticias? ¡Ha fallecido José Antonio Brull!

—Sí, lo sabía —respondió—. Precisamente estuve muy cerca de su casa el día después.

—¡No jodas! —exclamó Luis, sin captar la extraña mirada de su compañero al escuchar el nombre de su antiguo profesor—. ¿Viste la casa?

Lucas asintió.

—No quedaba demasiado que ver —le dijo, sin dar más detalles.

—Ese hombre era un erudito —añadió Luis,

Durante unos minutos, comentaron algunos recuerdos sobre el fallecido, hasta que por fin Luis se despidió.

Lucas soltó un suspiro. Seguía dándole vueltas a todo lo ocurrido sin encontrarle ningún sentido. ¿Qué querría Brull de él? ¿Qué iba a entregarle la policía? A pesar de que estaba muy intrigado sobre el contenido del sobre, debía esperar todavía unas horas para poder recogerlo. Lo único que podría hacer era continuar trabajando, sin darle más vueltas al asunto. Al rato, le llamaron debido a un problema con un paciente. Lucas abandonó su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

A primera hora de la tarde, Drusell firmaba el recibo por el sobre que había sido encontrado en la caja fuerte del doctor Brull y media hora después se encontraba en su casa, con cierta sensación de ansiedad. El sobre era acolchado y de un tamaño bastante grande. Probablemente Brull tenía la intención de habérselo entregado aquella tarde de sábado. Lucas, sin embargo, no terminaba de entender por qué el viejo doctor quiso guardar aquello en una caja fuerte. Debía de considerarlo de gran valor para protegerlo de ese modo.

Lo abrió con cuidado para no romper nada de lo que pudiera contener. Se encontró con otro sobre más pequeño dirigido a él, en cuyo interior había tres de los famosos cuadernos que utilizaba en sus clases de doctorado. Estaban numerados: eran los casos número 85, 90 y 92.

El primer impulso de Lucas fue comenzar a leer el contenido de los cuadernos que, como bien recordaba, eran auténticas narraciones, paso por paso, del tratamiento seguido con algunos de los enfermos que habían pasado por sus manos. Sin embargo, una cuartilla entre las libretas llamó su atención.

Escrito a mano aparecía su nombre y su dirección, pero también estaban los datos de otra persona:

Elena Sanchís. Enfermera en el Hospital Doctor Rodríguez Lafora.

Después de una mañana completamente asqueada, no se encontraba de muy

buen humor. La mujer oyó en el exterior el ruido que producía un coche y miró por entre la cortina. El familiar BMW serie 7 apareció subiendo la cuesta que daba al edificio. Se puso en pie. «¡Por fin viene!», pensó. Por su culpa estaba de pésimo humor y se lo iba a hacer saber en cuanto entrara.

La puerta se abrió pocos minutos después.

—Te pasas todo el fin de semana fuera y no se te ocurre venir hasta hoy. ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? —le recriminó, con cara de pocos amigos.

El recién llegado, impecable con su traje gris claro, no se inmutó ante el estallido de la mujer.

—Cosas —le contestó con tranquilidad—. Siempre hay cosas pendientes que hacer. ¿A ti no te ocurre algo parecido?

—¿Cómo quieres que tenga otros asuntos pendientes aparte de sacar adelante este antro? ¡Anda! ¡Dímelo!

Su interlocutor se sentó plácidamente en su sillón detrás de la mesa de trabajo y encendió un cigarrillo. No parecían importarle sus quejas y en absoluto estaba dispuesto a alterarse lo más mínimo, es más, estaba de excelente humor.

—Nunca debiste permitir que ese tipo trabajara contigo —continuó la mujer—. Seguro que sabe más de lo que imaginamos.

El hombre la miró con desdén y le dijo:

—Mujer, tranquilízate. Se ve que no ves el telediario. Ha sido la noticia local que más han repetido estos días.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, intrigada.

—José Antonio Brull no nos dará ningún problema en adelante.

—¿Qué has hecho, si se puede saber?

—Su casa se incendió hace unos días. El pobre hombre no pudo escapar y se asó en ella. Parece que se le estaba empezando a soltar la lengua y había contactado con un par de personas, al menos. Es posible que hablara del asunto, pero no me inquietaría en absoluto. No pueden demostrar nada. Las pruebas que tenía ardieron con la casa.

La mujer se relajó y hasta esbozó una tímida sonrisa.

—Así que ya no hemos de preocuparnos —dijo, como en un suspiro.

—Exacto. Podremos continuar sin la amenaza constante de algún posible fisgón que pueda aguarnos la fiesta. ¿No te parece estupendo, querida?

La mujer cambió radicalmente su belicosa actitud anterior con lo que

acababa de oír. Se acercó al recién llegado, se sentó en sus rodillas y le besó.

—Siempre consigues lo que te propones, ¿verdad?

—Siempre, cariño.

#7

Lucas Drusell cogió uno de los cuadernos de Brull e hizo ademán de abrirlo, para dejarlo de nuevo sobre la mesa. Antes de sumergirse en los casos prácticos, decidió telefonar a la tal Elena Sanchís. Si quería llegar al final del asunto y, ya que no había sido posible hablar con José Antonio Brull, no le quedaba otro remedio que tratar de tomar contacto con esa mujer. El papel con su nombre era como una invitación del profesor a comunicarse con ella. Se moría de ganas por hablar con esa desconocida para desentrañar algo que estaba empezando a afectarle como un misterio irresoluble y que comenzaba a inquietarle de manera casi incontrolable.

Inmediatamente, buscó en Internet el teléfono del hospital Rodríguez Lafora. Marcó el número y preguntó por Elena Sanchís.

—¿De parte de quien es, por favor?

—Soy un amigo suyo.

—Espere un momento.

La operadora se dedicó a buscar a la mujer mientras por el auricular se dejaba oír una melodía tipo New Age que pretendía amenizar la espera.

—Lo siento —se volvió a escuchar su voz al cabo de unos segundos—. Ha terminado su turno y no volverá hasta mañana.

—En ese caso, ¿podría dejarle un recado?

—Usted dirá.

Lucas dictó a la telefonista su nombre y su número de teléfono móvil. Ésta anotó que se trataba de un amigo del doctor Brull y que agradecería que se pusiera en contacto con él en cuanto le fuera posible. Lucas le dio las gracias y colgó.

Tenía toda la tarde por delante y nada concreto que hacer. Los tres cuadernos descansaban sobre la mesa de su despacho como diciéndole: «Léenos». Después de todo, siempre había tenido curiosidad por disponer de alguno de aquellos historiales que Brull relataba sólo en parte. Además, pensó Lucas, algo de especial debían de contener esas tres historias cuando el doctor las había escogido para él y las había guardado bajo llave por el peligro de que se perdieran o alguien se hiciera con ellas.

El cuaderno número 85 relataba la historia clínica de una joven llamada Ana. El doctor Brull narraba las visitas que le hacía en la residencia Los

Pinos, el centro que dirigía Alberto Hurtado en Collado Villalba. Dejó por un momento el cuaderno que estaba leyendo y cogió el segundo, y después el tercero para verificar una intuición. Los tres casos descritos en las libretas se trataban de pacientes reclusos en dicho centro. También le llamó la atención la coincidencia de la fecha de la última anotación de cada cuaderno, hacía poco más de un año.

Volvió a sumergirse en el primer cuadernillo.

Lucy llegó del colegio a las cinco y media, como cada tarde. Se deshizo de la mochila llena de libros, saludó a Lucas con un beso y éste le preguntó:

—¿Cómo te ha ido con el examen?

—Me ha salido muy bien —respondió la chica, sentándose en el sofá del salón junto a su padre—. He sido más fácil de lo que me esperaba.

—Me alegro. ¿Qué tal estás? ¿Sueñas?

—Claro que sueño, papá, como todo el mundo —contestó con tono cansino, evitando mirarle a los ojos—. Hoy lo he hecho con una casa bastante vieja, una especie de granja abandonada, sin animales.

La muchacha se calló la impresión de terror que le había causado. No deseaba disgustar a su padre. Por enésima vez, se dijo que debía de controlar su imaginación y ser capaz de manejar todo aquello sin necesidad de recurrir a las pastillas.

—No me refería a ese tipo de sueños.

En ese momento Lucy se fijó en los cuadernos que Lucas tenía junto a sí, y particularmente en el que sostenía en sus manos, preguntando más para cambiar de tema que por genuino interés.

—¿Qué lees?

—¿Eh? ¡Ah, nada especial! Son historiales clínicos de algunos pacientes.

Lucy se fijó con cierto detenimiento y comentó:

—Pero ésa no es tu letra. Además, tú siempre utilizas el ordenador para esto.

Lucas arrancó un pedazo de papel del periódico del día y lo colocó como señal en el cuaderno que estaba leyendo.

—No son de clientes míos sino del psiquiatra al que iba a ver el sábado por la tarde.

—¿El que se murió en la casa que ardió?

—Sí. Resulta que había guardado para mí estos tres cuadernos y tenía intención de regalármelos.

—Pero la casa se había quemado, ¿no?

—Sí, pero se ve que los tenía metidos en una caja fuerte que resistió al incendio.

—¿Y por qué los tenía guardados ahí? ¿Son interesantes?

Lucas asintió.

—Más de lo que te imaginas. Sobre todo para un médico psiquiatra, como es tu padre. Estoy seguro de que sacaré información muy útil que me vendrá bien en mi trabajo.

Lucy se fijó en que ya estaba terminando el primero.

—De este, casi no te queda nada. ¿Acaba bien?

—Me temo que no. El doctor dice aquí que lo ha probado todo con ella y no responde. La chica sufre de insomnio, entre otras cosas; le ha dado pastillas que tumbarían a un elefante, pero no le producen ningún efecto.

—¡Pobrecita! Con lo bien que se está durmiendo.

—Cuando acabe, si quieres, te cuento el final, ¿vale?

Lucy entendió la indirecta y se fue a su cuarto, dejando a su padre tranquilo para que pudiera terminar de leer el cuaderno.

Diez minutos después, Lucas tuvo que reconocer su desconcierto, el mismo que el doctor Brull confesaba en su escrito. Ana Peinado, la enferma del cuaderno 85, era una joven alta y corpulenta, según la describía el doctor. Después de tres años de pisar la universidad no había pasado de primer curso de Derecho. Era la desesperación de sus padres. Frecuentemente mostraba signos de violencia cuando se hablaba con ella sobre los estudios. En ocasiones, incluso ella misma llegaba a herirse con cuchillos y herramientas que había en su casa. Tenía la rara habilidad de poner nervioso a cualquiera que se le acercara. Como la actitud de la chica iba a peor y no se habían encontrado daños cerebrales de ningún tipo, su familia decidió ingresarla en la residencia de enfermos mentales de Alberto Hurtado. Una vez allí, Brull había probado con ella toda clase de sedantes sin obtener resultado. Ninguna terapia que le aplicaba servía para mejorar su estado ni un ápice. La última anotación del cuaderno era de lo más desalentadora: «No sé qué más puedo hacer por ella».

Ahí se acababa la historia de Ana, una muchacha que actualmente podía

estar trabajando como abogada en un buen despacho y feliz de la vida. Sin embargo, algo malo, inexplicable para la ciencia, lo había echado todo a perder. Ahora vivía olvidada del mundo exterior, como una extraña sin culpa alguna de su parte. «Sé que su familia apenas va a visitarla», apuntaba Brull casi al final de su informe.

El caso número 90 presentaba características en parte similares al anterior. Se trataba de Antonio, un hombre casado, persona pacífica y serena, que un día, sin venir a cuento, comenzó a destruir el mobiliario de su casa después de llegar del trabajo por la noche. Su mujer trató de impedirselo y acabó con un ojo morado. Al cabo de unos segundos de haber golpeado brutalmente a su mujer, estalló en llanto rogándole que le perdonase por lo que había hecho. El suceso se repitió un par de días después. En este caso, la mujer no opuso resistencia a la violencia de su marido con el mobiliario y obligó a sus dos hijos, aún pequeños, a encerrarse en el cuarto de baño echando el pestillo. La calma regresó de nuevo al cabo de unos segundos, repitiéndose la escena del marido de rodillas delante de su mujer pidiéndole perdón.

La mujer se asustó mucho y convenció a su marido para ir a visitar a un neurólogo. Su comportamiento era anormal en él y supuso que podía haber alguna lesión cerebral que provocase esos arrebatos de ira. El neurólogo no descubrió nada y la paz regresó al hogar durante una semana.

Una noche, Antonio llegó a casa aparentemente tranquilo y comenzó a cenar con toda la familia. A mitad de la cena, con un cuchillo en la mano, le dijo a su mujer delante de los niños: «¿Sabes lo que voy a hacer con este cuchillo? Te lo voy a clavar en el corazón». La mujer dio un grito, los chicos corrieron al aseo y Antonio se acercó de manera amenazante a su mujer. Ésta comenzó a chillar y a suplicarle que no lo hiciese y, de pronto, todo acabó. Era como si Antonio no recordase nada de lo que había sucedido unos segundos antes. «¿Qué te pasa, mujer?, ¿Por qué gritabas?». Al día siguiente, la pareja visitaba al doctor Brull y le contaba todo lo que había sucedido en los últimos días.

El doctor narraba en su cuaderno las sucesivas visitas del matrimonio. La violencia de Antonio durante los días siguientes se cebó en su propio cuerpo: se golpeaba la cabeza contra las paredes, se hacía cortes con cuchillos afilados y, en numerosas ocasiones, se negaba a comer. Después de cada suceso, la memoria de lo ocurrido se le borraba instantáneamente como si nada hubiese pasado. Se encontraba con golpes, moratones y cortes de los que no sabía explicar la razón y aquello poco a poco fue minando su equilibrio

mental.

Mientras tanto, el doctor Brull continuaba probando con uno y otro fármaco, siempre esperanzado con hallar la solución para el caso, a la vez que al enfermo se le sometía a diversas pruebas con el fin de detectar algún daño cerebral que hubiera pasado desapercibido.

Antonio acabó ingresando en la residencia del doctor Hurtado, bajo una vigilancia que duraba las veinticuatro horas del día. Brull continuó visitando al enfermo en Los Pinos sin lograr ni un atisbo de curación. «No sé qué más intentar con Antonio», rezaba el último apunte del cuaderno, muy similar al del caso de Ana.

El cuaderno que contenía el caso numero 92 narraba la historia de Javier, un joven adolescente. Un día como otro cualquiera, su madre le dijo que se le estaba haciendo tarde para tomar el autobús escolar. Nadie se hubiera imaginado lo que ocurrió a continuación. En menos de cinco minutos, Javier roció de pintura una pared del dormitorio, trató de prender fuego al garaje e intentó ahorcarse en el desván.

Sus padres siguieron a la ambulancia que se llevó a Javier, mientras intentaban con desesperación explicarse lo que acababa de suceder. Lamentablemente, eso fue tan solo el comienzo. La madre de Javier ya había observado algunas señales de que su hijo sufría algún trastorno, pero tanto ella como su esposo achacaron sus cambios de humor y su extraño comportamiento a una fase de la adolescencia que no tardaría en pasar.

Javier sufrió muchos otros episodios psicóticos, que lo sumieron en las tinieblas de la enfermedad mental. Fueron dos años de angustia durante los cuales pasó por varios intentos de suicidio, dos detenciones, un ingreso temporal en un centro de enfermos mentales e infinidad de sesiones con profesionales de la salud mental. Tanto su familia como sus amigos estaban completamente confundidos y desalentados. Hasta un cura, tío abuelo del chico, llegó a aconsejar a sus padres que le echaran agua bendita.

Con solo dieciocho años, Javier no estaba en condiciones de llevar una vida normal y de convivir con personas sanas. Necesitaba un ingreso por tiempo indefinido en un centro de confianza y, al poco tiempo, Hurtado se puso en contacto con ellos y les ofreció su centro. Ahí fue donde Brull lo conoció.

Éste constató la ineficacia de cualquier tratamiento contra la enfermedad que sufría el joven. Javier le confesó en una ocasión que, hasta el internamiento en la residencia, fumaba droga los fines de semana y que en un

par de veces había asistido con un grupo de amigos a sesiones de espiritismo, con el único fin de pasárselo bien y divertirse un rato. Sin embargo, ni el doctor ni sus padres dieron demasiada importancia a estos hechos que, a su entender, podían influir muy poco en el comportamiento del joven. Los padres habían actuado siempre, según Brull, correctamente, concentrándose en prestar apoyo y ánimo a su hijo y nunca buscando un culpable de la situación.

Así, el joven llevaba cerca de tres años internado en el centro de Hurtado. Brull había anotado que sus padres lo visitaban siempre que podían, si bien en ocasiones el joven sufría severos ataques y los padres se tenían que marchar, apesadumbrados. Como último comentario, Brull había puesto en letra más grande y entre interrogantes: «¿¡Hurtado aconseja a los padres que no vengan a verlo!?!»

Los tres casos eran realmente excepcionales y tristes. Aparte de esa impresión de desánimo y pesimismo que traslucían, Lucas seguía sin adivinar las intenciones del doctor Brull al guardar los cuadernos para él. Por más que se devanaba los sesos, no conseguía obtener una conexión entre esos escritos y él mismo. Tenía que conseguir hablar con Elena Sanchís, o entrevistarse otra vez con el doctor Hurtado. Sin duda él podría ayudarle.

#8

El reloj del salón marcaba las once y media. A esas horas, tanto Lucy como Lucas solían estar ya acostados. La chica quiso asegurarse de que su padre efectivamente estaba dormido. El ligero ronquido que le llegó de su habitación así se lo confirmó. Los tres cuadernos habían quedado sobre un cojín del sofá.

La joven había observado cómo su padre se había pasado toda la tarde leyéndolos, uno tras otro, mientras tomaba notas de vez en cuando en unos papeles. Se dejó vencer por la curiosidad y decidió leer al menos uno de aquellos intrigantes relatos que habían mantenido a su padre sin moverse del sofá durante varias horas.

Cogió uno de los cuadernos y, al instante, una sensación desagradable muy intensa, parecida a una descarga eléctrica, le subió por el brazo que había tocado el cuaderno.

La niña lo soltó de golpe, lanzando un pequeño chillido. Se alejó unos metros del sofá, a la vez que se abrazaba involuntariamente y se frotaba los brazos. Era como si una corriente de aire helado le hubiera entrado en el cuerpo.

«Vamos, Lucy, cálmate», se dijo. «Solo son unas hojas escritas. Tienes que controlar tu imaginación».

Se acercó de nuevo y, agachándose, lo cogió. No recibió un nuevo estallido, pero la sensación de malestar todavía perduraba.

El cuaderno tenía el número 85 escrito en el lomo. Se sentó en el sofá y empezó a leerlo.

Terminó con él poco después de las doce. Había muchos términos médicos que no entendía, pero se había hecho una idea de la historia narrada. Sentía una pena muy grande por la paciente. Resultaba muy duro lo que le había pasado; era una terrible tragedia que en pleno siglo XXI aún hubiera gente que sufriera de ese modo. Sin embargo, había algo más. No solamente sentía pena, sino que notaba también una sensación que nunca había experimentado, como una especie de repulsa que no sabía explicar.

A pesar de que no se encontraba bien, una curiosidad morbosa la empujó a continuar con los otros dos casos. Una hora y media después acabó de leer. Al examinar los otros dos cuadernos, esa extraña sensación, lejos de disminuir, había crecido. Un sentimiento de peligro se le había unido a lo anterior. No

sabía el motivo, pero notaba la imperiosa necesidad de avisar a su padre. Sin embargo, no era cuestión de despertarlo para hablar a esas horas de la noche. Era consciente de que se llevaría una buena reprimenda por lo que acababa de hacer. Aunque, bien pensado, su padre no le había prohibido en ningún momento que los leyera; de hecho los había dejado en el sofá, a la vista.

A la mañana siguiente, no hubo ocasión para hablar sobre el tema. Lucas tuvo que despertar a su hija con el tiempo justo para vestirse y asearse en un tiempo récord, coger los libros y el bocadillo para el almuerzo y llegar a la parada del autobús del colegio. Las horas en vela habían hecho que la muchacha no oyera el despertador. Corriendo hacia la parada, no podía dejar de pensar en lo que había sentido al leer aquellos cuadernos. Tendría que aguardar hasta la tarde para hablar con su padre.

El teléfono móvil de Drusell sonó justo después de despedir a una mujer que había venido con su marido, aquejado de una leve esquizofrenia. No era un caso alarmante; con la medicación indicada y la vida sosegada que procuraba llevar, la enfermedad se mantenía bajo control.

—¿Lucas Drusell?

—Sí, soy yo.

—Buenos días, soy Elena Sanchís y, si no me equivoco, usted me dejó un recado ayer para que le llamase a este número, ¿no es así?

—Sí. Supongo que estará enterada de la muerte del doctor Brull.

Un prolongado silencio siguieron a las palabras de Drusell.

—¿Elena? ¿Está usted ahí?

—Sí, perdón... —se disculpó la mujer—. Es que no me esperaba que alguien me llamara por este motivo.

—Lo conocía, ¿verdad?

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea.

—Sí —contestó por fin.

—¿Podríamos vernos un rato para charlar sobre él?

—¿Y a santo de qué he de quedar con usted? ¿Cómo me ha localizado?

El tono de la mujer parecía irritado, como si se le estuviera ofreciendo una invitación deshonesta. Drusell lo notó y pasó de toda cortesía.

—Mire. Lo único que sé es que yo estaba citado con él el pasado sábado.

Se ve que llegué tarde a la cita porque José Antonio Brull había ardidido junto con su casa por la noche. Luego me llega un sobre con una serie de casos de pacientes suyos y como única información adicional tengo su nombre y el hospital en el que trabaja.

—Lo siento, señor Drusell, pero no tengo nada que decirle. Buenos días.

Drusell se quedó con la palabra en la boca y dio un puñetazo en la mesa. La mujer se había mostrado realmente sorprendida ante su llamada. Era cierto que él era un completo desconocido para ella, pero ¿qué mal podía hacer hablando con él? ¿Por qué esa reacción tan desagradable?

Procuró olvidarse de lo ocurrido. Lamentándose de la poca colaboración de la señora o señorita Sanchís no conseguiría más que calentarse la cabeza y descentrarse del trabajo.

Quizá más tarde llamaría al doctor Hurtado; seguro que él podría aportarle algo. Después de todo, conocía a los pacientes. De hecho, no alcanzaba a comprender por qué el sobre con los cuadernos no tenía su nombre, habría sido más lógico.

Comió en un restaurante chino próximo a su casa y a las tres y media estaba de nuevo leyendo el cuaderno que recogía el caso de Ana Peinado. Tenía la intención de averiguar qué guardaban en común los tres historiales que Brull había querido reservar para él. Aparte de que todos habían acabado en la residencia del doctor Hurtado, con toda probabilidad se le había escapado algo en la primera lectura que había hecho el día anterior.

Las consultas de esa tarde empezaban a las cuatro y esperaba terminar con el último paciente hacia las siete.

A las cinco y media, como todos los días, llegó Lucy. En cuanto vio que su padre terminaba con una de las visitas, antes de comenzar con la siguiente, le insistió en que tenía una cosa importante que decirle.

—Lucy, querida —le dijo—. Tendrás que esperar hasta que termine. No te importa, ¿verdad?

La chica se encerró en su habitación a la espera de que su padre acabara las consultas del día. Durante toda la jornada había andado distraída y ansiosa por volver a casa y tener un rato para explicarle lo que los tres cuadernos le habían comunicado casi a gritos. Se trataba tan sólo de una sensación, pero tan fuerte e inquebrantable que, a la fuerza, tenía que ser verdad.

Una vez que oyó cómo su padre se despedía del último cliente del día y cerraba la puerta, salió disparada hacia él.

—Pero, ¿se puede saber qué te pasa?

Lucy no le hizo caso. Miró hacia el sofá y preguntó:

—¿Dónde tienes los cuadernos? Tengo algo importante que decirte sobre ellos.

Lucas hizo un gesto con la cara que lo decía todo.

—No te los habrás leído, ¿verdad?

Lucy no aguantó la mirada interrogante de su padre.

—Sí —dijo, bajando la cabeza y en un susurro—. Ayer por la noche me leí los tres.

Lucas no quería enfadarse con su hija pero el tono de su voz sonó irritado y autoritario.

—¿Por qué los leíste?

—Es que... Te vi ayer tan metido en ellos —se justificó la chica— que me picó la curiosidad. Empecé por el primero y no pude dejar de leer los otros dos.

—Y por eso hoy la señorita no ha oído el despertador y casi pierde el autobús del colegio, ¿verdad?

—Sí. Tienes razón. Pero tú no me dijiste que no los pudiese leer...

—A ver —le dijo Lucas—. Es cierto que no te prohibí expresamente que los leyeras, pero esto no es una lectura adecuada para una niña de tu edad.

Lucy no contestó y permaneció con la vista puesta en el suelo.

—¿Y bien? —le preguntó su padre, en un tono más sosegado—. ¿Qué es eso tan importante que querías decirme?

Lucy permaneció unos segundos más en silencio y levantó la vista.

—Verás... Al coger los cuadernos... al leerlos... noté una sensación muy extraña que no sé explicar. Desagradable. En esos cuadernos hay algo realmente malo que...

—¿Malo? —le interrumpió su padre—. Lucy, hemos tardado años en que superaras el tema de las pesadillas y los extraños sueños que tenías y tanto te afectaban. Hace ya días que no tomas la medicación y estás bien. ¿No ves que leer esto no te ayuda para nada? Fíjate, ya empiezas de nuevo a dejar volar tu imaginación.

—Hay algo raro en todo esto... —insistió la niña.

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó, cruzándose de brazos.

—En las tres historias he sentido algo... malo. Perdona, pero no me puedo explicar mejor, papá. Todos esos sufrimientos por los que pasan, sin ningún

sentido, y las medicinas, que no logran hacer que mejoren, me dan mala espina.

—Pero, Lucy, no pretenderás que se curen por mucha medicación que tomen. Ya hemos hablado de esto muchas veces; sería casi un milagro.

—Sí, pero tú me has dicho muchas veces que con una medicación adecuada pueden alcanzar cierta normalidad, estar controlados. Aquí hay algo más.

—Está bien, ya he dejado que esto vaya demasiado lejos —dijo Lucas con tono severo—. Te he dejado hablar para escuchar tus argumentos y para que vieras que no tienen ninguna consistencia, pero ya es suficiente. Son gente que está enferma, nada más. Es cierto que da mucha pena verlos así, pero la medicina no ha dicho todavía su última palabra. Seguramente con el tiempo alguno mejorará, salen nuevos tratamientos con mucha frecuencia. El cerebro, la psique humana, es algo maravilloso y todavía un misterio en gran parte, pero con el tiempo la ciencia lo resolverá.

—¿También el caso de mamá? —preguntó Lucy, con lágrimas en los ojos.

—También, hija, también —le dijo, abrazándola y sintiendo cómo se le hacía un nudo en el estómago.

Lucy hundió la cabeza en su pecho y rompió a llorar, mientras Lucas le acariciaba el pelo.

A pesar del paso del tiempo y de la medicación, estaba claro que la niña no había superado la pérdida de su madre. Solamente esperaba que no fuera a más y de nuevo empezaran las alucinaciones y las crisis nerviosas.

—Papá, ¿piensas que me está pasando algo raro? —le preguntó sin parar de llorar.

Aquello hizo que Drusell le diera un vuelco el corazón.

—Escucha —le dijo, después de unos segundos, levantándole la cara con suavidad y mirándola a los ojos, que tanto se parecían a los de su mujer—. No estoy enfadado, cariño; no pasa nada. Pero tú nunca dejes de contarme lo que te intranquilece, ¿de acuerdo? Ya verás cómo todo se pasa.

Lucy se fue calmando poco a poco y el lloro pasó a ser un sollozo apagado.

—¿Sabes lo que vamos a hacer con estos malditos cuadernos? —le dijo Lucas—. Para que no nos den ningún problema más, mañana mismo me encargará de tirarlos a un contenedor de papel, para que los reciclen. Y ahí se acabó la historia, ¿te parece bien?

—Pero, ¡esas personas necesitan ayuda!

—Y ya la tienen. Están muy bien atendidos en un centro especializado. De

todas maneras, para que estés más tranquila, hablaré con su director, el doctor Hurtado. Y ahora ¿qué te parece si echamos una partida de *Risk*? Hace tiempo que no jugamos. Creo que a los dos nos irá bien para distraernos un rato, ¿vale?

Lucy aceptó el reto de su padre. Siempre le había gustado jugar con él a cualquier cosa con la que ambos pudieran pasárselo bien y, ¡total!, no había tanto que estudiar para el día siguiente.

Ya era casi la hora de cenar y Lucy estaba a punto de culminar su misión. El trato era acabar antes de las nueve y media; si ninguno había conseguido el objetivo señalado por el juego, otro día echarían el desempate.

A pesar de los tensos momentos vividos esa misma tarde, Lucy parecía ser de nuevo la niña agradable y risueña de siempre, pensó Lucas, ahora ya también calmado.

—¡He ganado! —exclamó la muchacha unos pocos minutos después, levantándose de golpe de la mesa y empezando a dar vueltas a su alrededor.

—Está bien. El ganador hace la cena —dijo Drusell.

—Pero, papá... —se quejó Lucy.

—Son las reglas —le replicó el doctor, encogiéndose de hombros.

—Regla que te acabas de inventar.

—Venga, no seas quejica, que quiero hacer una llamada telefónica antes de que se haga tarde.

La chica accedió y Lucas aprovechó para coger la tarjeta de visita del doctor Hurtado y marcar su número. Al tercer tono el hombre respondió.

—¿Diga?

—Buenas noches. Soy Lucas Drusell, hablamos hace unos días en mi casa.

—¡Hola, Lucas! —exclamó en tono jovial, como si fueran amigos de toda la vida— ¿Qué tal está?

—Bien.

Durante unos pocos minutos estuvieron intercambiando información sobre la muerte de Brull, sin sacar nada en claro. Los medios de comunicación ya se habían olvidado del asunto.

—Verá —dijo por fin Lucas, yendo al grano—, resulta que tengo tres cuadernillos del doctor Brull en mi poder.

Su interlocutor permaneció unos segundos en silencio, para luego añadir.

—Entiendo entonces que me mintió cuando le pregunté el día que estuve en su casa.

El tono de Hurtado ahora era cortante y seco.

—No, en absoluto.

Lucas pasó a relatarle cómo habían llegado a sus manos los cuadernillos, explicando también que las personas de las que hablaba vivían en su residencia. El tono de Hurtado se relajó.

—Como usted comprenderá, esa es información confidencial de los pacientes. Al mandárselo a usted, el doctor Brull incumplió la ley de protección de datos y podría poner a mi residencia en un severo problema en caso de que los familiares de los enfermos se enteraran de que sus historias clínicas van circulando por Madrid.

—Lo entiendo.

—Si le parece bien, puedo pasarme mañana por su casa para recogerlos.

Como Lucas no tenía ningún hueco antes, quedaron a partir de las ocho y se despidieron. Apenas acababa de colgar cuando sonó de nuevo el teléfono móvil.

Lucas miró en la pantalla el número, esperando ver de nuevo el de Hurtado, pero salía otro diferente. Descolgó.

—¿Señor Drusell?

—Al habla.

—Soy Elena Sanchís —dijo la voz al otro lado de la línea—. Ante todo, quiero pedirle disculpas por la manera con que le he tratado esta mañana. Todavía estoy muy afectada por el modo en que murió José Antonio Brull y, la verdad, no me ha sentado nada bien que un desconocido me llamara por ese motivo.

—Si se encuentra ahora mejor, quizás podría hacerle algunas preguntas. Tengo un pequeño acertijo entre manos, cortesía de nuestro amigo, el fallecido doctor Brull, y me gustaría saber si usted me puede ayudar.

—Preferiría que no fuese por teléfono —respondió con voz insegura—. ¿Podemos quedar mañana por la tarde?

—Mañana me resulta imposible.

—¿Qué tal pasado mañana?

Lucas consultó la agenda donde Daniel anotaba las visitas que tenía concertadas.

—Hasta las ocho no termino en mi consulta. Quizá sea un poco tarde para usted y...

—No, señor Drusell. Cuanto antes hablemos, mejor.

—¿Quedamos entonces el jueves a las ocho y media en algún lugar que nos vaya bien a los dos?

—¿Conoce un *Gambrinus* que hay en la calle Ibiza?

—Sí. He estado allí algunas veces.

—Si le parece bien, nos vemos pasado mañana allí a las ocho y media.

—Conforme.

—Buenas noches, señor Drusell

—Buenas noches.

La pregunta de Lucy no se hizo esperar:

—¿Quién era, papá?

—La mujer que debe explicarme todo este misterio del doctor Brull y los cuadernos que me ha enviado. Ahora resulta que sí quiere que hablemos.

Y, sonriendo a su hija, continuó:

—Te voy a tener que pedir permiso para no echarlos al contenedor por lo menos hasta mañana por la noche. El doctor Hurtado vendrá a casa a hablar conmigo del tema. Aprovecharé para preguntarle algunas cosas de estas personas. La información que aparece en los cuadernos tiene más de un año. Quizá alguno de ellos haya mejorado.

#9

Hacía pocos minutos que se había marchado su último paciente cuando sonó el timbre.

Lucas guardó algunos papeles que estaban sobre su mesa para ofrecer un mejor aspecto de su despacho.

En el interior de la casa, oía a Lucy cantar al son de la radio. Se levantó y cerró la puerta que comunicaba con la zona de la consulta y abrió la puerta. Saludó a Alberto Hurtado con un apretón de manos y le recogió el abrigo. Lucas no pudo evitar fijarse en que el doctor llevaba un caro traje de Armani de color gris claro, que le sentaba francamente bien. Le daba un porte elegante y distinguido, que se sumaba al habitual aura de seguridad y superioridad que emanaba de él.

Pasaron al despacho y se sentaron.

—Así que tiene usted tres de los cuadernos de Brull —dijo Hurtado, yendo directo al grano.

—Así es. Tal y como le dije, me los entregó la policía. Estaban en la caja fuerte dentro de un sobre a mi nombre.

—¡Qué extraño es todo esto! No acabo de entender el motivo por el que José Antonio tenía reservados estos cuadernos para usted en vez de enviármelos a mí. Después de todo, son residentes de mi centro.

—Yo tampoco, por mucho que lo he pensado —respondió Lucas, encogiéndose de hombros.

—Como le iba diciendo, no es un tema baladí que le hayan llegado esos cuadernos. Mi centro podría tener problemas. Los expedientes de los enfermos son confidenciales, igual que imagino serán los que guarda aquí en su despacho.

—Efectivamente, la confidencialidad médico-paciente es fundamental.

—Perfecto. Démelos y un problema menos.

En ese momento, Lucy entró en la sala. La niña iba a decir algo pero al ver a Hurtado se quedó helada y mudó el rostro.

—Quiero que este señor se vaya de casa ahora. ¡Es malo! —dijo lanzándole una mirada furibunda.

—¿Pero qué dices? —preguntó Lucas.

Y dirigiéndose a Hurtado, se disculpó:

—Perdone, es mi hija.

—Quiero que se vaya de casa, ¡ya! —insistió, subiendo el tono.

—¡Ya está bien, Lucy! Esto no tiene ninguna gracia. Sal ahora mismo de aquí, luego hablaremos —le reprendió con tono severo.

Pero la niña, lejos de amilanarse, volvió a insistir, esta vez gritando a pleno pulmón.

Hurtado se levantó, confundido.

—Pero, ¿qué significa esto, Drusell? ¡Qué falta de respeto!

—¡QUIERO QUE SE VAYA! —gritó Lucy a pleno pulmón, ya histérica.

Hurtado se levantó, sin saber cómo actuar, y se dirigió a la puerta.

—Antes de preocuparse de los pacientes de otros médicos, debería tratar a su hija —le dijo, ya en la puerta y con el abrigo en la mano.

—Lo siento mucho, yo...

—¡Los cuadernos! Se me olvidaban. ¡Démelos!

—Será mejor que venga otro...

Pero antes de que acabara de hablar, su hija cerró con un fuerte portazo.

Lucas se giró hacia ella para echarle una buena bronca pero entonces Lucy cayó en el suelo, presa de un ataque de ansiedad.

Lucas trató de calmarla con palabras amables, a la vez que la acariciaba. Poco a poco, la niña fue tranquilizándose y el episodio de crisis pasó.

Drusell no quiso incidir en lo ocurrido y la acompañó a su habitación, dejándola allí.

Lucy se puso el pijama y se acostó; se sentía fatal y tenía los nervios destrozados.

Al rato, entró su padre a arroparla y entonces abordó el tema intentando no parecer enfadado.

—¿Me cuentas qué te ha pasado con ese señor?

Lucy no contestó en un primer momento.

—Dime, ¿qué te ocurre? Tú nunca haces cosas como ésta.

Lucy miraba al techo, sin saber qué responder. Ante la insistencia de su padre, se incorporó en la cama y respondió:

—No sé qué me ha pasado, de verdad. Al verlo, me ha entrado una angustia

tremenda. De pronto, no podía soportar que estuviera delante de mí, que estuviera en nuestra casa, aunque no lo conozco de nada. La verdad es que... me he sorprendido escuchándome a mí misma decir eso. Era como si no hablara yo.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y empezó a sollozar.

—Lo siento, papá, lo siento mucho.

Lucas la abrazó, tratando de consolarla, sin dejar de preguntarse el motivo del comportamiento de su hija. Al cabo de un rato, le limpió las lágrimas y la chica se serenó.

—Escucha. Tienes una imaginación desbordante, ya lo sabes, y debes aprender a controlarla. No puedes ir por la vida echando a desconocidos.

—Lo sé —respondió entre sollozos.

—Creo que deberíamos retomar el tratamiento, aunque sea a una dosis menor.

—¡NO! —exclamó la niña.

Lucas se quedó unos momentos en silencio, sorprendido de ese nuevo brote de ira.

—Lo siento, papá —dijo Lucy, al darse cuenta de cómo había reaccionado.

—Está bien. Esperaremos.

—Mañana me gustaría ir a la parroquia. A misa.

—¿A misa? —preguntó Lucas, extrañado—. ¿No tienes bastante con ir los domingos?

Lo último que necesitaba Lucy era que su imaginación evolucionara hacia delirios religiosos, pensó. Conocía más de un caso; él mismo había tenido algún paciente así. Religión y enfermedad mental solía ser un cóctel muy peligroso.

—Lo necesito, papá.

—De acuerdo —respondió, suspirando—. Creo que podré hacer un hueco para acompañarte.

Le dio un beso en la frente y se marchó de la habitación, apagando la luz.

Al día siguiente, tal y como le había prometido Lucas, ambos se dirigieron a la iglesia de San Rafael. La misa era a las siete y Lucas no creía que durara más de media hora, por lo que tendría tiempo suficiente para acudir a su cita

con la misteriosa Elena Sanchís.

Los domingos, la iglesia no solía estar demasiado llena. A Lucas siempre le gustaba, al entrar, hacer un recuento de los parroquianos. Quitando en las épocas de catequesis de comunión, en las que asistían los padres con los niños que iban a comulgar ese año o el siguiente, normalmente había en torno a cincuenta o sesenta ancianos y apenas quince personas menores de cuarenta. Sin embargo, en la misa de ese tarde, tan solo contó veinte, todos ellos de la tercera edad.

Empezó la celebración y Lucas automáticamente desconectó y comenzó a repasar mentalmente algunos de los casos de sus pacientes, mientras su hija seguía la misa embelesada.

Acabó la misa y Lucas hizo ademán de marcharse. Sin embargo, Lucy lo detuvo cogiéndolo de la mano.

—Quiero confesarme —le informó.

Lucas consultó su reloj. Todavía tenía tiempo de acudir a su cita.

—De acuerdo, pero no tardes.

Al cabo de un rato, volvió con los ojos enrojecidos.

—¿Has acabado? —preguntó su padre, guardando el móvil en el que había estado leyendo las noticias más destacadas del día, ignorando el rostro compungido de su hija.

—Antes de irnos, quiero hablar contigo.

—Tú dirás.

La muchacha bajó la vista y empezó a hablar a trompicones:

—Verás... Últimamente no he sido sincera contigo...

Lucas no dijo nada y dejó que la niña siguiera.

—He estado teniendo pesadillas y sueños extraños y muy vívidos con mucha frecuencia desde que dejé la medicación.

—¿Qué? —exclamó Lucas, sintiendo cómo la rabia crecía en su interior— Me has engañado —añadió, intentando sonar lo más calmado posible, pero consiguiéndolo a duras penas.

—Lo sé, y lo siento —contestó, rompiendo a llorar—, pero no quiero volver a tomar medicinas, no me gustan.

—Pero ¿por qué? ¡Si es por tu bien!

Sin darse cuenta había subido el tono de voz. Varias señoras entradas en edad que todavía permanecían en el interior de la iglesia se giraron y le lanzaron miradas desaprobadoras.

—No sé. No quiero tomarlas.

Lucas permaneció un minuto callado.

—¿Por qué me lo dices ahora? —dijo más calmado.

—Ha sido la penitencia que me ha impuesto el padre Alejandro.

En ese momento el cura pasaba por su lado, rumbo a la sacristía.

—¡Padre! —le llamó Lucas, siendo atravesado de nuevo por la mirada de las ancianas.

—¿Sí?

—Querría hablar con usted.

El sacerdote asintió e invitó a Lucas a acompañarle a la sacristía. Le hizo un ademán para que se sentara en una silla, mientras se quitaba el alba y la estola que usaba en el confesonario.

—Es sobre los sueños de Lucy...

—Ya imagino —respondió el cura, sentándose frente a él.

—Espero que no haya sido idea suya lo de dejar la medicación. Ella en realidad...

—Señor Drusell —le interrumpió el sacerdote.

Era un hombre que rondaba el metro ochenta, de unos treinta y cinco años y buena presencia.

—Yo no he aconsejado nada a su hija, es ella la que ha visto que no debe tomarla.

—Pero las pesadillas...

—Escúcheme un momento, por favor —le replicó, con tono enérgico—. Verá, no sé si se ha dado cuenta, pero su hija no es como las demás.

—Lo sé, es debido a que ha perdido a su madre.

—No me refiero a eso. Su hija es especial. Yo he conocido a muchos niños en mi vida, también he sido niño —dijo, riéndose de su propio comentario, para luego añadir más seriamente—. Sin embargo, Lucy es especial. Tiene una sensibilidad que no he visto en ningún otro joven. ¿Se ha fijado usted en cómo vive la Eucaristía, con qué fervor? Es algo insólito. Su hija es un ser puro y luminoso, y personalmente no creo que esté enferma, al menos no en la forma en la que usted cree, aunque yo no soy médico. Sólo le pido que la escuche y que trate de comprenderla.

—Veo que la conoce bien —respondió Lucas, sintiendo una punzada de envidia al ver que su hija le contaba más cosas a aquel desconocido que a su propio padre.

—Bueno, viene todos los domingos y se confiesa conmigo con regularidad —respondió el sacerdote, encogiéndose de hombros—. Dentro de mi trabajo está el ser pastor de almas, igual que dentro del suyo está el de intentar curar las mentes.

—Así es, y por eso pienso que Lucy debe tomar de nuevo la medicación.

—Bien. Esa es su opinión, pero su hija también tiene una propia.

—Pero yo, como su padre que soy, sé mejor que nadie lo que le conviene. Usted no presencié el ataque que sufrió ayer cuando vio a un colega mío en casa, el doctor Hurtado. Hacía años que no sufría un episodio así. Además, hay más cosas; ha tenido ya problemas en el colegio en alguna ocasión.

—¿Se refiere al incidente del pozo?

Su padre asintió.

—También conozco el caso. Se lo puedo decir porque ella me lo contó fuera de la confesión, como lo referente a sus sueños; si no, como usted bien sabe, no lo podría comentar. Sinceramente, dudo mucho que su hija empujara a un compañero a un agujero de cuatro metros de profundidad y lo dejara ahí abandonado un día entero.

—¿Entonces cree en el sueño?

—Me parece más lógico.

—¿Lógico? —preguntó Lucas, incrédulo—. ¿Es lógico que alguien sueñe con algo real que ha pasado y que no ha presenciado? Aunque no comparto algunas de sus creencias, sí creo que existe Dios, pero un poco a mi manera. Ahora, de ahí a dar fe también a sueños premonitorios o como quiera llamarle, eso es casi como adentrarse en el mundo de las hadas. Supongo que conoce el postulado de la navaja de Ockham, ¿verdad?

El clérigo sonrió.

—Por supuesto. Cuando se dispone de dos teorías, la más simple suele resultar la verdadera.

—Efectivamente —respondió Lucas, con voz triunfal—. Así que, ¿qué teoría es más lógica?: que mi hija tiró a un compañero, al que por cierto detestaba, en el interior de un pozo, o que éste se cayó solo y mi hija soñó con que lo veía caer y por eso pudo indicar el lugar en el que estaba.

Lucas se recostó en el asiento, satisfecho y convencido de que su giro argumental había dejado K.O. al cura, pero este, lejos de amedrentarse, se inclinó hacia delante y, cruzando las manos, dijo:

—Así que, según usted, es más lógico pensar que su hija, con apenas seis

años, convenciera a un niño, que la detestaba, para que lo acompañara hasta casi tres kilómetros del campamento, hiciera que se asomase al pozo, que por ciencia infusa ella sabía que estaba allí, lo empujase, volviese con los monitores antes de que nadie se diese cuenta de su desaparición y al día siguiente fingiese que había soñado con el lugar en el que había caído debido a sus remordimientos. ¿Cree en realidad que su hija sería capaz de hacer algo así? Respóndame, por favor.

Esta vez el noqueado fue Lucas.

—La verdad es que no —respondió en voz baja.

—Yo personalmente prefiero creer la historia de que el niño fue solo sin permiso de nadie, se asomó donde no debía y se cayó. Por desgracia, eso nunca lo sabremos porque el chico no recuerda esos minutos anteriores a la caída. Pienso que, de alguna manera, Nuestro Señor o su ángel de la guarda, o la fuerza sobrenatural que usted quiera, le comunicó su ubicación. Para mí es una explicación más sencilla; la navaja de Ockham en este caso lo muestra con claridad.

Lucas se quedó pensativo durante unos instantes, para luego ponerse de pie.

—Gracias, padre —le dijo con sinceridad, ofreciéndole la mano.

El padre Alejandro se la estrechó.

—En este mundo hay una batalla a muerte entre las fuerzas del Bien y las del Mal, lo crea o no. Solamente hace falta poner el televisor para ver dónde está el Mal. Sin embargo, a veces es difícil ver esas fuerzas del Bien. Yo creo que su hija tiene algo especial, ya se lo he dicho, y que hará mucho bien en el futuro.

Lucas abandonó la sacristía hecho un lío.

#10

Llegó con quince minutos de retraso a su cita en la cervecería. Entró jadeando y barrió la sala con la mirada. A esa hora, el local se encontraba bastante concurrido. Por fin, localizó una mesa en la que había una mujer sola. Ésa debía de ser Elena Sanchís.

Mientras se acercaba, Lucas la contempló despacio. Se trataba de una mujer alta, esbelta, rubia teñida y de unos treinta dos o treinta tres años, calculó.

La mujer se dio cuenta de su presencia y, esbozando una tímida sonrisa, le hizo un ademán con la mano para que se acercara.

—¿Elena Sanchís? —preguntó, sintiéndose súbitamente ridículo.

—Sí. Supongo que usted es Lucas Drusell.

—El mismo.

Ella le invitó a sentarse y en cuanto se acercó la camarera, Lucas pidió una cerveza de barril. Elena aprovechó para pedir otra Heineken. Mientras llegaba su bebida se estableció entre ellos un tenso silencio. Por fin, Elena se decidió a hablar.

—Lo primero que quiero decirle es que he sido muy grosera con usted. Ya se lo dije ayer pero aún no me he olvidado de ello. Sin embargo, tenía mis motivos para guardar distancias entre usted y yo.

—Olvídelo. A mí también me disgustaría que un extraño me llamara por teléfono para hablar sobre un amigo que acaba de fallecer, y en tan tremendas circunstancias.

—No, no se trata sólo de eso —dijo Elena—. Quería saber si usted estaba limpio.

Lucas puso cara de asombro.

—¿A qué se refiere?

—Perdóneme, pero le he estado investigando.

—¿A mí?

—Sí. Quería saber quién era usted y si mantenía relaciones con determinadas personas y grupos y he comprobado que no.

Lucas miró a su alrededor con nerviosismo, como si temiera encontrarse con alguien.

—¿Quiénes son esas personas y grupos?

—Se lo explicaré más adelante, si me lo permite. Pienso que primero

deberíamos hablar de su relación con el doctor Brull.

Drusell le contó el motivo por el que conocía al doctor y le habló de las ocasiones que él recordaba haber conversado entre sí. También le informó del paquete que había recibido y de los cuadernos y el papel con sus datos. No se le ocurría nada más que añadir.

—¿Y usted de qué conocía a Brull? —le preguntó, incapaz de aguantar más la intriga.

—El doctor y yo coincidimos hace tiempo en la residencia para enfermos mentales del doctor Alberto Hurtado. ¿Le conoce?

—Sí. El día de la muerte del doctor apareció por sorpresa en mi casa.

Ahora fue Elena la que parecía turbada. Enarcó las cejas y le preguntó:

—¿Podría decirme de qué hablaron? Es importante que lo sepa.

Drusell le resumió la visita de Hurtado a su casa y el interés que había mostrado por saber si Brull le había hecho llegar algún tipo de material, suponiendo que se refería a los cuadernos. Omitió explicar su segunda visita y el comentario de su hija sobre Hurtado, ya que no le pareció pertinente. Elena continuó con su historia.

—Durante un año estuve trabajando en el centro de Hurtado. Apareció un anuncio en el hospital donde trabajo en el que se solicitaba los servicios de una enfermera en días alternos para encargarse de varios turnos en un centro psiquiátrico en Collado Villalba. Por aquel entonces, yo andaba francamente mal de dinero. En el hospital solo cubría una reducción de jornada de una compañera que había sido madre hacía poco, por lo que trabajaba el cincuenta por cierto de lo normal. Así que me pareció una oportunidad estupenda para aumentar mis ingresos.

—¿Vive sola?

Elena suspiró un instante.

—Me divorcié al poco de casarme, hace ahora cinco años. Aquello no funcionó. Por fortuna, no hay hijos por medio que hayan sufrido las consecuencias. Había muchas cosas que pagar y poco dinero disponible, con lo que me ofrecí para aquel trabajo. Así que pasé de trabajar media jornada en un hospital a jornada y media entre los dos trabajos.

Elena tomó un sorbo de su cerveza y dejó perder su mirada en el infinito, como si estuviera volviendo a aquellos momentos.

—Debía de resultar muy duro tantas horas de trabajo seguido.

—Había días que llegaba por la mañana al centro psiquiátrico sin haber

pegado ojo en toda la noche, pero no había más remedio si quería ganar ese dinero de más.

—Sin embargo, detecto por su tono de voz que no se sentía feliz, cuando se supone que ya tenía solucionado el problema económico.

La mujer se le quedó mirando como escrutando con su mirada si debía contar a ese desconocido todo lo que sabía. Decidió que podía confiar en él.

—Puede llamarme Elena, si lo desea.

—De acuerdo, Elena. Ahora que lo pienso, también el doctor Brull dejó de trabajar allí, aunque no recuerdo cuánto tiempo estuvo.

—Creo que cerca de cinco años. Yo aguanté solo doce meses.

—Pero, ¿qué pasaba en la residencia?

—Se le explicaré.

Elena respiró hondo y continuó:

—Desde el primer día hubo cosas que me llamaron mucho la atención. Por ejemplo, usted sabe perfectamente que el término «psiquiátrico», al igual que «manicomio» ya no existe.

—Así es —confirmó Lucas—. Antes se utilizaban para designar a aquellos centros sanitarios en los que se ingresaba a enfermos mentales incurables para que pasaran el resto de su vida internados y así no causaran molestias a sus familiares.

—Efectivamente —continuó Elena—. Los centros o residencias de enfermos mentales ya no solo existen para cuidarlos, sino también para intentar que su salud mejore y se consiga su vuelta a la vida más o menos normal.

—Tener un problema mental no significa estar loco —dijo Lucas.

—Exactamente. Pues verás, en el centro del doctor Hurtado no había ni un solo especialista, ni tampoco trabajadores sociales.

—¿Cómo dice?! —exclamó Lucas, incrédulo.

—Como lo oye.

—Pensándolo bien, confieso que a mí también me extrañó que Hurtado me dijera que algunos de sus pacientes pasaban años ingresados. Estaba demasiado abrumado por la trágica muerte de Brull como para darle más vueltas. De todas maneras, cuesta creer que no tenga la dotación de personal suficiente, teniendo en cuenta que por ley debe existir una serie de servicios mínimos para los enfermos.

—Así es. Además, apenas tenían medicamentos. Únicamente aquellos que

servían para sedar a los pacientes, y de hecho así es como estaban todos la mayor parte del tiempo: drogados.

—No lo entiendo, ¿qué quiere decir?

—¿Es que no se da cuenta? —le preguntó la mujer, considerando la obviedad del asunto—. Con ninguno de los internos se seguía en absoluto ningún tratamiento para mejorar su estado. Simplemente se les dejaba en sus habitaciones todo el día sin hacer nada más. Eso sí, lo bastante adormecidos para que no molestaran. Ni siquiera salían al jardín o realizaban actividades, imagínese.

—¿Y qué coño hacían en esa residencia, entonces? —le preguntó Lucas, enojado.

—Nada. Es cierto que la mayoría de casos eran muy complejos, pero sorprendía mucho que nunca abandonaran el centro. Muchos de los enfermos eran personas a los que su familia había, en cierto modo, echado de casa. Hombres y mujeres con las que se había hecho imposible la convivencia y que, internadas allí, en un lugar alejado, habían prácticamente dejado de existir para sus familiares. En el fondo, aquel sitio era un manicomio puro y duro, como los que había antes.

—Brull comenta en los casos que he podido leer que son pacientes muy problemáticos. Pero de ahí a tratarlos ese modo, simplemente encerrándolos... Me parece algo difícil de creer.

—A mí también me lo parecía. En una ocasión, lo hablé con la supervisora y me dijo de malas maneras que ya hacían bastante con dar cobijo a esas personas a las que nadie quería. Además, la dotación de personal era menor que la correspondía con un centro de esas características.

—¿Y los familiares? ¿No preguntaban nada sobre la evolución del enfermo?

—Las familias estaban encantados con el centro. Muchos ni siquiera visitaban a los internos, pensando que era lo mejor. Sin embargo, los sábados y domingos, que eran los días de visita, todo parecía maravilloso y perfecto. Si conoce a Hurtado, habrá comprobado que desprende resolución y eficiencia. Eso hacía que los familiares estuvieran convencidos de que todo iba allí perfectamente y que no podían estar en un lugar mejor.

—¿Nunca había inspecciones de Sanidad?

—Eso es lo más extraño. No sé cómo lo lograba, pero siempre que había alguna inspección, el doctor Hurtado lo sabía con anterioridad y entonces todo era perfecto. Incluso aparecían enfermeros que yo nunca había visto hasta

entonces para completar la dotación y se sacaba a los internos de las habitaciones.

—Pero eso no es posible; muchas de las inspecciones son por sorpresa —repuso Lucas, cada vez más extrañado. Se quedó en silencio durante unos instantes, asimilando todo lo que estaba escuchando, para por fin añadir:

—Todo lo que me cuenta produce una sensación de una completa falta de humanidad en el trato. De veras, me resulta difícil de creer que haya sitios como ése.

—Sí, admito que no es fácil de aceptar.

Elena tomó otro sorbo de su cerveza. Apoyó los antebrazos sobre la mesa e inclinando su cuerpo un poco hacia delante, continuó:

—Un día, uno de los internos para el que no había tratamiento se quejaba de manera especial. Enfadada, busqué al doctor Hurtado y le dije que no era ésa la manera que yo había aprendido a tratar a los enfermos. El muy cabrón se echó a reír. Entonces perdí los estribos, empecé a lanzar insultos y a echar pestes de aquel sitio hasta que Hurtado, dando un fuerte grito, me hizo callar y me dijo: «Tendrá que acostumbrarse a los modos de hacer de esta casa o marcharse. Elija usted».

—¿Qué decidió?

—Me quedé. Yo necesitaba ese dinero y el trabajo que se me pedía no era complicado. Apenas había algo que hacer por la noche y podía dormir bastantes horas, sobre todo si al día siguiente tenía que trabajar en el hospital. En ocasiones, me llegaban los lamentos de alguno de los enfermos, pero pronto acabé por considerarlos dentro de la rutina de la residencia. En ocasiones, eran varios los que se agitaban en sus lechos y yo no podía ni debía hacer más que comprobar que las ligaduras que les ataban a las camas seguían firmes o facilitarles un vaso de agua o algún analgésico que apenas surtía efecto en esos cuerpos tan desgastados.

—¿Cuántos personas internadas tenía el centro cuando empezó a trabajar ahí?

—Unos cuarenta. Hubo algunos que murieron en el tiempo que yo estuve. Al preguntar por algún enfermo ausente cuando llegaba a trabajar, no pocas veces se repitió la misma respuesta: «Se empezó a sentir mal ayer por la mañana y falleció enseguida».

—¿Qué extraño! —exclamó Lucas.

—Y eso, por no hablar de las operaciones a vida o muerte...

—¿Ha dicho operaciones?

—Bueno, eso nos decían cuando venían a buscar a alguno de aquellos desgraciados. Al traerlos de vuelta, había que hacerles curas durante varios días hasta que sanara la cicatriz. Nunca en mi vida he visto tantas urgencias vitales a medianoche.

Lucas hizo un gesto con la cabeza dando a entender su asombro ante lo que estaba oyendo.

—¿Y sus compañeros de trabajo? ¿Les daba todo igual?

—Eran todos muy... peculiares. Durante el tiempo que estuve se fueron algunos enfermeros, pero los que contrataron en su lugar dudo que tuvieran muchos conocimientos de enfermería, quitando de algún cursillo. Además, en general eran zafios a más no poder y desconsiderados con los enfermos. En muchas ocasiones, les oí burlarse y hasta casi gozar cuando se escuchaba un grito lastimero de alguno de los internos o la queja dolorosa de otro.

—Pero habría algún enfermero o enfermera normal aparte de usted, ¿no?

—Según fue pasando el tiempo, cada vez menos.

—¿Y nunca se le ocurrió denunciar los hechos?

Elena se estremeció.

—No —respondió con voz átona.

—¿Por qué? —preguntó Lucas, arqueando las cejas.

—Teníamos miedo.

—¿Miedo? ¿De qué les sancionaran de alguna manera o les despidieran?

—No, no ese tipo de miedo. Era como si en ese lugar hubiera algo... no sé... malo. No puedo explicarlo porque parece estúpido, pero casi se podía sentir en el ambiente.

Elena levantó los ojos buscando un gesto de comprensión en la mirada de Lucas.

—Uno de los enfermeros con los que coincidí, me dijo el día antes de marcharse que, aunque era algo aberrante, no pensaba plantear ninguna denuncia. Cuando le pregunté el motivo, casi no me lo creía. Me contó que otro compañero suyo antes de irse había amenazado a Hurtado diciéndole que iba a tomar medidas legales contra el local y al día siguiente había muerto en un accidente de tráfico.

—Pero eso no es más que una casualidad —le dijo—. ¿Usted cree que la gente se dedica a matar a los empleados con los que no están conformes? Suena a película.

—Es cierto —respondió, agachando la cabeza, avergonzada—, y en el fondo pienso como usted. Pero... no sé... allí dentro sentía algo... raro. Además, alguna vez oí decir a Hurtado que nosotros éramos responsables en buena parte de lo que sucedía en el hospital.

—Eso suena a amenaza. ¿Es consciente de lo que me está contando? —le preguntó Drusell, tratando de convencerse de que todo aquello era cierto—. Me está usted hablando de la casa de los horrores.

—Sí, ya lo sé. Y lo peor del caso, es que yo me volví un poco como ellos, indiferente a todo.

Elena se calló unos instantes, fijando su mirada en el vaso de cerveza, que ya había perdido todo su frescor. Cuando levantó la vista de nuevo hacia Drusell, tenía los ojos brillantes.

—Se me contagió todo lo malo de aquel lugar y me volví tan dura como ellos. Total, ¿qué importaba que uno de aquellos desgraciados se pasara toda la noche dando brincos en la cama, a la que estaba sujeto con unas gruesas correas que le comían la carne? Cerré los ojos a la realidad y me limité a cobrar a final de mes como todo el mundo.

Entonces rompió a llorar.

Lucas estiró el brazo hasta tocar la mano de la chica con la suya.

—Tú no eres como ellos. Yo creo que eres una buena persona.

Elena lo miró y sonrió levemente.

—Gracias, doctor...

—Lucas.

Drusell, soltándola, apuró lo que quedaba de cerveza en su jarra y le preguntó:

—¿Cómo conociste al doctor Brull?

—Él atendía en la residencia a enfermos externos —respondió Elena, ya repuesta—. También se ocupaba de algunos internos, pero siempre les veía en el despacho que usaba como consulta, nunca en su habitación. Solía acabar más o menos a la misma hora en que yo entraba a trabajar. Como coincidíamos con frecuencia, más de una vez entablamos conversación. Le tomé confianza; me sinceré con él y le conté lo que pasaba en la residencia. Me confesó que no sabía absolutamente nada y quedó muy sorprendido.

—¿Parecía sincero?

—Pienso que sí. De eso, hace ya más de dos años, cuando dejé de trabajar allí. En las últimas conversaciones que tuvimos le conté con pelos y señales lo

que ocurría en aquel lugar. Al principio no me creyó. Pensaba que el doctor Hurtado era un buen profesional, pero no lo conocía realmente. Yo sí, y te puedo asegurar que el doctor Hurtado es malo.

Drusell se sorprendió sobremanera.

—Es curioso —comentó—. Acabas de utilizar las mismas palabras que mi hija Lucy pronunció cuando vio en mi casa a Alberto Hurtado. No sólo afirmó que era malo sino que además le dijo que se marchase, ¡y tiene doce años!

—¿Tu hija le conocía de algo? —preguntó Elena.

—En absoluto.

—¿Y qué dijo tu mujer de su reacción?

—Bueno..., la historia familiar es un poco complicada.

Lucas pasó a hacerle un resumen de la muerte de su hijo y la posterior enfermedad de Ángela.

—¡Madre de Dios! —exclamó Elena, llevándose una mano a la boca—. Menudo calvario has tenido que pasar.

Se hizo un silencio, pero esta vez ya no era incómodo. Ya no eran dos desconocidos.

Lucas aprovechó y pidió otra ronda. La historia de su hijo y su mujer siempre le afectaba mucho

También Elena se dio cuenta, y volvió al tema anterior.

—Además de lo que te he contado, hay algo más —dijo, bajando el volumen involuntariamente.

—¿Más? ¿Pero qué más puede haber? —preguntó Lucas, haciendo aspavientos con las manos.

—Creo que a los enfermos les hacían algo... extraño.

—¿A qué te refieres?

Elena respiró profundo, como si lo que fuese a contar le costase una enormidad.

—Ocurría siempre el último jueves de cada mes, a medianoche.

—¿Pero qué me estás contando?

—Pocos minutos antes de las doce de la noche aparecían en la planta el doctor Hurtado y dos hombres más a los que yo no conocía. Hacían levantarse de la cama a alguno de los enfermos más graves, desatándole los correajes si

era el caso, y desaparecían. Al cabo de una hora, más o menos, regresaban con el enfermo y le devolvían a su lecho en un estado que producía escalofríos. En una ocasión, me atreví a acercarme hasta la cama del desdichado y noté cómo temblaba de pies a cabeza y se agitaba, todo esto en un estado de semiinconsciencia. Alcé sus párpados y comprobé que tenía los ojos en blanco.

—¿Qué se supone que les habían hecho? ¿Un tratamiento de shock? ¿Pruebas con nuevos fármacos?

Elena le miró con cara de pena y continuó:

—¿En plena noche? No creo se tratara de eso, precisamente. La tercera vez que se sucedieron los mismos hechos, pregunté a mi compañera de turno para qué se llevaban al enfermo. Como pareció no oírme, le repetí la pregunta. Entonces, me miró, y negando con la cabeza, me dijo: «Lo mejor es que no preguntes. Son cosas del director». Por supuesto, yo no me conformé con la respuesta. Pasó otro mes hasta que, estando de nuevo de guardia, y con la misma compañera de la vez anterior, se repitió la escena. Lo recuerdo como si estuviera allí, ¡pobre Ana!

—¿Ana? —interrumpió Lucas— ¿Ana Peinado?

—¿La conocías?

—No, pero en uno de los cuadernos, el doctor Brull habla de ella. ¿Te acuerdas de quiénes eran los otros enfermos a los que les hacían eso? —preguntó Lucas, notando cómo el pulso se le aceleraba súbitamente, al sentir un palpito. Por fin, después de tanta incertidumbre, se estaba acercando a algo, por eso no se sorprendió de lo que dijo Elena.

—Sí, recuerdo quiénes eran porque siempre se trataba de los mismos. Además de Ana, había dos más: Antonio Poveda y Javier Costa.

Tal y como había imaginado, los tres cuadernos que tenía.

Elena continuó con la narración.

—Cuando me disponía a salir detrás de Hurtado y sus compañeros, noté cómo mi compañera me cogía del brazo, mientras me decía: «Yo de ti, no me movería de mi sitio». No le hice el menor caso y seguí al grupo por las dependencias de la residencia. Se encaminaron hacia un ala en la que nunca había entrado, bastante alejada de las habitaciones de los internos. A través de la ventana de uno de los pasillos que atravesamos pude ver un buen grupo de automóviles aparcados, que no había oído llegar. Continuamos nuestro camino, manteniéndome a una prudente distancia de ellos, hasta que el pasillo llegó a

su fin. Atravesaron la última puerta que había y esperé unos segundos. Entonces me acerqué. Hice ademán de coger la manivela para abrir la puerta, pero en ese momento un miedo muy intenso me paralizó. No sabría explicarlo, pero la sensación era tan estremecedora que, cuando recuperé el control de mí misma unos segundos después, no pude hacer otra cosa que salir corriendo como si me persiguiera el mismísimo diablo.

Lucas hizo un gesto de incredulidad con la cabeza y con las manos, dando a entender que no entendía nada.

—Perdona, Elena, pero todo esto cuesta mucho de creer, la verdad.

—Lo reconozco.

—¿Hablaste con alguna persona de todo esto?

—Sí, con el doctor Brull. No sé por qué, me inspiró confianza desde el primer día que le vi. Me era imposible hablar con alguien del centro. Como ya te he dicho, nuestra tarea se asemejaba más a cuidadores en un zoológico que a enfermeros que atienden a personas. Así de embrutecidos estábamos.

—¿Entonces Brull no sabía lo que realmente sucedía allí?

—Nada hasta que yo hablé con él. Más tarde, me comentó que siempre le había extrañado el empeño de Hurtado en que no apareciera en la zona de las habitaciones. En el fondo, siempre había sospechado que ocurría algo raro, pero creo que no había querido verlo hasta entonces.

Estuvieron charlando un rato más, hasta que Lucas decidió dar por concluida la cita. Ya era muy tarde.

—He disfrutado mucho con tu compañía, Lucas. Incluso, a pesar de que el tema de conversación no haya sido demasiado agradable. Me ha hecho bien hablarle a alguien de todo esto. Hacía mucho tiempo que no estaba tan a gusto con otra persona —le dijo con cierta timidez.

Lucas se sintió halagado por el comentario.

—Igualmente.

—¿Puedo llamarte algún otro día y quedamos para hablar?

—Cuando quieras —le dijo.

#11

De vuelta a casa, Lucas tuvo tiempo para reflexionar sobre lo que Elena le había contado. Había preferido acudir en metro a la cita y así ahorrarse los atascos y el estrés de conducir de noche en una ciudad como Madrid.

A pesar de que había esclarecido algunas cosas, todavía quedaban muchas dudas por resolver, ya que la pregunta clave seguía en el aire: ¿por qué el doctor le había mandado los cuadernos? ¿Qué se esperaba que hiciera él con ellos? Podía acudir a la policía si animaba a Elena a testificar, pero eso iba a ser complicado, no tenían pruebas y, de momento, la honorabilidad de Alberto Hurtado estaba completamente intacta. No iba a ser nada fácil convencer al mundo de que se trataba de un sinvergüenza.

Lucas había estado atando cabos a raíz de la conversación con Elena. Por un lado, sabía que apenas les daban medicación a los enfermos. Además, estaban esas extrañas sesiones a las que se llevaban a uno de los tres enfermos mencionados en los cuadernos. Dado el estado en que volvían y teniendo en cuenta la hora tan anormal en que tenían lugar, era posible que Hurtado estuviera experimentando con ellos algún nuevo tipo de tratamiento, seguramente bastante agresivo y no demasiado ético. Si al final, aquello daba resultado, sin duda lo patentaría y presentaría un montón de informes falsos sobre supuestos experimentos con animales. Así le concederían el oportuno permiso para ensayarlo con voluntarios, cuando la realidad sería que ya lo había probado. Tenía muchas ventajas experimentar directamente con personas, por supuesto, pero el tratamiento, todavía incompleto, podía dañar —o matar— más que ayudar a las pobres cobayas humanas.

Era una posibilidad, sin duda. Pero no explicaba en ningún modo la presencia de esos automóviles a altas horas de la noche. Nadie que hace cosas en secreto convoca público. Además, ¿por qué esperar a la noche, teniendo a su disposición esos enfermos en cualquier momento?

Se había hecho tarde y el metro andaba casi vacío. A pesar de que apenas había gente, el aire olía a rancio y a cerrado. En el extremo del vagón, dos jóvenes se dejaban caer sobre los asientos. Tenían los ojos cerrados y por las orejas de cada uno asomaban sendos auriculares que los aislaban del resto del mundo. Uno de ellos pareció despertar del letargo y avisó a su compañero con unos toques en el brazo. Su parada se aproximaba. Se levantaron los dos,

desperezándose. Iban ambos a la moda: los pantalones vaqueros estaban rotos por varios lugares y las camisas llevaban motivos roqueros. Al pasar frente a Drusell, dejaron una estela de olor a marihuana.

En la parada siguiente, se apeó.

Eran cerca de las once cuando llegó a su casa. Abrió la entrada al portal y subió en el ascensor. Se sorprendió al encontrar en el rellano de su piso un sobre bastante voluminoso en el suelo, frente a su puerta.

Lo cogió. No llevaba sellos ni remitente, pero sí un nombre: Lucas Drusell. Alguien lo había dejado allí directamente.

Miró con aprensión a su alrededor, sin ver nada fuera de lo normal, y entró en su casa. Lucy ya estaba acostada, así que se dirigió a su despacho y abrió el enigmático sobre.

Dentro, había un manuscrito encuadernado con anillas. La primera página indicaba el título:

«Enfermedades mentales y posesiones diabólicas, por José Antonio Brull Villegas»

Lucas dio un respingo involuntario. ¿Posesiones diabólicas? ¿Hasta dónde íbamos a llegar?

Leyó, intrigado, la introducción:

En la actualidad, el importante desarrollo experimentado por la psiquiatría, y su cada vez más poderosa eficacia en la solución de determinados trastornos de conducta y manifestaciones sintomáticas, condicionan en gran manera el que hagamos atribuciones de índole exclusivamente psiquiátrica a la hora de explicar determinados comportamientos. Si a ello añadimos que las convicciones y creencias religiosas están hoy a la baja en algunos contextos culturales, es lógico que trate de explicarse cualquier acontecer psicopatológico apelando a la psiquiatría y olvidándose por completo de la religión.

No obstante, en mi dilatada carrera como psiquiatra, me he encontrado con un cierto número de casos que escapan por completo a la psiquiatría. A pesar de que la ciencia ha empezado a asomarse al interior del cerebro humano y tenemos respuestas para muchos de los males que aquejan a la humanidad, en ocasiones la enfermedad de determinados pacientes escapa a toda lógica.

Llegado a este punto, Drusell interrumpió la lectura, al recordar el caso de su mujer. El doctor Brull estaba en lo cierto: había veces en las que la psiquiatría no valía para nada o poco podía hacer por un paciente. Por desgracia, él mismo podía dar fe. Su mujer había sido visitada por eminentes médicos, había seguido un número considerable de tratamientos, pero todo había sido en vano. Era muy frustrante el tener tantos conocimientos y medios al alcance y no poder hacer nada por un ser querido.

Continuó leyendo:

Todo lo anterior me ha llevado a plantearme si hemos hecho mal en desterrar por completo la religión, y nos hemos obcecado en buscar una explicación racional y empírica a todo, cuando hay veces que, sencillamente, no la tiene.

Por tanto, lo que no parece que sea conveniente es interrumpir el diálogo entre psiquiatras y pastores. Pues si en la Edad Media se incurrió en un exceso al magnificar las atribuciones de tipo religioso para la explicación de estos comportamientos, es muy posible que hoy se esté incurriendo también en otro exceso: el de apelar únicamente a la psiquiatría, al mismo tiempo que se vuelve la espalda a cualquier fenómeno de naturaleza religiosa.

Lucas hizo una nueva pausa.

No podía creer lo que estaba leyendo. ¿Lo habría escrito en realidad Brull o se trataba de una broma? Desconocía si su antiguo profesor era creyente, pero ¿qué tenía que ver la religión con la ciencia?

Lo que estaba planteando era como sugerir que quizá hubiera que recurrir de nuevo al rezo de novenas para sanar enfermedades, en lugar de tomar medicación. No tenía ni pies ni cabeza.

Ninguna ciencia puede configurarse o entenderse como omnipotente, particularmente cuando hay que dilucidar la compleja naturaleza de ciertos comportamientos que ocupan un ámbito fronterizo entre la psicopatología y la religión.

A las anteriores causas relativas a la incomunicación existente hay que

añadir otras, no menos importantes. Me refiero, claro está, a la escasa sensibilidad que existe entre muchos creyentes respecto de ciertos elementos relacionados con lo demoníaco.

¿El demonio! ¿El insigne profesor José Antonio Brull creía en el poder del demonio? Nunca lo hubiese dado crédito ni aunque se lo hubieran jurado.

A pesar de la hora, Lucas no tenía sueño y decidió continuar la lectura del manuscrito. En lo que seguía, Brull no llegaba en ningún momento a expresar su opinión acerca de posibles intervenciones diabólicas en las vidas de los hombres, y afirmaba que correspondía al lector la decisión final de creer o no en ellas. Sin embargo, añadía, algunos pacientes que había atendido durante los cerca de cuarenta años del ejercicio de la psiquiatría presentaban males absolutamente inmunes a cualquier medicina o tratamiento.

Comentaba que varios de ellos, después del fracaso de la medicina tradicional en la curación de sus males, habían acudido a magos porque estaban convencidos de que algún poder superior se estaba cebando en su cuerpo y en su mente, y pensaban que estos brujos serían capaces de resolver su problema. La historia de estos enfermos solía terminar mal: además de pagar en cada visita cantidades respetables al nigromante de turno, su enfermedad no se arreglaba sino que no hacía más que empeorar. Alguno de ellos, como último remedio, se decidía a acudir al párroco de la iglesia más cercana, ya perdida toda esperanza, pensando en la remota posibilidad de que se arreglase su mal mediante algún remedio espiritual. Brull recordaba un par de personas que se habían curado por completo después de someterse a varios exorcismos.

A partir de ese punto, a lo largo de los diversos capítulos del libro, Brull se dedicaba a comentar diversos casos, todos con los nombres y algunas circunstancias modificadas para salvaguardar la identidad de las personas, en los que la medicina se había topado con un muro infranqueable. Señalaba que, aparte de tres enfermos que habían sido pacientes suyos, las demás historias que se contaban las había ido recogiendo de publicaciones de muy diversos países. Abundaban relatos de Brasil y de varias naciones africanas.

Según iba leyendo, el manuscrito desgranaba la extraña relación entre psiquiatría y religión. Lucas reconoció en su fuero interno que el libro estaba muy bien escrito y los argumentos eran convincentes. Empezó a notar una sensación extraña, como si se estuviera aproximando a algo desconocido y

poderosamente inquietante.

Le resultaba sorprendente que Brull hubiera redactado algo como lo que tenía en sus manos. Había procurado hacer esfuerzos por recordar si en alguna de las sesiones del curso de doctorado había salido algo relacionado con el demonio, pero no conseguía acordarse de nada. La única referencia al tema que recordaba era un breve comentario sobre un niño que sufría la enfermedad conocida como síndrome de Tourette. Se trataba de un trastorno descrito por un médico francés que, a finales del siglo XIX, publicó un estudio sobre la enfermedad. Brull les explicó que los efectos de dicho síndrome consistían en movimientos y sonidos vocales involuntarios y repetitivos, calificados como tics. En algunos casos, tales tics incluían palabras y frases inapropiadas. La voz gutural y todos los improperios soltados por la niña protagonista de «El exorcista» no habrían sido para algún psiquiatra que la hubiese tratado más que un reflejo de este síndrome.

No obstante, a raíz del contenido del manuscrito, no hacía falta ser muy astuto para entender qué pensaba el doctor de los tres casos que le había dejado como testamento: los tres estaban poseídos o se encontraban bajo cierto poder del demonio.

Le sacó de sus cavilaciones un débil ruido al otro lado de la puerta que hizo que se sobresaltara.

—Hola, papá.

Lucy se acercó y le dio un beso a su padre.

—¡Hola, Lucy! —le respondió Lucas—. ¿Te he despertado?

—No, ¡qué va! No me quería dormir. Tengo miedo de tener otra vez esa pesadilla —dijo con voz angustiada.

Lucas la sentó en su regazo, como si fuera una niña pequeña.

—Cuéntame. ¿De qué trata la pesadilla? —preguntó con voz dulce.

Gracias a su conversación con el sacerdote, ahora veía claro el error que estaba cometiendo con su hija. Hasta entonces, había intentado hacer de su hija lo que él deseaba que fuera, negándose a ver sus peculiaridades. A partir de la charla con el padre Alejandro, había decidido intentar ver a Lucy tal cual era y aceptar sus limitaciones y sus fallos, aunque no siempre lo consiguiera. Se había acabado el pasar por encima de lo que no entendía o no aceptaba de su hija.

La niña lo miró extrañada un momento, para luego relajar sus facciones. Sin duda, tener que ocultarle una parte de ella que la hacía sufrir mucho tenía que

haber sido muy duro, pensó Lucas, reprochándose haber sido tan insensible.

—Verás, no es un sueño de monstruos ni nada parecido. Pero aún así, me da miedo.

—Te escucho —la animó.

—Llevo dos noches soñando lo mismo. Veo una casa, una casa grande y vieja, de color blanco pero con la pintura muy desgastada. Parece como una granja de esas que salen en las películas americanas, con un establo a un lado, un prado al otro y una gran zona vallada, como si fuera para el ganado. También hay una pinada cerca.

—No suena mal —apuntó su padre.

—En principio no, quitando que está abandonada, además de vieja. Sin embargo, hay algo en ella que me da mucho miedo y no sé qué es.

—¿Y qué más aparece en el sueño?

—Veo también el camino que lleva hasta la casa. ¿Recuerdas el parque Warner?

Lucas rememoró en un instante los buenos ratos que pasó con su hija en aquel gigantesco parque de atracciones cercano a Madrid.

—¿Está allí la casa?

—No —repuso Lucy—. Me veo circulando en el interior de un coche por la autovía. En un momento dado, dejamos el parque Warner a la izquierda y, poco después, cogemos la salida de la autopista, cerca de un restaurante que parece que tenga el techo de paja. Continuamos por esa carretera y salimos de ella justo al llegar a un camino muy estrecho y en mal estado que también está a la izquierda. Ahí mismo se ven los restos de un coche quemado. Según vamos avanzando por el camino, me siento cada vez más inquieta, hasta que, de repente, aparece la casa.

Lucas se quedó sorprendido por la cantidad de detalles que le había dado su hija, sin saber qué pensar.

—Bien, es hora de volver a la cama, jovencita, que mañana no te podrás levantar.

Lucas hizo también lo mismo y se dirigió a su dormitorio, el que compartiera con su mujer. Iba a leer un rato más pero al final decidió irse a dormir. Abrió el armario para dejar allí el manuscrito, lejos de la curiosa mirada de Lucy. A pesar de que el armario era doble, no tenía demasiado sitio para él, ya que no había retirado nada de su mujer. Allí estaba todo: sus trajes de fiesta y casi todos sus vestidos y complementos, puesto que al centro en el

que estaba ingresada apenas se había llevado cinco mudas. Ver el armario le producía siempre una gran tristeza, y no era el único al que su visión le generaba malestar. Su hija se ponía fatal solo con acercarse a él, por lo que siempre intentaba evitar entrar en la habitación de su padre.

Dejó el libro en el estante superior, en un hueco, junto a una caja con correspondencia que guardaba allí su mujer y que él jamás se había atrevido a tocar.

#12

Al día siguiente, Lucas apenas se pudo concentrar en el trabajo.

En el hospital, estuvo a punto de preguntar a uno de sus colegas sobre lo que opinaba de las posesiones diabólicas, pero no se atrevió. Sonaba a cosa de locos. No tenía ni idea de quién le había dejado el manuscrito en la puerta, pero ahora eso era lo de menos. La pregunta que le rondaba la cabeza era: ¿estaban los pacientes de los tres cuadernillos endemoniados? En ese caso, ¿lo sabía Hurtado? Quería imaginar que no, ya que si la respuesta era afirmativa, todo aquello se complicaba y mucho, pues no alcanzaba a entender para qué podía querer alguien tener encerrados a varios endemoniados.

La mañana, por fortuna, pasó tranquila. Lucas fue visitando a sus pacientes para después actualizar los historiales y modificar, si era el caso, la medicación de algunos de ellos. En general, todos estaban respondiendo bien a los tratamientos, algo muy satisfactorio, a pesar de que ese día estaba en muchos momentos con la cabeza en otro sitio.

A las tres se marchó a casa y mientras iba de camino le mandó un mensaje a Daniel para que cancelase la única consulta que tenía esa tarde. Se trataba de una señora ya entrada en años, viuda y muy rica, que acudía dos veces al mes, siempre aquejada de extrañas jaquecas. Por lo general, Lucas le recetaba sencillos calmantes que funcionaban a la perfección, por lo que creía que la señora simplemente quería a alguien que la escuchara, aunque tuviera que pagar para ello.

Después de comer y descansar un rato, en un arranque bastante irracional para su modo de ser y de pensar, se encaminó hacia la parroquia a la que solía asistir a misa los domingos con su hija. Se la encontró cerrada. Un cartel en la entrada del despacho parroquial informaba de las horas de visita. Tendría que esperar hasta las seis. Regresó a su casa dispuesto a volver una hora más tarde.

A las cinco y media llegó Lucy. Merendó en cinco minutos y en seguida se metió en su cuarto a estudiar. Lucas le dijo que saldría un momento sin darle más detalles.

Esta vez se encontró con el despacho parroquial abierto, aunque había dos personas esperando turno para entrar. A los veinte minutos, por fin, le tocó a él.

—Señor Drusell, ¡qué agradable sorpresa! —exclamó el padre Alejandro, sonriendo.

—Hola. No quiero entretenerle mucho, pero quería consultarle algo —dijo con tono inseguro.

—Usted dirá...

—Verá... Lo que voy a preguntarle es un poco especial. Espero que no me malinterprete.

—Por supuesto.

—¿Usted sabe algo de posesiones diabólicas?

En el rostro del cura apareció la sorpresa.

—¡Vaya! Me ha pillado fuera de juego, no me esperaba esa pregunta para nada.

—¿Cree que en realidad existen las posesiones? —preguntó, subiendo el tono involuntariamente.

El padre Alejandro tomó conciencia de la seriedad de la pregunta y contestó:

—Por supuesto. Y la Iglesia así lo afirma de una manera rotunda.

—Siempre había pensado que eso eran cosas de las películas de terror o cuentos para asustar a la gente y que así tuviera miedo de ir al infierno.

Lucas pasó a relatarle todo lo que sabía de los tres extraños cuadernos y del manuscrito del doctor Brull.

—Si no le entiendo mal, usted piensa que esos tres pacientes necesitan a un exorcista porque no responden a ningún tratamiento ni presentan lesiones cerebrales.

—No sé qué decirle, la verdad. Es todo muy complejo. La duda me ha surgido por un manuscrito que he recibido en casa, en el que un psiquiatra que trató a esos pacientes habla de posesiones diabólicas.

—Tengo que manifestarle de nuevo mi sorpresa —comentó el sacerdote—. Es la primera vez que me encuentro en una situación como ésta. Claro, que aún soy joven y llevo pocos años de cura. El caso es que son tan pocas las veces que alguien solicita que a otra persona se le practique un exorcismo que en cada diócesis sólo hay uno o dos sacerdotes que pueden hacerlo. Necesitan un permiso del obispo, ¿sabe? Eso de enfrentarse con el demonio cara a cara no debe de ser nada agradable.

—¿Conoce usted a alguno de esos exorcistas?

—Me temo que no. Tendría que llamar al obispado y que allí me dieran su

nombre y su teléfono.

—Pues hágalo, por favor. No perdamos más tiempo.

Mientras el sacerdote localizaba el teléfono del obispado y se entretenía en buscar la información solicitada, Lucas no pudo evitar sentirse ridículo al estar planteando esa hipótesis completamente descabellada y que además iba en contra de su experiencia como médico.

—Hemos tenido suerte —dijo el párroco, después de colgar—. En la diócesis hay dos exorcistas. Uno de ellos está muy mayor y ya sólo ejerce como maestro del otro. Tengo el nombre y el teléfono del segundo. Es un profesor del seminario y se acordará de mí.

—¿Cómo es que hay sólo dos exorcistas en una diócesis tan grande como la de Madrid?

El sacerdote se encogió de hombros.

—Hoy día, poca gente cree que un cura pueda ayudarle con unas oraciones y a todo el mundo le parecen pamplinas y cosas de viejas; algo superado por la ciencia, dicen. Sin embargo, es curioso, pero se sorprendería de la cantidad de gente que consulta el horóscopo, que va a que le echen las cartas, y que acude antes a cualquier mago o curandero cuando el médico ya no puede hacer nada más.

Lucas se sorprendió de la afirmación del cura. Nunca lo había pensado y ahora que caía en la cuenta, lo veía con claridad. Se suponía que, al dejar la religión de lado, la sociedad se había hecho «adulta» al no depender de un Ser superior. Sin embargo, cada vez estaban más de moda las terapias alternativas como la curación a través de «energías» u otros métodos de dudosa fiabilidad y contrarios a la ciencia. Además, la gente era cada día más supersticiosa.

Como si le leyera los pensamientos, le dijo el padre Alejandro:

—Es matemático: donde decae la religión, crece la superstición. Por eso están tan difundidas, sobre todo entre la gente joven, las prácticas de espiritismo, la magia y el ocultismo. Tendría usted que conocer algún grupo de *rock* que yo me sé y las letras de sus canciones para comprobar que la gente no le tiene miedo al demonio ni al infierno. Es absurdo: confiesan creer en su existencia pero les da igual, o incluso muestran deseos de tener relaciones con ese mundo de maldad.

—Para mí que se trata del tema como si fuese una experiencia nueva que hay que probar; como la droga, por ejemplo. Pienso que en realidad no creen que exista el demonio o, por lo menos, no lo ven como dice la Iglesia que es

—dijo Drusell.

—¿Conoce la historia de la oración a San Miguel? —preguntó el párroco, en vista de que Lucas se interesaba por la cuestión.

Lucas negó con la cabeza.

—Se trata de una oración que hasta la reforma del Concilio Vaticano II, el sacerdote debía rezar junto con los asistentes, de rodillas, al terminar la misa. El origen de esa oración es muy extraño. Sucedió una mañana en que el Papa León XIII estaba asistiendo a una misa de agradecimiento después de haber celebrado la suya, como hacía de manera habitual. De repente, se le vio levantar enérgicamente la cabeza y después, observar algo por encima del sacerdote que celebraba. Miraba con fijeza, sin parpadear, con un aire de terror y de asombro; tenía el rostro como demudado. Algo muy raro debía de estar ocurriéndole.

—¿Se trataba de una visión o algo parecido?

—Sí, eso fue. Cuando volvió en sí, se dirigió a toda prisa hacia su despacho privado. Los que estaban con él le preguntaron si no se encontraba bien o si necesitaba algo. El Papa dijo que estaba perfectamente y que le dejaran un rato solo. Al cabo de media hora, hizo llamar al secretario de la Congregación de Ritos y, dándole un folio escrito a mano, le mandó imprimirlo y enviarlo a todos los obispos del mundo. Era la oración que ahora se ha suprimido, pero que cualquiera puede rezar por devoción. Yo lo hago todos los días después de celebrar la Misa.

—¿Y qué dice esa oración?

El sacerdote recitó de memoria con voz solemne:

«San Miguel arcángel, defiéndenos en la batalla; contra las maldades y las insidias del diablo sé nuestra ayuda. Te lo rogamus suplicantes: ¡que el Señor lo ordene! Y tú, príncipe de las milicias celestiales, con el poder que te viene de Dios, vuelve a lanzar al infierno a Satanás y a los demás espíritus malignos que vagan por el mundo para perdición de las almas».

—Da casi miedo —comentó Lucas en voz baja.

—Estoy seguro de que es lo que sintió León XIII cuando la compuso. Años más tarde, un cardenal italiano explicó que el Papa había experimentado verdaderamente una visión de los espíritus infernales que se concentraban sobre Roma; con motivo de esa experiencia nació la oración que hizo rezar en toda la Iglesia. No contento con eso, él mismo escribió de su puño y letra un exorcismo especial que se incluyó en el Ritual romano y que lo rezaba con

mucha frecuencia a lo largo del día. Todo esto nos lo contó en una clase precisamente el sacerdote del que le he hablado antes, que ha recibido del arzobispo el encargo de exorcista.

—Entonces —le preguntó Lucas—. ¿Cree que hoy en día hay gente que está poseída?

El joven cura le sonrió y respondió:

—¿Piensa que me hubiera ordenado sacerdote si dudase de la existencia del demonio y de que Jesucristo ha destruido su reinado para siempre? Confieso que no tengo ninguna experiencia en el trato con personas poseídas por el demonio o que han sufrido un hechizo o una maldición en la que haya intervenido el diablo. Sin embargo, tengo el suficiente sentido común, como sacerdote católico, para no poner en entredicho verdades que la Iglesia ha sostenido desde siempre.

—¿Qué tal si le llamamos ahora? —propuso Lucas, con más ganas de avanzar hacia su objetivo que de escuchar tanta explicación por parte del joven clérigo.

—¿Por qué no?

Eran cerca de las diez de la noche y Lucas se encontraba sentado en el sofá del salón contestando varios correos electrónicos con su ordenador portátil.

Durante los últimos minutos había estado escribiendo a su amigo, el empresario Gonzalo Vargas. Hacía muchos meses que no lo veía, aunque sí se intercambiaban emails cuatro o cinco veces al año y se felicitaban las fechas señaladas a través de *whatsapp*. Gonzalo había empezado a acudir a su consulta por un problema de estrés. Poseía un don especial para los negocios y un extraordinario don de gentes. Entonces no tenía ni treinta años y ya era multimillonario. A Lucas no le extrañaba, ya que, cuando lo conoció, la primera impresión que percibió en él era que se encontraba frente a un triunfador nato. Alto, guapo, atlético, todo su persona irradiaba una especie de magnetismo que hacía que cualquiera se sintiera muy a gusto en su presencia.

En su último correo electrónico, Vargas le contaba que llevaba cerca de seis meses recorriendo Estados Unidos y fundando nuevas sucursales de su multinacional. En breve, volvería a España para quedarse una temporada, ya que tenía cosas importantes que hacer en Madrid.

Lucas recordó los rumores de que iba a meterse en política, cosa nada sorprendente ya que estaba seguro de que llegaría muy lejos en cualquier asunto en que participara. Imaginó que el motivo de su vuelta debía de estar relacionado con esa nueva actividad. Estaba seguro de que empezaría a tirar de contactos para empujar su carrera política.

Lucas le contestó con tres párrafos, sin contarle nada de los extraños acontecimientos en los que se había visto envuelto los últimos días.

Estaba comenzando a leer un correo de un antiguo paciente cuando sonó el móvil.

Drusell miró la pantalla y leyó: «Número desconocido»

Descolgó, suspirando. Esperaba que no se tratara de algún pesado de una compañía telefónica ofreciéndole el último modelo de *smarthphone* para cambiarse con ellos.

—¿Diga?

—¿Doctor Drusell?

Al identificar la voz, todo su cuerpo se tensó como un resorte.

—Soy Alberto Hurtado

Lucas tardó unos segundos en contestar.

—¿Me oye?

—Sí, sí, le oigo. Buenas noches —dijo atropelladamente.

—Verá, como el otro día nuestra entrevista se vio interrumpida, todavía tenemos pendiente solucionar el tema de los cuadernos de Brull. ¿Cuándo puedo pasar a recogerlos?

Aunque la frase acabó en tono de pregunta, parecía más bien una orden.

—Verá, doctor —balbuceó Lucas, intentando centrarse—. Resulta que... los destruí.

—¿Los destruyó?

—Claro, como era información confidencial de pacientes pensé que lo mejor era deshacerme de ellos, para que ya no hubiera problema —contestó, más deprisa de lo que habría querido.

El doctor Hurtado pareció unos segundos desconcertado, hasta que por fin contestó:

—Está bien. Asunto resuelto entonces. Buenas noches.

#13

El padre Francisco era sacerdote de la orden de Santo Domingo. Daba clases en el seminario de la diócesis y atendía como coadjutor una parroquia de las afueras de Madrid.

Lucas se había citado con él a las once de la mañana en su despacho del seminario. Era sábado y ambos estaban libres de sus cotidianas tareas profesionales. Lucas había invitado a Elena para asistir a la reunión con el exorcista. Después de todo, ella había estado en contacto con los enfermos y podría aportar datos importantes para aclarar si era necesaria o no la intervención del dominico.

—¿Poseídos? ¿Me tomas el pelo? —le dijo, molesta, cuando le propuso acudir con él.

—A mí también me suena a cosa de locos, de verdad, pero creo que vale la pena intentarlo.

—¿Pero a ti qué más de te da? —le preguntó con brusquedad—. Es algo que no te concierne, ¿para qué complicarte la vida de esta manera?

Lucas se quedó algo sorprendido de su reacción, pero tuvo que reconocer que no le faltaban motivos. Después de todo, no era asunto suyo, pero de alguna manera sentía una especie de obligación, como si hubiera contraído una deuda con el viejo profesor Brull al recibir sus cuadernos.

Antes de que le diera tiempo a responder, Elena recapacitó y le dijo:

—Perdóname por haberte contestado así, lo siento.

—No pasa nada. Comprendo que este tema no sea agradable para ti. No obstante, pienso que me vendría bien tu compañía.

Drusell insistió durante unos minutos más y acabó convenciéndola para que le acompañara, a pesar de su inicial resistencia. Una invitación a comer en un famoso restaurante de Madrid terminó por vencer sus reticencias.

—Lo primero que quiero que sepan es que no es fácil a priori determinar si se trata de personas poseídas o no —señaló el sacerdote cuando Elena comenzó a explicarle a regañadientes la situación—. El demonio se esconde y evita por todos los medios ser descubierto. Aún así, la misma Iglesia, ya desde el siglo XVI, en el Sínodo de Reims, ha advertido que algunas formas de sospechosa posesión diabólica pueden ser sencillamente enfermedades mentales. Por desgracia, no existe un aparato que nos diga: «Sí, ésta persona

tiene un demonio dentro y la posesión es de tal grado de magnitud».

El buen sacerdote le cayó simpático a Lucas. Con su pelo entrecano peinado hacia atrás y sus mejillas sonrosadas no parecía tener más de cincuenta años. Parecía una persona inteligente y abierta al diálogo, muy distinto al sacerdote mayor, serio y severo, con el que pensó que se iba a encontrar.

Elena le resumió lo que había vivido durante los meses que trabajó en el centro de enfermos mentales de Hurtado y Lucas le expuso brevemente la historia de las tres personas recogida en cada uno de los cuadernos que había heredado del doctor Brull. También le habló de sus sospechas acerca de que el doctor pensaba que se trataba de auténticas posesiones. El padre Francisco les escuchó sin interrumpirles y, al terminar, pareció quedarse unos segundos reflexionando, con los ojos cerrados. Después dijo:

—No, no me he dormido. Lo que acabo de hacer es encomendarme al Espíritu Santo para que nos ilumine en estos extraños casos y acertemos. Como ya les he dicho antes, el demonio es muy cuco y hace lo imposible para pasar desapercibido. Ése es y ha sido siempre su mayor éxito. Actúa sin que los hombres seamos conscientes de ello.

—Pero, ¿qué es exactamente lo que hace, si es que se puede explicar de algún modo? —preguntó Lucas.

El sacerdote se arrimó a la mesa, apoyó los codos sobre ella y cruzó sus manos, como si fuese a rezar.

—Mire, señor Drusell. Lo que el demonio desea por encima de todo es apartar a los hombres de Dios y eso es lo que hace de manera habitual; es lo que llamaríamos acciones ordinarias. ¿Sabe a qué me estoy refiriendo?

—Pues no, sinceramente.

—A las tentaciones, hombre de Dios, ¿a qué va a ser si no? —dijo el dominico abriendo mucho las manos y resoplando—. Satanás y los demás diablos no suelen perder el tiempo metiéndose en el cuerpo de las personas para atormentarlas. No digo que no lo hagan en ocasiones, pero su tarea ordinaria es tentar a los hombres al mal con las cosas ordinarias de la vida: la pereza, la sensualidad, la soberbia... En fin, todos los pecados capitales. Una vez escuché a una persona muy santa que se enfada más al demonio con una buena confesión de los pecados, con lo que se le arrebató el alma, que realizando un exorcismo, tratando de arrebatarse un cuerpo.

—¿Y cuáles son, entonces, lo que usted calificaría de acciones extraordinarias?

—En primer lugar, son extraordinarias porque solo en determinados casos son permitidas por Dios. Recuerde que el demonio es una criatura y que aún tentándonos sigue sirviendo al Creador. ¿Se ha preguntado alguna vez qué pasa cuando usted sale victorioso de una tentación?

Lucas se hallaba desconcertado. Se giró hacia Elena y ésta se encogió de hombros.

—No sé, ¿qué me pasa?

—¿Qué va a pasar, hombre? Que le ha dado de morros al demonio y ha hecho una acción buena evitando la mala que se le invitaba a hacer, y eso siempre es lo mejor, ¿no le parece?

—Sí, claro —respondió Lucas—. A lo que íbamos, ¿cómo actúa el demonio en esos casos extraordinarios?

—Dios puede permitirle actuar de muchos modos. ¿Ha leído la vida del cura de Ars o del Padre Pío?

—No. No son mi fuerte las vidas de santos.

—Si hubiera leído alguna de sus biografías habría visto cómo Dios permite que almas santas sean atormentadas por el diablo provocándoles sufrimientos físicos. Muchos santos han sido golpeados, flagelados y apaleados por demonios. Pero eso no se desaparece con un exorcismo sino que se acaba cuando Dios dice basta.

—Entonces no es ése el caso de ninguno de nuestros enfermos —intervino Elena, intentando centrar la conversación.

—Desde luego —señaló el sacerdote—. Podría tratarse de vejaciones diabólicas, más que de auténticas posesiones.

—¿Podría explicarse un poco?

—Una vejación produce trastornos y enfermedades de muy diversa gravedad, pero no llega a las causadas por una posesión. La persona que sufre una vejación puede cometer acciones o pronunciar palabras de las que no es responsable. Incluso puede llegar a perder el conocimiento, pero no es tan atormentada como cuando el demonio se apodera de un cuerpo, en la posesión diabólica, y lo hace actuar o hablar como él quiere, sin que la víctima pueda resistirse. Una persona poseída no es moralmente responsable de lo que haga mientras el demonio domina sus actos. ¿Han visto la película «El exorcista»?

—Sí —respondieron al unísono Elena y Lucas.

—La niña, durante gran parte de la película, está completamente sometida a la voluntad del demonio que está dentro de ella. Por eso se dan en la chiquilla

los tres indicios de posesión que sólo suelen aparecer cuando se está tratando de expulsar al demonio.

—Sí, es verdad —comentó Lucas—. Hay una escena en la que se ve que la niña entiende el latín y recuerdo también un momento en que la cámara enfoca uno de sus brazos estirando de la correa que le ata a la cama y a punto de romperla.

—Exacto —le confirmó el sacerdote—. Son dos de los indicios: entender y hablar lenguas desconocidas y demostrar una fuerza excepcional. El tercero es la capacidad de revelar cosas ocultas.

—¿Cómo es posible que ocurra eso? —intervino Elena—. La verdad es que se me hace increíble.

—El cómo no se lo puedo explicar. La realidad es que ocurre aunque, gracias a Dios, en casos muy determinados. Pero lo peor de todo no es la posesión diabólica, con todo lo que puede hacer sufrir. Hay incluso santos en los que Dios ha permitido cierto grado de posesión por parte del demonio. Lo peor, decía, no es eso, sino —y se santiguó mientras decía esto— la dependencia diabólica: hacer pactos de sangre y consagrarse a Satanás de por vida.

Lucas sintió un escalofrío al oír aquello.

El sacerdote se calló, como dejando a sus oyentes el tiempo necesario para reflexionar. Al cabo, les preguntó:

—¿Qué quieren que haga, entonces?

—Nos gustaría que examinase a los tres enfermos de los que hablan los cuadernos y que dictamine si hay posesión, vejación o como quiera que se llame —le contestó Lucas.

—Y supongo que luego debo ocuparme de echar al demonio o de eliminar cualquier tipo de influencia maléfica.

—Para eso le pagan, ¿no?

El sacerdote sonrió y continuó con la broma.

—No se vaya a creer que hay un plus de peligrosidad por enfrentarse al diablo de vez en cuando. Bueno, ¿han hablado ya con los familiares?

—No —contestó Lucas, mirando a Elena—. Todavía no. Antes queríamos charlar con usted para que nos dijera qué le parecía todo esto. No podemos ir a las familias con la historia de que un cura va a intentar resolver lo que la medicina no ha podido durante años si el cura no lo ve claro.

—Claro, claro, no lo veo, la verdad —dijo el dominico—. Pero pienso que

puede darse una intervención diabólica en alguno de esos casos; o quizás en los tres. Estoy dispuesto a intentar el exorcismo siempre que detecte algo que me lleve a sospechar la presencia del maligno en esa persona, pero necesito estar junto a ella.

—Entonces, no se hable más. Hoy mismo empezamos a avisar a las familias —comentó Lucas.

—No se haga muchas ilusiones —le advirtió el sacerdote—. Es muy difícil que alguien admita de entrada que el demonio se ha apoderado del cuerpo de su hijo o de su marido. ¿Ha pensado cuántas personas creen realmente en la existencia de Satanás y de todo su ejército? Incluso usted misma, Elena; después de lo que hemos hablado, ¿cree que existe el demonio y que ejerce su maléfica influencia sobre los hombres?

Elena pensó que ni mucho menos estaba convencida de ello. Eso de hablar del diablo y de su supuesta actividad era algo enteramente nuevo para ella.

—El sacerdote tiene razón —dijo, volviéndose hacia Lucas—. No va a ser fácil convencerles.

—¡Pero hemos de intentarlo! —intervino este—. ¡Quién me iba a decir a mí hace una semana que ahora estaría hablando con un exorcista pidiendo su intervención para liberar a unos pobres desgraciados! Si he llegado hasta aquí, pienso continuar.

—Como ustedes decidan, así haré.

—Seguiremos el mismo orden de los cuadernos que me dejó el doctor Brull. Por fortuna, al principio de cada uno están escritos los datos completos del enfermo, con su dirección y teléfono.

Al salir del seminario, Lucas y Elena caminaban uno junto al otro, en silencio.

El mes de octubre estaba apenas comenzando y el otoñal frío madrileño apenas se notaba esa mañana. El día lucía radiante.

Se encaminaron hacia un pequeño parque y pasearon despacio, contemplando las hermosas flores perfectamente alineadas. Un grupo de chiquillos corría chillando sin parar.

—Elena, ¿estás bien? —preguntó Lucas, por fin.

Ésta lo miró como si de pronto no recordara que estaba junto a él, para

luego añadir.

—Sí, creo que sí. Es todo muy extraño. Hace mucho tiempo que encerré en mi interior todo lo vivido en la residencia de Hurtado, le puse un candado y eché la llave al mar. Ahora tú me has hecho revivir todo aquello y me siento fatal por no haber intentado hacer algo más para ayudar a toda aquella gente.

—¿Qué ibas a hacer tú sola, mujer?

—Tienes razón. ¿Sabes? Parece mentira, pero cuanto más lo pienso, más sentido encuentro a la disparatada idea de que exista una posesión diabólica. En la residencia todos los enfermos estaban muy mal, pero justamente aquellos tres de los cuadernos eran diferentes. Ahora me doy cuenta. Pero todo esto me da mucho miedo.

—No te preocupes, esto no es como en las películas.

—Bueno, ¿a dónde me llevas a comer? —le preguntó, más animada, cogiéndole del brazo.

Lucas notó un cosquilleo en el estómago al notar el tacto de su delicada mano y la contempló durante unos instantes. Era una mujer muy atractiva, aunque se le veía insegura.

Durante la comida no hicieron ninguna mención al tema de los pacientes de Hurtado y mantuvieron la conversación girando en torno a sus propias vidas.

Elena consideraba que su existencia era un pequeño desastre. Su breve matrimonio le había marcado para el resto de sus días, y su precaria situación económica era una continua fuente de incertidumbre. Pensaba que, en realidad, nada le había salido bien.

Sin embargo, la mujer no podía dejar de reconocer que la historia de Lucas y su familia era mucho peor que la suya.

—El otro día, cuando me contaste un poco de tu vida, la verdad es que no pude asimilarlo todo bien, estaba un poco conmocionada por todo el asunto de la residencia, pero imagino que has vivido un infierno. Además, criar una hija tú solo...

—Sí, no es nada fácil. Te puede parecer cruel, pero a veces pienso que si Ángela hubiera muerto, todo sería más fácil. Porque verla todos los domingos, en su estado, resulta muy duro.

Ella le tomó la mano y le obsequió con una cálida sonrisa.

—Ya imagino.

La comida se alargó más de lo esperado; ambos disfrutaban de su mutua compañía. A eso de las seis salieron del restaurante, anduvieron un rato en

silencio y se pararon frente a una entrada de metro.

—Me tengo que ir ya —dijo Lucas—. He quedado con Lucy en que la recogería a las cuatro para ir a visitar a su madre.

—Lo he pasado muy bien —le respondió Elena.

Entonces, ella le besó.

Hacía mucho tiempo que Lucas no recibía un beso así y sintió un intenso calor en su interior, a la vez que en sus labios, que permanecían unidos todavía a los de Elena.

Entonces, reaccionando, la apartó con suavidad.

La mujer lo miró, confusa.

—Mira... —dijo Lucas—. Me gustas mucho, muchísimo, pero ahora veo que esto es un error.

Elena seguía sin entender y parecía al borde del llanto.

—Cuando me casé con mi mujer hice una promesa. Prometí que la querría y respetaría siempre, pasase lo que pasase. Todavía sigo casado con ella, y la quiero, por muy duro que pueda resultar; no puedo ni quiero romper esa promesa.

—Lo entiendo —dijo Elena con dignidad—. Y ahora te admiro todavía más por ello.

Dicho esto, se giró y se marchó.

Lucas se la quedó mirando como un tonto hasta que se perdió de vista.

Lucas se apeó del metro en su parada y salió al exterior. Durante el trayecto no pudo dejar de pensar en Elena y en el modo como la había rechazado. Fue una reacción casi instintiva de su parte, irreflexiva incluso. No se sentía seguro de lo que había hecho, aunque probablemente había sido lo mejor. Sí, sin duda, había hecho lo correcto.

Iba a encaminarse hacia su hogar cuando vio los grandes almacenes en la acera de enfrente. Solía ir con asiduidad allí, sobre todo a curiosear en la sección de librería. Siempre le había gustado deambular por grandes superficies atiborradas de libros para todos los gustos. Al final de su recorrido, terminaba indefectiblemente en la sección de psiquiatría, en busca de novedades.

Los reponedores de libros no tenían la sutileza de separar los volúmenes de

auténtica ciencia de los de fenómenos paranormales y de parapsicología, y menos aún de aquellos que trataban expresamente sobre determinadas enfermedades mentales. Todo andaba revuelto. A Drusell no le importaba demasiado. De este modo, pasaba también un buen rato riéndose por dentro de lo que algunas personas eran capaces de escribir, mientras hojeaba alguno de los numerosos «Manuales del parapsicólogo moderno» o de los «Últimos fenómenos paranormales estudiados en Norteamérica». Sin embargo, esta vez buscaba algo diferente y concreto.

—Perdona —llamó a uno de los dependientes— ¿Qué tenéis sobre exorcismos?

El joven lo miró con extrañeza, para luego indicarle:

—Mire en esa estantería de la derecha.

Para su asombro, encontró algunos libros sobre el tema muy cerca de los de psiquiatría.

Empezó a ojear uno de ellos, pero en seguida lo desechó por fantasioso. Siguió buscando hasta que encontró otro que de entrada parecía interesante. Lo giró para ver quién lo escribía y así saber de entrada si podía ser fiable o no. El autor del libro era uno de los exorcistas más importantes de Roma, un tal Amorth. «Este parece serio», pensó.

Se lo puso bajo del brazo y siguió mirando.

Estaba a punto de irse en dirección a la caja cuando alguien le llamó la atención.

A una decena de metros, un hombre lo contemplaba. En seguida, Lucas lo reconoció y se le aceleró el pulso. Se trataba del mismo tipo que había visto cerca de la casa de Brull. El individuo vestía una cazadora de ante, y lo miraba con expresión seria desde su cuarteado rostro, sin moverse ni un ápice, como si fuera un maniquí. Lucas sintió un escalofrío y simuló no haberse fijado en él.

Hizo como que ojeaba otro libro, sin saber qué hacer. Le parecía mucha coincidencia. ¿Quién podía ser?

Para cuando levantó de nuevo la vista, había desaparecido.

Buscó por los pasillos de alrededor, pero no encontró rastro de él.

Más aliviado, se dirigió a la caja más próxima, dispuesto a pagar el libro. El vendedor se fijó en el título y quiso hacer un comentario gracioso.

—Tenga cuidado, no vaya a quedar encantada su casa.

Drusell sonrió, pagó y recogió el tique de compra.

#14

Al día siguiente, como todos los domingos, se realizó la liturgia familiar habitual, que empezaba con el desayuno de chocolate con churros. Luego tocaba misa y visitar a Ángela.

Lucy subió de comprar los churros, tal y como hacía siempre, y Lucas sirvió dos generosas raciones de chocolate en las tazas.

Se sentaron a la mesa y esperaron unos minutos a que el chocolate se fuera enfriando, mientras charlaban.

—Escúchame un momento, papá —dijo Lucy, cautelosa—. Te voy a contar una cosa pero no quiero que te alarmes ni que me pegues el sermón sobre mi imaginación, ¿vale?

—Claro —dijo Lucas, sintiendo cómo todo su cuerpo se tensaba—. Ya sabes que me puedes contar lo que quieras, ya me he dejado esa faceta mía de médico cascarrabias y sordo.

—Y me alegro mucho por ello —le respondió su hija, con una flamante sonrisa de puro cariño, para luego pasar a expresión seria.

—Verás... Resulta que me parece que... de alguna manera... nos están vigilando.

—¿Cómo? —preguntó Drusell, alarmado.

—Es que ahora, al bajar a comprar los churros, he visto aparcado muy cerca de casa un coche blanco, un todoterreno, con un señor dentro. Parecen imaginaciones mías, pero he sentido que me estaba vigilando. Entonces he caído en la cuenta, no sé cómo, de que ya he visto ese coche aparcado cerca de nuestra casa varias veces, y con el mismo señor dentro, aunque no me había percatado hasta ahora.

Efectivamente, parecía cosa de su imaginación, pensó Lucas. No obstante, gracias al padre Alejandro había aprendido lo importante que era escuchar de verdad a los hijos. Él, que era psiquiatra, disciplinado por un cura, pensó divertido.

—¿Y cómo es?

—Verás... es un señor mayor, bastante más mayor que tú, muy delgado y con la cara como cuarteada y la nariz muy aplastada. No se le ve bien porque está dentro del coche, pero me parece que lleva una cazadora marrón.

Todas las alarmas se dispararon de repente en la cabeza de Lucas. ¡El tipo

que vio cerca de los restos de la casa de Brull y el que parecía espiarle en la librería!

A pesar del torbellino de sentimientos que se agitaban en su interior, consiguió tener la suficiente sangre fría como para no dejar translucir su emoción a la chica.

—A partir de ahora iremos con más cuidado y no irás ni volverás sola al colegio, ¿de acuerdo?

—Yo no le tengo miedo, papá —le respondió.

—Da igual, es mejor ser precavidos.

Después del desayuno se arreglaron y acudieron a la iglesia. Llegaron unos minutos antes de que empezara la misa.

Esta vez, una vez empezó la celebración, Lucas intentó prestar mayor atención que en anteriores ocasiones. Se giró un segundo para mirar a su hija. Ella, como era habitual, estaba completamente embelesada y su rostro reflejaba una gran serenidad. Una vez más se preguntó qué debía de sentir su hija para que su cara pasara a ser durante esos cuarenta minutos la viva expresión de la paz.

Se sentó al ver que todos los demás lo hacían; se había perdido las primeras oraciones, así que se obligó a centrarse.

Una mujer se levantó entre los asistentes, se acercó al atril y leyó las dos lecturas del día. A continuación, en medio del cántico del aleluya, el padre Alejandro se aproximó al ambón para leer el evangelio.

Lucas se estremeció al escuchar el relato que leyó el sacerdote: «*Apenas salir de la barca, vino a su encuentro desde los sepulcros un hombre poseído por un espíritu impuro. Nadie podía tenerle sujeto ni siquiera con cadenas, pues había estado atado muchas veces con grilletes y cadenas, pero él había roto las cadenas y destrozado los grilletes, y nadie podía sujetarlo. Se pasaba los días y las noches en los sepulcros y por los montes, gritando y golpeándose con piedras*». La narración continuaba con la expulsión por parte de Jesús de toda una legión de demonios de aquel hombre, que quedó en su sano juicio. Ojalá fuera tan fácil, se dijo Lucas.

En ese momento un movimiento de su hija hizo que se girara hacia ella. La chica estaba envarada y en su faz se reflejaba la angustia.

—¿Te pasa algo, cariño? ¿No te encuentras bien?

—Estoy bien —respondió unos segundos después, relajando ligeramente su rostro y esbozando una tímida sonrisa.

Lucas se quedó extrañado de la reacción de Lucy pero no le dio más importancia. Un rato después la miró de reojo y vio que ya parecía otra vez relajada.

Después de la misa se acercaron a saludar al padre Alejandro y se marcharon para ver a Ángela.

—Estás muy callada —le dijo su padre durante el trayecto a la residencia Ardiles—. Dime, ¿te pasa algo?

El viaje de ida era duro, aunque no tanto como el de vuelta, por lo que siempre intentaban charlar de cualquier cosa para hacerlo más fácil. Sin embargo, llevaban diez minutos en el coche y Lucy solo contestaba con monosílabos a la que le iba diciendo su padre.

—Verás... te va a parecer que son ocurrencias mías...

«Pobre niña —pensó su padre—. Por mi culpa he hecho que sea una insegura y que todo lo achaque a su imaginación».

—No hace falta que me digas eso cada vez que vayas a contarme algo, dímelo sin más.

—Es que, el otro día, cuando cogí prestados tus cuadernos...

—Querrás decir «robaste» mis cuadernos, granujilla —le interrumpió su padre, para intentar quitarle hierro al asunto.

La muchacha sonrió débilmente.

—¿Recuerdas qué te dije sobre ellos?

Lucas se quedó en silencio, intentando hacer memoria. Recordaba que le había insistido en que eso no era bueno para su imaginación y otras cosas por el estilo. Un discurso fantástico, se dijo con ironía, pero no recordaba lo que le había dicho.

—Te dije que al leerlos había notado algo raro, una sensación como de peligro.

—¡Ah sí! Ya recuerdo.

—Entonces no entendí exactamente qué era ese sentimiento tan desagradable, por mucho que lo intentaba, pero al escuchar el evangelio de hoy lo he visto claro de golpe, como si alguien me hubiera quitado una venda de los ojos. Están endemoniados, papá.

Drusell dio un brinco en su asiento y poco faltó para que se salieran de la

carretera. Se aproximó con cuidado el arcén y detuvo el coche. Luego se giró hacia su hija y la miró con fijeza durante unos segundos.

—¿Estás segura de eso? —preguntó en tono serio.

La niña asintió con la cabeza.

Lucas pensó que quizá hubiera leído también el libro sobre posesiones demoníacas que se había comprado o el manuscrito que había alguien le había dejado en la puerta, pero en seguida desechó tal idea. El manuscrito estaba en el estante del armario de su habitación, y el libro lo había dejado también en su cuarto, dentro de un cajón de la cómoda. Lucy entraba muy rara vez en su dormitorio, tenía casi fobia al que fuera el dormitorio de su madre, y mucho menos para rebuscar entre sus cosas. Además, no había tenido tiempo material para hacerlo.

Se incorporó de nuevo a su carril, después de asegurarse de que no viniera nadie a poca distancia.

—¿Sabes? Te parecerá una locura, pero también yo estoy barajando esa posibilidad.

Entonces le hizo un resumen del manuscrito que había encontrado. Le relató también la conversación mantenida con el padre Alejandro y la que tuvo más tarde con el exorcista.

—Vaya... —dijo la niña, asombrada—. ¿Y cómo puede ser que yo lo sepa?

—No tengo ni idea, igual eres una mutante y tienes poderes —le respondió Lucas, sonriendo.

Por fin llegaron a la residencia. El alegre y cuidado aspecto del lugar contrastaba con los dramas que se vivían dentro.

Al igual que en otras ocasiones, pasearon con Ángela un largo rato. Luego comieron con ella y cuando se retiró a su habitación, regresaron con el ánimo alicaído.

Una vez en casa, Lucy se fue directa a la habitación en la que estaba el ordenador a mirar un rato su *Facebook*. A Lucas no le apasionaba esa red social, ya que pensaba que hacía perder mucho tiempo a los jóvenes con tonterías, pero se lo dejaba usar de vez en cuando, sobre todo al regresar de ver a Ángela. Ahora justamente lo que necesitaba era distraerse.

Lucas se sentó en el sofá, dudando si llamar a la familia de Ana, la paciente

del cuaderno 85. Después de pensarlo durante un par de minutos decidió que se esperaría al día siguiente para tratar de concertar la cita con ellos. No sabía exactamente cómo los convencería para que se dejaran ayudar por un exorcista y esperaba que se le ocurriera algo antes de realizar la complicada llamada.

Así que se entretuvo un rato leyendo la prensa del día. El suplemento dominical que traía el periódico dedicaba un artículo a un viejo grupo de *rock*. Estuvo hojeándolo, más por distraerse mirando las fotos, que por leer su contenido, ya que no le atraía lo más mínimo. Las fotografías parecían más elegidas para asustar que para otra cosa ante el aspecto de los componentes del grupo. «Cualquiera sabe, quizá se tratase de algún conjunto musical satánico...», se dijo. Negó con la cabeza. Empezaba a ver demonios por todas partes.

Desechó la revista y cogió de su habitación el libro que había comprado, que todavía no había estrenado.

Empezó a leerlo, al principio con escepticismo, pero poco a poco el texto lo capturó. El lenguaje usado por el autor, un sacerdote mayor, era claro y atractivo. Además, no se quedaba en teorías, sino que exponía experiencias conocidas por él, muchos de ellas aterradoras, si bien los narraba dejando en el anonimato a los protagonistas.

Una de las primeras personas que atendió se trataba de una señora de cuarenta años, madre de tres hijos, que acusaba dolores de cabeza y de estómago, sufría desvanecimientos pero, según los médicos, estaba sanísima. Poco a poco fue saliendo a la luz el mal, es decir, la presencia de tres demonios, cada uno de los cuales había entrado en ella como consecuencia de sucesivos hechizos, en tres ocasiones de su vida.

El peor de los hechizos se lo había hecho una muchacha que, antes del matrimonio de la mujer, aspiraba a casarse con el novio de esta. El exorcista decía que como era una persona de arraigada vida cristiana, los exorcismos se vieron facilitados; dos demonios salieron bastante pronto, mientras que el tercero fue más reacio. Necesitó casi un año de exorcismos, con un ritmo de uno por semana.

—¡Un año! *My God!* —exclamó

Otro caso, más asombroso aún que el anterior, era el de un joven que fue a verle acompañado por su madre y su hermana. En seguida, el sacerdote se dio cuenta de que el muchacho había ido sólo por complacer a los suyos. Tenía la costumbre de blasfemar, tomaba drogas y también las vendía. Trató el

exorcista de disponerle de la mejor manera para que aceptase de buena gana el sacramental que iba a realizar. Fue muy breve: el demonio se manifestó inmediatamente de modo violento y cortó en seguida. Cuando le dijo al joven lo que tenía, éste le respondió que ya lo sabía y que estaba contento así; con el demonio dentro estaba bien.

A pesar de lo extravagante de las apariencias, el autor señalaba que le parecía justo e importante no dejarse embaucar por enfermos mentales, por chiflados y, en general, por quienes no tienen ninguna presencia demoníaca ni necesidad de exorcismos. Y, a la vez, había que hacer lo posible para no caer en el peligro opuesto: el de no saber reconocer la presencia maléfica y omitir el exorcismo cuando éste era indispensable.

Lo que explicaba este sacerdote no le dejó en absoluto tranquilo, después de lo vivido en los últimos días. Brull probablemente se habría informado de casos como los que acababa de leer y se notaba que le había afectado el asunto, quizás más de lo que debiera en un profesional serio, como era.

A eso de las siete, su hija entró en el salón y se sentó junto a él. Lucas dejó la lectura y ambos se abrazaron en silencio. El domingo era sin duda el peor día de la semana, se dijo por enésima vez.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —le preguntó, animado—. Como en la residencia de mamá se come tan justito, ¿qué te parece si nos preparamos una buena lasaña, de esas precocinadas? Es un poco pronto para cenar, pero no importa.

La comida de la residencia Ardiles era aceptable, pero las raciones eran poco abundantes y siempre se volvían con hambre.

Lucy se encargó de preparar la comida, aunque simplemente se trataba de meter la bandeja en el horno, quitando antes el envoltorio.

Tras un buen plato de lasaña y otro de pollo frito, Lucy sacó del congelador una barra de helado que había comprado el día anterior y que no habían sido capaces de terminársela de una tirada.

— Me parece que vamos a tener helado para varios días —comentó.

Sirvió un trozo generoso en cada plato y comenzó a saborearlo.

—Humm. Está muy bueno, ¿verdad, papá?

Lucas apenas había dicho algo durante toda la comida. Se limitó a asentir con la cabeza mientras se llevaba un gran trozo de helado a la boca.

#15

Llegó el lunes y padre e hija se sumergieron en la rutina diaria. Lucas acompañó a Lucy al lugar en el que la recogía el autobús, a cinco minutos de casa, y se despidieron. Antes de marcharse, Lucas miró en todas direcciones, en busca del todoterreno con el siniestro personaje de rostro cuarteado, sin verlo.

Como la niña comía todos los días en el colegio, hasta la tarde no se verían.

Lucas llegó al hospital a la hora acostumbrada, y, una vez embutido en la bata, comenzó la ronda de visitas. El fin de semana había sido de los peores del año, según le comentaron los enfermeros. Se había producido una trifulca entre varios internos que había acabado en una batalla campal. Cuatro de ellos presentaban heridas de diversos tipos —algunas de ellas provocadas por mordiscos—, además de dos enfermeros agredidos.

Por si fuera poco, poco después, llegaron tres nuevos internos.

—Un día complicado, ¿eh? —le preguntó Luis Gimeno, su colega psiquiatra, cuando se cruzó con él.

—Sí. Apenas arreglamos a alguien y ya llegan tres más para sustituirlo.

—Creo que ambos acertamos al elegir esta profesión —comentó Luis con seriedad.

Lucas no añadió nada, esperando su siguiente frase, ya que lo conocía lo suficiente para saber que estaba a punto de soltar una tontería ingeniosa. Efectivamente, su colega dejó unos segundos de silencio para darle mayor teatralidad.

—Los locos son como las gasolineras *low-cost*: cada vez hay más, aparecen en cualquier sitio y nunca parecen ser suficientes. En este negocio siempre vamos a tener clientela, está en auge.

—Al contrario que los ginecólogos —le respondió, sonriendo.

—Sí, esos sí que deben estar preocupados; cada vez hay menos partos. Yo de ellos, procuraría reciclarme. No sé, quizá meterme al negocio del cambio de sexo, que parece que es rentable.

Lucas rió, pero de pronto se puso serio.

—Oye, una pregunta: ¿tú conoces a un psiquiatra que se llama Alberto Hurtado?

Luis se quedó pensando durante unos segundos, para luego negar con la

cabeza.

—Lo siento, tío. ¿Debería?

—No, hombre. No se trata de ninguna eminencia.

—Bueno, me voy a lo mío, nos vemos mañana —se despidió Luis.

Una hora después, Lucas también se marchaba. Una vez en casa, se preparó unos fideos y un filete a la plancha y comió mientras leía el libro sobre las experiencias del famoso exorcista. A la media hora sonó el timbre: era Daniel. En unos minutos, llegaría su primera visita.

Lucas se dirigió a su despacho y abrió el cuaderno 85. Abrió la primera página y copió en un papel su dirección y teléfono, así como los nombres de sus padres. Más le valía sonar convincente cuando llamara, pensó.

Las visitas se sucedieron y, cuando acabó de atender al último paciente, le faltó tiempo para marcar el teléfono del domicilio de los señores Peinado. La verdad es que era muy difícil persuadir a una persona para que hiciera algo, cuando el que intentaba convencer tampoco lo tenía del todo claro. «Si hace un mes alguien me dice que me iba a plantear la existencia de las posesiones diabólicas, me habría hecho encerrar», se dijo, mientras escuchaba el teléfono dando tono.

Respondió a la llamada una mujer.

—Dígame.

—Buenas tardes. Soy el doctor Lucas Drusell, un colega del doctor Brull. Le llamo para...

La mujer no le dejó continuar.

—Oiga, me parece que ya hemos tenido bastante con lo último que ha pasado, ¿no cree usted?

—¿Se refiere a la muerte del doctor Brull? —dijo Lucas, desconcertado—. Sí, realmente ha sido una desgracia.

—¿Cómo dice? —preguntó extrañada la mujer—. ¿Dice que el doctor Brull ha fallecido?

A Lucas le sorprendió que no supiera nada.

—Sí. Fue hace poco más de una semana. Su casa se incendió por la noche y no pudo escapar.

—Lo siento en el alma —dijo su interlocutora, más tranquila—. La verdad es que se portó muy bien con mi hija. Creo que hizo todo lo posible antes de vernos obligados a meterla en ese centro. En fin, ahora ya no hay nada que hacer.

Lucas trató de reconducir la conversación.

—No lo crea así. Antes de su muerte, el doctor Brull me dejó el encargo de revisar varios casos de enfermos que él había tratado. Pensaba que no lo había intentado todo para tratar de curarles. Uno de los enfermos es su hija Ana.

Un inesperado silencio siguió a la frase de Lucas.

—¿No se da cuenta de que llega un poco tarde, señor Drusell?

—Perdone, pero no entiendo qué quiere decirme.

—Ana murió hace cuatro días.

Lucas no supo cómo reaccionar. La sorpresa le había dejado sin habla. Por fin, pudo decir:

—Lo siento muchísimo. No sabía nada del asunto.

—No se preocupe. De esta manera, ha dejado de sufrir.

—¿Cómo ocurrió?

La mujer al otro lado de la línea se puso a llorar. Tras unos segundos, continuó:

—Al parecer cogió algún tipo de infección, le dio una fiebre muy alta y en cuarenta y ocho horas murió. Cuando nos avisaron ya había fallecido, ni siquiera pudimos despedirnos de ella —explicó entre sollozos.

—Ha sido muy amable por atenderme —balbuceó Lucas—. Buenas tardes.

Lucas se quedó durante unos minutos contemplando la pared, mientras en su cabeza se repetía la conversación mantenida con la madre de Ana.

«¿Muerta por una infección en solo dos días? ¿y sin avisar a la familia?», se preguntó. No hacía falta ser un genio para saber que en la muerte de la joven algo olía a chamusquina.

Decidió llamar al móvil de Elena y contárselo.

—¿Lucas? —le saludó con su agradable voz.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Bien... Oye, sobre lo del otro día... ya sabes... lo del beso...

—No te preocupes, no pasa nada. Está olvidado.

—Me alegro porque me gustaría que siguiéramos siendo amigos. Después de nuestras conversaciones me he quitado una parte de la culpabilidad que siento cada día desde que dejé de trabajar en la residencia de Hurtado... Se me hacía una losa. Contártelo me ayudó mucho.

—Gracias, aunque yo no hice nada, simplemente te escuché. Mira: acabo de hablar con la madre de Ana Peinado. Es la enferma del cuaderno 85. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, por supuesto. Se trataba de una de las más graves del centro. Sufría ataques con mucha frecuencia y trataba de golpearse con cualquier objeto que pudiera hacerle daño. Un caso muy triste.

—Ya no hay que sufrir más por ella. Murió hace unos días.

—¿Qué le pasó? —preguntó Elena con cierta curiosidad.

Lucas le explicó lo que la madre de la chica le había relatado.

—¡Qué pena! Bueno, al menos, ya ha dejado de padecer.

—Sí, pero hay algo muy raro en todo esto... No sé por qué, pero no me convence lo de la muerte por una infección. Quizá me esté volviendo paranoico, pero solo de pensar en lo que les habrán hecho en los experimentos de los jueves...

—¿Piensas que pueda haber muerto por eso?

—No sé... Bueno, voy a llamar al siguiente paciente, ya te contaré.

Colgó y cogió a continuación el cuaderno número 90. Otro caso penoso a más no poder, sin una explicación humana que aportase un poco de luz acerca del comportamiento del enfermo. Un hombre aparentemente tranquilo y afable, que de un día para otro perdía la cabeza de forma que, al pasar el tiempo, el trastorno no hacía sino empeorar.

No por primera vez, una voz interior le susurró que lo mejor sería olvidarse de todo aquello. Él era consciente de que no tenía nada más que conjeturas y teorías disparatadas pero, a pesar de ello, sentía que no podía dejarlo. Notaba como si el espíritu del doctor Brull le animara a continuar adelante con el cometido que había dejado en sus manos. No podía defraudarle.

El número de teléfono del domicilio comenzaba por las mismas cifras que el suyo. La familia debía de vivir en la vecindad. Nuevamente una voz femenina atendió a la llamada. Lucas se presentó como un psiquiatra amigo del doctor Brull que deseaba hablar con la mujer del enfermo sobre algunas cuestiones relativas al tratamiento de Antonio.

—¿Y por qué no me llama directamente el doctor Brull?

Lucas cayó en la cuenta de que tampoco ella sabía nada acerca de su muerte. Tras explicar los pormenores a la señora, la mujer exclamó:

—¡Pobre hombre! ¡Con lo que se desvivió por mi Antonio!

—Antes de dejarnos, me encargó que revisara el caso de su marido porque

pensaba que todavía se podía hacer algo más por él. Se ve que hace poco tiempo le llegó cierta información acerca de casos parecidos al de Antonio y decidió tratar de poner en práctica una nueva manera de curarle. Sin embargo, su repentina muerte le impidió hacerlo. Como lo habíamos hablado entre nosotros, en cierto sentido, me siento obligado a continuar el trabajo que él hubiera hecho de estar todavía con vida.

—¿Y cuál es esa nueva manera de la que usted me habla? A mi esposo le hicieron pasar por decenas de pruebas y tomó todas las medicinas del mundo sin que nada le hiciera efecto. Seguía siendo, con perdón, un animal. Por eso, tuvimos que internarle en el centro del doctor Hurtado. Ahí, por lo menos, está bien cuidado, realiza actividades que le mantienen entretenido con gente que colabora con el centro, tiene amigos y no hemos de estar todo el día pendientes de él. El doctor Hurtado es una excelente persona y un gran profesional y, al menos, tengo la tranquilidad de que allí se desviven por él para que esté lo mejor posible.

Lucas hizo una mueca al escuchar semejante afirmación.

—¿Es usted religiosa? —le preguntó Lucas.

—¿A qué viene eso ahora?

—Mire. Aunque le parezca increíble, el doctor Brull quería que su marido fuera examinado por un sacerdote para comprobar si estaba endemoniado.

La palabra cayó como una bomba.

—¿Mi marido, endemoniado? ¿Me está tomando el pelo?

—No, verá, tenemos motivos para pensar...

—¡El demonio no existe! —le interrumpió ella—. Eso no son más que cuentos de curas y monjas. Así meten miedo a la gente para obligarles a acudir a la iglesia y que así los mantengan con sus donativos.

—Escúcheme, por favor. Le aseguro que existe, hay mucha información recopilada al respecto, libros serios publicados.

—Incluso en caso de que existiera el demonio, mi marido era una bellísima persona hasta que le empezaron a pasar esas cosas tan raras. No era un siervo de Satán.

Lucas insistió sin arredrarse.

—El doctor pensaba que precisamente a causa del demonio su marido se comportaba de esa manera. Estar endemoniado no quiere decir ser mala persona sino...

—¿Y para eso quería usted hablar conmigo? —estalló la mujer—. ¿Qué es

lo que quiere? ¿Sacarle dinero a mi familia con sus cuentos y sus mentiras?
¿Aprovecharse de nuestro sufrimiento?

—Perdone, sólo quería explicarle que...

—¡Que no, le digo! Si me vuelve a llamar le voy a denunciar a la policía.
¿Me ha oído?

Y colgó.

Drusell se quedó unos segundos escuchando el ruido del teléfono, con su «tuh, tuh, tuh...», que le produjo la misma sensación como si le hubiesen dado con la puerta en las narices. Entendía perfectamente la reacción de la mujer. Endemoniado era algo que sonaba fatal.

Pensó en repetir la llamada y tratar de que la mujer le permitiera explicarse, pero al final desechó la idea. En realidad ya lo había intentado dos veces así que decidió dejarlo. Al menos creía haber aprendido de sus fallos.

Para el caso 92, el del joven que se llamaba Javier, elaboraría una estrategia diferente para que aquello no sonara a lo que realmente era. Una nueva negativa le cerraría las puertas a cualquier otra acción. Sin embargo, estaba dispuesto a no cejar hasta conseguir su objetivo. Al menos uno de los dos enfermos que todavía seguían con vida debía ser examinado por el padre Francisco. Aunque tuviera que entrar por la fuerza en la residencia.

Hizo ademán de descolgar el teléfono pero antes decidió servirse algo fresco para beber, se le había quedado la garganta completamente seca. Fue a la cocina y se bebió un vaso de zumo, acompañándolo con un par de galletas. Lucy estaba en su cuarto haciendo los deberes, dedujo al escuchar la música que salía de su habitación.

Volvió a su despacho y, justo cuando iba a coger el teléfono, este sonó. Descolgó el auricular y reconoció la voz al instante.

—¿El doctor Drusell?

—Sí, soy yo.

—Soy Alberto Hurtado —fue la respuesta seca.

Lucas tuvo que contenerse y apretó los dientes.

—Buenas tardes doctor. ¿En qué puedo ayudarle? —contestó, intentando sonar tranquilo, cuando lo cierto era que el pulso se le había disparado.

—He recibido hace un momento la llamada de la mujer de uno de mis pacientes. Me ha contado algo que me parece poco menos que increíble.

—Escuche, doctor...

—No. Escúcheme usted a mí —le interrumpió, estallando— ¿Pero qué

gilipollices son esas de que en mi centro tengo endemoniados? ¿Está en sus cabales? ¿Qué será lo siguiente? ¿Llamar a un médico budú para que se dedique a danzar medio desnudo alrededor de mis pacientes agitando un amuleto de huesos humanos?

Hurtado hizo una pausa durante unos segundos, para luego añadir más tranquilo:

—Le ordeno que deje de molestar a las familias de mis internos. No sé qué es lo que quiere obtener con esos cuentos chinos de la posesión y los exorcismos. Todo eso no sirve más que para dar falsas ilusiones a unas personas que ya nada esperan de su ser querido. La medicina ha dicho su última palabra sobre cada uno de ellos y no hay más que hablar. ¿Me he explicado bien?

—Perfectamente, doctor Hurtado. Pero no cuelgue, que yo también tengo algo que decirle —dijo Lucas con tono enérgico—. Yo puedo llamar a quien me plazca, y ni usted ni nadie me lo va a impedir. Le he propuesto algo a la esposa de uno de sus pacientes, ella se ha negado y punto. No sé a qué viene su llamada, salvo que tenga algo que esconder.

—¿Algo que esconder? —repitió Hurtado, con una voz que sonaba entre divertida e incrédula—. Yo sólo cuido de los enfermos que nadie quiere en sus casas, intento que lleven una vida digna aquí. Doy un servicio importante a la sociedad y mi centro ha recibido distinciones, menciones y agradecimientos por la labor que desempeña. Así que la pregunta es: ¿está usted amenazándome?

—Eso la ha dicho usted, no yo. Sólo le digo que hay mucha gente que piensa que en su residencia hay cosas turbias y que los pacientes quizá están recibiendo un trato inadecuado, así que en lugar de preocuparse por mí, creo que tendría que hacerlo por usted. Estoy seguro de que a las autoridades no les hará ninguna gracia saber que realiza experimentos con sus pacientes y que incluso alguno de ellos ha fallecido en extrañas circunstancias.

—No pretenda asustarme, Drusell. Tanto usted como yo sabemos que no tiene nada que hacer contra mí.

Y dicho eso, colgó el teléfono con brusquedad

Lucas sabía que había puesto el dedo en la llaga, pero no tenía ninguna prueba contra Hurtado. Quizás el caso número 92 se decidiera a colaborar, pensó mientras respiraba profundamente para calmar los latidos desbocados de su corazón. Sin embargo, eso tendría que esperar a mañana, ya no estaba de

humor para llamar a nadie más. Tardó un par de minutos en serenarse y entonces se dio cuenta de su error. Por culpa de su ataque de ira le había dado una información vital a Hurtado. Ahora él sabía sus sospechas sobre los experimentos con los enfermos.

—*Shit!*—exclamó.

La tenue luz de la luna se colaba por el amplio ventanal que ocupaba por completo una de las paredes del salón. En la esquina opuesta, Alberto Hurtado descansaba en un cómodo sofá, sin dejar de preguntarse por qué motivo Lucas Drusell había metido sus narices en una cuestión tan delicada. Laura Jiménez, la supervisora de su residencia, se encontraba con él en su casa de Madrid, un lujoso ático situado frente al parque del Retiro. Se trataba de una pelirroja de cuarenta y cinco años, alta y esbelta.

—¿Cómo habrá podido enterarse? ¿Y qué querrá sacar de todo esto? —preguntó a Hurtado, después de servirle un segundo whisky y sentarse junto a él.

El doctor no contestó en seguida, sino que se limitó a contemplar durante un largo minuto las luces nocturnas que iluminaban la calle.

—No lo sé —contestó el doctor con calma—. Han sido los malditos cuadernos de Brull los que le han llevado a sospechar algo. Pero aun así, no puede haber sacado demasiada información de ellos. En cualquier caso, desconocemos hasta qué punto está al corriente sobre lo que pasa en Los Pinos. Pienso que ha dicho cosas para tantearme y ver mi reacción, algunas absurdas. Ha hablado de que hacemos experimentos con los pacientes, imagínate.

Al acabar la frase, soltó una risotada.

—Sí, pero, según me has contado, también ha dicho algo sobre fallecimientos en extrañas circunstancias. ¿Crees que sabe algo de la muerte de esa chica?

—Imposible. Ese tema lo dejamos bien atado. Oficialmente murió a causa de una infección, no se puede demostrar lo contrario porque el cuerpo fue incinerado y antes de eso ya me procuré yo de que los informes de su muerte dijeran lo que queríamos. A pesar de que fue un accidente, hemos aprovechado de ella todo lo posible, sacando una buena tajada. No obstante, hay que hacer

algo con el imbécil que dejó a su alcance unas tijeras. ¡No puede volver a ocurrir!

—Yo no tengo la culpa —dijo Laura, a la defensiva—. Ese tipo entró a trabajar aquí por recomendación de otro y a ti te pareció bien. Yo solo me limité a explicarle lo básico pero el hombre no sabe casi ni leer.

—Ya lo sé —respondió Hurtado pensativo, jugueteando con su barba—. En adelante, hemos de elegir un mejor a nuestros trabajadores. Si la familia de la loca se entera de que se quitó la vida de esa manera, podemos tener serios problemas. Nos denunciarían por negligencia y se abriría una investigación, que bien podía sacar a relucir lo que no tiene que salir de ninguna de las maneras. Aunque Drusell ha estado dando palos de ciego, lo que está claro es que sabe algo, y no puede ser solo a causa de los cuadernos.

—Alguien de dentro ha debido de hablar con él.

—¡No seas estúpida! —le espetó Hurtado—. Nadie del personal sabe con certeza qué les ocurre. Para ellos, son simples residuos humanos a los que hay que dar de comer y poco más. Además, los hemos elegido bien por sus perfiles. Nunca nos darán problemas, a pesar de que carecen casi por completo de conocimientos médicos y ni uno de ellos apenas sería capaz de poner una simple inyección.

—No estoy pensando en los que ahora trabajan, sino en los que han trabajado. Antes sí contratabas personal cualificado.

—Sí. Muchos de los enfermeros tenían escrúpulos, pensaban demasiado e incluso se entrometían en lo que hacíamos.

—Alguno de ellos casi llegó a descubrir lo que pasaba —apuntó Laura.

Hurtado la miró con aire condescendiente y añadió:

—Ya sabes que yo me ocupo de que la sangre no llegue al río.

Ambos rieron la ocurrencia, recordando lo sucedido con un antiguo trabajador.

Dio un trago al whisky y permaneció unos segundos en silencio, paladeándolo.

—No obstante, quizá tengas razón. Puede que Drusell haya hablado con alguno de los antiguos enfermeros, aunque me extrañaría. Ya me encargué de que todos se sintieran en parte culpables de lo que ocurría en el centro y saben que en caso de que haya una denuncia, ellos también estarán imputados. No, la gente es demasiado egoísta como para poner en peligro su seguridad por una causa perdida.

—Perdona, querido, pero insisto en que podría haber alguien.

—Es posible.

—Y me huelo que tiene que ser una persona que tuviera cierto trato con Brull; todo esto es culpa del maldito viejo. Incluso desde la tumba nos está jodiendo, y de lo lindo.

Un nuevo trago de whisky y un nuevo silencio.

—Está bien —dijo Alberto para concluir—. No estaría de más repasar el listado de todos los que han trabajado en el centro, especialmente durante la época final de Brull, a ver qué podemos sacar.

#16

Lucas respiró profundamente antes de marcar el número de teléfono. Se encontraba de nuevo en su consulta y todavía le quedaba una hora y media de visitas. El paciente de las cinco había anulado la cita, así que iba a aprovechar ese hueco para llamar, sin retrasarlo más.

—¿Diga? —preguntó una voz femenina.

—Buenas tardes, al habla el doctor Lucas Drusell. Quería hablar con Alicia, la madre de Javier Costa.

—Soy yo.

Lucas pasó a explicarle que llamaba de parte del fallecido doctor Brull. Al igual que en los casos anteriores, tampoco ella se había enterado de su muerte.

—Verá. Resulta que en mis últimas conversaciones con el difunto doctor, me dijo que estaba pensando en aplicar otro tipo de tratamiento a su hijo. Es algo completamente diferente, que quizá pudiera hacer que mejorase.

—Probaron todo tipo de medicación con él sin ningún resultado.

—No se trata de una medicación... Se trata de ver cómo reacciona ante ciertos estímulos y para ello había pensando que la presencia de un sacerdote sería interesante para ver cómo afecta a una parte concreta de su cerebro...

—¿Me está sugiriendo que mi hijo está endemoniado? —preguntó la mujer con brusquedad.

Lucas se quedó cortado ante la respuesta.

—Verá... no es exactamente eso...

—Que yo sepa los curas solo ven a enfermos para darles la extremaunción o en caso de posesiones.

Lucas chasqueó la lengua de forma involuntaria. La cosa no podía ir peor.

—En definitiva —dijo la mujer— ¿qué pretende de mi hijo, si se puede saber?

Lucas decidió mostrar todas sus cartas, considerando que no podía hacer otra cosa:

—El doctor Brull envió a Javier al psiquiátrico del doctor Hurtado...

—A la residencia de enfermos mentales del doctor Hurtado —le corrigió la mujer.

—Perdone por usar esa palabra, a veces se me escapa —se disculpó Lucas—. Bien, lo mandó a la residencia porque no encontraba solución para su

enfermedad y porque la convivencia con él se hacía prácticamente imposible. Pero al final de sus días, antes del accidente en el que perdió la vida, pensó que debía haber probado si el mal que sufría su hijo no era debido sino a una intervención del demonio.

Se hizo silencio al otro lado de la línea y Lucas temió que la mujer le colgara de un momento a otro.

—Yo creía que los demonios estaban en el infierno.

Drusell interpretó como buena señal el hecho de que todavía siguieran conversando. Así, trató de explicarle, recordando lo que le había contado el padre Francisco, cómo algunos demonios vagaban por la tierra tentando a los hombres y tratando de apoderarse de sus cuerpos mientras que otros ya estaban en el infierno para siempre. Casi le estaba dando una clase de teología a la buena mujer. Por eso no se extrañó cuando ella le preguntó:

—¿Usted cree que eso es posible?

—Pienso que sí.

—Es usted creyente, entonces —le dijo la madre de Javier.

—Más o menos. Voy a misa los domingos y sé rezar algunas oraciones.

—Yo, desde hace un tiempo, también. La verdad, con todo lo que ocurre a tu alrededor, y luego, con el problema de Javier... Pocas cosas me quedan a las que aferrarme para no hundirme por completo.

Dicho esto, empezó a sollozar. Lucas aguardó en el teléfono, sin decir nada. Al cabo de unos instantes, la señora se calmó.

—Está bien. Confío en usted, aunque no me hago muchas ilusiones. Llevo rezando por mi hijo durante mucho tiempo para que se cure pero ya ve los resultados. Tengo un tío sacerdote, ya bastante mayor, y siempre me insiste en que confie en Dios.

—No le prometo nada.

Lucas quería mantener las espaldas bien cubiertas por si no salía bien el experimento.

—Sin embargo, pienso que vale la pena tener al menos una entrevista entre su hijo y el exorcista.

Estuvieron charlando un rato más y Alicia quedó convencida sobre la conveniencia de sacar unos días de la residencia a su hijo. Le pidió a Lucas el teléfono del padre Francisco para hablar pausadamente con él y le dijo que el día siguiente lo llamaría.

Cuando Lucas colgó, la sensación de frustración que desde hacía días le

acompañaba con respecto a todo lo relacionado con el doctor Brull desapareció en gran medida. El médico sonrió. Por fin parecía que aquel asunto avanzaba.

Sabía que el siguiente paso era especialmente delicado. Alicia debía solicitar al centro de Hurtado llevarse a su hijo durante unos días. Una vez en casa, el padre Francisco y él mismo acudirían allí para que el sacerdote pudiera examinar al chico y emitir un primer dictamen sobre su estado. De seguro que aquello no sería del agrado del doctor Hurtado.

La cena consistió en una tortilla francesa para cada uno y algo de queso fresco. Lucy se tomó además una manzana y una natilla mientras veía el programa concurso que estaban poniendo en la televisión. Lucas se conformó con la frugal cena y comenzó a releer el cuaderno número 92, que contaba la historia de Javier Costa.

Terminó el concurso y Lucy apagó el televisor.

—¿Sigues con esos cuadernos, papá? —le preguntó al verle concentrado sobre las hojas.

—Sí, ya lo ves.

—¿Habéis decidido ya el padre Francisco y tú qué vais a hacer con esas personas?

Se veía que la chica no tenía sueño y sí muchas ganas de hablar. Lucas la había tenido al margen de todo aquello, pero pensó que no importaba si le contaba algunas cosas.

—Nuestra intención era someter a cada uno de esos tres enfermos a un examen por parte del padre Francisco y proceder a exorcizar a quien hiciera falta, pero...

— ...la primera, Ana Peinado, esta muerta, ¿verdad?

Lucas se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has notado algo?

Lucy sonrió a su padre.

—No, papá, no es nada sobrenatural. Sólo es que ayer no pude dejar de oírte hablar con alguien a quien se lo contabas. ¡Qué pena!

Lucy pareció muy afectada.

—¡Pobre mujer! —se lamentó la chica—. ¿Qué hay de los demás?

—La mujer de Antonio Poveda no quiere ni oír hablar de que un cura intervenga en este asunto. Así que no nos va a dar ni la más mínima oportunidad.

—¿Y el otro chico?

—Su madre está dispuesta a colaborar. En cuanto le sea posible, le sacará unos días del psiquiátrico y ha dicho que avisará para que el padre Francisco vaya a verle. Ha sido una suerte.

Acababa de decir esto cuando se oyó un grito ensordecedor que inundó la habitación. Los dos dieron un respingo y un miedo irracional se les metió en el cuerpo.

Ambos se fijaron en las imágenes de una película de terror que emitía uno de los canales nacionales.

—Pero, ¿no habías apagado la televisión?

—Sí —aseguró Lucy.

—Se habrá encendido solo...

Lucas cogió el mando a distancia pero éste no funcionaba.

—¡Qué raro!

Mientras, las escenas de la película se sucedían. No se podía decir que fuesen precisamente agradables. Por fin, Lucy se levantó, se acercó hasta el aparato y pulsó el botón de apagado. La pantalla se sumió en la oscuridad.

Casi en el mismo instante, una fuerte ráfaga de viento abrió de par en par una de las ventanas del salón, que estaba entreabierta. La cortina, arrastrada por la fuerza de la ventana, lanzó al suelo la lámpara de luz indirecta que iluminaba la habitación. La bombilla se rompió y la sala quedó a oscuras.

Lucas se quedó quieto unos instantes, como esperando ver entrar algo detrás del fuerte viento, con el corazón en un puño. Unos segundos después, se acercó a la pared y pulsó el interruptor de los halógenos del techo. La luz volvió a la estancia.

Se acercó hasta la ventana y la cerró, asegurándose bien de que las dos hojas no se volvieran a abrir. Levantó del suelo la lámpara y la colocó en su lugar.

—¿Qué ha sido eso, papá? —preguntó Lucy, abrazándole asustada.

—Ya lo ves: un ventarrón caprichoso que se ha colado por nuestra ventana —intentando restarle importancia, a pesar de que también él estaba atemorizado.

Lucy miró por la otra ventana del salón.

—Pero si no se mueve ni una hoja de los árboles...

—A veces ocurren cosas así, hija.

—Sí, claro —dijo ella—. Como lo del televisor, ¿no?

#17

—¿Doctor Drusell?

—Sí, soy yo.

—Soy Alicia. La madre de Javier Costa.

Aunque había pasado tan solo un día desde que Lucas hablara con ella, esperaba impaciente la llamada. Eran las cinco de la tarde y estaba atendiendo a una señora en su consulta, pero no quiso dejar pasar la llamada.

—Dígame —respondió, haciendo un gesto con la mano a su cliente en ademán de disculpa por la interrupción.

Alicia le contó que la tarde siguiente a su conversación quedó citada con el padre Francisco. Le alegró comprobar que el sacerdote estaba en antecedentes.

—Siento decirle que cuando usted me llamó, al principio me costó creer lo que me estaba diciendo. Pero después de charlar con este buen sacerdote, he podido cerciorarme de que me estaba hablando completamente en serio. Nunca pudimos suponer que el poder del maligno estuviera de algún modo relacionado con lo que le pasa a Javier.

—No dé nada por sentado, Alicia —le repuso Lucas—. De momento no tenemos ninguna certeza sobre lo que le pasa a su hijo; lo que queremos es explorar esa posibilidad.

—Pues yo estoy convencida —le replicó—. Cuanto más lo pienso, más sentido tiene para mí.

—¿Ya se ha puesto en contacto con la residencia? Recuerde que hemos de llevarnos a su hijo de ese lugar.

—Esta misma mañana he telefoneado, pero me han dicho que no es conveniente que Javier salga ahora de allí. Por lo visto, está pasando unos días muy malos con crisis continuas. No le dejan solo ni un minuto para que no sufra ningún accidente.

«Sí, claro, ¡qué atentos!», pensó Lucas, recordando lo que le había contado Elena sobre el trato con los internos.

Estaba claro que el doctor Hurtado no iba a dejarlo salir tan fácilmente, sobre todo cuando sabía que Drusell estaba detrás de todo aquello. A pesar de que, sin duda, era una mala persona, por otro lado Lucas entendía perfectamente su postura respecto a la supuesta intervención diabólica en

alguno de sus enfermos. Era imposible que un médico en pleno siglo XXI pudiera creer en las posesiones diabólicas. A él mismo le costaba creerlo, por lo que consideraba normal que Hurtado pusiera todo tipo de pegajos. En cuanto Javier estuviera en casa pensaba someterle a una revisión completa con intención de obtener alguna información sobre los experimentos a los que suponía que le estaba sometiendo el médico. Si encontraba algo, por muy pequeño que fuera, se iría derecho a denunciarlo.

—Alicia, no me tome a mal, pero creo que cuanto antes saquemos a Javier de allí, mucho mejor.

—Pero si me han dicho que no le conviene en absoluto... —replicó la mujer.

—Mire. Yo también soy psiquiatra y puedo decidir si un enfermo está o no en condiciones de abandonar durante un tiempo su internamiento. Le ofrezco ir mañana mismo con usted y, bajo mi responsabilidad, hacer que Javier vuelva a casa. Sinceramente, y no puedo decirle por qué, me parece que le están dando largas.

—¿Qué insinúa, doctor? —preguntó Alicia, intrigada.

—Ahora no puedo explicárselo y menos por teléfono. Pienso que donde está más seguro su hijo es en su propia casa y no en ese centro.

—El doctor Hurtado ha sido siempre muy atento conmigo, y lo he visto auténticamente preocupado por mi hijo muchas veces —dijo, para añadir unos segundos después—. No obstante, me fío de usted, doctor Drusell. Hasta ahora nadie me había dado ninguna esperanza de curación para Javier. Usted es el primero y creo que merece mi confianza.

Lucas revisó su agenda, y quedaron en pasar a recogerle a las seis y media de la tarde, hora en la que Lucas ya habría terminado con su último cliente de ese día.

—¿Debería avisar para decirles que nos vamos a llevar a Javier?

—No, no lo haga. Le montaremos en el coche y nos iremos. Nadie puede obligarle a permanecer allí si sus padres quieren tenerle en su hogar.

—Como usted diga.

Las horas transcurrían demasiado lentas. Lucas ardía en deseos de llegar a casa. Comió deprisa, con ansiedad. Procuró atender a sus pacientes con la

misma atención que ponía todos los días, pero más de una vez se confundió al rellenar las recetas de aquella tarde.

A la hora acordada, Lucas esperaba impaciente a Alicia en el portal de su casa. Al poco, vio llegar a una pareja en un sencillo Ford Fiesta. La mujer le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Usted es Drusell, ¿verdad?

—Sí.

—Alicia Gomis —le saludó sacando su mano por la ventanilla y estrechándosela a Lucas—. Suba, por favor.

La señora era bajita y algo regordeta, frisando los sesenta años.

Lucas subió al coche y se acomodó en uno de los asientos traseros. Alicia le presentó a su acompañante, su marido Félix, que debía de tener más o menos su misma edad, si bien él era alto y delgado.

—Encantado —le dijo Lucas, mientras le estrechaba la mano—. Preferiría que nos hubiésemos conocido en otras circunstancias pero esto es lo que hay.

—No se preocupe —le respondió Félix—. Espero que lo que vamos a llevar a cabo esta tarde sea para bien. La verdad es que mi mujer me lo ha explicado varias veces y a pesar de ello me cuesta creer en todo esto.

—También a mí, créame —le respondió Lucas.

El coche arrancó y pusieron rumbo a Collado Villalba.

—Mi marido no acaba de estar del todo seguro de llevarnos así por las buenas a nuestro hijo —comentó Alicia—. Le confieso que yo tampoco lo veo muy normal pero en el fondo opino como usted: a Javier le sentará muy bien pasar unos días en casa, lejos del ambiente enrarecido de esa residencia, donde todos están igual o peor que él.

—Téngalo por seguro —le dijo Lucas.

—He dejado preparada su habitación tal como le gustaba.

Durante el trayecto hasta el psiquiátrico, apenas entrecruzaron alguna palabra más. Cada uno andaba sumido en sus propios pensamientos, mientras se aproximaban a su destino.

Cuando se hizo visible el pueblo, Lucas, a pesar de la gravedad de la situación, no pudo dejar de admirar el lugar. Situado en un amplio valle en torno al río Guadarrama, y todo rodeado de montañas excepto por el sur, Collado Villalba era un paraje encantador. Sin duda, la envidiable ubicación de la residencia debía servir a Hurtado para atraer a futuros pacientes; por algo era una de las mejores zonas turísticas de Madrid.

Lucas deseaba no encontrarse con el director del centro y que así todo resultase más fácil. Estaba seguro de que pondría todo tipo de dificultades para dejar salir al muchacho, aduciendo mil y una excusas con tal de retenerle.

—Ya hemos llegado —dijo Félix, mientras el coche atravesaba la entrada de la residencia. En el aparcamiento había seis coches más, entre los que destacaba un voluminoso BMW negro.

Se apearon los tres del automóvil y Lucas aprovechó para hacerse una idea de cómo era el edificio. Se trataba de una construcción de tres alturas, de un feo gris, rodeado de un jardín bastante amplio con una docena de árboles. La dejadez y el abandono del inmueble eran evidentes a ojos vista, ya que al centro le hacía falta una buena capa de pintura, y el jardín crecía descuidado.

El interior no mejoraba la impresión que uno se hacía desde fuera. La recepción era una sala poco iluminada y sin ningún tipo de decoración. Una enfermera les atendió.

—¿Qué desean?

—Somos los padres de Javier Costa y venimos a verle un rato.

—Un momento, por favor —les contestó la mujer, claramente sorprendida. Desapareció por un pasillo a paso vivo.

Lucas se fijó en el panel que estaba pinchado en un tablón detrás del mostrador. Era un plano de la residencia, con los números de las habitaciones y los nombres de los ocupantes. Descubrió a Javier en la habitación 23 de la segunda planta.

Al cabo de un par de minutos, regresó la recepcionista.

—Lo siento, pero tendrán que volver otro día.

—¿Por qué? ¿Le ocurre algo grave? —preguntó Alicia algo alterada.

—No se encuentra bien. Ha sufrido varios ataques nerviosos a lo largo del día y necesita descansar.

—Pero si sólo se trata de estar unos minutos con él. No pedimos más —replicó Félix.

—Ya les he dicho que hoy no puede ser. Tendrán que esperar a que se recupere. Eso es lo que me ha dicho el director... ¡Oiga, usted!

Lucas ya se había adentrado por el pasillo al que daban las habitaciones de la primera planta en busca del ascensor.

—¡Eh, señor! —le chilló la mujer—. ¡Por ahí no se puede pasar!

Lucas no le hizo caso. Unos metros más adelante, encontró una amplia escalera y comenzó a subir los escalones de dos en dos. Localizó la habitación

número 23 y entró. Una de las dos camas se encontraba vacía; en la otra estaba recostado un joven de unos veinte años, con sus manos y sus pies sujetos con correas. Lucas se acercó hasta él y comprobó que estaba dormido, probablemente mediante un sedante.

El padre de Javier apareció entonces en la habitación, seguido de la mujer que les había recibido, que seguía insistiendo en que no podían estar allí. Detrás de la mujer, asomó tímidamente la cabeza Alicia. Nada más ver a su hijo, atado y con las muñecas y los tobillos casi en carne viva por el roce continuo con el cuero de las correas, soltó un grito.

—¡Javier, hijo mío! —exclamó, a la vez que se abalanzaba sobre su hijo. Le pasó la mano por la cara, aportándole el pelo que le caía sobre el rostro y le llenó de besos.

—¿Se puede saber qué están haciendo con él? —le preguntó airado Félix a la enfermera.

—A mí me gustaría saber si el paciente ha firmado la autorización de utilización de correas en situaciones de crisis —añadió Lucas con dureza—. Como bien sabrá, todo enfermo mental, o su tutor, debe firmar una autorización para permitir que se usen métodos de contención. Y esas cosas —continuó, señalando las correas, y dirigiéndose a la mujer que les había recibido— no me parecen medios ordinarios.

Esta, por toda respuesta, salió de la habitación a toda prisa y desapareció por la escalera.

—Seguro que va a avisar a Hurtado —dijo Lucas—. Él no nos puede impedir que nos llevemos a Javier de aquí, pero les aseguré que trataré de convencerles de que se quede. Lo mejor que podemos hacer es recoger sus cosas y marcharnos cuanto antes.

El chico seguía dormido, con lo que no iba a resultar fácil hacer que se vistiera y que caminara hasta la salida.

—Trate de despertarlo —le animó Lucas a Alicia—. Zarandéelo, si hace falta. No se preocupe; eso no le hará sufrir.

Mientras tanto, Félix iba llenando una bolsa con las pocas pertenencias que tenía su hijo en la habitación. Cuando terminó de revisar la sala y de recoger todo lo que le pareció importante, ayudó a Lucas con las correas.

Javier empezó a dar síntomas de irse despertando. Liberados ya sus manos y sus pies, se revolvió en la cama y abrió los ojos. Se encontró cara a cara con el rostro de su madre, que le sonreía.

—¡Mamá!

—¡Javi, hijo mío! ¿Cómo estás? —dijo Alicia con lágrimas en los ojos.

—¡Papá! Tú también estás aquí.

Al chico le costaba vocalizar a causa de la medicación.

—Sí, hijo. Hemos venido para llevarte a casa.

El chico se quedó desconcertado.

—¿A casa?

—Sí —le dijo su madre—. Allí estarás mucho mejor que en este horrible lugar.

Entonces ocurrió. Los tres adultos observaron cómo se dilataban las pupilas en los ojos del joven, mientras una aviesa sonrisa aparecía en sus labios. Les miró uno a uno y, en un tono de voz mucho más grave que el suyo, les espetó:

—Ésta es mi casa y nadie me va a sacar de aquí. ¿Entendéis, imbéciles?

Alicia, que se había separado ligeramente de su hijo, quiso acercarse de nuevo a él, pero Lucas se lo impidió agarrándole por el brazo.

—No lo haga —le susurró al oído—. Está fuera de sí.

—¡Largo de aquí todos! —gritó—. ¡No quiero veros a ninguno!

Después de decir esto, comenzó a agitarse sobre la cama y a quejarse y lamentarse. Con fuerza inusitada se arañaba la cara y los brazos, sin dejar de gemir y de blasfemar.

En ese momento, cuatro hombres entraron en la habitación y comenzaron a fijar de nuevo sus manos y sus pies a las correas sin ninguna contemplación. Alicia no dejaba de llorar y su marido y Lucas contemplaban la escena, estremecidos.

El chico continuó agitándose en la cama hasta que uno de los enfermeros, con la ayuda de otros dos para inmovilizarle el brazo, consiguió inyectarle una sustancia. Al cabo de un minuto, Javier volvió a quedarse dormido tal y como se lo había encontrado Lucas al entrar en la habitación.

El grupo de enfermeros se retiró sin decir palabra.

—Se lo pensaban llevar a casa, ¿verdad?

La voz de Hurtado les llegó desde la puerta. Se había presentado sigilosamente tras la marcha de los cuatro hombres.

—Sí, así es —respondió Félix.

—Por mí, pueden hacerlo cuando quieran. Llévenselo ahora mismo, si lo desean. Pero les advierto que en su casa no dispondrán de cuatro enfermeros fuertes para sujetar al muchacho cuando sea necesario ni podrán sedarle como

lo acabamos de hacer ahora.

Alicia y Félix miraron a Lucas. Ninguno de los dos se esperaba el espectáculo provocado por su hijo y aguardaban una respuesta del hombre que les había llevado hasta allí.

—Después de todo, quizás no sea una buena idea trasladarle hasta su domicilio.

—No, no lo es, sin duda alguna —afirmó Alicia—. Sin embargo, he podido comprobar con mis propios ojos que lo que le pasa a mi hijo no es normal. Ésa no era su voz. No ha sido él quien nos ha insultado de ese modo.

—Tendremos que hacerlo aquí, en ese caso —dijo Lucas.

—Hacer, ¿qué? —preguntó Hurtado.

—Javier va a ser sometido a un exorcismo —dijo Félix—. Preferiríamos que fuese en nuestra casa, pero si no es posible, tendrá que ser en esta habitación.

—¡Un exorcismo! —exclamó el doctor Hurtado, girándose hacia Lucas—. Así que va en serio con esa patraña, ¿verdad, Drusell? Usted no está en su sano juicio y en su locura ha arrastrado a estas pobres personas. Señora, su hijo está grave, pero creer en mitos y supersticiones no le va a valer para nada. Nosotros estamos haciendo por él todo lo que podemos, aquí está bien cuidado.

—¿A esto le llama usted cuidar? —exclamó Alicia, señalando las marcas de las correas en los miembros de su hijo—. Tendrá suerte si no le denuncio después de lo que acabo de ver.

—Javier ha tenido hoy varias crisis como la que ustedes han contemplado y se ha lastimado las muñecas como nunca. La enfermera estaba a punto de venir para hacerle las curas necesarias. Aparte de eso, no veo ningún motivo para denunciarme, a no ser que el doctor Drusell guarde alguno que desconozca. Disponemos de todas las autorizaciones necesarias; no se olviden de los documentos que firmaron cuando ingresaron a su hijo.

Lucas quería zanjar el asunto cuanto antes.

—Doctor Hurtado. Los padres del muchacho desean que lo examine un exorcista para comprobar si su enfermedad no es tal si no que está debida a una intervención directa del demonio. Mañana por la tarde volveremos aquí con el sacerdote que va a exorcizar a Javier, quiera usted o no.

—Como lo deseen —respondió, encogiéndose de hombros—. Por mí como si quieren traer a un hechicero. Eso sí, no me perderé la representación, se lo

aseguro.

Cuando Lucas llegó a su casa eran cerca de las ocho y media. Lucy tenía casi preparada la cena.

—¿Cómo ha ido? ¿Cómo es un endemoniado? ¿Qué hace? —le preguntó su hija al verlo entrar.

—¡Ha ido fatal! —exclamó—. Al principio, cuando llegamos a su habitación, se comportó con normalidad. Saludó a sus padres y pareció alegrarse de verlos, a pesar de que estaba muy sedado y se notaba que le costaba pensar con claridad. Luego se ha puesto como un loco, ha sido horrible. Jamás había visto algo así en todos mis años de psiquiatra. Además la residencia es un lugar aterrador. Intentaremos hacer el exorcismo allí mismo, aunque no será fácil.

Lucas se sentía muy frustrado y estaba de pésimo humor.

Hurtado ya sabía ahora que iba en serio. Podía drogar a Javier de diferentes formas para entorpecer el exorcismo o a saber lo que se le ocurriría hacer. Estaba seguro de que Hurtado era una persona sumamente inteligente y estando sobre aviso, todo sería más complicado. Lo que habían hecho hoy era como decirle al ladrón «oye, que somos la policía y en una hora vamos, vete escondiendo las joyas». No podía creer en su mala suerte.

—Ya está listo —dijo Lucy, sacándolo de sus cavilaciones. Había preparado un par de tortillas con jamón, acompañadas con ensalada y alubias.

—¿Otra vez tortilla? —preguntó Lucas.

—No te quejes, que cuando vivías en Irlanda casi no comías —le respondió su hija, esta vez en inglés.

—La que no comía era la de patata. Tortilla ha habido toda la vida —replicó él en el mismo idioma.

Lucas miró a su hija con cariño. Con solo doce años ya sabía cocinar. No hacía platos especialmente elaborados, pero estaba seguro de que sus compañeras de clase no sabían ni hacerse un huevo frito. La muerte de su hermano y la enfermedad de su madre la habían obligado a madurar a marchas forzadas.

—Tengo ganas de volver y ver a *Grandma* y *Granpa*. Lo de hablar por Skype está bien, pero no es lo mismo que verlos

—Ya queda menos para la Navidad, entonces los verás. Vamos a pasar las dos semanas allí.

—¡Las dos semanas! —exclamó Lucy, contenta.

Sin embargo, de pronto su alegría se esfumó de golpe.

—Mamá no nos verá en dos semanas...

—Lo sé, hija mía.

Mientras cenaban, Lucy le contó cómo había ido el día, sin entretenerse demasiado en los momentos en los que se metían con ella. Solía pasar todos los días pero no le afectaba demasiado, estaba acostumbrada, así que no le daba mayor importancia y no siempre se lo contaba a su padre.

Una vez terminada la cena, recogieron los platos y arreglaron la cocina. Por las mañanas, una mujer venía a limpiar toda la casa, así que ellos solo tenían que preocuparse de lo básico.

—¿Dónde vas? —preguntó Lucy a su padre, viéndole retirarse.

—Iba a ir a mi cuarto, a leer un rato el libro del exorcista ese de Roma, a ver si así se me pasa la frustración que siento.

—Pero papa, hoy es jueves...

—¿Y?

—Ponen tu serie favorita, esa de la cárcel y el psiquiatra. La echan los jueves.

—Es cierto —respondió Lucas, llevándose las manos a la cabeza—. Hoy voy muy despistado y ya no me acordaba ni del día en que vivo.

Como una estrella fugaz, un fragmento de alguna conversación reciente refulgió en su memoria. Era como si las neuronas que contenían el recuerdo se hubieran agitado.

El jueves... el último jueves de cada mes...

Durante unos instantes esa frase no significó nada para él, hasta que recordó el dónde y el quién. La había dicho Elena, era cuando se llevaban los enfermos en plena noche.

—Hoy es último jueves de mes...

Dicho esto, miró el reloj. Todavía no eran las diez.

—A medianoche... —añadió.

—¿Papá? ¿Estás bien? Te veo muy raro —le preguntó su hija.

—Sí cariño, estoy bien, pero tengo que marcharme.

—¿Marcharte? ¿A dónde? —preguntó muy extrañada.

—Mañana te lo cuento, ¿vale? —dijo, girándose para dirigirse a la puerta.

En ese instante, el rostro de Lucy se transformó por completo y el pánico la invadió.

—¡No vayas, papá, no vayas! —empezó a gritar, fuera de sí.

—Pero, ¿qué te pasa? —preguntó, sorprendido del brusco cambio de humor de su hija.

—¡No vayas, no vayas! —continuaba gritando la niña, a la vez que rompía a llorar y se agarraba a su padre como si fuera una lapa.

—¡Pero, Lucy! ¿Se puede saber qué te ocurre? —preguntó, asustado.

Entonces empezó a decir frases incomprensibles entre sollozos.

—No vayas, no vayas, hay gente mala. El agua le duele, el agua le duele...

Lucas la tomó en brazos y la llevó a su cama, mientras ella se mantenía abrazada a su cuello sin soltarle.

La acostó y se quedó a su lado, acariciándola y murmurando frases tranquilizadoras.

La niña poco a poco se fue calmando y Lucas se dirigió a la cocina en busca de algo para darle y que pudiera dormir tranquila. Localizó el diazepam y le dio un comprimido con agua. Lucy se había quedado exhausta después de la especie de rabieta y no se negó.

Al poco, se quedó dormida.

Entonces Drusell dudó qué hacer. Su hija no se encontraba bien, pero él sentía la necesidad de ir.

Decidió llamar a la vecina de enfrente, una señora viuda ya mayor que en más de una ocasión se había ofrecido a ayudarlos. Le explicó que debía irse y la mujer no tuvo problema en quedarse a cargo de Lucy.

#18

Lucas volvió a mirar su reloj: faltaban tan solo quince minutos para la medianoche. Todo estaba tranquilo en los alrededores de la residencia que dirigía Hurtado. Algunas parejas paseaban tranquilamente sin prestarle atención. Un par de perros se enzarzaron en un intercambio de ladridos mientras sus dueños se esforzaban por separarlos.

Había dejado el coche estacionado a dos manzanas de distancia. Anduvo despacio hasta una esquina desde la que dominaba la entrada del caserón. Un automóvil pasó a su lado. No le habría llamado la atención si hubiera sido por el hecho de que no era un coche cualquiera, sino un Jaguar totalmente nuevo. Al poco pasó otro, un Mercedes, seguido de otro más, en ese caso un Audi imponente.

Todos ellos iban entrando en el aparcamiento de la residencia.

«¿Qué es esto?», se preguntó Lucas, «¿una convención de coches caros?»

Se acercó lo suficiente para observar y descubrió que había una persona controlando la entrada de los vehículos. No tenía ni idea de cómo se iba a colar sin que el vigilante lo viera.

Agradeció en lo más hondo la oscuridad de la noche y la poca iluminación que había en la calle. Sin embargo, eso no era bastante para franquear la entrada sin ser visto. Dos grandes farolas, una a cada lado, iluminaban la puerta, permitiendo al vigilante comprobar la identidad de las personas que pretendían acceder al centro.

Se colocó pegado al muro, a escasos diez metros de la puerta, aprovechando un recodo del murete. La residencia estaba toda rodeada por una verja de unos tres metros de altura. Lucas sopesó sus posibilidades pero negó con la cabeza; no se veía capaz de saltar aquella muralla.

Entonces se giró al escuchar el sonido de otro coche. Reculó un metro más, mientras miraba al recién llegado. No conocía la marca del coche, pero era un vehículo inmenso y probablemente carísimo. Se le ocurrió una idea, sin duda descabellada, pero no la desechó.

Esperó a que el coche estuviera parado frente a la entrada y entonces se deslizó en silencio hasta colocarse agachado junto a la puerta trasera. La persona que controlaba la entrada estaba al otro lado, conversando con el conductor, así que no lo podía ver.

El coche empezó a moverse de nuevo lentamente, mientras Lucas avanzaba agachado a su paso, con el corazón a punto de salirse por la boca. En cuanto estuvo dentro de la finca, se ocultó detrás del primer árbol que encontró. Ya no había vuelta atrás.

Permaneció escondido hasta que cesó el flujo de vehículos que accedían a la residencia. Contó veintidós autos, a cual más lujoso. Las personas que se apeaban permanecían prácticamente en silencio, como si no se conocieran. La escasa iluminación que había en el aparcamiento favorecía el anonimato y la posibilidad de unirse al grupo, que parecía estar esperando algo.

Lucas respiró hondo varias veces y comenzó a caminar despacio, despreocupado, en dirección a aquella gente. Se obligó a tranquilizarse. Total, ¿qué le podía pasar si le pillaban? ¿qué lo echaran o lo denunciaran?

Nadie le miró ni se dirigió a él en ningún momento. Observó a aquellos hombres y mujeres con curiosidad. Desde luego, si esa noche iba a tener lugar un experimento con alguno de los internos, todo animaba a pensar que iba a terminar mal. Esas personas parecían más dispuestas a asistir a un funeral que a otro tipo de reunión.

Una puerta de madera de doble hoja aparecía como el único acceso al edificio. Al cabo de un par de minutos, la puerta se abrió y empezaron a entrar ordenadamente. Debería inventarse una buena excusa si alguien le preguntaba quién era y qué hacía allí. Sin embargo, era como si nadie se hubiera percatado de su presencia. «Seguro que estos tíos no son conocidos entre ellos», pensó.

Avanzaron en silencio por un amplio corredor, también casi en penumbra, dejando habitaciones a izquierda y derecha, hasta llegar a las escaleras. Comenzaron a descender hasta llegar a lo que debía de ser el sótano.

Atravesaron de nuevo un pasillo, aunque este mucho más corto, y por fin entraron a una sala casi a oscuras, que parecía muy espaciosa. Los recién llegados tomaron asiento alrededor de una mesa alargada cubierta con una tela negra. Lucas se sentó en una silla situada junto a una columna y algo retrasado de los demás, buscando el modo de pasar lo más desapercibido posible.

Poco después llegaron una docena de personas más y la puerta se cerró.

Ninguno de los presentes hablaba. A todo esto, no veía al doctor Hurtado por ninguna parte ni a los enfermos con los que suponía que se realizaban aquellos macabros experimentos.

Tras unos minutos de tensa espera, la puerta se abrió silenciosamente. Lucas

distinguió a uno de los internos por el pijama, que caminaba con dificultad, acompañado de tres enfermeros. Apenas podía ver algo con claridad, aunque sí lo suficiente para comprobar que no se trataba de Javier Costa. Se imaginó que debía ser Antonio Poveda. Alguien encendió una enorme vela que se alzaba sobre un candelero junto a la mesa y que iluminó el centro de la sala. Lucas distinguió entonces una camilla situada en sentido perpendicular a la mesa. Descubrió también un atril detrás de la mesa, cerca de la pared.

Desde luego, lo que estaba contemplando no se parecía en nada a lo que había esperado encontrarse.

Tumbaron al enfermo boca arriba sobre la camilla y los tres enfermeros procedieron a atarle con correajes. El paciente no se resistió ni se quejó en ningún momento, por lo que Lucas dedujo que debía de estar drogado.

Ahora que había más luz, desvió la mirada del pobre hombre e intentó quedarse con todos los detalles de lo que veía. Tenía preparado el móvil con idea de grabar todo lo que ocurriera, aunque con tan poca luz no sabía si serviría para algo.

Se fijó en la mesa con detenimiento. Estaba cubierta con un auténtico mantel, que colgaba hasta el suelo por ambos lados. Observó unas extrañas figuras bordadas con hilo de oro que le resultaron completamente grotescas. «¿Qué coño van a hacer aquí?»

Lucas no entendía nada. Se suponía que el doctor Hurtado realizaba experimentos con pacientes, con el fin de obtener mejores tratamientos y así patentarlos y ganar una fortuna. De hecho, estaba convencido de que la muerte de Ana se debía a ese motivo. Sin embargo, ¿para qué reunir entonces a tanta gente? ¿Habría conseguido un tratamiento efectivo y por eso lo quería mostrar? Pero, aún así, ¿para qué todo aquel extraño montaje?

Dos de los presentes colocaron sobre la mesa cuatro cirios grandes y los encendieron, con lo que la habitación cobró aún algo más de luz.

En ese momento apareció Hurtado con dos acompañantes y Lucas se agachó instintivamente, a pesar de que la oscuridad jugaba de su parte. Por nada del mundo debía descubrirle en aquella reunión.

El doctor se detuvo en el centro de la sala, mientras acababan de prepararlo todo. Vestía un elegante traje, en vez de una bata blanca. Definitivamente, nada de lo que estaba sucediendo tenía algo que ver con la medicina, pensó Lucas.

Alguien dejó en la mesa una hermosa copa dorada con ornamentos de plata, además de un objeto cilíndrico que no reconoció, del que sobresalía una

pequeña rama de olivo.

Uno de los dos hombres que habían entrado con Hurtado y que se había ocultado durante unos momentos de su campo de visión, volvió a aparecer vestido con una túnica negra, llevando en sus manos un gran crucifijo.

Drusell puso los ojos como platos al verlo y al caer en la cuenta de que la copa que acababan de traer era muy similar a las utilizadas por los sacerdotes al decir la misa

El hombre de la túnica dejó el crucifijo en uno de los extremos de la mesa sobre un pedestal que permitía colocarlo boca abajo. El otro acompañante de Hurtado, también revestido de una túnica negra, trajo entonces un libro grande que apoyó sobre el atril. Cada uno se puso en un extremo de la mesa y el silencio, si cabe, se hizo aún mayor. Algo estaba a punto de comenzar.

Tras un minuto de tensa espera, apareció, como salida de la nada, una mujer completamente desnuda y se recostó sobre la mesa. La mujer ya no era joven, pero no dejaba de ser atractiva.

Poco después, vestido con una túnica mucho más rica, negra también y con adornos de colores rojos y verdes, hizo su entrada el doctor Hurtado. Llevaba sobre la cabeza una mitra negra rodeada con ornamentos dorados que hacían resaltar aún más su figura. Sus manos sostenían un objeto blanco y redondo, que colocó sobre el cuerpo de la mujer.

Un destello alumbró el cerebro de Lucas y por fin empezó a comprender. El objeto blanco era, sin duda, una Hostia, y probablemente consagrada.

En ese momento una idea le inundó la mente y le dejó helado: si le descubrían, no iban simplemente a echarlo de allí para después denunciarlo. Así, Lucas empezó a sudar de puro miedo al tomar conciencia de que su vida peligraba.

Barajó la idea de abandonar la sala en aquel mismo instante, pero era tarde. Si se marchaba todos lo verían, ya que había una única puerta de acceso a la habitación.

Entonces comenzó la ceremonia, cuando Hurtado habló con voz profunda, extendiendo las manos para abarcar a todos los presentes:

—Satán, señor nuestro. Una vez más, aquí nos reunimos tu pueblo, los Druidas de Satán, para adorarte y rendirte culto

El rito que siguió a esa introducción imitaba en cierto modo el de la misa católica, con las oraciones recitadas en latín y en castellano. Cuando tocaba invocar el nombre de Dios se sustituía éste por el de Satanás y se invocaba

también el nombre de otros demonios. El Padre Nuestro también se rezaba, invirtiendo los términos: «Padre nuestro, que estás en el infierno». Se lanzaban invectivas contra Jesucristo y la Hostia era profanada utilizándola en prácticas sexuales con la mujer que hacía de altar y pisoteándola repetidamente con odio.

Mientras duraba todo aquello, Lucas se preguntaba para qué motivo habían llevado a Antonio hasta aquella sala. Debía de seguir drogado, ya que permanecía inmóvil y ajeno a todo lo que sucedía.

Después de media hora, parecía que el final de la ceremonia tocaba a su fin. Entonces, Hurtado, como si de un sacerdote se tratara, habló con una voz potente y cruel que hizo que a Lucas se le pusiera la carne de gallina:

—Padre, antes de terminar estos sagrados misterios, queremos ofrecerte el sufrimiento de una de tus víctimas en las que has demostrado tu omnipotente dominio sobre las criaturas.

Se dirigió entonces a la camilla donde se hallaba postrado Antonio y cogió el recipiente cilíndrico.

Entonces entendió lo que era. Lo había visto usar al cura en algunas misas solemnes para rociar con agua bendita a los asistentes.

Hurtado sacó la rama del cilindro, empapada de un líquido incoloro, y roció al enfermo.

Antonio despertó en ese momento y comenzó a gritar y a tratar de liberarse de las correas que le sujetaban a la cama. Sus alaridos dispararon todavía más, si aún era posible, el pulso de Lucas, que hizo un esfuerzo sobrehumano para no llevarse las manos a los oídos para tapárselos.

Mientras, Hurtado continuaba aspergiendo el lecho del pobre infeliz, disfrutando con sus gritos y sus lamentos.

En aquel instante, Lucas recordó una de las pocas frases que había entendido a Lucy en medio de su ataque de pánico de aquella noche:

El agua le duele.

—¡Basta! ¡Déjalo ya! ¡No aguanto más! —gritó el endemoniado, con una voz extremadamente grave. Parecía la de un viejo que se estuviera muriendo.

Aquello continuó durante tres largos minutos, que a Drusell se le hicieron eternos.

Ofrecido el sacrificio de ese sufrimiento inútil y macabro, la reunión se disolvió.

Lucas abandonó la sala completamente aturdido, mezclado con la gente que iba saliendo en silencio. Ahora que sus ojos se habían habituado a la débil luz, no pudo evitar echar un vistazo a los que tenía a su alrededor. Siempre había pensado que los adoradores del diablo debían ser tipos con el pelo largo, llenos de *piercings* y tatuajes. Sin embargo, las personas que estaban allí eran hombres y mujeres elegantes, todos ellos de edades comprendidas entre los cuarenta y los sesenta años.

Al llegar a la puerta de entrada, Drusell hizo ademán de buscar algo en un bolsillo para así detenerse. Dejó que el grupo pasara de largo, mientras ideaba la forma de escapar de allí sin ser descubierto. Entonces se fijó que el guarda que antes vigilaba la puerta, se encontraba ahora a unos metros de ella, conversando con alguien. Obviamente la seguridad era importante a la entrada, pero no a la salida.

Así, Lucas avanzó hacia el portón, mientras sentía cómo su corazón se iba acelerando a cada paso que daba.

Los coches, poco a poco, fueron adelantando a Lucas en fila y éste, cuando estaba a unos metros de la salida, sacó el móvil simulando llamar a alguien. Entonces cayó en la cuenta de que se había olvidado de grabar todo lo ocurrido a causa de la tensión y la sorpresa del momento. Se maldijo a sí mismo, pero aquello ya no tenía remedio.

Aprovechando un instante en que no salía ningún coche, pegó una mirada al guarda, que ahora le daba la espalda y, acelerando el paso, abandonó el lugar.

Una vez fuera, caminó despacio para no llamar la atención. Pero en cuanto llegó a la primera esquina, comenzó a correr como un loco, tomando la calle de la derecha en lugar de ir directamente a su coche, que estaba a dos manzanas en línea recta.

Cinco minutos después y seguro de que no lo seguían, desanduvo parte del camino recorrido y llegó a su automóvil.

En cuanto subió, lo cerró por dentro y se marchó a toda prisa.

Mientras conducía hacia casa, las imágenes de lo vivido se sucedían en su cabeza. Su cerebro no era capaz de asimilar lo que había visto, era simplemente demasiado increíble, demasiado horrible.

Durante el trayecto a su hogar fue tomando conciencia real de lo que acababa de presenciar, ya que su mente todavía se negaba a aceptarlo. No se

trataba de que Hurtado hiciera experimentos con los pacientes, que habría sido malo, sino que sabía que estaban endemoniados y además, los torturaba durante la celebración de una misa negra. En su imaginación, Lucas estaba empezando a figurarse lo que en realidad era el psiquiátrico del doctor Hurtado: una reserva de seres humanos destinados a lo que la voluntad del señor de las tinieblas dispusiera. Parecía el argumento de una película de terror, pero todo lo que había visto y oído hasta el momento no dejaba de llevarle en esa dirección.

Iba pensando en todo aquello, conduciendo de forma casi inconsciente, cuando unas luces en medio de la carretera le sobresaltaron.

La policía.

Aminoró hasta colocarse en el arcén, siguiendo las órdenes que una persona uniformada le daba con las manos.

—Buenas noches, caballero —dijo el agente, un hombre de apenas treinta años—. Control de alcoholemia.

Lucas tomó la boquilla y la colocó en el aparato que el policía le ofrecía. A una señal suya sopló todo lo que pudo y esperó a que el agente le dejara pasar.

Mientras aguardaba, le vinieron a la mente unas palabras que había oído repetirse en varios momentos de la abyecta celebración: «Druidas de Satán».

Imaginó que debía ser el nombre de la secta.

—¿Perdone? —preguntó sobresaltado.

—Que puede usted continuar. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Cansado y nada más. Buenas noches, agente.

Al llegar a casa, encontró a su vecina roncando suavemente en el sofá. La despertó con delicadeza y la señora se volvió a su piso. Después de cerrar la puerta con llave, fue al cuarto de Lucy.

La niña dormía plácidamente y verla le calmó en gran parte. Ella era su ancla, su salvavidas en medio de la historia terrible que le había tocado vivir desde que viera morir a su hijo. Se necesitaban el uno al otro, pero con frecuencia pensaba que era él el más indigente de los dos. Lucy era fuerte en muchos sentidos y estaba madurando deprisa.

Se acercó y, después de arroparla y besar su frente, entornó la puerta y se dirigió a su despacho.

Una vez allí cogió el móvil y llamó al padre Francisco. Era consciente de que era más de la una y media de la mañana, pero no podía esperar. Al pulsar las teclas se dio cuenta de que le temblaba el pulso.

Al tercer tono descolgó.

—¿Diga? —preguntó una voz somnolienta.

—¡Padre Francisco! ¡Tengo que hablar con usted! ¡Soy Lucas! —dijo casi gritando y a trompicones.

—¿Lucas?

Su voz ya no sonaba adormilada.

—Se trata de Hurtado. Realiza misas negras y utiliza a los pacientes para torturarlos.

—A ver, explíquese mejor, por favor.

Lucas pasó a relatarle lo que había presenciado.

—Lo que usted ha hecho ha sido una insensatez —le dijo el cura con dureza—. Podría no haber salido vivo de allí.

—Cuando entré, no pensé que la cosa iba a ser tan grave... —se excusó el doctor.

—Bueno, olvídese. Esto lo cambia todo —dijo el padre Francisco, hablando más para sí que para su interlocutor—. No estamos hablando de simples endemoniados, que también, sino de gente que ha hecho un pacto con Lucifer. «Druidas de Satán», no conocía esa secta... Además, no se trata de un simple integrante, sino que es el celebrante, un líder.

—¿Qué es eso de hacer un pacto con Satanás?

—Bien, ya se lo comenté el otro día... Así de entrada, el pacto con Satán se hace para conseguir beneficios en esta vida: dinero, prestigio, lujo, mujeres... Cuando el maligno se pone de tu parte puede parecer que la vida te sonrío, que todo te va bien. Básicamente es eso lo que buscan esos insensatos, ignorando a propósito lo que luego se van a encontrar en la otra vida a cambio. Rezaré por ese pobre hombre.

A Lucas le sorprendió esa última frase, ya que lo último que le parecía Hurtado era un ser humano del que compadecerse.

#19

Alberto Hurtado permanecía tumbado en la cama, sin conciliar el sueño. A su lado dormía Laura, la enfermera jefa de su residencia y su mano derecha, tanto en el psiquiátrico como a la hora de manejar todos sus negocios ocultos. Aunque ya no era una jovencita, resultaba una excelente amante.

La ceremonia de esa noche, al igual que todas las realizadas hasta entonces, había resultado muy bien y al acabar se sentía pletórico y lleno de vitalidad. Normalmente esa sensación le duraba tres o cuatro días, hasta que poco a poco se iba apagando. Entonces, sentía la necesidad de volver a experimentar aquella maravillosa sensación, que era como una droga, pero debía esperar al siguiente mes.

Sin embargo, hacía un par de horas que había acabado la ceremonia y la sensación de agrado había desaparecido, para dejar paso a la inquietud. Y tenía claro quién era el responsable de esa intranquilidad: Lucas Drusell. El entrometido médico estaba siguiendo una pista, aunque iba muy perdido, y hasta había conseguido a un exorcista. De momento no podía hacer nada para detenerlo, pero ya se le ocurriría algo.

Cada vez le preocupaba más la idea de que algún antiguo trabajador suyo estuviese colaborando. Estaba seguro de que ninguno jamás había averiguado lo que se cocía realmente en la residencia, pero aún así tenían información suficiente como para meterlo en un aprieto.

Estiró la mano y encendió la lámpara que tenía junto a la cama. Se incorporó y cogió un vaso de agua que descansaba en su mesita; estaba sediento.

En ese momento su compañera también se incorporó:

—Amor, ¿no puedes dormir? —le preguntó.

—Estoy algo inquieto, cariño.

A pesar de los apelativos cariñosos, no existía ningún tipo de amor entre ellos. Simplemente había una relación laboral en la que ambos salían muy beneficiados, además de encuentros carnales esporádicos muy al gusto de los dos.

—Es por ese dichoso médico, ¿verdad?

—Así es. Tenemos que pensar en la manera de deshacernos de él.

—Tal y como hiciste con Brull.

—Quizá, aunque de una manera más discreta. El problema es que Drusell ya ha implicado a la familia de ese Javier Costa y a un cura. Ya no es una, sino cuatro personas, y eso no es tan fácil. Además, seguro que el cura habrá hablado con más gente. Podría intentar drogar al chico antes de la sesión, pero Drusell es muy listo y se daría cuenta en seguida, levantaría más sospechas. De momento los dejaremos hacer, para ganar tiempo. Con un poco de suerte el curita no sabrá ni por dónde empezar.

—¿El Maestro lo sabe?

—No. No he querido molestarle. Pero si esto sigue adelante y se entera, no le va a hacer ninguna gracia. Ya sabes que estamos preparando una ceremonia muy especial para la fiesta de este año, en conmemoración de los veinte años de nuestra congregación.

—¿Ya te ha confirmado su presencia? —preguntó, emocionada.

—Así es. Vendrá con los representantes más importantes de Estados Unidos y algunos de Sudamérica. Los miembros más distinguidos de nuestra Orden, todos juntos, aquí en Madrid. Será una celebración memorable, si bien todavía tengo que ultimar los preparativos. Solo espero que todo esto no haga que el Maestro la cancele, sería un desastre. Hay que encontrar una solución.

—Bueno, ya se te ocurrirá algo. Y mientras tanto, sé de una forma para que olvides todas tus penas —le dijo, susurrándole las últimas palabras al oído.

Lucas miró por enésima vez el reloj de pared que había en su consulta. Las cinco y media de la mañana.

Llevaba despierto desde su regreso, ya que tenía claro que le resultaría imposible dormir después de lo vivido en las últimas horas.

Durante un largo rato estuvo leyendo con avidez el libro del padre Amorth, el exorcista del Vaticano, hasta que se le ocurrió buscar en Internet alguna información sobre la secta de Alberto Hurtado.

«Druidas de Satán»; la verdad es que le hacía gracia el nombre si no fuese porque detrás se escondía una auténtica colectividad de personas cuyos fines no eran precisamente beneficiosos para la humanidad.

El buscador no dio ningún resultado satisfactorio. Apareció un buen número de entradas que contenían las palabras «druidas» y «Satán», pero ninguna de ellas hacía referencia a una secta denominada con ese nombre. Había oído en

alguna ocasión que muchas de esos grupos eran de carácter secreto, aunque las había también que eran conocidas públicamente.

Buceó por decenas de entradas, muchas de ellas sin ningún tipo de rigor. En una de aquellas búsquedas llegó por casualidad a una página que hablaba sobre la fiesta de Halloween, una celebración muy arraigada desde hacía mucho tiempo en Irlanda, su país natal, y que recordaba con particular aprecio. Sabía que desde allí se había extendido a Estados Unidos con la llegada de los irlandeses alrededor de 1840 y que ahora estaba llegando a otros países como España debido a la moda de copiar todo lo que se hacía en América.

Empezó a leer por curiosidad más que por otro motivo, pero antes de hacerlo miró la dirección de la web; se trataba de la página de obispado de Córdoba, por lo que debía de ser fiable, pensó.

Avanzó con rapidez por los primeros párrafos, ya que conocía la información que allí se le daba, como que «Halloween» correspondía a la abreviación de la expresión inglesa «All Hallow's Eve» o víspera de Todos los Santos y que la celebración venía de lejos, siendo incluso anterior al cristianismo. Su origen se remontaba a más de 2.500 años atrás en la región de la actual Gran Bretaña, Irlanda y el norte de Francia y, desde siempre, estuvo relacionada con los druidas celtas.

A partir de ese punto empezó a leer más despacio, al llegar a una parte interesante y desconocida para él.

Explicaba que, cuando el año celta terminaba, al final del verano, precisamente el día 31 de octubre, el ganado era llevado de los prados a los establos para pasar el invierno. Ese último día, se suponía que los espíritus podían salir de los cementerios y apoderarse de los cuerpos de los vivos para resucitar. Con el fin de evitarlo, los poblados celtas ensuciaban las casas y las «adornaban» con huesos, calaveras y demás objetos desagradables, de forma que los muertos pasaran de largo, asustados. Entonces entendió de dónde venía la tradición de decorar con motivos siniestros las casas en la actual víspera de Todos los Santos y también los disfraces.

Los celtas tenían la creencia de que cada 31 de octubre, Sanhain, el dios de la muerte, reunía a todos los difuntos para que los druidas ofreciesen sacrificios de expiación por sus almas. La noche anterior al 1 de noviembre, estos sacerdotes iban de casa en casa pidiendo ofrendas para sus sacrificios, que solían consistir en frutos, otro tipo de alimentos y animales. Todo el pueblo acababa por entregar alguna cosa a los druidas, ya que temían que, en

caso de no hacerlo, caerían grandes maldiciones sobre sus familias, se quemarían sus cosechas, moriría el ganado y cosas por el estilo. En cambio, si entregaban la ofrenda, los druidas quedaban contentos y colocaban una lámpara en la puerta de la casa, que servía también para espantar a los muertos de los hogares de sus familiares, de modo que aquella noche les dejasen descansar en paz.

Cuando los druidas terminaban de recoger las ofrendas, se reunían en sus lugares de adoración, vestidos con pieles de animales y con máscaras de los mismos y, danzando al ritmo de su música, ofrecían los alimentos y los animales que habían recogido. De esa forma recibían el nuevo año, adorando a Sanhain, el dios de la muerte.

Hasta ahí era todo historia, pero luego el artículo advertía de que aún hoy en día los adoradores de Satán, como en otros tiempos los druidas, se reunían en cementerios y bosques la noche del 31 de octubre para ofrecer sacrificios de animales o incluso de seres humanos, a quienes, después de ser torturados, les cortaban las muñecas o los tobillos para recoger la sangre en tazas y beberla. Como toque final, el sacerdote del ritual atravesaba el corazón de las víctimas con una daga.

Esta fiesta ha quedado ligada de tal manera al ocultismo que es un hecho comprobado, decía el artículo, que la noche del 31 de octubre en Irlanda, Estados Unidos, México, Brasil, Chile y muchos otros países se celebran misas negras con sacrificios humanos, cultos espiritistas y otras reuniones relacionadas con el mal.

El autor de lo que allí se decía, consciente de que todo aquello parecía más ficción que realidad, terminaba señalando:

Uno solo necesita leer los periódicos días antes y después de Halloween y veremos, ¡qué coincidencia!, noticias sobre desapariciones y aumento de crímenes sangrientos, incluso en países que se llaman civilizados, pero que son en el fondo muy ignorantes.

Lucas se paró unos segundos, digiriendo lo que acababa de leer. Para él, Halloween siempre había sido una fiesta divertida e inofensiva en lo que los niños disfrutaban yendo de una casa a otra disfrazados en busca de caramelos. «Trick or treat», era lo que decían cuando les abrían la puerta de una casa.

Él recordaba con mucho cariño esa festividad, especialmente cuando era más pequeño e iba con sus primos mayores. A él le gustaba vestirse de Spiderman o de algún otro superhéroe, más de que bruja o demonio, y al

volver de casa, a la una de la madrugada, lo hacía con una bolsa llena de chucherías que luego le duraba varias semanas.

Siguió leyendo pero, como el artículo ya no decía nada más interesante, decidió concluir su pequeña investigación. Desde luego, pensó para sí que no sentía el menor deseo de saber cómo celebrarían el doctor Hurtado y sus amigos de los Druidas de Satán el próximo 31 de octubre.

#20

Lucas había quedado con los padres de Javier en encontrarse en el aparcamiento de la residencia a las seis y media, así que cada uno cogería su coche. En el primer semáforo en que paró, aprovechó para enviar un breve *whatsapp* a Elena, anunciándole la visita y diciéndole que, más tarde, le informaría del resultado. Recogió al padre Francisco en la puerta del seminario. Iba provisto de un maletín negro y vestía con *clerigman*.

Lucas le hizo un gesto con la cabeza al exorcista, señalando el maletín:

—¿Con lo que tiene ahí dentro basta para echar a un demonio?

—Y cinco, si fuera necesario —bromeó el sacerdote—. Pero no olvide que con una sesión puede que ni lleguemos a enterarnos de verdad de si ese chico tiene un demonio dentro o incluso varios.

Se dirigieron hacia la M-30 para coger la carretera de La Coruña.

—Estoy muerto de sueño —comentó Lucas al sacerdote—. Anoche no pegué ojo y apenas he podido dar una cabezada de hora y media después de comer.

Lucas le contó brevemente lo que solía hacer cada mañana en el Gregorio Marañón mientras conducía hacia su destino.

—A la mujer que tengo por sacristana sí que le haría falta una temporadita ingresada en su centro —dijo el cura, con una pícara sonrisa—. No vea lo pesada que es.

—Perdone, padre, pero le veo muy animado, teniendo en cuenta lo que vamos a hacer.

—Ah, no se preocupe, hombre. Piense que nosotros estamos del lado del equipo vencedor, no tenemos nada que temer. Él está con nosotros.

—Ojalá tuviera su fe —dijo Lucas, suspirando—. Después de lo que vi anoche, tengo que reconocer que entrar en la residencia me aterra. Se me antoja como una especie de guarida donde el demonio y sus súbditos pueden descansar tranquilos.

—«¡Cayó, cayó la gran Babilonia y se convirtió en morada de demonios, en guarida de todo espíritu impuro!» —citó el sacerdote.

—¿Cómo dice?

—¿No le suena ese texto? Es del capítulo 18 del Apocalipsis. Utiliza la misma palabra que usted acaba de usar: guarida.

Entonces añadió, para cambiar de tema:

—Tengo entendido que tiene usted una hija. Me pareció que el otro día me comentaba algo de ella, pero no hizo ninguna referencia a su mujer.

Entonces Lucas pasó a relatarle su triste historia. Lo hizo de forma mecánica, como si hablara de otro, debido a que la había contado decenas de veces. El sacerdote escuchó con semblante serio sin decir ni una palabra.

En un cuarto de hora ya había acabado, pero el padre Francisco siguió unos minutos más en silencio.

—¿Y Lucy cómo vive ahora todo esto?

—Pues, no sé qué decirle. Al poco de morir su hermano empezó a tener terrores nocturnos, muy fuertes, y a decir y hacer cosas extrañas. Aunque, siendo sinceros, ya había empezado a hacer cosas sorprendentes antes, pero solo se trataba de episodios sueltos. Al final tuve que medicarla para que pudiera descansar, hasta hace poco. Entonces pensé que era lo mejor, pero ahora no sé si hice bien...

—¿Por qué dice eso? Los terrores nocturnos desaparecieron, ¿no?

—Sí, pero después de lo vivido durante estas últimas semanas, ya dudo de que fueran terrores nocturnos.

El cura le lanzó una mirada interrogadora.

—Verá... Mi hija no es una niña normal. El padre Alejandro, al que usted conoce, dice que nunca se ha encontrado con una niña como ella, y dijo que era un ser puro y luminoso, con una sensibilidad especial. Antes creía que los sueños eran producto de su imaginación, pero ahora ya no lo creo; más, después de todo lo que he visto.

—¿Pero si los sueños no salen de su imaginación, de dónde proceden?

—Verá. Ayer por la noche, a eso de las diez fue cuando decidí acudir al centro de Hurtado. Le dije a mi hija que me iba sin decirle a dónde. Entonces fue como si se transformara. Empezó a llorar y a gritar de pena y miedo, mientras me pedía que no me fuera. Recuerdo perfectamente que me dijo «hay gente mala» y «el agua le duele».

El cura abrió mucho los ojos.

—Y podría relatarle unos cuantos casos más así, aunque quizá no tan llamativos. Me he pasado toda la noche pensando en ello, ¿sabe? Ni se imagina lo ciego que he estado todos estos años. Y pensar que yo creí que mi hija había arrojado a un niño dentro de un pozo vacío para luego abandonarlo allí a su suerte...

—¿Un pozo?

—Verá, ocurrió hace ya unos años, el verano anterior a perder a nuestro hijo y de que Ángela enfermara. Lucy, que entonces tenía solo seis años, se fue a un campamento que duraba diez días con un grupo de compañeros de su curso, además de niños de otros colegios. Había un chico al que tenía mucha manía, ya que se metía mucho con ella. Lucy no es de las que tienen pelos en la lengua, así que no se cortaba nada a la hora de contestar a aquel chaval. La cuestión es que cuando quedaban dos días para acabar el campamento, el chico desapareció a primera hora de la tarde. Nadie sabía nada de él. Durante toda la tarde y la noche le buscaron, sin encontrarlo. Entonces, por la mañana, Lucy dijo que había tenido un sueño y que gracias a él sabía dónde estaba el chico. Los monitores decidieron seguirle el juego...

—Y lo encontraron donde ella decía.

—Así es.

—Y nadie creyó lo del sueño.

—Nadie. Ni yo mismo.

—¡Increíble! Oiga, tengo que hablar con su hija en cuanto acabemos hoy.

Durante un par de minutos, ambos permanecieron en silencio, hasta que Lucas preguntó:

—¿Usted cree que este don viene de Dios?

—¡Por supuesto, amigo mío! Estamos demasiado centrados en ver a las fuerzas del Mal, pero también hay fuerzas del Bien, y mucho más poderosas, aunque a menudo nos pasan desapercibidas. Le voy a recomendar que se lea un artículo muy interesante que está colgado en la *web* de obispado, escrito por un servidor. Habla de los carismas que Dios regala a determinadas personas; verá que es muy interesante.

Lucas disminuyó la velocidad al ver un cartel indicador que señalaba la salida en la que debían dejar la autopista.

—Padre Francisco —preguntó Lucas, mientras se adentraban en Collado Villalba—. ¿Qué se supone que hicieron los demonios para estar tan a malas con Dios y con los hombres? Es algo que me he estado preguntando estos días y, la verdad, no entiendo por qué las cosas son así.

El sacerdote se volvió hacia él y sonrió.

—¡Ay, si yo lo supiera! —le contestó—. En la Biblia no se dice en que consistió el pecado de los ángeles rebeldes con Satanás a la cabeza. Lo cierto es que decidieron no servir más al Creador y, mire, así les fue. Hay quien

piensa que Dios les ofreció una visión adelantada de la Encarnación y que algunos, por soberbia, se negaron a adorar a lo que veían como una simple criatura, cuando en realidad se trataba del Hijo de Dios hecho hombre. Es un misterio. Si algún día logra dar con la solución, no se olvide de contármela.

Lucas dirigió una mirada a su acompañante, que le seguía sonriendo con cara de pillo.

—Apuesto a que si alguien la encuentra, será usted.

—Desde entonces, los pobres diablos se dedican a odiar a Dios y a tratar de alejar a los hombres de Él. Son incapaces de amar a nadie. Fíjese en lo absurdo de ofrecer a Lucifer el padecimiento de uno de los suyos al terminar una misa negra. Tengo que decirle que cuando me contó la tortura de ese pobre endemoniado me sorprendí, ya que hasta ahora no me consta de ninguna misa negra en la que se haga algo parecido.

—¿Por qué lo hacen?

—¿Piensa usted que a Satanás le importa el sufrimiento de alguien? Ellos también se odian entre sí. Además, son frecuentes los actos de sadismo entre los adoradores del diablo. En definitiva, esos seres que andan por el mundo tentando a los hombres son completamente desgraciados, por no hablar de aquellos otros que ya ni siquiera salen del infierno.

—¡Vaya panorama más alentador!

—¡Pero si son ellos quienes lo quieren así! —replicó el sacerdote—. No le he contado todavía lo que me ocurrió en una ocasión en que estaba concluyendo un exorcismo. Sabía que el demonio estaba a punto de salir de aquella persona y le dije con ironía: «Sal de una vez; total, el Señor te ha preparado una casa bien calentita». ¿Sabe lo que contestó el demonio?

—¿Qué?

—Dijo: «Tú no sabes nada. No es Dios quien ha hecho el infierno. Hemos sido nosotros. Él ni siquiera había pensado en ello» ¡Qué triste!, ¿verdad? Y en una situación parecida, mientras interrogaba a un demonio si también él había colaborado en la creación del infierno, oí que me respondía: «Todos hemos contribuido».

—Pues hay que ser imbécil —comentó Lucas, mientras seguía conduciendo.

—No. Lo que ocurre es que son unos soberbios y una vez tomada una decisión, ya no la pueden cambiar. No son como nosotros los hombres, mudables y caprichosos. Ellos sabían lo que hacían cuando dijeron que no a Dios.

El dominico pareció reflexionar unos instantes para continuar después:

—Satanás se opone a Dios queriendo para sí el culto debido al Señor y remedando las instituciones cristianas. Tiene sus iglesias, su culto, sus consagraciones, sus adoradores y los seguidores de sus promesas. Y del mismo modo que Cristo dio poderes a los apóstoles, orientados al bien de las almas y de los cuerpos, así Satanás da poderes a sus secuaces para lograr la ruina de las almas y las enfermedades de los cuerpos. Bien, ya hemos llegado. ¡Qué empiece la función!

No se veía ningún movimiento en el exterior de la residencia. Al igual que el día anterior, el aspecto de la casa, vieja y descuidada, les produjo un sentimiento de repulsa. Lucas se estremeció al recordar lo que había vivido tan solo unas horas antes en aquel mismo edificio.

Al cabo de unos minutos, llegaron los padres de Javier. Lucas hizo las presentaciones oportunas.

—Bueno, bueno —dijo el padre Francisco—. ¿Desean contarme algo sobre su hijo que me ayude a llevar a cabo el exorcismo? Cualquier detalle puede ser importante, no lo olviden. Podrían, por ejemplo, hacerme un resumen de lo que ha sido su enfermedad hasta el día de hoy.

Lucas y el dominico habían quedado en que sería mejor no hablar de los cuadernos dejados por el doctor Brull.

Entre los dos, trataron de relatar lo que había sido la vida del chico a lo largo de los últimos años. Cómo había comenzado todo tan repentinamente y el desarrollo que, poco a poco, fue tomando la enfermedad de Javier, si es que de una enfermedad se trataba. Refirieron todas las pruebas a las que fue sometido, las visitas a distintos especialistas y la enorme cantidad de diferentes medicinas que le habían hecho tomar sin ningún resultado efectivo.

Recordaron también el día en el que el doctor Brull logró que confesara que había fumado droga y también su participación en un par de sesiones de espiritismo, a modo de juego con varios amigos suyos.

—Era de suponer —comentó el padre Francisco.

Después de todo aquello, parecía que no había nada más que añadir. Sin embargo, todos captaron el gesto negativo que hizo Félix con la cabeza cuando Alicia se disponía a decir algo más.

—Félix —dijo, dirigiéndose a su marido—, hicimos mal y nos dimos cuenta tarde, pero creo que debemos contárselo.

—No es necesario —intervino el padre Francisco—. Me parece que ya sé lo que me va a decir.

Todos guardaron silencio.

—Probablemente —continuó el sacerdote—, después de haber agotado todos los medios humanos a su alcance para curar a su hijo, acudieron a un mago. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —reconoció Alicia, sorprendida—. Pero no sirvió de nada.

El padre Francisco hizo un gesto con el que manifestó su comprensión.

—Por desgracia, es lo que suele ocurrir. La familia del enfermo, desesperada, busca un remedio a su situación en cualquier persona que le pueda otorgar un mínimo de esperanza y, a menudo, se recurre a magos y curanderos.

—Gastamos un montón de dinero —dijo Félix— y Javier continuó igual.

—Nos éramos conscientes de que por ese camino no había nada que hacer, pero, compréndanos, padre Francisco. Somos sus padres y sólo buscábamos lo mejor para él. Ahora he cambiado y todo lo que hemos pasado nos ha servido para acercarnos de nuevo a la Iglesia y le ofrezco a mi hijo la ayuda de mis oraciones. Ahora me considero católica practicante y creo firmemente que Dios puede liberar a Javier del poder del demonio que le tiene esclavizado.

—Sin duda alguna —aseguró el sacerdote— sus oraciones le van a resultar más útiles que todo lo que pretendieron acudiendo a ese mago. Por cierto, ¿Javier era un chico piadoso antes de que enfermase?

—A su modo. No iba a misa ni nada, ya sabe cómo son los jóvenes, aunque tampoco nosotros íbamos. Pero era un buen chico, generoso y bueno, a pesar de que tenía sus cosillas. Se llevaba bastante bien con un tío mío, que es sacerdote. Alguna vez hasta se confesó con él.

—Entonces es de suponer que cuento en principio con la buena voluntad del muchacho. Por cierto, ¿ustedes saben rezar el rosario?

Lucas, Félix y Alicia se miraron y negaron con la cabeza.

El cura suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Eso nos habría ayudado. En fin...

—¡Vaya! Veo que ya está aquí todo el mundo.

Todos se giraron y vieron a Hurtado bajo el dintel de la puerta de entrada.

—Cuando quieran, empezamos con el teatro. Cuanto antes comencemos, antes terminaremos. Su hijo Javier nos espera.

Todo el grupo atravesó el vestíbulo y subió por las escaleras hasta la habitación de Javier. Mientras avanzaban, Lucas no dejaba de mirar a todas partes, intentando descubrir algo sospechoso o que pudiera servir para tramitar una denuncia contra aquel sitio. Los pasillos, oscuros, sin ningún tipo de decoración, al menos estaban limpios, se dijo.

Mientras caminaban se cruzaron con dos enfermeros, los cuales les dirigieron una mirada hostil.

El padre Francisco pidió a Alicia que permaneciera fuera de la habitación una vez empezara el exorcismo. Así se ahorraría ver a su hijo sufrir por la acción del demonio, que sin duda trataría por todos los medios de no ser expulsado del cuerpo del muchacho.

—Señores Costa —dijo Hurtado, una vez llegaron a la puerta del dormitorio—. Esto no va hacerle ningún bien a su hijo, al contrario. Sé que se encuentran desesperados, pero esta no es la solución, créanme. A mí me preocupa muchísimo su hijo y ahora mismo temo por su salud. No sabemos cómo reaccionará al ver al cura y a que lo traten como un ser maléfico, un demonio, en lugar de como a un ser humano.

La madre de Javier pareció dudar. Lucas tuvo que reconocer que el rostro del doctor, que ahora era la viva imagen de la pena, era capaz de convencer a cualquiera de la veracidad de sus palabras. «¡Menudo embustero!», pensó.

Alicia se volvió a su marido y durante unos instantes se quedaron mirándose sin saber qué hacer.

Lucas intervino con rapidez.

—Precisamente por eso estoy aquí. Como psiquiatra estoy más que cualificado para comprobar la reacción de su hijo e interrumpir todo esto si vemos que no le va a ayudar. El doctor Hurtado es un hombre estrecho de mente, por eso también he venido yo.

—No sé cómo se han dejado engañar por este par de farsantes —les dijo Hurtado a los padres de Javier, ahora ya en un tono claramente hostil—. ¡Por favor! ¡que estamos en pleno siglo XXI!

—Y yo les digo que no se pierde nada por probar —le cortó Lucas.

Ambos médicos se lanzaron una mirada cargada de odio.

—No sé en qué momento perdió usted la cordura, doctor Drusell —le dijo Hurtado, recalcando la palabra «doctor»—, pero es una vergüenza para esta profesión.

—¿Una vergüenza? —repitió Lucas, fuera de sí—. Le voy a decir yo lo que es una vergüenza para esta profesión...

—Señores, señores, calma —añadió el cura con una sonrisa, como si mediara en una pequeña discusión entre niños—. No hay por qué pelearse. Miren, si les parece, simplemente hablamos con él un momento y ya está. Convendría que Félix estuviera con nosotros. En cuanto Javier nos diga que nos marchemos, nos vamos.

Félix asintió y entró en la habitación, dejando a Hurtado con la frase que iba a decir en la boca.

Encontraron a Javier sentado en su cama, leyendo una revista.

—¡Hola, hijo mío! —exclamó su padre al verlo.

—Hola, papá —respondió Javier, vocalizando a duras penas. No hacía falta ser psiquiatra para saber que el muchacho estaba bastante medicado.

—¿Quiénes son estas personas? —preguntó al ver entrar al cura y al médico junto con el director del centro.

—Así que tú eres Javier —dijo el padre Francisco con una sonrisa de oreja a oreja, tendiéndole la mano, que el chaval estrechó en seguida.

—Verás —le dijo su padre—, ¿recuerdas al doctor Brull?

El chico se quedó pensativo durante unos segundos.

—Sí, claro. Me trataba muy bien cuando me visitaba.

—Javier —intervino Lucas—. Soy el doctor Lucas Drusell. Mi amigo, el doctor Brull falleció hace unas semanas. Te tenía mucho afecto y le dolía no haberlo intentado todo para ayudarte. Me dejó encargado hacer lo que, si él estuviera con vida, hubiera deseado.

—¿Y qué se supone que es?

—Un exorcismo —dijo el padre Francisco con total naturalidad, como si fuera la cosa más normal del mundo—. ¿Sabes qué es eso?

Javier miró al sacerdote con cara de incrédulo.

—¿Un exorcismo? Pues claro que sé lo que es: echar a un demonio de una persona. Pero eso no me curará. Yo no tengo un demonio dentro.

—Bueno, eso no lo sabemos todavía. El doctor Brull y el doctor Drusell piensan que esas crisis que sufres, que no tienen explicación humana ni se han

podido resolver con ningún tipo de tratamiento médico, pueden ser debidas a alguna influencia del demonio. Yo estoy aquí para examinarte. Soy el exorcista de la diócesis.

El chico se quedó pensativo.

—¿Quieres confesarte? —le preguntó el sacerdote de sopetón—. Seguramente hace mucho tiempo que no has tenido la oportunidad de hacerlo.

Javier puso una cara de desconcierto completo. Tras unos instantes pensativo, respondió:

—Sí, ¿por qué no? Así verá que no hay ningún demonio en mi alma. Hace un porrón de años que no lo hago y no sé si me acordaré de qué hay que hacer.

—Ya verás que es muy fácil —le respondió el cura, haciendo un ademán con la mano para que todos abandonaran la sala.

—No me puedo creer lo que está pasando aquí, ¡en mi centro! —dijo Hurtado en el pasillo, furioso—. Voy a denunciarle al tribunal médico, Drusell.

—Hágalo, quizá también yo tenga cosas que contarles sobre usted —respondió Lucas, envalentonándose—. Además, no se hace nada ilegal. Solamente es una visita que viene a ver al chico, nada más. Lo que hablen o hagan, a usted le trae sin cuidado.

Al cabo de unos minutos, el padre Francisco se asomó e invitó a entrar a Lucas y a Félix. Hurtado los siguió.

—Escúchame, Javier —dijo el sacerdote dirigiéndose al joven y al resto de los presentes—. Acabas de confesarte y tienes tu alma limpia. Pero el demonio nunca se apodera del alma de una persona, sino de su cuerpo. Por eso, vamos a comenzar el exorcismo para comprobar que no lo tienes dentro.

—Pues yo no quiero que lo haga —respondió en un tono enérgico, vocalizando esta vez con claridad.

—Pero, hijo —le rogó Félix—. Solo será un momento. Tu madre y yo estamos de acuerdo.

—¡Y yo digo que no! —exclamó Javier, sobresaltándolos a todos.

Su padre hizo ademán de añadir algo, pero el padre Francisco negó con la cabeza. Había comenzado la batalla.

Sin hacer caso de las quejas del joven, cogió una silla, colocó encima su maletín y lo abrió. Sacó un libro de oraciones y se arrodilló a la cabecera de la cama.

—¿Pero qué está haciendo, cura? —protestó Javier, pronunciando la

palabra «cura» con asco.

El sacerdote logró ponerle la mano sobre la cabeza y comenzó a invocar a Dios.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Sólo con escuchar el nombre de Dios, el muchacho sufrió un espasmo y sus pupilas se ocultaron. Tras santiguarse, el sacerdote invocó en voz alta a San Miguel. El cuerpo de Javier volvió a convulsionarse en medio de gritos desgarradores.

—¡Agggghh! ¡Basta ya, cura de mala muerte! —bramó Javier, ahora con voz ronca— ¡No tienes nada que hacer aquí!

Lucas sintió cómo todo su ser se estremecía y le dio la impresión de que la habitación se oscurecía súbitamente, a la vez que la temperatura de la sala parecía descender. A su lado, Félix, se había quedado pálido y contemplaba la escena con la boca abierta. Por su parte, Hurtado, observaba todo con rostro impasible.

El sacerdote continuó con las oraciones recogidas en el ritual de exorcismos sin hacer el menor caso a los insultos del joven, que seguía gritándole para que se callase. Sin bajarse de la cama, se giró hacia el exorcista y le dio una bofetada.

—¿Vas a dejar todo eso de una vez?

El demonio empezaba a manifestarse. El padre Francisco, sin alterarse, levantó la vista del libro de oraciones y le preguntó, seguro de lo que hacía:

—¿Cómo te llamas?

Javier no respondió.

—¡Te he preguntado que cómo te llamas! —repitió el sacerdote, alzando fuertemente la voz.

Javier siguió sin decir nada y se tumbó en la cama.

El padre Francisco volvió a su libro de oraciones, esta vez recitando cada invocación en voz alta.

Interrumpió sus invocaciones y preguntó de nuevo a Javier:

—¿Cuál es tu nombre?

Pero no obtuvo respuesta.

Entonces, colocó sobre el pecho de Javier el gran crucifijo que llevaba y comenzó a rociar la cama con agua bendita. El joven comenzó a patallar y a gritar.

—¡Sujétenele! —ordenó el sacerdote.

Lucas y Félix no acaban de reaccionar.

—¡Agárrenle fuerte, por Dios!

Los dos hombres obedecieron. Apenas podían mantenerle quieto.

El exorcista continuó echando agua bendita sobre la cama.

—¡Quema, quema! —gritaba Javier.

—*Dice me nomen tuum!* —exclamó el padre Francisco, ahora en latín, sin obtener respuesta.

Volvió a las oraciones, mientras Javier no dejaba de agitarse en la cama.

A los veinte minutos el padre Francisco retiró el crucifijo y dio por concluida la sesión. Se levantó —había permanecido todo el tiempo arrodillado— y se dirigió a la puerta de la habitación. Parecía haber envejecido al menos diez años en ese rato que había pasado y se le veía cansado.

Javier dormía ahora plácidamente.

Todos abandonaron la habitación.

—¿Qué eran esos gritos? —preguntó Alicia, fuera de sí—. ¡Félix! ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Su marido la abrazó, mientras trataba de tranquilizarla.

—Todo está bien, querida.

El padre Francisco se volvió hacia Hurtado y le dijo:

—Doctor, Javier va a estar mejor en casa. Nos lo vamos a llevar ahora, siempre que sus padres estén de acuerdo, claro.

Ambos asintieron enérgicamente.

El director del centro hizo ademán de decir algo, pero se calló en el último instante. En ese momento, una enfermera apareció por el pasillo en su dirección.

Lucas abrió los ojos como platos al reconocerla. ¡Era la mujer que había aparecido desnuda en la misa negra!

—Laura, prepare los papeles para dar de alta a Javier Costa.

La mujer se giró y se marchó sin decir palabra.

—No voy a malgastar palabras con ustedes, señores Costa. Tan solo les diré que lo que se ha presenciado hoy aquí no significa nada. Al ver al cura y al decirle éste que tenía un demonio dentro, en su enfermedad, Javier ha actuado como cree que debe actuar un endemoniado. Como les he dicho antes, lo único que podía provocar el circo que han montado estos señores era que su hijo empeorara y así ha sido. Se lo suplico, no saquen al muchacho de aquí.

Dentro de unos días lo tendrán que ingresar otra vez, y en un estado mucho peor.

Alicia dudó, pero Félix lo tuvo claro y así se lo hizo saber.

—Asumimos todas las consecuencias. Alicia, ayúdame a recoger sus cosas.

Lucas se encargó de despertar a Javier mientras sus padres revolvían su armario. Al rato, todos se encontraban en el aparcamiento de la residencia, con el joven bastante aturdido, y sin rastro de Hurtado por ninguna parte. El chico no recordaba nada de lo sucedido durante el exorcismo.

—Entonces, ¿hay un demonio habitando en mi cuerpo? —preguntó sorprendido, sin queriéndolo creer.

—Este sacerdote piensa que sí, hijo —respondió Félix.

—Pues yo me siento muy bien. Bastante cansado, eso sí.

—No me extraña en absoluto—intervino el padre Francisco—. Deberías haberte visto hace un cuarto de hora. Estabas completamente dominado por él.

Javier soltó un respingo.

—Eso me gustaría verlo. Me cuesta mucho creer lo que me dice, sinceramente.

—La próxima vez podríamos grabarlo en vídeo —sugirió Lucas.

—¿Cómo? ¿Ha dicho la próxima vez? —preguntó su padre.

—Esto no ha hecho más que empezar —le respondió el sacerdote, poniéndole una mano en el hombro al ver la decepción en su rostro—. Ha sido la primera sesión y hemos avanzado algo, pero menos de lo que yo querría. No sabemos ni cuántos demonios tiene ni su nombre y no creo que haya salido ninguno.

Y, dirigiéndose al muchacho, prosiguió.

—Esto va a ser largo, pero no te preocupes, Javier: nuestro Señor saldrá vencedor.

—A partir de mañana deberías acudir a un centro de día que tiene convenio con el hospital donde trabajo, yo podría arreglarlo —intervino Lucas—. Está justo enfrente y lo llevan unas monjas con mucha experiencia. Ahí estarás bien atendido y te controlaremos la medicación, en caso de que haga falta darte alguna, que lo dudo mucho. Yo personalmente supervisaré tu tratamiento, como complemento al «tratamiento» del padre Francisco.

—Sí —aprobó el sacerdote—. Es una buena idea. Además, deben aprender a rezar el Rosario, y su hijo también. Es un arma poderosísima contra el Maligno. Pueden encontrar en Internet un guión; es muy sencillo.

Así, quedaron para el día siguiente por la tarde en su casa.

El coche de los Costa se marchó y Lucas lo siguió con la vista, pensativo.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó el sacerdote.

—Bien, un poco...

—¿Abrumado?

—Sí.

—No se preocupe —le dijo, palmeándole la espalda—. Por cierto, me gustaría conocer a su hija y charlar un rato con ella. ¿Podría?

—Por supuesto. ¿Cuándo?

—¿Qué tal hoy mismo? Así, de paso me dejo invitar por usted a cenar a su casa.

—¡Por supuesto! —contestó Drusell, sonriendo.

#21

Lucas aparcó su coche, como siempre, en un aparcamiento subterráneo cercano a su casa y ambos hombres se dirigieron andando hacia su piso.

—No ha dicho ni una palabra durante el viaje de vuelta —comentó Francisco.

—Sí. Le pido disculpas. He estado pensando en lo que he presenciado, tanto hoy como en la misa negra. Por cierto, ¿recuerda lo que le conté de la mujer desnuda?

El cura asintió.

—Era la enfermera que hemos visto antes de irnos. Laura, creo que se llama.

—Ese centro, efectivamente, es una guarida de Satán —respondió el padre—. Sabemos que hay por lo menos otro endemoniado, pero no me extrañaría que hubiera más. No será fácil sacarlos de uno en uno, tenemos que buscar una solución. Esta vez hemos tenido suerte porque el doctor Hurtado no creía que obtuviéramos nada en claro del exorcismo, pero ahora sabe de lo que soy capaz. Hará lo imposible por evitar que veamos a otro de sus pacientes.

—Lo imagino —respondió Lucas, sacando la llave del bolsillo para abrir la puerta del portal—. Algo se nos tendrá que ocurrir.

Subieron por el ascensor y al entrar, Drusell llamó a su hija.

Lucy apareció en seguida. Corrió hacia su padre y lo abrazó con fuerza.

—¿Él es el exorcista? —preguntó, contemplándolo seria durante unos segundos. Luego, sonriendo, le tendió la mano.

—Mucho gusto, Lucy. Tu padre me ha hablado muy bien de ti, y me gustaría que charláramos unos minutos, mientras él nos prepara una fantástica cena.

—Bueno, no sé si será muy fantástica. No tiene ni idea de cocinar —añadió la niña.

Todos rompieron a reír.

Lucas se fue a la cocina y abrió los armarios, pensando en qué hacer de cena. Por desgracia, solían echar mano de comida precocinada con demasiada frecuencia. Después de pensarlo un poco, al final se decidió por hacer unos *spaguetti al pesto*. Unos días antes había comprado todos los ingredientes para cocinarlos el fin de semana, así que tenía todo lo necesario. Eran rápidos de hacer, de las pocas cosas que le salían realmente bien y deliciosos.

Puso la olla con agua en el fuego y, mientras comenzaba a hervir, sonó su móvil.

Lucas lo cogió con una mano, mientras con la otra vaciaba el paquete. Era Elena.

—¿Cómo ha ido? —fue lo primero que preguntó.

Lucas activó la función manos libres y le explicó todo, mientras iba preparando la cena. Quedaron en que después de la siguiente sesión, volverían a hablar.

Al rato aparecieron el padre Francisco y Lucy en la cocina. La niña tenía los ojos rojos, señal inequívoca de que había estado llorando y mucho.

—*¡Spaguetti al pesto!* —exclamó la niña, recuperando su alegría habitual.

—Era una sorpresa que guardaba para el sábado, ya que hacía mucho tiempo que no comías y sé que te gustan mucho. En un cuarto de hora, comeremos.

Lucy fue a ducharse y Lucas le sirvió una copa de vino a su invitado.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

El padre Francisco hizo ademán de hablar un par de veces, pero parecía que las palabras no le salían.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Lucas, preocupado.

—Sí, sí —contestó el cura—. Es solo que... estoy impresionado. Jamás pensé que conocería a alguien como Lucy. Todo lo que usted me había contado se queda muy corto. Esa niña ha sido bendecida por nuestro Señor de una forma increíble. Jamás he conocido a alguien como ella. Sé de otros casos como los de su hija, pero nunca me había encontrado con alguno.

—No sé qué decirle, la verdad —respondió Lucas—. Creo que como padre he sido un absoluto desastre, ahora lo veo. Y pensar que he estado durante años tomando todas estas cosas de Lucy como fantasías...

—No se mortifique, hombre. Verá, querría pedirle algo...

—Lo que usted quiera, si está en mi mano.

—Es que eso es lo malo, que no depende del todo de usted.

—A ver, explíquese.

—Me sentiría muy acompañado durante el próximo exorcismo si su hija estuviera presente.

Lucas exclamó:

—¿Pero si es no más que una chiquilla de doce años! ¿Se da cuenta del trauma que puede suponer para ella?

—Esa chica, Lucas, tiene un don, como ya le he dicho. Hoy usted ha visto cómo no he podido avanzar mucho y el combate con el demonio o los demonios que tiene Javier será largo. Con la ayuda de su hija, los exorcismos irían mucho mejor, avanzaríamos más. Créame, conozco casos similares que han sido de gran ayuda a otros exorcistas; por desgracia hay muy poca gente como su hija. Le aseguro que hoy me he sentido bastante solo mientras intentaba expulsar al demonio y toda ayuda es poca. El exorcista no es un superhombre que puede con cualquier cosa que se le eche encima. Además de las oraciones de los presentes, me gustaría tener a Lucy a mi lado. Creo que puede ayudarme.

—Pero... ¿y qué le pasará a ella?

—Nada. Puede estar seguro. Sólo tiene que estar allí y decirme lo que le parezca oportuno si es que lo ve necesario para expulsar al demonio. No se preocupe. Las personas como su hija no quedan agotadas ni sufren lo más mínimo después de averiguar algo sobre una persona poseída o sobre alguien a quien se le ha hecho un hechizo.

—Ya —comentó Lucas—. Pero el susto no se lo va a quitar nadie.

—Sí, lo que ocurra durante la sesión puede resultar muy aparatoso y convertirse en una experiencia difícil de olvidar. Pero Lucy es fuerte; lo he notado durante la charla.

—Ha sufrido mucho.

—Cierto. Si quiere, se lo puedo proponer yo mismo. Le diré que necesito su ayuda para liberar a ese joven. Estoy seguro de que aceptará.

—Eso ya lo veremos. Prefiero hablar con ella yo primero.

Lucas se quedó pensativo durante unos segundos y con el ceño fruncido, para luego relajarse y preguntar:

—¿De verdad que hay otros como Lucy que ayudan en exorcismos?

—Sí. Algunos colegas míos me han hablado de ellos. Sé de dos personas a las que Dios les ha concedido unos dones especiales y que han sido de mucha utilidad. En una ocasión, hace unos pocos años, el exorcista estaba a punto de bendecir o exorcizar, como quiera llamarlo, a un hombre cuando le llamó una de estas personas. Le dijo más o menos lo siguiente: «A ese hombre, cuando tenía dieciséis años le hicieron un hechizo porque odiaban a su padre; le dieron a beber vino maleficiado y escondieron un hechizo en el fondo de un pozo. Desde entonces, fue sintiéndose cada vez peor y todas las medicinas han resultado inútiles. Su padre murió al cabo de unos años y él sintió una

repentina mejoría, pero su cerebro quedó afectado hasta el punto de no poder dedicarse a ningún trabajo. Intente bendecirle pero me temo que no conseguirá nada». ¿Y sabe usted? El pobre hombre le contó al cura todos los males por los que había pasado, tal y como se los acababa de narrar su confidente; sin embargo, no sabía a qué atribuirlos, cosa que sí que conocía ese médium.

—Medium...

—En el buen sentido de la palabra. No hablamos de charlatanes echadores de cartas.

En ese momento entró Lucy, lista para cenar, y los tres se sentaron a la mesa.

—Estos *spaguetti* están deliciosos —comentó el padre Francisco en cuanto los probó.

—Es de las pocas cosas que le salen bien a papá.

Los tres se echaron a reír.

—Bueno, ¿qué tal ha ido el exorcismo? —preguntó la niña, intrigada—. ¿El chico ha empezado a flotar o ha hecho que levitaran objetos de la habitación? ¿Le ha dado vueltas la cabeza?

—Me parece, jovencita, que has visto demasiadas películas —dijo el cura, sonriendo—. Es más sencillo que todo eso. Por cierto, tu padre dice que eres muy buena estudiante, ¿qué quieres ser de mayor?

La conversación derivó a otros derroteros y durante una hora estuvieron cenando y conversando tranquilamente.

—Creo que ya es hora de que me vaya —dijo el sacerdote—. Mañana hay que madrugar y tengo un jefe que es muy exigente.

—¿Qué jefe? —preguntó Lucy.

El cura señaló hacia arriba con el dedo.

—Nuestro Señor, aunque eso sí, no conozco a ningún jefe que pague tan bien a sus empleados —añadió, guiñándole un ojo.

—Le llevaré —dijo Lucas.

—No, no se moleste. Llámeme a un taxi y será suficiente.

El padre cogió su chaqueta y, antes de salir, le dijo a Drusell:

—Me contestará pronto a lo que le he propuesto, ¿verdad?

—Sí —respondió, frunciendo el ceño.

Alberto Hurtado daba vueltas en su despacho como si se tratara de un animal enjaulado, mientras soltaba maldiciones e improperios. Laura se limitaba a contemplarlo sin decir nada.

—Ese Drusell, sea maldito mil veces, nos está causando problemas cada vez más graves. Estoy intentando encontrar una solución pero no se me ocurre ninguna.

—Podrías matarlo —sugirió suavemente la enfermera.

—Sí, ya lo sé, y no resultaría difícil, pero ya hay demasiada gente implicada. No serviría de nada; al contrario, levantaría más sospechas.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada. De momento, con Javier Costa estarán una temporada entretenidos, eso nos dará tiempo. Ana Peinado falleció y solamente queda Antonio Poveda, de los casos que Drusell conoce.

—¿No sabe nada de los otros endemoniados?

—No. Solo tenía los cuadernos de esos pacientes, cortesía de nuestro «amigo» José Antonio Brull.

—Quizá se conforme.

—No lo creo. He visto su mirada, hay una gran resolución en ella. Tengo facilidad para juzgar a las personas y creo que ese cabrón se ha tomado este asunto como una cruzada personal. Estoy convencido de que no parará hasta ver cerrado el centro. No obstante, esperaremos. Hasta ahora, la mujer de Antonio se ha negado al exorcismo, y yo volveré a llamarla para acabar de convencerla, por si le quedara alguna duda.

—Creo que es lo mejor —dijo Laura, poniéndose detrás de Alberto, que se acababa de sentar. Comenzó a darle masaje en los hombros.

—No obstante, estoy convencido de que esto no acaba aquí.

—Por cierto, he acabado de revisar el historial de todos nuestros trabajadores, buscando al posible informador del doctor, y creo que ya sé quién ha hablado con Drusell: Elena Sanchís. No trabajó mucho tiempo aquí, pero sí lo suficiente para enterarse de cosas y para quejarse en más de una ocasión.

—Sí, pero le duró muy poco su malestar. Pronto se acostumbró. Necesitaba el dinero que le pagábamos y cerró el pico.

—Aún así, sospecho de ella. Coincidió con el doctor Brull y me consta que de vez en cuando conversaban.

—¡Maldita zorra! —exclamó Hurtado—. Siempre me había preguntado

cómo podía ser que el viejo Brull hubiera empezado a sospechar de nuestros tratamientos para los pacientes; ahora está claro, tuvo que ser esa fulana.

—Voy a empezar a llamar a hospitales y residencias hasta que dé con ella.

—Perfecto. De momento tampoco es que nos importe demasiado. En el fondo no creo que sepa casi nada, pero aún así, si hubiera juicio, su testimonio podría hacernos daño. Conviene tenerla localizada.

Lucy no se podía creer lo que le estaba pidiendo su padre. Además, le daba un miedo terrible presenciar un exorcismo.

—Me lo pidió sabiendo que se trataba de algo extraordinario— le había explicado Lucas—. Obviamente es una petición, no una orden, y no se enfadará si no quieres.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo allí aparte de molestar?

—No lo sé con exactitud; el padre Francisco insistió en el apoyo que sentiría si alguien como tú estuviera cerca de él.

—¿Alguien como yo?

—Sí, con tus... facultades. Hasta ahora he sido un necio pensando que eran cosas de tu imaginación, pero ya has demostrado más que de sobra que no se trata de invenciones. Tienes un don. Cuando viste a Hurtado en casa te pusiste como loca y dijiste que era malo, y tenías razón, al igual que cuando me dijiste que no fuera a la residencia de Hurtado por la noche, a pesar de que no te había dicho dónde iba.

—Sí —dijo Lucy—. No sabía por qué, pero al ver que te marchabas me dio un ataque de pánico.

—Y me dijiste que había gente mala y que el agua le dolía, ¡el agua bendita le dolía al endemoniado!

—Es cierto. No sé de dónde saqué eso, la verdad. ¿Y el sueño de la finca? Todavía no sé qué significa.

—¿La finca que está cerca de la Warner?

La niña asintió.

—Todavía sueño con ese lugar. No todos los días, pero sí lo suficiente como para poder guiar a cualquiera hasta allí, como si hubiera estado decenas de veces.

—Mmm. ¿Quieres que vayamos allí un día?

—¡No! —exclamó Lucy, sorprendida de su brusca respuesta.

—Vale, vale, tranquila —dijo Lucas, también sorprendido de la cara de pánico que había puesto la niña durante unos instantes—. Y respecto a acompañar al padre Francisco, haz lo que quieras, con completa libertad. Él se alegrará si cuenta con tu compañía, pero no dejará de practicar el exorcismo si no vienes con nosotros.

—Tengo miedo, papá.

—Y yo, ¿qué te crees? —le dijo Lucas.

Luego, le sonrió y le dijo:

—Pero creo que va a ser interesante asistir. Figúrate: cuando el demonio salga, podremos ver cómo es.

El comentario consiguió su objetivo de aliviar la tensión que sufría Lucy.

—No seas tonto, papá —le dijo, también sonriendo—. Los demonios no se ven.

Y, con un tono más serio en su voz, prosiguió:

—Pero sí encienden televisores y son capaces de provocar una ventolera durante una noche apacible.

Lucas no dijo nada, esperando la decisión final de su hija.

—Iré —dijo, por fin, mirando a su padre—. Si puedo ayudar de algún modo a que ese chico deje de sufrir, haré lo que esté en mi mano.

#22

Padre e hija se reunieron con el padre Francisco en la puerta de la casa de la familia Costa. Se trataba de un edificio relativamente nuevo, de once plantas, que disponía de un patio en el que había una pequeña piscina y una pista de pádel.

En cuanto el cura los vio, cogió las manos de Lucy entre las suyas y le dijo:

—Muchas gracias por acompañarme, pequeña. Ya verás qué bien va a salir todo.

—Eso espero —respondió la niña, con un poco de temblor en la voz—, porque estoy muy nerviosa.

—No te preocupes, no va a pasar nada.

Llamaron al timbre y accedieron al patio. Media docena de niños jugaban en un pequeño parque que no habían visto desde fuera. Los pequeños chillaban mientras se tiraban por el tobogán.

—No te lo pregunté ayer, Lucy, ¿tú sabes rezar el rosario?

—¡Pues claro!

—¡Gracias a Dios! —exclamó el cura, elevando los ojos al cielo y juntando las manos con teatralidad—. Alguien con un poco de sentido común y piedad. A ver si enseñas a tu padre; nos vendría bien una ayuda extra.

—¿Pero por qué insiste tanto con el rosario, querido amigo? —preguntó Lucas, intrigado.

—Hijo mío, el rosario es el látigo del demonio. No lo soporta. Ni se imagina la multitud de gracias que trae rezarlo.

—Se trata de rezar un Padre Nuestro y luego unas cuantas Ave Marías o algo así, ¿no?

—¡Es más que eso, hombre de Dios! Pero si por lo menos sabe esas oraciones, algo podremos hacer. En cada misterio se reza un Padre Nuestro y diez Avemarías. Usted vaya rezando lo que pueda que de algo servirá.

Salieron del ascensor y, una vez caminados unos pocos metros por el pasillo, llegaron a la puerta.

—Bienvenidos —dijo Félix con una sonrisa, para luego mirar a Lucy con mirada interrogadora.

—Es la hija del doctor Drusell y va a ser mi ayudante durante la sesión, si a usted no le importa, claro.

—No, no. Lo que usted diga —dijo, algo confuso.

—Está bien, vayamos a la batalla —añadió el cura con resolución, entrando seguido de sus dos acompañantes.

Apenas llevaban unos pasos recorridos cuando Lucas se giró al ver que su hija no iba a su lado.

La niña estaba todavía en el pasillo, frente a la puerta.

—Vamos, Lucy —le dijo su padre, pero ella siguió quieta. Entonces se dio cuenta de que en su rostro se reflejaba un miedo intenso.

Su padre y el sacerdote volvieron a la entrada de la casa.

—¿Qué pasa, Lucy? —le preguntó el padre Francisco, poniéndole una mano en el hombro.

—No sé. Iba a entrar y de repente... no sé...

—Lo sientes, ¿verdad? Sientes su cercanía —dijo el exorcista, mirándola con intensidad.

Lucy se quedó durante unos segundos mirándolo, hasta que el miedo desapareció y contestó, más calmada:

—Sí. Está aquí.

—No te asustes de tus dones. Hasta ahora los has reprimido, pero este es el momento en que debes dejar que se manifiesten; son una bendición de Dios y te ayudarán, ya verás.

La niña entró, andando con paso decidido, y los cuatro se presentaron en la habitación de Javier. El chico estaba en ese momento viendo un programa de la televisión, medio acostado en la cama.

—Gracias por hacer las gestiones para que mi hijo pueda acudir al centro de día y pasar allí las mañanas —dijo Alicia, nada más ver a Drusell—. Ahora con él en casa todo está mejor. La verdad es que no deberíamos habernos dejado convencer por Hurtado de que tenía que estar internado permanentemente. Apenas íbamos a verlo porque cada vez que nos veía se ponía como loco. Por ese motivo el doctor nos aconsejó que no fuéramos a visitarlo.

—No se preocupe, lo pasado, pasado está —le dijo Lucas, restándole importancia, al ver la cara de angustia de la mujer. A continuación, se dirigió a Javier—. Me han informado en el centro que esta mañana te han hecho una revisión y que estás muy bien de salud. Pero también me han dicho que tienes una curiosa cicatriz en la parte baja de la espalda ¿Sabes de qué es?

—No recuerdo. Me hicieron una operación hace un par de años, creo. El

doctor Hurtado me dijo que estaba muy enfermo y era necesario.

—¿Ustedes sabían algo? —preguntó Lucas, girándose hacia sus padres.

Ellos negaron con la cabeza.

—Bueno —interrumpió el padre Francisco—. Manos a la obra.

El joven se percató de la presencia de la chica en el cuarto.

—¿Y tú cómo te llamas? —le preguntó a Lucy, que permanecía detrás del sacerdote.

—Lucy —respondió ella.

—¿Y qué eres? ¿Una especie de monaguillo?

Lucy sonrió por primera vez desde que pisó la casa.

—Sí, algo parecido. Ayudo al padre Francisco.

—¿Es conveniente que una niña tan pequeña tenga que presenciar esto? —preguntó Alicia, horrorizada.

—Ha venido porque yo se lo he pedido. Dios le ha otorgado unos dones que pueden ayudarme en el trabajo que tengo que realizar.

Alicia y Félix la miraron como si se tratara de un ser sobrenatural y Lucy se ruborizó. Después se acercó hasta su padre y le cogió del brazo. Estaba realmente asustada.

—¿Ayuda? ¿Para qué? —preguntó Javier, confuso.

—Venimos a continuar con lo que empezamos ayer.

—Entonces ¿insiste en que estoy endemoniado?

—Sí, por eso tienes esta enfermedad que nadie sabe tratar. Tú quieres que el demonio salga de ti, ¿verdad?

—Por supuesto. Si me dice lo que tengo que hacer...

—Nada. Quédate como estás y si tiene que ocurrir algo, ocurrirá.

Javier se tumbó boca arriba, estiró los brazos y las piernas y cerró los ojos.

Alicia abandonó la habitación, pero no así Félix.

El padre Francisco, como el día anterior, se arrodilló en un lateral de la cama, con su maletín abierto, colocado sobre una silla. También en esta ocasión, empezó invocando a la Santísima Trinidad.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo —dijo, mientras se santiguaban él y los presentes.

No ocurrió nada.

El sacerdote añadió:

—Y de Santa María, Madre de Dios.

De inmediato, todos notaron cómo el cuerpo de Javier se agitaba

ligeramente, pero fue tan sólo un momento. El sacerdote repitió la invocación.

Lucas, al igual que en la sesión anterior, tuvo la sensación de que la habitación se oscurecía, a la vez que descendía la temperatura.

—En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo y de Santa María, Madre de Dios... y Madre tuya.

Esta vez, Javier giró la cabeza hacia el padre Francisco y, abriendo los ojos, que estaban en blanco, respondió:

—Yo no tengo madre.

Su voz había cambiado. De nuevo, el demonio comenzaba a manifestarse.

—Ahora es cuando me vendría bien que empezaran todos a rezar el rosario —dijo el cura, sin girarse hacia sus interlocutores, para luego pedirle a Lucy que se pusiera detrás de él y le fuera contando lo que notase. La chica obedeció al instante.

Lucy apretó el rosario que llevaba en la mano y se puso a rezar en voz alta.

—Santa María, Madre de Dios...

—¡Cállate! —le ordenó el demonio.

—...ruega por nosotros pecadores...

—¿Vas a decirme hoy cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre?

De pronto, el muchacho se volvió hacia el exorcista y le miró con una sonrisa siniestra.

—¿Y a ti qué te importa?

Su voz había cambiado completamente. Ya no era él quien hablaba.

Mientras, el rezo del rosario continuaba sin descanso. Lucy era la que llevaba la voz cantante.

El demonio volvió a agitar el cuerpo de Javier, sin dejar de repetir:

—¡Calla! ¡Calla! ¡No soporto oír hablar de Ella!

—Dios te salve, María...

—¡María, María! —exclamó el demonio—. ¡Para mí no hay María!

La voz gutural sonó triste. Tras unos instantes de silencio, el demonio continuó:

—¡No pronuncies esa palabra que me hace estremecer! ¡Si hubiera una María para mí, como la hay para vosotros, yo no sería lo que soy! Pero para mí no hay María.

Todos, menos el sacerdote, estaban sobrecogidos por la escena. El demonio insistió.

—¡Si yo tuviera un instante de los muchos que vosotros perdéis! ¡Un solo

instante y una María, y yo no sería lo que soy!

Esa última frase la dijo mirando a Lucy fijamente. La muchacha dio un paso hacia atrás sin darse cuenta.

El padre Francisco aprovechó lo que parecía un momento de debilidad del demonio para seguir interrogándole.

—*Dice me nomen tuum!*

Durante un minuto, el demonio no contestó, sino que siguió mirando a la niña. Cuando lo hizo, a pesar de hacerlo con voz serena, hizo que a todos se les pusiera la carne de gallina.

—*Multi sumus.*

—*Quoti?*

El demonio no contestó, pero entonces habló Lucy, sorprendiendo a todos, incluido a ella misma:

—¡Cinco!

—*Dice me nomen ducis vestri!*

El diablo se negaba a contestar.

—¡Te lo repito: dime el nombre de vuestro jefe!

El diablo volvió a agitar con fuerza el cuerpo del muchacho, pero no soltó palabra. El grupo continuó rezando en voz baja y el exorcista siguió con sus oraciones, de rodillas junto a la cama.

—¿No ves que pierdes el tiempo con éste? —dijo entonces el demonio, mostrando una sonrisa siniestra.

El padre Francisco le miró y manteniendo sus ojos fijos en el joven, le preguntó:

—¿Por qué dices eso?

—Hace años que no reza. Aunque se confesara ayer, es como si Él no existiese. ¿Acaso estás seguro de que no te ha mentado en la confesión? Además, tiene tratos conmigo, ¿sabes?

—Es mentira —intervino Lucy, casi sin darse cuenta de lo que decía.

El exorcista mostró entonces al demonio un crucifijo:

—¡Di conmigo: Jesús es Rey!

—¡No! —gritó el demonio.

—¡Te ordeno que beses el crucifijo!

La cara del joven se volvió hacia el sacerdote y vomitó sobre él.

Lucas agarró una toalla que había cerca y se la dio al exorcista.

—¿Sólo sabes hacer esto? —le preguntó con sorna mientras se limpiaba—.

Lo que tú necesitas es un poco de agua.

—¡No! ¡No, por favor!

—¡Sujétenle fuerte!

El padre Francisco puso el crucifijo sobre el pecho de Javier y comenzó a rociar la cama con agua bendita. El cuerpo comenzó a patallar y a gritar.

—¡Para ya! ¡No podemos más!

Con el movimiento del cuerpo, el crucifijo se cayó al suelo. Lucas lo recogió y volvió a ponerlo sobre su pecho, mientras Lucy no dejaba de rezar. Nuevas invocaciones a San Miguel y nuevas oraciones del ritual provocaron convulsiones que hicieron arquearse todo el cuerpo, en medio de gritos desgarradores. Cada vez que el crucifijo se caía, Lucas volvía a ponerlo en su lugar.

—¡Asesinos! —aulló el demonio.

—¡Salid, os lo ordeno en nombre de Cristo! Os espera la condenación eterna. No hay salvación para vosotros.

—¡Esta es nuestra casa y aquí nos quedamos!

El sacerdote repitió la orden:

—¡Salid de esta criatura, en nombre de Dios!

El joven se desató en temblores. Los gritos se elevaron entonces hasta el espanto. Y con voz ronca repitió:

—¡Asesinos! Tened piedad.

—Cuanto más tardes en salir, más gente creerá en Dios. Eres un predicador de Dios.

—¡Déjanos en paz! ¡Ah! El médico cabrón nos prometió que aquí tendríamos una buena morada y nos ha engañado. ¡Ya no aguantamos más! Sois unos asesinos, unos verdugos; todos los curas son asesinos, asesinos y amantes de niños, sí, os gusta su carne tierna y delicada.

—¡Deja de blasfemar, en nombre de Cristo! —gritó el cura.

Entonces extrajo una funda blanca que llevaba colgada del cuello. Dentro había guardado una teca con una sagrada forma en su interior. Cogió la hostia consagrada y se la mostró al demonio.

—¡Adora a tu Dios!

El demonio se puso a temblar de pies a cabeza, mientras trataba de alejarse lo más posible de la oblea, pero Félix y Lucas lo sujetaban con fuerza.

El sacerdote le ordenó que se arrodillase recitando:

—«*Ante el nombre de Cristo, toda rodilla se doble*».

Los dos hombres soltaron entonces al muchacho. El cuerpo de Javier, tras una cierta resistencia, se arrodilló sobre la cama.

—Mira a tu Rey y Señor —le mandó el exorcista con la hostia en la mano.

El lamento del demonio se hizo más estruendoso:

—¡Aggg! ¡Nooo!

El padre Francisco, tras varios intentos, consiguió que Javier abriese la boca. La hostia permaneció en su lengua durante varios minutos. Se negaba a tragarla. Por fin, comulgó.

Después de unos instantes de silencio, el cura continuó insistiendo, cada vez más cerca de la victoria.

—Tenéis que dejar esta criatura. ¡Por la Sangre de Cristo, dejadla ya! Sus ángeles están con él. Vienen también los tres arcángeles. La Virgen os va a aplastar la cabeza...

Con un alarido desgarrador, que penetró en el alma de todos los presentes poniéndoles la carne de gallina, el demonio pareció darse por vencido. El cuerpo de Javier reposó sereno sobre la cama, como dormido, al igual que en la sesión anterior. La habitación quedó muda.

El padre Francisco sudaba a pesar de que hacía más bien frío. Estaba agotado.

—¿Se ha ido ya? —preguntó Lucas.

—No lo sé —dijo el sacerdote, jadeando ligeramente—. Si le soy sincero, debo confesar que es posible que quede alguno de los cinco demonios. Siempre hay un jefe, que es el más fuerte y éste es posible que todavía no se haya marchado. ¿Tú que opinas, Lucy?

Todos se quedaron mirando a la niña, que contemplaba a Javier con mirada seria.

—Todavía queda uno.

Los invitados aceptaron una taza de café de los Costa, salvo Lucy, que prefirió una Coca-Cola.

—Ha sido terrible —dijo Alicia, todavía pálida—. A pesar de que he permanecido todo el rato en mi dormitorio, no podía evitar oír algunos de los gritos de... esa cosa que está en mi hijo.

—Les estamos muy agradecidos por lo que están haciendo —añadió Félix,

con lágrimas en los ojos—. Si pudiéramos pagárselo de alguna manera.

—¡En absoluto, hombre! —dijo el padre Francisco—. Basta con que se acuerden de este pobre cura en sus oraciones.

—¿Entonces queda todavía un demonio?

—Así es. Es el más fuerte, el jefe. Pero no se preocupe, acabará saliendo. Intentará ocultar su presencia en el muchacho de mil maneras. De hecho, estoy seguro de que una parte del numerito que ha montado iba encaminado a que pensáramos que se había marchado, pero gracias a Lucy sabemos que todavía queda uno.

—Bueno, no sé si eso es verdad —dijo la muchacha, avergonzada.

—Pero lo has dicho —dijo el cura.

—Sí, aunque no sé por qué.

—No te preocupes, ha sido tu don el que te ha hecho hablar. Estoy seguro de que estás en lo cierto. Lo has hecho muy bien, querida.

—He hecho lo que he podido pero... ¡menudo susto!

—Sí. Apuesto a que no ha sido como te esperabas, ¿verdad? Como has podido ver, no levitan objetos ni se le gira la cabeza. Eso son todo exageraciones de la televisión.

—«Si yo tuviera una María para mí, no sería lo que soy» —dijo Lucy, recordando las palabras del demonio—. ¡Qué fuerte!

—Estos eran muy charlatanes. Muchos al principio no quieren hablar, pero luego no hay manera de que se callen. No obstante, que no te den pena. Ellos eligieron ser lo que son, sabiendo todas las consecuencias.

—¿Cuánto tardará en expulsar al que falta? —preguntó Félix

—Es difícil de saber. Puede que en tres o cuatro sesiones. Depende. Lo peor ha pasado, si bien es cierto que cuando ven que están a punto de perder a su víctima se aferran más a ella, pero la guerra la venceremos nosotros —respondió el cura, bebiendo un sorbo del café.

—Si pudiéramos convencer también a la mujer de Antonio Poveda, el otro caso que tiene Hurtado en su clínica...

—Balma —intervino Alicia—. Así se llama la mujer de Antonio Poveda; la conocemos de las visitas a la residencia. Al principio solía visitar bastante a su marido, como nosotros a Javier. Pero creo que a ella Hurtado también la recomendó que dejara de ir.

—¿También ese señor está endemoniado? —preguntó Félix, sorprendido.

—Creemos que sí.

—Dos endemoniados en una sola residencia... —musitó el padre de Javier, para luego añadir—. El demonio dijo algo como que Hurtado les había prometido una casa. Entonces, es que él está involucrado...

—Puede estar seguro —intervino Lucas.

Félix empezó a lanzar improperios contra el doctor Hurtado y juró que lo denunciaría.

—Ojalá fuera tan fácil, pero no tenemos ninguna prueba —dijo Lucas—. Estoy resuelto a cerrar ese centro inmundo, aunque todavía no sé cómo.

—Bueno, díganos —dijo el padre de Javier, dirigiéndose al sacerdote—. ¿Qué hay que hacer ahora?

—De entrada dar gracias a Dios por los demonios que se han marchado. Conviene ser agradecido, ¿no le parece?

Félix no supo qué contestar.

—Miren, les confieso que hemos tenido mucha suerte. No es normal que en dos sesiones relativamente cortas hayan desaparecido tantos demonios. Tengo claro que la intervención de Lucy ha ayudado, creo que de alguna manera ha facilitado que salieran. No obstante, ya saben que su hijo no está liberado del todo.

—Pero vendrá otro día, ¿verdad? —preguntó la mujer, angustiada.

—Por supuesto. De momento no tienen que hacer nada. No obstante, está muy recomendado que, después de la expulsión de todos los demonios, la persona de la que han salido procure llevar una vida cristiana seria; me explico: oración y sacramentos. Deben ayudarlo a rezar, a asistir a misa y a confesarse con regularidad. Sólo de esa manera podremos cerrarle las puertas al diablo para que no entre otra vez. ¿Estamos?

—Por supuesto— respondió Alicia.

—¡Ah! Y no dejen de insistirle en que las sesiones de espiritismo no pueden llevarle a nada bueno. Es muy posible que el demonio se apodere de su cuerpo durante una de esas reuniones.

—Una vez haya salido el que queda, procuraremos hacer todo lo que nos ha dicho —dijo Félix—, pero dependerá en gran parte de la voluntad de Javier.

Javier entró en ese momento en el salón y se sentó en el sofá, al lado de Lucy. La chica se revolvió nerviosa y se alejó instintivamente de él. Miró a los presentes con curiosidad.

—Javi —le dijo su madre. Se acercó hasta él y le abrazó—. Parece que el padre Francisco ha conseguido que se fueran casi todos los demonios. ¿Cómo

te encuentras?

—Como si me hubieran dado una paliza. No recuerdo nada desde que el padre me dijo que me quedara tumbado en la cama y esperase.

—Pues deberías haberte visto hace diez minutos —le dijo su padre—. No había quién reconociera tu voz y estabas dando unos botes en la cama como si te quemasen las sábanas.

—¿Sabes que hablaste en latín conmigo? —intervino el padre Francisco.

—¿Yo? Pero si no tengo ni idea.

—Tú no, pero los que estaban dentro de ti sí que sabían. Es necesario continuar. Habíamos pensado volver el lunes, si no te parece mal.

Javier miró a su madre. Ésta le sonrió y le animó con un movimiento afirmativo de su cabeza.

—Si a mi madre le parece bien, a mí también. ¿A qué hora vendrán?

—A la misma que hoy. Mientras tanto, si quieres verte libre completamente deberías aprovechar el tiempo rezando un poco. Te irá muy bien a ti y le sentará fatal al demonio.

Alicia le puso en su mano el rosario, mientras su hijo le miraba con una mueca en la cara.

—No me acuerdo cómo se utiliza esto, pero haré lo que pueda.

Era noche cerrada cuando Javier se despertó. De repente, comenzó a agitarse, como si una fuerza invisible lo hubiera inmovilizado y él estuviera forcejeando para intentar liberarse. Después de unos minutos así, soltó un aullido de dolor y se relajó bruscamente. Entonces en su cara apareció una sonrisa siniestra y habló con voz ronca:

—Esta es mi casa y ningún puerco sacerdote me echará de aquí.

#23

Lucas llegó al trabajo antes de la hora. Se notaba más descansado que otros lunes. El día anterior, después de visitar a su mujer en la residencia, pasó la tarde organizando papeles y leyendo una novela que llevaba mucho tiempo sin coger, todo ello con el fin de olvidarse de cualquier preocupación durante aquella jornada. Lucy se encargó de la cena y ambos dieron cuenta de ella mientras veían la televisión.

Saludó al bedel y se dirigió a la segunda planta, donde trabajaba.

Mientras subía los escalones de dos en dos no pudo evitar tararear una canción por lo bajo. Se sentía contento. Después de tantos días viviendo en una especie de sin sentido, parecía que el encargo que el doctor Brull había puesto en sus manos iba a poder cumplirlo. Javier pronto quedaría libre de esos malditos demonios y eso le iba a dejar muy satisfecho. Sin embargo, no se sentiría completamente feliz mientras no lograra meter a Hurtado entre rejas y cerrar su clínica de los horrores.

Atendió a los pacientes y revisó sus historiales. Por suerte, el joven del brote psicótico generado por la muerte de su animal de compañía, al que su compañero Luis había etiquetado cruelmente como «el pirado del perro muerto», estaba reaccionando mejor de lo esperado al tratamiento y le habían podido reducir en parte la medicación.

Acababa de entrar en su despacho cuando sonó el teléfono.

—¿Lucas? Soy Víctor Maestre.

—Hola, amigo mío, ¿cómo estás?

Se trataba de un médico de cabecera que trabajaba en un ambulatorio próximo a la vivienda de Lucas y al que conocía de encontrarlo en conferencias y jornadas formativas. Era un tipo aproximadamente de su edad y muy afable. Desde el principio habían congeniado y quedaban para jugar al pádel de forma esporádica, junto con otros dos médicos.

—Bien, aunque el día ha empezado calentito y por eso te llamo.

—¿Me mandas algún «regalito»?

—Así es. Un hombre de cincuenta y cuatro años, el pobre está fatal. Ya sabes que no es normal que os avisemos, pero como sabía que estabas tú, quería decírtelo en persona. De paso, así aprovecho para saludarte y para preguntarte cuándo tendremos partida de pádel.

—Mmm. Muy interesante. Importante la paliza que les pegamos a Ramírez y Lorca la última vez.

—Así es —contestó Maestre, soltando una risita maliciosa—. Pero de eso hace ya un mes.

—Pues concierta la cita con ellos y me mandas un mensaje por *whatsapp*.

—Perfecto. Por cierto, tratad con cuidado al paciente, que está muy agresivo. Que en ningún momento se piense que lo vais a encerrar o la puede liar.

—¿Cómo? ¿No lo sabe? Si habrán ido a su casa los del SAMU con la policía.

Maestre empezó a reír.

—La policía... ja, ja, ja. Ya lo verás, ya.

—No te entiendo.

—Tranquilo, deben de estar al caer. En seguida lo verás con tus propios ojos

El médico de cabecera colgó entre risas, dejando a Lucas confuso.

Al cuarto de hora, el auxiliar le avisó de que llegaba un nuevo paciente.

Lucas abandonó su despacho y se encontró con un hombre muy robusto, lleno de tatuajes y *piercings*, acompañado por cuatro sanitarios.

—¿Doctor? —preguntó uno de ellos, acercándose a Drusell. Este lo miró extrañado ya que no le sonaba de nada.

—Aquí le dejamos a este individuo.

El otro sanitario se acercó también a ellos.

—Perdonen, pero no les conozco a ninguno. ¿Son nuevos?

—Verá... Somos policías.

—¡Policías! —exclamó Lucas, entendiendo entonces la guasa de su colega unos minutos antes.

—Pssst. No grite, que este tío no sabe que va a estar encerrado. Para él, somos todos sanitarios, que simplemente le hemos acompañado hasta aquí para que se haga unas pruebas. No le hemos dicho que tenemos una orden judicial para su internamiento.

Lucas los miró con atención. Llevaban el polo blanco típico de los enfermeros, si bien los pantalones y las botas desentonaban.

—¿Es un nuevo sistema de la policía?

Ambos se miraron y se encogieron de hombros.

—Se nos ha ocurrido sobre la marcha. Sabíamos que si veía a la policía la

cosa se complicaría y mucho.

—Además lo han acompañado hasta aquí arriba; han hecho bien. Deberían patentar el sistema, así nosotros nos ahorraríamos muchas sedaciones y ustedes unos cuantos moretones.

En ese momento se acercó el doctor Gimeno y los policías se despidieron.

—¿Quiénes eran esos?

—Luego te lo contaré, Luis, ¡es la leche! —dijo Drusell, sonriendo—. Ahora será mejor que le demos algo porque me da a mí que va a empezar a ponerse nervioso dentro de poco.

—Marchando una ensalada de haloperidol —dijo Luis, que se marchó para hablar con una de las enfermeras.

Unos minutos después volvió.

—Por cierto, hoy te veo más animado de lo normal. Has pasado unas semanas que traías una cara que echaba para atrás.

—Vaya. Lo siento.

—No pasa nada, todos tenemos nuestras historias, y desde luego a ti, más que nadie, te sobran motivos para estar de bajón.

—Oye, por cierto, ahora que te veo, tengo una pregunta para ti: cuando hay una denuncia a un centro, ¿cuánto tarda en tramitarse?

—Vaya. Veo que tu cerebro está maquinando algo. ¿Tiene algo que ver con ese tal doctor Hurtado del que me preguntaste hace unos días?

—Tienes muy buena memoria.

—La mejor.

—Puede que sí, pero tú no digas nada.

—De acuerdo. Pues bien, como respuesta a tu pregunta te diré que de entrada depende de a qué organismo le compete. ¿Se trata de un enfermo mental agudo o uno crónico?

—Es un enfermo crónico.

—Bien. En ese caso, como sabes, no es Sanidad, sino la Junta de Madrid la que envía a uno de sus técnicos para hacer el trabajo. Me suena de algún caso que me ha llegado que la cosa se pone en marcha en veinticuatro horas.

—Ya veo... —respondió Lucas, pensativo— ¿Y hay posibilidad de que yo acompañara al técnico?

—Supongo que eso que pides es algo fuera de lo común. En teoría no hay nada que lo prohíba. Casualmente mi cuñado trabaja allí y además, me debe algunos favores, así que podría solucionarlo. ¿Para cuándo?

—No lo sé. De momento todavía no, es por tener la idea contemplada.

Vicente Vega miraba a través del parabrisas de su Renault Laguna, que estaba aparcado a escasos veinte metros del edificio en el que vivían el doctor Drusell y su hija. Había pasado toda la noche en el vehículo y tenía los músculos agarrotados, pero no le molestaba. Llevaba muchos años haciendo lo mismo y estaba bastante acostumbrado, si bien, por mucho que no lo quisiera admitir, la edad empezaba a hacer mella en él.

Ya tenía sesenta y cinco años y, aunque estaba en forma y todavía podía acertar en el ojo a cualquiera que estuviera a menos de veinte metros con su pistola semiautomática Heckler & Koch USP, ya no era lo mismo que cuando tenía treinta.

El problema también estaba en que había tenido que cambiar su todoterreno por un coche más pequeño, no tan cómodo como su querido Toyota. Se había sentido descubierto por la hija de Drusell, un domingo por la mañana. Al tratarse de una niña, se había confiado y se situó demasiado cerca de la casa del doctor, pensando que la mocosa no se daría cuenta de nada. Sin embargo, tenía claro que la niña no era normal. No solo le había visto, igual que docenas de personas que pasaban por allí, sino que, de alguna manera, se había percatado de que estaba espiándolos. Según había oído por las conversaciones de Drusell, al parecer la criatura era una especie de bruja. Los micrófonos colocados en la casa del doctor funcionaban realmente bien.

«¡Qué bien me habría venido alguien así a mi lado en otros tiempos!», se dijo, sonriendo y dando golpecitos al paquete de Ducados para que cayera un cigarro.

Hizo una bola con los restos de papel sobrantes del bocadillo que había cenado la noche anterior y consultó su libreta. Lucas Drusell había regresado a su domicilio a la hora habitual y había estado pasando consulta.

Después de unos días escuchando conversaciones y vigilando la casa, el trabajo se había vuelto más sencillo, ya que el doctor seguía una rutina muy simple y bastante regular. Cuando Lucas estaba en el hospital, podía dedicar su preciado tiempo a seguir a otras personas. Con Elena, la enfermera, no tenía demasiados problemas. Prácticamente, no hacía otra cosa que ir del trabajo a casa y de casa al trabajo. No obstante, su otra presa era escurridiza como una

anguila e infinitamente más peligrosa. Tenía que ir con pies de plomo o estaba seguro de que lo iba a lamentar.

A pesar de que Drusell era un hombre metódico y de costumbres, el buen doctor le había sorprendido en más de una ocasión, como cuando se coló de noche en el centro de Hurtado. Esa vez, había estado a punto de intervenir cuando vio que Lucas intentaba entrar en la residencia junto a un grupo de personas desconocidas, pero al final decidió no hacerlo. Gracias a la conversación telefónica que más tarde mantuvo con el cura, sabía todo lo que había visto Drusell allí dentro y esa confidencia estaba bien guardada, por si hacía falta utilizarla en alguna ocasión. El micrófono oculto en el teléfono había cumplido muy bien su función.

En esas últimas semanas había recabado mucha información útil y sabía que pronto tendría que actuar. Se palpó la americana, debajo de la cual llevaba su USP Compact. Decididamente, pronto actuaría.

#24

El padre Francisco entró en casa de los Costa y al punto, se dio cuenta de que ambos estaban preocupados.

Alicia sacó algo del bolsillo y se lo tendió al sacerdote. Se trataba del rosario que le había dado dos días antes a Javier. Estaba hecho pedazos.

—Lo he encontrado esta mañana en el suelo mientras limpiaba su habitación, aprovechando que estaba en el centro de día. Me temo que aún le queda mucho trabajo por hacer, padre.

—No se preocupe. Eso es señal de que el demonio está asustado. Pronto lo echaremos y volverá al agujero inmundo del que no debió salir jamás.

—Eso espero, padre.

—¿Han conseguido alguna persona que nos eche una mano? Lucas no va a estar hoy para ayudarle a sujetar a Javier.

—Sí —respondió Félix—. Paco, un primo de Alicia, está ahora con él. Le contamos anoche lo que estaba sucediendo y se ofreció para lo que hiciera falta.

—Muy bien. Entonces, vamos allá.

El padre Francisco saludó a Paco con un apretón de manos. Se trataba de un hombre delgado de unos cuarenta y cinco años, en el que destacaba la larga melena, que llevaba recogida en una cola de caballo. El cura le tendió la mano y Paco se la estrechó la mano con energía.

—¿Le han explicado bien de qué va esto?

—No se preocupe, padre. Anoche vi en *Youtube* un vídeo sobre un exorcismo y sé perfectamente lo que hay que hacer —respondió animado.

El padre Francisco arqueó las cejas ante semejante afirmación.

—Lo veo muy seguro de sí mismo —comentó el sacerdote, ligeramente divertido.

—¡Claro! Estoy deseando empezar. Vamos a sacar a ese mal nacido de mi sobrino, usted y yo, ¡sí señor! —contestó, masajeándose los hombros y moviendo los brazos como si estuviera calentando para participar en un torneo de boxeo.

Así, el exorcismo empezó.

El demonio se manifestó en seguida y empezó a lanzar blasfemias, a la vez que se agitaba frenéticamente.

—Ahora, ¡sujétenlo! —ordenó al padre Francisco, mientras lo rociaba con agua bendita y murmuraba frases en latín.

A su lado, Paco estaba como paralizado.

—¡Vamos, hombre! —insistió el cura.

El hombre pareció salir de su ensimismamiento y agarró con fuerza de las piernas de su sobrino.

Después de cincuenta minutos de lucha titánica entre el sacerdote y el último demonio, Javier cayó en un profundo sopor, completamente agotado.

—¿Alguien puede ayudarme a levantarme?

El exorcista también se encontraba exhausto. Gruesas gotas de sudor perlaban se frente y le temblaban las manos.

Félix se acercó al padre Francisco y cogiéndole de los brazos, la ayudó a ponerse en pie, ante la pasividad de Paco. Cuando el cura se levantó, se dio cuenta de que el hombre estaba pálido como el papel y con mirada ausente.

—¿Qué? No es tan bonito como lo pintan en *Youtube*, ¿verdad? —le dijo, palmoteándole el hombro.

Pidió un vaso de agua y lo bebió despacio. Una vez repuesto, anunció:

—Me parece que se ha ido.

Los ojos de Alicia brillaron como dos brillantes y se empezaron a humedecer.

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó el primo de Alicia.

—Eso sólo lo sabremos con certeza si no se repiten los episodios de crisis.

—Y, mientras tanto, ¿hay algo que podamos hacer? —preguntó Félix.

El cura pareció no oírle. Se sentó en una de las sillas que había en el cuarto y se quedó en silencio.

—Bueno, díganos —insistió el padre de Javier—. ¿Qué hay que hacer ahora?

—Por el momento, les animo a que me acompañen en la acción de gracias a Dios que estoy haciendo. Hay que ser agradecido.

Félix no supo qué contestar.

—Miren —el sacerdote hablaba ahora directamente a los padres de Javier—, les confieso que hemos tenido mucha suerte. No es normal que en tres sesiones hayan desaparecido cinco demonios; la verdad es que estoy sorprendido. Lo normal sería que todavía tuviéramos que pelear con ellos durante más sesiones. A mi entender, pienso que su hijo está completamente liberado.

Habían transcurrido dos días desde el tercer exorcismo y Javier no había vuelto a recaer. Sus padres estaban que no cabían en sí de alegría y el chico poco a poco se fue acostumbrando a su nueva vida en su propio hogar.

A petición del padre Francisco, Lucas y Lucy acudieron esa tarde a visitarlos, aprovechando que el doctor acababa ese día pronto su consulta particular. El motivo de la visita no era otro que el de que Lucy constatará que el demonio había desaparecido de forma definitiva.

—No sé si sabré con certeza si todavía está o no —le dijo la niña a su padre mientras iban en coche.

—No te preocupes. Hasta ahora todo lo has hecho de forma instintiva y ha ido muy bien, confía en tu don.

Una vez en la casa, fueron saludados con efusividad por Félix y Alicia.

—No sé cómo podremos pagarles todo lo que hacen por nosotros —dijo Félix—. Si no llega a ser por usted, nuestro hijo seguiría atado a una cama y encerrado en aquel lugar para el resto de sus días.

—Den las gracias también al padre Francisco, que fue quien hizo el trabajo duro.

—Él también llama a diario y no sabe usted lo contento que está —apuntó Félix.

Acto seguido, se dirigieron al salón, donde estaba Javier viendo una película.

En cuanto entraron en la sala Lucy se quedó paralizada y se puso seria.

—Hola —dijo Javier con una sonrisa—. Gracias por venir a visitarme.

—Todavía está —dijo Lucy en un susurro.

Dos días después, el padre Francisco se presentó en casa de los Costa, esta vez acompañado por Lucy.

—Gracias por venir conmigo —le dijo el cura mientras subían por el ascensor.

—No tiene por qué darlas. Aunque todo esto no es agradable, me gusta ser de ayuda.

Alicia los recibió en la puerta y los acompañó al salón.

—Por aquí, padre. No sé qué pensar de lo que dijo Lucy anteayer. Veo a Javier tan bien...

—Los enemigos de nuestro Señor son muy listos, pero no se preocupe. Si no tiene ningún demonio lo que vamos a hacerle no le afectará en nada. Después de todo, solo son unas oraciones y un poco de agua bendita.

Al igual que la vez anterior, Javier estaba viendo la televisión, esta vez en compañía de su padre y de su tío Paco. Sin embargo, el recibimiento del joven no fue tan cálido, ya que, en cuanto vio a los recién llegados, su semblante cambió por completo y se puso rígido.

Su madre lo invitó a ir a su cuarto, pero este se negó en redondo, por lo que tuvieron que forzarlo entre Félix y Paco.

—¿Podría grabarlo con el móvil, padre? —preguntó Paco, una vez estuvo Javier acostado—. Estoy seguro de que si luego lo cuelgo en Internet tendría muchas visitas. Además, tengo algunos amigos a los que se lo he contado y no me creen.

—Mejor no.

—Pero, ¡hombre! Esto les ayudaría a ustedes. Seguro que mucha más gente creería en Dios. Sería como hacer publicidad.

—Se equivoca. Mucha gente no creería ni aunque viera un milagro con sus propios ojos, y menos por Internet. Hay una parábola que habla de eso. Luego, si quiere, la comentamos.

—Está bien —dijo Paco, visiblemente decepcionado.

Una vez en la cama, empezó de nuevo el ritual.

A pesar de la resistencia inicial, ahora Javier se encontraba tranquilo en su cama.

El padre Francisco empezó con las oraciones, pero no alteraron nada al muchacho.

—Lo tiene dentro, padre —le murmuró Lucy, al ver que llevaban ya casi quince minutos y no pasaba nada—. Parece que ni las oraciones ni el agua bendita le causan efecto, pero no es así.

En ese momento, el demonio se manifestó:

—¡Calla, maldita seas, niña! Había conseguido engañar al cura.

Entonces empezó a despotricar. Félix y Paco dieron un paso hacia atrás de forma involuntaria ante el sorprende y brusco cambio.

—¡Aquí lo tenemos! —exclamó el padre Francisco—. Ahora, todos

conmigo, repitan las letanías.

Así, durante una hora el padre Francisco estuvo batallando con él. A los cuarenta minutos ya no podía más, estaba exhausto, y Javier parecía de nuevo tranquilo, pero Lucy lo animó a seguir.

—Ya casi lo tiene. Está a punto de salir, no se rinda.

Así, el cura continuó, hasta que Lucy dijo:

—¡Ya está! Se ha ido.

Salieron de la habitación, dejando a Javier solo, durmiendo plácidamente.

—Ahora sí —dijo el exorcista a Alicia—. Se ha ido.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, llorando de emoción y abrazando a Lucas y a Lucy.

Cuatro días después, Lucas y su hija se presentaron de nuevo en casa de los Costa.

—¡Bienvenidos! —exclamó Alicia, al abrirles la puerta—. Pasad. Os he preparado una merienda estupenda. Espero que os guste el chocolate con churros.

—¡Nos encanta! —dijo Lucy, muy animada.

En el salón habían preparado la mesa y en ella descansaban dos grandes jarras llenas de chocolate, además de varios platos repletos hasta los topes de churros, porras y bollos de distintos tipos.

Alrededor de la mesa estaban Javier, Félix y Paco.

—¡Vaya! —exclamó Lucas, al contemplar el fabuloso despliegue de comida—. Creo que no vamos a cenar hoy, ni a desayunar mañana.

Antes de sentarse, Lucas le lanzó una mirada imperceptible a Lucy, tras la cual ella asintió. Javier estaba definitivamente limpio de demonios.

—Muchas gracias por venir —dijo el muchacho—. Y gracias por todo, de verdad. Es una pena que no haya podido venir también el padre Francisco. Me cae bien ese cura. Incluso, hasta puede que nos hagamos amigos.

En ese momento, Lucas se puso serio.

—Alicia, le recuerdo que hay una llamada pendiente...

—...a la mujer de Antonio Poveda —acabó Alicia la frase—. Tienes razón, Lucas. Lo voy a hacer ahora mismo, así que creo que hoy mismo podrás hablar con ella.

Lucas suponía que, gracias a la intervención de Alicia, todo sería más fácil. Una madre explicando cómo su hijo ha pasado de la muerte a la vida sería, sin duda, el mejor argumento para convencer a esa mujer y dejar actuar al exorcista. Estaba dispuesto incluso a visitarla en compañía de Alicia para que ésta le contara lo sucedido con su hijo, en caso necesario.

Mientras ella hacía la llamada desde su cuarto, el resto mantenía una animada tertulia en el salón. Javier se mostraba entusiasmado por volver a ser normal, como decía. Había pensado recuperar el tiempo perdido y estudiar lo necesario para entrar en la universidad lo más pronto posible.

A la media hora entró Alicia, llevando el móvil en la mano.

—Habla con ella.

Lucas salió de la habitación. La mujer, todavía reacia al principio, al final se dejó convencer. El testimonio de Alicia le había impresionado mucho. Deseaba que su marido volviera a ser como antes, lo mismo que Javier.

—Ahora está en casa con su familia y se han acabado para siempre los ataques. De verdad, señora Poveda, ¿usted quiere que su marido se cure o no?

Al otro lado de la línea telefónica se oyeron unos sollozos.

—Sí, pero es que esto es tan extraño. Yo no creo que exista un dios todopoderoso, la verdad, y tampoco mi marido, a pesar de que ambos estamos bautizados y hemos hecho la primera comunión.

—No se preocupe. Que esto se resuelva no depende de su fe en Dios, sino de la que tenga en nosotros. Si nos presta su confianza, pienso que no le vamos a defraudar. Además, ni el padre Francisco ni yo le vamos a cobrar absolutamente nada.

—¿Nada? —preguntó sorprendida.

Lucas cayó en la cuenta de que la mujer pensaba que quería lucrarse económicamente con el servicio

—Nada —repitió.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque es mi deber como médico, y porque así lo habría querido el doctor Brull. No obstante, por si le quedan dudas, le daré al padre Francisco su número de teléfono para que hable con usted.

—No hace falta. Prefiero ir a verlo en persona y conversar cara a cara.

Lucas aparcó el coche muy próximo a la puerta del edificio y comprobó en su reloj que habían llegado con unos quince minutos de anticipación, como habían previsto. Hacía frío. Octubre estaba a punto de dar paso a noviembre y los termómetros marcaban de día en día la diferencia. Le había sorprendido la prontitud con que el padre Francisco resolvió todo para estar allí al día siguiente de hablar con la mujer de Antonio. Era manifiesto su deseo de ayudar lo más pronto posible a quien solicitara sus servicios.

Eran las 11 de la mañana del sábado, un día normal de visitas. Lucas y el padre Francisco, al igual que en ocasiones anteriores, se iban a presentar sin avisar de sus intenciones. Dudaban mucho de que Hurtado se quedase de brazos cruzados, como en el caso de Javier. Con el chico habían pillado al doctor fuera de juego, pero estaban seguros de que no lo conseguirían una segunda vez.

—¿Nerviosa? —le preguntó el sacerdote a Lucy.

—Sí.

—Si ya eres toda una experta... Si supieras el miedo que te tienen los demonios...

—¿Miedo?

—Sí. Durante estos días me he preguntado cómo ha sido posible que hayamos echado cinco demonios con tanta facilidad, cuando estos casos suelen durar muchos meses. Creo que la respuesta eres tú.

—¿Yo? —preguntó, sorprendida.

—Sí. De alguna manera tu presencia facilita que los demonios se vayan. Así que no estés nerviosa, los que deben temblar son ellos.

La muchacha contempló fijamente el centro de enfermos mentales.

—No es solo por el exorcismo, es por este sitio. Todo él me da pánico. Noto como una continua fuente... no sé...de maldad.

—No te preocupes, cariño —añadió Lucas—. Vamos a estar los tres juntos en todo momento.

El padre Francisco le preguntó a Lucy qué libro estaba leyendo, para intentar que se relajara.

—*The Lord of the Rings*... Quiero decir...

—Sí —le interrumpió el cura—. El Señor de los Anillos. Ya veo que lo lees en inglés.

—Así es. Lo tengo también en castellano pero me gusta mucho más la versión original escrita por Tolkien.

—Eso de ser bilingüe tiene muchas ventajas. Yo siempre he sido muy torpe para los idiomas.

Lucas desconectó de la conversación. ¡En buen lío se había metido! Poco más de veinte días le habían llevado de una increencia absoluta en cualquier cosa que no fuera el poder de la medicina a la plena convicción de que había otra realidad, casi desconocida para la mayoría de los mortales, que ejercía su influencia, ¡y qué influencia!, pasando totalmente inadvertida. «Esa es la táctica del demonio», les había dicho el padre Francisco durante el viaje de ida, «pasar desapercibido; que no se hable de él. Así puede actuar con mayor libertad. La mayor victoria del demonio es haber conseguido que nadie crea en él». ¿Quién hubiera creído, a no ser por las sospechas del doctor Brull, que la solución a los problemas de Javier Costa pasaba por la intervención de un exorcista?

Recordaba con rabia no haber llegado a tiempo para liberar a Ana, la enferma del cuaderno número 85. Además, todavía no tenía nada sólido contra Hurtado, ya que iba a ser difícil explicar a la policía o a los técnicos de la Junta algo que parecía sacado de una película. Si se descuidaba, el que podía acabar encerrado por loco era él, pensó, mientras se distraía caminando por el aparcamiento.

Ahora le tocaba el turno a Antonio Poveda. Si el exorcista tenía éxito, ya serían dos los cuerpos arrebatados al poder de Satanás y sus demonios. Éstos tampoco deberían hallarse especialmente contentos con la situación ni con el causante de todo aquello. El suceso del televisor se había vuelto a repetir en dos ocasiones, ambas en mitad de la noche, con el consiguiente sobresalto. Otro día, fue un cuadro del salón que representaba a la Virgen con el Niño en brazos el que se cayó al suelo mientras Lucy y él estaban cenando. Lucas lo recogió y lo colocó de nuevo en su sitio, a la vez que comprobaba que tanto las escarpas como los cáncamos estaban bien sujetos. Sencillamente, «alguien» había sacado el cuadro de su sitio y lo había dejado caer.

Lucas le contó al padre Francisco lo que estaba ocurriendo en su casa y éste le aseguró que uno de esos días se acercaría para bendecir todas las habitaciones y alejar de ese modo cualquier infestación que pudiera haber invadido la casa. «No se preocupe demasiado. Es que el de los cuernos está furioso e intenta asustarles. Ya verá cómo se acaba todo después de una buena rociada con agua bendita por toda la casa».

Miró a su alrededor, volviendo al presente. El barrio en el que estaba la

residencia de Hurtado era tranquilo; los vecinos no podían ni imaginarse lo que tenían a escasos metros de sus casas.

En ese momento, todo su cuerpo se puso en tensión al ver a una docena de metros a una figura quieta.

Si hubiera sido un transeúnte cualquiera, sacando a su perro a pasear o simplemente fumando, no le habría alterado, pero conocía a aquel tipo.

Rostro cuarteado, nariz aplastada, mirada fría. Era el hombre de la casa de Brull, el de la librería y el que había seguido a Lucy.

Un sentimiento de rabia lo invadió y empezó a correr hacia él.

El hombre retrocedió con calma unos pocos metros y giró.

Mientras corría, Lucas oyó cómo su hija le llamaba.

No sabía bien qué haría en cuanto estuviera cara a cara con aquel tipo, pero en ese momento no pensaba en ello.

Giró en la misma esquina en la que había virado el siniestro personaje unos segundos antes, pero no vio a nadie, quitando de una pareja de novios sentados en un banco, frente a una cafetería.

Miró en todas las direcciones, sin saber hacia dónde ir. Al final se dio por vencido y volvió con el cura y su hija.

—¿Pero qué te ha pasado? —le preguntó Lucy.

—Nada, luego hablamos —respondió, al ver que un coche aparcaba junto al suyo.

De él se apeó una mujer de unos cuarenta años. Era menuda, llevaba el cabello teñido de rubio oro y llevaba puesto un grueso jersey de lana.

—Buenas tardes —saludaron al unísono Lucas y el padre Francisco.

—Buenas —respondió la mujer—. Soy Balma, la mujer de Antonio. Usted es el doctor Drusell, ¿verdad?

Lucas asintió.

—¿Y la niña?

—Es Lucy, mi hija.

—Me ayuda en los exorcismos —añadió el padre Francisco.

La mujer arqueó las cejas, sorprendida, pero no añadió nada al respecto.

—No sé si deseo que sea verdad lo que ustedes piensan que tiene Antonio. Posesión demoníaca. ¡Suenan demasiado terrible!

—No se preocupe, verá que todo va bien —dijo sacerdote

—No se lo dije ayer, pero me había figurado que sería usted mucho más mayor, padre. Además, parece... no sé... un hombre normal para ser cura. ¡Ay!

No quería decir eso, no significa que los curas no sean normales, es que...

—No se preocupe, lo he entendido. Por desgracia los curas no tenemos hoy en día buena prensa. En cuanto a la edad, eso es lo de menos. Aquí lo que importa es lo que usted y yo recemos y que Dios quiera liberar a su marido del demonio que le atormenta, si es que existe tal demonio.

La mujer miró a su alrededor, a la vez que se abrazaba involuntariamente.

—¿Saben? Hacía tiempo que no venía a ver a mi marido, al menos cuatro meses.

—¿Y eso? —preguntó el cura, extrañado.

—Verá... Cada vez que me veía se ponía fatal y el doctor Hurtado me dijo que lo mejor era que no lo visitara. Nuestros dos hijos ya casi no preguntan por él, hace mucho tiempo que está interno.

Al decir esto, rompió a llorar.

—La verdad es que incluso estaba planteándome divorciarme de él y tratar de empezar una nueva vida.

—No se preocupe, mujer —le dijo el exorcista—. Estoy seguro de que su marido es una buena persona. Ya verá que podremos ayudarlo.

—¿Vamos allá? —intervino Lucas.

Los cuatro se encaminaron hacia la puerta del psiquiátrico y pulsaron el timbre.

#25

Al entrar, se encontraron con el doctor Hurtado en la puerta, junto la enfermera jefa. Cada vez que Lucas veía a aquella pelirroja no podía evitar un recuerdo de la misa negra. En ese momento parecía una mujer normal, pero Lucas la había visto desnuda, haciendo y diciendo cosas que definirlas de «desagradables» era ser demasiado suave.

Los ojos de Hurtado refulgieron de puro odio al verle allí, pero en unos segundos recobraron su aspecto indiferente y a la vez severo.

—Venimos a visitar a Antonio Poveda —dijo Lucas con actitud desafiante—. Porque hoy es el día de las visitas, ¿verdad?

—¿Qué hace esta niña aquí? —fue lo único que preguntó Hurtado, fijándose en Lucy.

—Es mi hija —respondió Lucas, poniéndose instintivamente delante de ella en ademán protector—. Seguro que se acordará de ella.

Hurtado enarcó las cejas y dijo:

—¿Cómo no me voy a acordar! Fue la que tuvo la amabilidad de echarme de su casa cuando fui a visitarle, ¿no es cierto?

El exorcista intervino:

—La necesito a mi lado —explicó sin más.

Ante tal argumento, Hurtado se vio obligado a admitir la presencia allí de la chiquilla.

—Señora —dijo, dirigiéndose a Balma—. No sé cómo se ha dejado embaucar por este par de perturbados mentales. Lo que quieren hacer con su marido va en contra de la medicina, la ciencia y la lógica, y lo único que puede provocar es que se ponga nervioso o que empeore.

La mujer pareció dudar, aunque fue solamente un segundo. El padre Francisco le había prevenido de lo que le diría el director de la clínica.

—Quiero seguir adelante.

—Usted misma —respondió el doctor, encogiéndose de hombros.

El grupo avanzó por uno de los pasillos. Como en ocasiones anteriores, Lucas sintió la mirada hostil del personal de la clínica a su paso. Miró su reloj, inquieto.

Drusell se giró hacia su hija, que caminaba junto a él. Estaba muy pálida. Le puso la mano en el hombro.

—Es su última oportunidad de recuperar la cordura, señora —dijo Hurtado frente a la puerta del enfermo.

La mujer no dijo nada.

—¿Podemos entrar ya? —intervino el sacerdote—. No olviden apagar sus teléfonos móviles, por favor. ¡Ah! Señor Hurtado, hoy seguiremos su costumbre de usar los corrajes. Nos faltan dos brazos, por lo menos, para sujetar las piernas de Antonio, si es que resulta necesario. A menos que desee hacerlo usted...

Hurtado le miró con odio y no respondió.

—Lo más conveniente sería que permaneciera fuera del cuarto —sugirió el padre Francisco a Balma—. No obstante, si quiere asistir al exorcismo, le ruego que tan solo mire, pero no diga absolutamente nada.

La mujer asintió y entró con ellos.

El sacerdote se las vio y se las deseó para lograr que se manifestara el demonio que dominaba el cuerpo de Antonio.

De entrada, al hombre le disgustó profundamente ver a un cura en su habitación.

Su mujer consiguió convencerlo y el padre, poniéndose de rodillas, dio comienzo el ritual.

Como hizo con Javier, empezó con las oraciones, pero parecían no producirle ningún efecto. El padre Francisco no detectó ni la más leve agitación.

Ni el agua bendita parecía afectarle.

—Estoy casi segura de que hay uno —le susurró Lucy al cura, al ver que este dudaba.

—Gracias, querida. Por lo que se ve, es astuto y sabe disimilar bien. Por suerte no es el primero que nos encontramos. Habrá que insistir.

—A este hombre le han hecho sufrir mucho, delante de mucha gente —añadió la niña, que en ese momento parecía en trance.

A Lucas se le puso la carne de gallina al recordar la misa negra y lo que le había dicho su hija antes de que fuera allí esa noche. Por su parte, también Hurtado se puso rígido, aunque este hecho paso desapercibido para el resto.

—Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos líbranos, Señor... —

empezó a recitar Lucy, dando comienzo al rezo del rosario. Lucas se añadió poco después, ante la atónita mirada de Balma.

Un ligero temblor agitó el cuerpo de Antonio, que le recorrió de pies a cabeza, y no pasó desapercibido al exorcista.

—Dios te salve, María... —continuó la niña.

El enfermo comenzó a mover los brazos y las piernas de manera espasmódica, sin control. Golpeó la cabecera con sus puños y pataleó sobre la cama lo que le permitían las correas. Lucas apenas podía sujetarle los brazos para que no se hiriera.

—¿Ve? —intervino Hurtado, con aire triunfal—. Esto no le está haciendo ningún bien.

El cura se giró y lo fulminó con la mirada, para luego proseguir con las oraciones mientras Lucy insistía en su rezo. Entonces el demonio se manifestó, girándose hacia la muchacha:

—¡Cállate, niña estúpida! Esta noche iré a tu cama y no te dejaré dormir. Ya verás.

Lucy dio un paso hacia atrás y Balma palideció al ver el cambio en el rostro y la voz de su marido. Ahora su mirada era feroz.

El padre volvió a rociarlo con agua bendita, y esta vez sí aulló de dolor.

—¡Maldita niña! —exclamó de nuevo—. Casi había engañado al cura, ¡maldita seas! Tú y yo nos veremos muy pronto.

—No le hagas caso —dijo en seguida el sacerdote—. Es un fanfarrón. Ya no puede más y está intentando asustarte. ¡Sal de una vez, en nombre de tu Señor Jesucristo!

—¡De aquí nadie me echa!

—¡Él te lo manda! ¡Deja ese cuerpo que no te pertenece!

La cabeza de Antonio se movía de un lado a otro y sus ojos estaban inyectados en sangre. La lucha continuó durante unos minutos hasta que el demonio dejó de agitar aquel desdichado cuerpo. Era solo una tregua.

—Ella conoce cosas de mí, pero yo también sé algo de ella —dijo el demonio poco después, con una sonrisa siniestra. Y dirigiéndose a la niña, continuó—. ¿Sabes por qué no te he podido engañar? Llevas sangre irlandesa en tus venas y posees el don de conocer cosas ocultas, como yo, ¿lo ves?

Lucy se quedó helada.

—Desciendes de uno de los más grandes druidas de los viejos tiempos, de esos que ofrecían sacrificios humanos. Comedores de corazones de niños.

Eres tan mala como tus antepasados. Tu madre está como un cencerro por tu culpa y no se curará nunca.

Dijo esto y soltó una gran carcajada. Lucas apretó con más fuerza aún los brazos de aquel hombre contra la cama y procuró mantenerse sereno ante lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía saber ese cabrón algo sobre su mujer?

El doctor Hurtado miró a Lucy con curiosidad, pero no dijo nada. Por su parte, Balma se clavaba las uñas en el dorso de la mano y temblaba de espanto sin poder evitarlo. Se cortaba la tensión en el cargado ambiente de la sala. Nadie sabía qué ocurriría a continuación.

Tras el agua bendita, fue el gran crucifijo quien ejerció su poder. El padre Francisco lo colocó sobre el pecho de Antonio.

—¡Quitádmelo, quitádmelo! ¡Asesinos, crueles!

El cuerpo se arqueó y el crucifijo cayó al suelo. En esta ocasión, Lucy lo volvió a colocar encima del pecho.

—¡Dime tu nombre! —le ordenó el sacerdote.

—¡Ahggg! ¡No puedo más! ¡Esto es peor que el infierno!

—Es mentira, todavía puede resistir —añadió Lucy, a su espalda.

El exorcista, agotado como se hallaba, esbozó una sonrisa. Era muy listo.

—¡Venga! —exclamó dirigiéndose a los que le acompañaban— ¡Únanse todos a mis invocaciones todos! ¡Santa María!

—Ruega por él —contestaron Lucy y Lucas.

Balma parecía petrificada, contemplando con sus ojos como platos lo que estaba sucediendo.

—¡Santa Madre de Dios! —continuó el sacerdote con la palma de la mano sobre la cabeza de Antonio.

—Ruega por él —se unió Balma.

—¡San Miguel Arcángel!

—Ruega por él —respondieron a coro los tres.

—¡San José!

—Ruega por él —contestaron todos a una, excepto Hurtado.

Las invocaciones continuaron durante quince minutos. El demonio hacía gritar a Antonio cada vez con menos fuerzas. Parecía que estaba en las últimas.

De pronto, un prolongado grito de angustia y desesperación inundó el cuarto en el que se encontraban. A continuación, el cuerpo de Antonio dejó de agitarse y se relajó. Parecía dormido.

—Todavía está —dijo Lucy al exhausto cura.

—Bien, tendremos que continuar otro día.

En la puerta, Lucas intentó hablar con la mujer de Antonio para comentarle que sería conveniente sacar de allí a su marido, pero esta parecía como ida.

Al caminar por el pasillo para abandonar el centro, Lucy se detuvo bruscamente y, con su rosario en la mano, señaló a una puerta.

—¡Aquí hay otro! —exclamó—. Otro demonio.

Avanzó unos metros más por el pasillo, ante la atenta mirada de todos los presentes, y señaló otra puerta.

—Y allí hay otro.

Entonces se acercó hasta el doctor Hurtado y le espetó:

—¡Usted es amigo del demonio! ¡Es una mala persona!

Hurtado miró a Lucy con desprecio y le contestó:

—Niña, yo soy un reputado psiquiatra, con un historial intachable. No sé qué clase de educación te da tu padre para que hables así a los mayores.

—Vamos, Lucy. Déjalo. —dijo Drusell, traspasando con la mirada al médico.

Una vez estuvieron fuera, todos suspiraron aliviados. Hasta entonces no se habían dado cuenta de la opresión que el lugar ejercía sobre ellos.

En la zona del aparcamiento, habían llegado un par de coches. Sin duda, esos enfermos recibían muy pocas visitas.

—Balma, ¿se encuentra bien? —preguntó Lucas.

La mujer parecía ausente. Después de unos segundos, por fin reaccionó.

—Sí. Es que... no sé qué pensar de todo esto. Se supone que el dios cristiano es una farsa, una invención hecha para controlar a la gente con miedo al castigo eterno y coartarles la libertad... —dijo más para sí que para los demás.

—No se preocupe, mujer. Si le parece bien, el lunes nos volvemos a ver aquí e intentamos sacar a ese demonio de su marido. Sería conveniente que después de la sesión se lo llevara a casa. Allí estaría mejor —le dijo el cura.

—¿En casa? —repitió la mujer, palideciendo—. ¡No lo puedo tener en casa!

—Ya verá como mejora —le respondió—. Tengo que confesar que el

exorcismo de hoy no ha ido tan bien como hubiera deseado. Entiendo que ustedes, a pesar de haber sido bautizados, en un momento de su vida renunciaron a la fe católica y eso lo respeto. No obstante, ahora que empieza a vislumbrar un poco la realidad, tiene que ayudarnos a que Antonio esté en gracia de Dios para que el demonio sea expulsado. Cuando me ha visto se ha puesto hecho una furia, y no precisamente por intervención satánica. No le gustan los curas ahora ni creo que le gustaran antes de entrar en acción el demonio. Tiene que confesarse para que todo sea más fácil. Rece para que cambie de opinión y para que la próxima vez que lo intentemos, tengamos éxito.

La cara de angustia de la mujer lo decía todo. A pesar de su falta de fe, había sido testigo de la presencia del diablo en su marido y sabía que ya no tenía ningún motivo para dudar.

—Está bien. Mañana vendré a verlo y hablaré con él, y... también rezaré por él.

#26

Desde su despacho, Hurtado vio alejarse de la residencia los automóviles de las molestas visitas de aquella mañana. Dio instrucciones a Laura sobre lo que debía hacer con Antonio Poveda y se despidió de ella. A continuación, cogió las llaves de su espléndido BMW y se dirigió al aparcamiento. Ya en la carretera rumbo a Madrid, repasó mentalmente la conversación que iba a mantener con el Maestro.

La figura más importante de la Orden iba a estar en la capital unos días y quería reunirse con él en persona. Aprovecharía para comentar con él los pormenores de la celebración que se estaba preparando para la noche del 31 de octubre. No se trataba de una noche de Halloween cualquiera. Ese año acudiría toda la cúpula de la Orden, extendida por todo el mundo, sobre todo por Estados Unidos y Sudamérica. Eran ilustres invitados, que no podían ser decepcionados. Obviamente, dado su estatus en la Orden, también se trataba de gente muy poderosa y adinerada, como no podía ser de otra manera, puesto que su señor Satanás los trataba bien, siempre que se cumplieran con los rituales y se ofrecieran los sacrificios correspondientes.

Había motivos para que la fiesta de ese año fuera no solo perfecta, sino también grandiosa; debían quedar maravillados y enteramente satisfechos.

Los preparativos iban muy bien, aunque faltaba la parte más importante. Una ceremonia como esa necesitaba una víctima digna. Todavía no había encontrado ninguna, pero lo haría, siempre lo conseguía, bastaba con pasearse al caer la noche por alguno de los barrios marginales de Madrid.

El problema era que el maldito Drusell iba a dificultarlo todo. Estaba atrayendo la atención sobre su centro y su persona, por lo que tenía que ser mucho más cauto que de costumbre.

Hasta entonces había decidido no informar al Maestro, pensando que él lo podía solucionar. Sin embargo, todo se estaba complicando. Ya había perdido a uno de sus pacientes por culpa de Drusell y el puñetero cura, y estaba a punto de perder más. Si descubrían más casos de endemoniados y la diócesis de Madrid decidía hacer un comunicado sobre lo que estaba pasando en su centro iba a tener problemas.

Para estorbar aún más las cosas, estaba la maldita hija de Drusell. Definitivamente, esa niña sí que era una auténtica bruja. Hurtado había oído

hablar de personas que poseían ciertos dones, como el de adivinación, o que algunas gitanas eran capaces de descubrir un hechizo y deshacerlo. Lo de esa muchacha debía tratarse de algo parecido; por eso, el cura había procurado tenerla a su lado durante los exorcismos.

En ese momento había seis personas endemoniadas en la residencia y esa niña había señalado las habitaciones de dos de ellos. ¿Cómo podía saberlo? Además, parecía como si estuviera al corriente de la celebración de las misas negras y del rito con el que finalizaban, ofreciendo a Satanás el sufrimiento de alguno de ellos.

Después del accidente de Ana, Hurtado había husmeado y acabó encontrando cuatro nuevos miserables, poseídos por algunos diablos. Tenía suficientes amigos para facilitarle esa búsqueda. Después, fue fácil convencer a las familias de que su centro era el mejor lugar para ellos. De ese modo se aseguraba carne fresca para los sacrificios mensuales.

Al doblar una esquina, apareció el lugar designado para la reunión, el hotel ME Madrid Reina Victoria.

Dejó el coche en el aparcamiento y subió hasta la terraza llamada «The Roof». Desde allí la vista de Madrid era espectacular. Sin duda, de todos los miradores existentes en los hoteles españoles, aquel era uno de los mejores.

A esa hora, el lugar se hallaba bastante concurrido. Empresarios, políticos, jeques árabes... Entre esa gente, Alberto Hurtado se encontraba a gusto. Ese era el tipo de personas de su nivel, con el que podía tratarse de tú a tú.

Pidió un martini y lo bebió a pequeños sorbos, mientras disfrutaba de la panorámica, así como de la visión de dos atractivas jovencitas que llevaban sendos abrigos de visón. Estuvo tentado de abordarlas, pero se detuvo al ver que su visita acababa de llegar.

Hacía un año y medio que no veía al Maestro y en ese tiempo no había cambiado nada. Vestía un elegante traje de Armani hecho a medida y caminaba con paso seguro y decidido. Como era habitual, venía acompañado de dos de sus más fieles discípulos, ambos antiguos marines estadounidenses, curtidos en mil batallas. Eran su guardia pretoriana.

El Maestro hizo cómo que no lo había visto y pasó de largo, entrando de nuevo en el interior del edificio. Hurtado lo siguió hasta un reservado.

Los dos guardaespaldas se quedaron fuera.

—Maestro, me alegro mucho de verle.

—¿Cómo estás, Alberto? Tienes buen aspecto —dijo mostrando su sonrisa

impecable—. ¿Van bien los preparativos para la gran ceremonia?

—Así es. Solamente falta elegir la ofrenda, pero eso no traerá ninguna complicación.

—Me alegro —dijo, dando un sorbo a un gin-tonic, para luego alargar la mano con un papel doblado—. Aquí tienes la lista de todos los invitados, junto con los horarios de sus vuelos y el hotel donde se alojarán. Ya sabes que tienes que recogerlos con mucha discreción. Algunos de ellos son figuras públicas muy importantes y si son reconocidos, se acabó el anonimato. Tendrán a la prensa y los *paparazzi* detrás de ellos todo el día, además de que incluso se podía generar un problema de Estado.

—Soy consciente, Maestro. No se preocupe, está todo preparado.

—Perfecto.

—Sin embargo... hay un problema, que estoy a punto de solucionar y que no creo que afecte a nuestra grandiosa ceremonia, pero que creo que debe saber.

—¿Un problema? —preguntó el hombre, poniendo su rostro serio.

—Uno de los médicos que trabajaba en mi centro de enfermos mentales, José Antonio Brull, al parecer descubrió algo sobre lo que hacíamos realmente allí. No sé cuánto averiguó, la verdad, pero pienso que lo suficiente para comprometernos.

—¿Y no lo eliminaste? —le interrumpió.

—¡Oh sí! El muy bastardo ardió junto con su casa. El problema es que antes de morir se puso en contacto con un colega, otro psiquiatra llamado Lucas Drusell.

Cuando oyó aquel nombre, el Maestro se puso de pie como si tuviera un resorte.

—¡Lucas Drusell! —exclamó.

Hurtado miró a su líder, sorprendido de su reacción.

—No tiene por qué preocuparse. Se limita solo a fisgonear en la residencia en busca de demonios y no creo que en modo alguno afecte a nuestra celebración.

—¿¡Que no crees que nos afecte!?! —bramó fuera de sí, ante el asombro de Hurtado— ¡Eres un imbécil! Si la familia Drusell se mete por medio, toda nuestra Orden peligra.

El doctor estuvo a punto de preguntar qué significaba eso, pero no tuvo tiempo.

—¡Maldita sea! Ya sabía yo que tu absurda manía de añadir a la misa negra

la tortura de endemoniados iba a traer problemas. Te dejé continuar porque pensé que lo llevarías con discreción y astucia, a pesar de que me parecía una solemne tontería incorporar eso a nuestras celebraciones. Y ahora resulta que por culpa de eso has metido en tu casa al enemigo más poderoso que nos podíamos haber buscado. ¡Eres imbécil!

—Maestro, no entiendo, no creo que sea para tanto...

—¡Silencio, idiota! No tienes ni idea de lo que hay detrás de todo esto. Hace años que tomamos cartas en el asunto para que esto no pasara, ¡me cago en Dios!

Hurtado permaneció en silencio, mientras su líder respiraba profundamente tratando de serenarse.

Apenas un minuto después, volvía a ser el tipo encantador y resolutivo de siempre.

—Da igual. Ahora lo importante es atajarlo de raíz. Voy a intervenir en este asunto personalmente, así que cuéntame con todo lujo de detalles qué ha sucedido hasta ahora.

Entonces, Hurtado comenzó a explicarle todo, desde la noche en la que incendiara la casa del doctor Brull hasta el exorcismo de Antonio Poveda.

Cuando acabó, se hizo el silencio entre ambos. El líder estaba reflexionando sobre lo que acababa de escuchar.

—Así pues, no solo fue culpa tuya; fue el doctor Brull quien metió a Drusell en todo esto —dijo, más hablando para sí mismo que para Hurtado.

—Sí, fue él.

—Pero luego tú tuviste la genial idea de visitarle en su propia casa —añadió, endureciendo el tono—. Fuiste un imbécil. Si no te hubieras metido, Drusell simplemente habría guardado las libretas y se habría olvidado del asunto. Tú le pusiste en la pista.

El doctor Hurtado bajó la cabeza, avergonzado.

—Me has dicho que la noche de la muerte de Brull, poco antes había hablado con alguien por teléfono. ¿Sabes quién era?

—No he podido averiguarlo, pero creo que es un tipo que ha estado husmeando por los alrededores del centro. Mandé a dos de los míos para que le dieran caza pero el desconocido le propinó una buena paliza a uno de ellos, si bien no se fue de rositas y me consta que también se marchó malherido. No obstante, no se le ha vuelto a ver, creo que hemos conseguido asustarlo.

—Bien. Déjalo estar—concluyó el Maestro—. Como te he dicho, ahora me

encargaré yo en persona. Pondré a mis chicos a trabajar y tú límitate a no hacer ninguna tontería. Pienso que, a pesar de todo, vamos a sacar algo útil de este embrollo, algo que podremos utilizar en la gran fiesta.

Dicho esto, el Maestro se levantó y se marchó. Hurtado apuró la bebida y pidió la cuenta.

Lucas y Lucy entraron en casa en silencio, digiriendo todavía lo que habían presenciado.

Drusell se sentó frente al ordenador y lo encendió, mientras su hija preparaba unos sándwiches. A los diez minutos, apareció en la habitación.

—¿Qué haces, papá?

—Busco información —respondió Lucas, mientras iba abriendo enlaces de Google.

—¿Sobre qué?

—¿Has oído lo que decía el demonio ese sobre ti?

La muchacha asintió.

—Pues estoy buscando alguna referencia al respecto. Yo conozco mis raíces, es un tema que siempre me ha gustado. Recuerda que muchas veces te he dicho...

—...que nunca hay que perder los orígenes de uno mismo, que son parte de nuestra identidad como individuos —contestó Lucy, como si lo recitara, poniendo los ojos en blanco.

—¡Vaya! Ya veo que te lo he repetido muchas veces.

—Demasiadas —puntualizó la niña.

—Bien. Si no recuerdo mal, de las lecciones de Historia en mi época de estudiante, los primeros habitantes de Irlanda aparecieron a mediados de la Edad de Piedra.

—¿Hace 3000 años?

—No. Muchísimo antes. Sobre el año 8000 antes de Cristo.

La muchacha silbó.

—Por aquel entonces, el clima se había tornado más hospitalario tras el retroceso de los hielos polares. Milenios más tarde la agricultura fue introducida desde el continente y apareció la cultura neolítica.

—Esa de los monumentos gigantescos de piedra.

—Sí. La cultura resultó próspera y la isla se pobló más densamente.

—¿Y eso qué tiene que ver con los druidas? —preguntó con impaciencia.

—Espera cariño, te estoy poniendo en contexto. Muchos siglos más tarde, los celtas colonizaron Irlanda en una serie de oleadas. Los *gael*, la última ola de celtas, conquistaron la isla y la dividieron en cinco reinos. Aunque casi siempre estaban guerreando, floreció una rica civilización. Y aquí aparecen los druidas.

—Que eran como sacerdotes, ¿no?

—Más o menos. Hacían un poco de todo: ejercían como educadores, curanderos, poetas, videntes y legisladores. Hasta ahí es lo que sé, por eso estoy buscando más información.

—Cuando encuentres algo interesante me lo dirás, ¿verdad? —le preguntó, dejando el plato con su cena sobre su mesa y abandonando la habitación.

Durante las dos horas siguientes, Lucas navegó por decenas de páginas, separando la información interesante de la inútil. Sin embargo, en seguida se dio cuenta de que no era tan fácil distinguir los mitos y leyendas de la historia real.

Lo que sí sacó en claro era que estos misteriosos personajes, medio brujos, medio médicos, no sólo tuvieron influencia en Irlanda, sino en toda la Galia y lo que ahora era Gran Bretaña. Encontró algunos datos interesantes; sin duda eran unas figuras dignas de dedicarles un estudio especial.

Lucy volvió a preguntarle cómo iba y Lucas le hizo un resumen de lo poco que había encontrado.

—¿La Galia? Ahora que recuerdo, Panoramix era un druida, el que vive en la aldea de Asterix y Obelix.

Lucy se sabía de memoria toda la colección del pequeño guerrero galo.

—Así es. Aunque en el caso de Panoramix, todos sus trabajos eran por el bien de la pequeña comunidad gala, he leído entradas que no les dejan tan bien parados a los colegas de este druida. Hablan de magia negra y de la práctica de la adivinación por el vuelo de las aves y los movimientos convulsivos de prisioneros de guerra, sacrificados con tal fin. Los relatos de sacrificios humanos me parecen de dudosa credibilidad, pero aparecen descritos como algo extraordinario pero que se hacía necesario en determinadas circunstancias para calmar la ira de los dioses.

—¿Sacrificios humanos? Eso es lo que ha dicho el demonio —dijo Lucy, abrazándose al sentir un escalofrío por la espalda.

—Se ve que Panoramix no debía ser tan bueno como aparece en los cuentos de Asterix —dijo Lucas, intentando quitarle hierro al asunto.

—No digas eso —le defendió Lucy, fingiendo enfado—. Sólo prepara la poción mágica cuando se trata de aporrear a los romanos. Hay una historia incluso en la que cura a un jefe romano. No parece tan malo.

—Quizás él fuese un buen druida. Pero había muchos tipos de su clase que hacían auténticas burradas.

—¿Crees que será verdad lo que ha dicho el demonio? ¿Que soy mala?

—Por supuesto que no. Venga, vete a dormir. Voy a seguir un poco más, pero ahora investigaré sobre el apellido Drusell.

#27

Balma salió al aparcamiento de la residencia Los Pinos, caminando nerviosamente.

Tal y como le habían pedido Lucas y el padre Francisco, esa mañana había acudido al centro del doctor Hurtado con el propósito de convencer a su marido de que se confesara.

Solo de pensarlo le entraba la risa. Ella, que se consideraba atea practicante, y en su muro de *Facebook* colgaba continuamente noticias y comentarios jocosos y humillantes contra la Iglesia católica..., pidiendo a alguien que se confesara.

Tenía la cabeza hecha un lío. Sin embargo, no podía rebatir lo que había visto y oído durante la sesión de exorcismo; negarlo era de necios, por mucho que le costara creerlo.

Ahora, en cambio, el problema no era ese, sino que al llegar al psiquiátrico se había encontrado con su marido muy enfermo. El doctor Hurtado, que estaba por allí, le había dicho que podía deberse al supuesto exorcismo que le habían practicado y que a él le había hecho sentirse como la peor persona del mundo por permitir semejante idiotez. Balma ni tan siquiera había podido hablar con él. La preocupación por el estado de Antonio no hacía sino aumentar a cada minuto. Hurtado le había asegurado que estaba bien cuidado y que no dudaba de su pronta recuperación.

Sacó el paquete de tabaco del pequeño bolso y se puso un cigarro en la boca. Hizo varios intentos de encenderlo pero el viento se lo impidió.

—Déjeme ayudarla —dijo una voz masculina a su espalda.

Balma se giró y dio un paso involuntariamente hacia atrás, al ver al hombre. Era alto y tenía el rostro cuarteado y la nariz aplastada, como la de un boxeador. Sin embargo, lo que más destacaba eran sus ojos grises, fríos y casi crueles.

El recién llegado sacó un mechero y, mientras con una mano lo encendía, con la otra protegía la débil llama. Balma se acercó y encendió el cigarro.

—Gracias.

—¿Un mal día? —preguntó el extraño, mostrando una especie de sonrisa, si bien sus ojos no sonreían en absoluto.

—Sí, es complicado tener a un ser querido internado aquí.

—Lo sé. Yo vengo de vez en cuando a visitar a un amigo y no me hace ni pizca de gracia, la verdad.

Se hizo un breve silencio, roto por Balma.

—Si me disculpa, voy a hacer una llamada —dijo, sacando el móvil del bolso.

—Claro —respondió el hombre, despidiéndose con una inclinación de cabeza. Al pasar junto a ella dejó caer en el interior de su bolso un pequeño objeto, similar a una moneda. Balma no se dio cuenta y la figura desapareció pocos instantes después.

Vicente Vega tendría ahora monitorizada en todo momento a la mujer de Antonio.

Lucas y Lucy volvían después de visitar a Ángela, como cada domingo. Al igual que en muchos de los viajes de regreso, los primeros minutos los hacían en silencio, cada uno de ellos sumido en sus pensamientos, respetando a la vez las intimidades del otro. Esa situación, lejos de ser incómoda, servía para compartir su dolor sin necesidad de palabras o signos visibles de afecto.

El teléfono sonó cuando estaban entrando en Madrid. Lucas consultó en la pequeña pantalla del salpicadero quién era. El padre Francisco.

Con un mando del volante activó el Bluetooth.

—Buenos días, padre —dijo Lucas con un tono jovial que para nada entonaba con lo que sentía en su interior.

—Hola —respondió el cura, algo cortante.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Drusell.

—Si, sí. Solamente quería informarle de que Balma me ha llamado y me ha dicho que no ha podido hablar con su marido porque se ve que está muy enfermo.

Ahora entendía el porqué de su tono.

—¿Tiene esa enfermedad algo que ver con la sesión de ayer?

—Lo dudo mucho. Esperaremos unos días a que se cure.

—Es cosa de Hurtado —intervino Lucy, para sorpresa de los dos adultos.

Durante unos segundos nadie dijo nada, hasta que habló de nuevo el sacerdote:

—¿Estás segura?

—Casi —respondió, con cierto titubeo en la voz.

—El doctor no quiere ver desmontado su chiringuito lleno de demonios — comentó Lucas.

—¿Se acuerda?: «Y se convirtió en morada de demonios, en guarida de todo espíritu impuro». Si lo que nos dijo Lucy ayer es cierto, puede haber un buen puñado de endemoniados allí. Sería un buen guión para una mala película. La gente iría a verla por el morbo, pero luego no les quedaría nada. Seguirían viviendo como si Dios ni el demonio existieran.

—A Hurtado le gusta jugar sucio y yo también sé hacerlo cuando lo necesito. Puedo poner una denuncia en la Junta de Madrid y que vayan a investigar el centro.

—Eso entorpecería nuestra labor —repuso el sacerdote.

—Sí, pero ahora mismo estamos en un callejón sin salida. Nos tiene atados de pies y manos. Una buena inspección le crearía muchas molestias a ese tipo.

—Bueno, esperaremos un poco más a ver qué pretende Hurtado.

—Me parece bien. Por cierto, ayer estuve investigando sobre todo ese tema de los druidas.

Lucas refirió al sacerdote los descubrimientos que había hecho acerca de su ascendencia.

—Lo que dijo ese demonio sobre Lucy tiene pinta de ser cierto, ¿sabe? —le dijo, para concluir.

—Ya veo...

—Además, he investigado el origen del apellido Drusell y he conseguido remontarme hasta el siglo IV. Por lo visto, se utilizaba esa palabra en el sur de Irlanda para designar a los aprendices que tenían los druidas celtas. La raíz, desde luego, parece la misma.

—O sea, que tenemos una pequeña druida en la familia y ahora nos enteramos —bromeó el padre Francisco para quitarle tensión al asunto.

—Ojalá me sirviera para saber lo que me van a poner en el examen del miércoles —añadió la niña, haciendo reír a los dos hombres.

—Y yo que me preguntaba por posibles ancestros gitanos en la familia... ¿Cree usted, padre, que ese don que tiene Lucy pasa de padres a hijos?

El sacerdote se quedó en silencio unos segundos, para luego decir:

—Usted es su padre. Debería saberlo.

Por el tono, Lucas imaginó que estaba sonriendo.

—Pues yo nunca he notado nada parecido a lo que siente ella.

—Quizás sea una especie de gen recesivo, como esos que se estudian en genética. Está ahí escondido y aparece al cabo de unas cuantas generaciones —añadió el cura.

—Me parece que usted no se cree que eso se herede, ¿verdad?

—Sinceramente, no. Yo lo veo más como un regalo que Dios otorga a determinadas personas para funciones muy especiales.

Siguieron hablando durante unos minutos más de temas intrascendentes y cuando Lucas colgó ya faltaba muy poco para llegar a casa.

Al día siguiente, Balma informó al padre Francisco de que su marido no solo no había mejorado, sino que había sido ingresado en un hospital.

—Dicen que está muy mal —le explicó al sacerdote.

—Pero, ¿qué le pasa?

—Se ve que el hígado ha dejado de funcionarle y ahora empiezan a fallarle los riñones. Yo no soy médico, pero esto pinta muy mal.

Esa misma tarde se confirmó la peor de las noticias: Antonio había fallecido.

En cuanto Lucas se enteró, acudió al hospital con Lucy. Allí estaba Balma, junto con los que debían de ser los dos hijos del matrimonio.

—Gracias por venir —dijo la mujer, al verlo, abrazándolo sin dejar de llorar.

—Lo siento mucho.

—Ustedes hicieron lo que pudieron y estoy muy agradecida por ello. También muchas gracias a ti, Lucy. Ha sido una casualidad que justamente ahora haya tenido que enfermar, cuando parecía que había una posibilidad de curación.

«¿Casualidad?», se dijo Lucas. No sabía cómo lo había hecho, pero estaba seguro de que en esa enfermedad, Hurtado tenía mucho que ver.

—Al menos ha dejado de sufrir —continuó hablando la viuda—. Hasta que conocí al padre Francisco siempre había pensado que con esta vida todo se acaba, que no existe nada más de lo que se puede ver o tocar. Sin embargo, hablar con él, y luego ver a Antonio de esa manera.... Pienso que quizá sea verdad que existe otro lugar al que ir después de la muerte, y quiero creer que mi Antonio está allí.

—Ojalá sea así —fue lo único que se le ocurrió decir.

Aunque la mujer no dejaba de llorar, Lucas no sabía interpretar esas lágrimas. ¿Eran de dolor o de alivio? Quizá fueran una mezcla de ambas. Después de todo, la enfermedad de su marido había sido algo muy difícil de sobrellevar y nadie le podía reprochar que se sintiera aliviada al haberse quitado ese peso de encima

En ese momento se preguntó que cómo afrontaría la muerte de su mujer. Obviamente sentiría pena pero, ¿notaría también alivio?

Prefirió no pensarlo, no valía la pena elucubrar con el futuro.

Desde que se había enterado de la noticia, se había sentido abrumado por lo inesperado y a la vez triste. Ahora, sin embargo, esa mezclanza de sentimientos ya había desaparecido para dar paso a la ira. Ira contra Hurtado y su maléfico centro.

Así, unos minutos después abandonó el hospital con Lucy y llamó a su colega el doctor Gimeno, yendo directamente al grano.

—Hola Luis. Me dijiste que tienes un cuñado en la Junta de Madrid, ¿verdad? Dame su número. Voy a poner una denuncia a la residencia Los Pinos, en Collado Villalba. Y quiero acompañar a la persona que haga la inspección.

#28

El técnico de la Junta se presentó puntualmente en la residencia. Faltaban un par de minutos para las once de la mañana.

Lucas, que lo esperaba en el aparcamiento, había conseguido librar unas horas en el hospital. Con un poco de suerte, Hurtado no se enteraría de su presencia, ya que Elena le había dicho que los martes y jueves no solía estar por las mañanas. El problema era que Laura, la enfermera jefa, y novia de Satán en sus ratos libres, podría merodear por allí y estaba seguro de que lo reconocería.

—Buenos días, soy José Vicente Martín —se presentó el técnico. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, de mediana altura, moreno y con una barba poblada, medio canosa y descuidada—. Como sabrá, no es normal que alguien me acompañe en las visitas. No obstante, me lo han pedido como favor personal, pero no podrá decir nada durante la misma. Tiene que dejarme hacer mi trabajo, ¿estamos de acuerdo?

—Por supuesto.

El hombre sacó un portafolios de su maletín de cuero negro y se dirigió a la entrada.

Al avanzar, a Lucas le llamó la atención el hecho de que había aparcados bastantes más coches de lo habitual.

Ambos entraron y una guapa recepcionista, que no debía de tener ni veinticinco años, les saludó con una radiante sonrisa.

—Buenos días, caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Venimos de parte de la Junta a realizar una inspección rutinaria.

—¡Por supuesto! —exclamó, sin dejar su sonrisa en ningún momento—. Ahora mismo llamo a la enfermera jefe para que les acompañe. Nuestro director, el doctor Alberto Hurtado, no se encuentra en el centro.

La chica llamó por teléfono y a los escasos minutos tuvieron a la mujer allí. Drusell vio por el rabillo del ojo cómo el técnico ponía los ojos como platos al ver a la espectacular pelirroja.

—Soy Laura Jiménez, a su servicio —le dijo con sonrisa seductora al técnico—. Veo que le acompaña el doctor Drusell. ¿Ahora trabaja para la Junta de Madrid, doctor? —preguntó sin esperar respuesta.

Los tres avanzaron por el pasillo hasta llegar a lo que debía ser su

despacho, una amplia sala repleta de archivadores y con vistas al jardín.

—Supongo que querrá revisar la documentación. Cuando quiera, empezamos. Por cierto, ¿les apetece un café?

—Me parece perfecto —dijo Martín, sonriéndole.

Lucas negó con la cabeza y miró al exterior para así no ver a la enfermera. La ajustada bata dejaba a la vista un generoso escote. ¡Qué asco le daba aquella mujer!

Fuera, algo le llamó la atención. Un par de enfermos estaban sentados alrededor de una mesa, al parecer jugando a las damas. Junto a ellos, alguien que debía ser un asistente social, les observaba.

Drusell había estado en aquel centro un buen número de veces y hasta la fecha jamás había visto que se utilizara el jardín. Aunque los árboles seguían necesitando una buena poda, el césped había sido cortado hacía poco.

El técnico y la enfermera charlaban amistosamente sobre temas de actualidad mientras esperaban el café. Lucas no pudo evitar juzgar la actitud del hombre como poco profesional. Solo faltaba que al acabar la invitara a almorzar, pensó.

Llegó una auxiliar con una bandeja y, Martín, después de dar un pequeño sorbo al humeante café, dijo:

—Supongo que ya sabe cómo funciona el procedimiento, señora...

—Señorita —interrumpió ella, con una voz sensual.

—Sí, por supuesto, señorita Laura.

—Claro. Querrá ver los ratios de trabajadores por paciente.

—Así es. Por supuesto, también la relación de los que están voluntariamente o los que han sido ingresados con auto de internamiento.

Durante una larga media hora, que a Lucas se le hizo pesadísima, el técnico fue revisando la documentación, si bien parecía más interesado en conversar con Laura de temas intrascendentes que de buscar anomalías. Por encima de su hombro, Lucas también miraba, aunque no estaba acostumbrado a revisar ese tipo de información y se perdía. Según fue avanzando la inspección, saltaba a la vista que el técnico no iba a encontrar algo anómalo.

—Bueno, lo veo todo correcto. Está todo en orden, yo creo que ya podemos...

Lucas intervino:

—¿Y no debería revisar a los pacientes que tienen medios de contención? Convendría comprobar que la autorización o la prescripción médica están en

regla.

El técnico le dirigió una mirada antipática, para luego girarse hacia Laura y ofrecerle su mejor sonrisa.

—Si no tiene inconveniente, claro —dijo, intentando sonar galán.

—Vaya, eso va a ser un problema... —contestó Laura, con un falso tono compungido.

—¿Por qué?

—Porque en este centro no se utilizan correas para inmovilizar a los pacientes. Aquí funcionamos de otra manera y no es necesario eso.

—¡Eso es mentira! —exclamó Drusell, poniéndose rojo.

José Vicente se volvió hacia él de nuevo y esta vez le fulminó con la mirada. Lucas hizo ademán de decir algo pero se calló. No podía olvidar que él estaba como oyente y a eso tenía que atenerse.

Laura continuó hablando, como si no hubiera sido interrumpida.

—Nuestro centro es pionero en ciertas terapias con los pacientes. Algunas están todavía en periodo de investigación, y estamos avalados por los mejores expertos.

«Sí claro, un método basado en el agua bendita», se dijo Lucas por lo bajo.

La enfermera empezó a explicarle las maravillas de sus tratamientos, mientras Drusell pensaba a toda velocidad. El centro de Hurtado iba a salir indemne de la inspección. No podía creer lo que estaba pasando y la rabia dentro de sí iba creciendo por momentos. ¿Cómo podía haberse enterado el doctor de que se iba a llevar a cabo? Y, aunque se hubieran enterado el día anterior —algo muy difícil, ya que la denuncia se había notificado formalmente a primera hora—, era imposible haber organizado todo aquello en tan poco tiempo.

—Bueno, creo que ya lo he visto todo.

—Por favor, me sentiría muy honrada si me permitiera acompañarle mientras damos una vuelta por nuestro centro.

El inspector asintió entusiasmado, saliendo del despacho.

Lucas lo siguió de mala gana.

Laura empezó la visita, como si fuera la guía de un museo.

—Como verá, señor Martín, aunque las instalaciones son antiguas, en este centro prima la calidad por encima de la cantidad. Por ponerle un ejemplo, podríamos haber incorporado más habitaciones a la residencia, pero hemos preferido que fueran más amplias. Además, como le decía, contamos con

varias terapias pioneras en el tratamiento de ciertas enfermedades mentales, como...

Lucas no estaba escuchando, ya que, al llegar a una de las grandes salas comunes, en lugar de verla desierta, se desconcertó al encontrarla llena de gente. Había al menos una docena de residentes, además de siete hombres y mujeres con toda la pinta de ser voluntarios. En ese momento estaban realizando distintos tipos de juegos con los internos. Aquello no cuadraba en absoluto con lo que Elena le contó sobre los enfermos, que nunca eran sacados de su habitación.

El centro, aunque viejo, parecía más luminoso que en otras ocasiones. Además, había un pequeño andamio montado en uno de los pasillos y dos hombres pintaban una de las paredes subidos en él.

—Siento el desorden, pero hemos empezado a pintar el centro, le hacía falta. No obstante, esto es un día normal en Los Pinos —dijo la mujer con su sonrisa orgullosa—. Tenemos varios grupos de voluntarios colaborando con nosotros de forma continua; la verdad es que son una gran ayuda. Además, como circunstancia extraordinaria que solo ocurre en nuestra residencia, a ellos se les da una pequeña gratificación. Todo absolutamente legal.

—¿No me diga? —preguntó Martín, maravillado—. Pues hasta la fecha son el único centro que conozco que hace algo así.

—Tenemos otras tres salas más como esta, además de un cine en tres dimensiones, una biblioteca virtual donde nuestro personal se puede conectar a las publicaciones más importantes. Para el bienestar de los residentes, el año pasado instalamos también un *jacuzzi*.

—¿Un *jacuzzi*? ¡Increíble!

—No lo es tanto —dijo Laura Jiménez con falsa modestia—. Para nosotros son fundamentales las necesidades de los pacientes. Tenemos un sistema de calidad implantado muy alto e incluso les pasamos encuestas para que nos digan qué se puede mejorar para que de este modo se sientan mejor. Obviamente los resultados de las encuestas son objetivos y están avalados por varios organismos certificadores. El *jacuzzi* fue una de las mejoras que incluimos gracias a las encuestas. Por cierto, cuando quiera puede venir a probarlo.

La última frase la dijo en apenas un susurro y Lucas notó cómo a Martín se le coloreaban un poco las mejillas, perfectamente visibles a pesar de la espesa barba.

Continuaron con la visita, mientras Drusell miraba a todas direcciones, totalmente confuso. Parecía un centro diferente al que él conocía. ¿Cómo podía ser? Todo parecía maravilloso, ¡si hasta daban ganas de que le ingresaran a uno!

En un momento dado, captó la mirada de un enfermero. Este lo observaba con aire de pocos amigos. Desde luego, su cara no le sonaba de nada; estaba seguro de no haberle visto en la residencia en otras ocasiones.

Continuaron su paseo por la residencia, acompañados todo el rato por la melosa voz de la enfermera jefa.

—De las habitaciones, hay algunas que están reformadas y modernizadas. Todo el ala derecha cuenta con acceso *wifi*, con clave, por supuesto, ya que hay ciertos pacientes que no deben acceder a la red. El año que viene tenemos previsto modernizar el ala izquierda, ya que las habitaciones son un poco antiguas, aunque, por supuesto, cumplen con toda la normativa vigente.

Otro enfermero se cruzó con ellos. Al igual que el anterior que había visto, este tampoco lo miraba con cara de buenos amigos. Su aspecto externo dejaba bastante que desear. Lucas no habría permitido jamás un enfermero como aquel trabajando en su hospital. Él se consideraba bastante tradicional y valoraba mucho la presencia del personal, por lo que las rastas que llevaba y tres pendientes en una de las orejas ciertamente no provocaban una buena impresión. Bien pensado, el anterior tampoco ofrecía una apariencia agradable, como se esperaba de alguien que debía cuidar a personas enfermas. Barba de tres días, pendientes en la nariz y en el labio inferior, además de un enorme tatuaje que asomaba por el cuello. Parecían más bien un par de pandilleros.

Lucas sintió una iluminación interior. Retrocedió unos pasos y le puso la mano en el hombro al enfermero.

—Perdona, una pregunta. Me ha surgido una duda y, como tú eres enfermero, me la podrás solucionar...Tengo un paciente afectado del tiroides, ¿crees que si le doy un betabloqueante le irá bien?

El enfermero palideció al oírlo y no contestó.

—Bueno, no te preocupes. Quizá puedas ayudarme con esto otro: le he hecho el test de O'Sullivan a un paciente al que le han amputado la pierna y no acaba de mejorar, ¿crees que tendría que repetirlo?

El enfermero balbuceó un «tal vez» y se escabulló.

«Lo sabía», se dijo Lucas, triunfante. Aquel farsante sabía de medicina lo

mismo que él de los monos enanos de Indonesia. Ningún betabloqueante se había usado jamás para una infección tiroidal, salvo que el paciente tuviera que regular su ritmo cardiaco, que era para lo que servían. Y la diabetes gestacional, a la que se aplicaba el O'Sullivan, nada tenía que ver con una amputación. Un enfermero normal sin duda lo sabría.

Sin embargo, toda la documentación del personal parecía en regla, lo que significaba que había sido falsificada. El problema era que él no podía demostrarlo.

Por fin llegaron a la salida.

Lucas salió sin despedirse. Martín y Laura se intercambiaron dos besos mientras esta le metía un papel en el bolsillo de la camisa, a la vez que le susurraba algo al oído.

Drusell subió a su coche y se marchó, hecho un basilisco. Llamó a Elena y, mientras volvía a su casa, le contó lo sucedido.

—Ya te lo dije. No sé cómo lo hacen pero siempre conocen el momento en que va a llegar una inspección.

Cuando Lucas llegó a casa, después de volver al hospital y trabajar un par de horas más para recuperar las gastadas en Los Pinos, se encontró con que Lucy estaba viendo la televisión. Se trataba de un programa concurso. En cuanto vio entrar a su padre, la chica le dio un beso y apagó el televisor.

—Me estaba aburriendo como una ostra. La verdad es que hay tardes que no ponen más que tonterías en la tele.

Lucas se sentó en el sofá del salón, sin decirle nada. Estaba cansado y se le notaba el desánimo en la cara. Miró la hora. En cuarenta minutos llegaría su primer paciente. Por suerte ese día las visitas empezaban tarde y solamente tenía tres.

—¿Qué? ¿No ha ido bien la inspección?

Lucas negó con la cabeza.

—Tendría que haber ido yo también. Ya se ve que no os las arregláis bien sin mí —le dijo Lucy en tono de guasa.

—Sí —continuó la broma Lucas—, nos falta la hechicera.

Lucy concentró su mirada en el techo y exclamó:

—Yo, la druidesa Lucy Drusell, te ordeno, oh, espíritu inmundo, que

abandones el cuerpo de ese hombre y le dejes en paz de una vez.

Lucas aplaudió la actuación de su hija, pero ella permaneció en la misma posición.

Al ver que no se movía de su actitud orante, le lanzó un cojín para que despertase. La chica, sin embargo, ni se inmutó. Tenía los ojos cerrados y continuaba con los brazos extendidos. Llevaba ya más de un minuto en esa postura. Lucas se levantó del sofá y le dijo:

—Bueno, lo has hecho muy bien, pero tanto tiempo pierde la gracia. O sea que...

El rostro de la muchacha palideció de repente. Los brazos comenzaron a temblarle. Parecía como si fuera a perder el sentido. Lucas se dio cuenta de que eso no formaba parte de la broma. Se acercó a su hija y trató de hacerla volver en sí:

—¡Lucy! ¡Lucy! ¿Qué te pasa?

De pronto, la chica abrió los ojos, vio a su padre y se le echó en sus brazos mientras comenzaba a llorar. Lucas notó sorprendido la frialdad de su cuerpo. En contacto con el suyo, poco a poco la sangre volvió a correr y fue recuperando el calor. Su rostro también adquirió al poco tiempo su color habitual. Sin dejar de abrazarla, se sentaron los dos en el sofá.

Lucas sacó su pañuelo y limpió con él las lágrimas que resbalaban por las mejillas de su hija. Al cabo de unos minutos, Lucy dejó de sollozar y de sorberse las lágrimas. Su padre la cogió suavemente por el mentón y le levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos y la cara triste.

—Cariño, dime. ¿Qué te ha pasado?

—La he visto —respondió la chica.

—¿Qué has visto?

—La casa vieja del campo, papá. Es un sitio terrible, allí hacen cosas malas.

Dijo esto y volvió a abrazarse a su padre y a ocultar su rostro en el regazo de Lucas. Éste trató de serenarla de nuevo. Le acarició el cabello, mientras le decía:

—No va a pasar nada. Hablaré con el padre Francisco a ver si averiguamos que quiere decir ese sueño. Tranquila, tranquila...

Elena acababa de salir de la estación de metro y le quedaban apenas unos minutos para llegar a casa.

Quedaban pocos días para que llegara noviembre y el cambio de estación ya era patente, no solo por el frío, sino porque la noche había ganado poco a poco terreno al día. Hacía unas semanas todavía había luz diurna cuando salía de trabajar, pero ahora ya era completamente de noche.

Mientras caminaba, no podía evitar darle vueltas a lo hablado con Lucas, y a la idea descabellada que había tenido.

Su amigo tenía la intención de entrar por la noche en el despacho de Hurtado para conseguir información que pudiera servirle para denunciar al centro. Al escucharlo, Elena había puesto el grito en el cielo. Drusell no era ningún agente secreto y no sabría nada sobre forzar cerraduras. Además, Hurtado podía guardar la documentación en cualquier sitio. Sin embargo, estaba empeñado en ello. Así, ella le explicó que cuando se podía entrar en el edificio con mayor facilidad era en torno a la una de la madrugada, coincidiendo con el momento en que sacaban la basura. Obviamente en la residencia no había nada de valor, por lo que no había cámaras de seguridad ni nada similar.

Después de escuchar a Lucas y comprobar la determinación con que hablaba, Elena se envalentonó también. En caso de que hiciera falta denunciar, estaba dispuesta a testificar y contar todo lo que había visto allí. Había vivido demasiado tiempo sumida en la culpa y la vergüenza y no iba a permitir que aquello impidiera que se hiciera justicia contra el malnacido de Hurtado.

En medio de sus elucubraciones llegó al portal de su casa, sin percatarse de que alguien la seguía a corta distancia desde que había salido del metro.

Abrió la puerta y avanzó hacia el ascensor. Antes de que esta se cerrara, entró otra persona.

Elena se giró para saludar al recién llegado y se quedó helada al ver su rostro.

Durante unos segundos se mantuvo quieta, como si su cerebro fuera incapaz de mover ni tan siquiera uno de sus músculos, mientras que una cara sonriente la contemplaba. Por fin desapareció el efecto y la mujer hizo ademán de salir corriendo, pero el hombre la cogió de la muñeca y la empujó con violencia, haciéndola entrar en el ascensor.

—Hola señorita Elena. ¿No me invita a su casa? —dijo Hurtado, sin perder la sonrisa en ningún momento— Insisto. Tenemos asuntos que tratar, hacía

mucho tiempo que no nos veíamos.

#29

Al día siguiente, Lucy se había recuperado del todo. Además, era viernes y no quería faltar a clase. Le aseguró a su padre que se encontraba bien y que no debía preocuparse por lo que le había sucedido el día anterior.

De camino al hospital, Lucas pensó que debería llamar al padre Francisco y contarle lo que le había ocurrido a Lucy. Él no creía que fuera un simple sueño, en absoluto. Lo había tenido repetidas veces, era como si alguien les quisiera avisar de algo, aunque no podía adivinar de qué se trataba.

A llegar a su consulta, el trabajo lo absorbió por completo y se olvidó de telefonar al sacerdote. El poder volcarse en los pacientes le ayudó a dejar de lado momentáneamente sus propias preocupaciones. Sólo a última hora, cerca ya del almuerzo, se acordó del padre Francisco. Tras repetir al último paciente los mismos consejos que le había dado en su anterior visita y despedirse de él, buscó en su móvil el número del sacerdote. Notó cómo éste le cortaba la llamada y se acordó entonces de que sus clases en el seminario duraban hasta las tres y aún eran las dos y media. Lo intentaría de nuevo más tarde. Recogió sus cosas y se juntó con otro médico, que acababa de terminar también su consulta, para comer juntos en un restaurante cercano al hospital.

De vuelta en casa, lo primero que hizo fue telefonar al dominico. Esta vez, al segundo tono, el padre Francisco descolgó.

—Dígame.

—Buenas tardes, padre.

—¿Cómo está usted?

Lucas pasó a contarle lo que había ocurrido el día anterior. Cómo todo había comenzado con una broma de su hija y, de repente, la broma dejó paso a algo mucho más serio.

—¿Está la niña en peligro?

—No, que yo sepa. Tendré que hablar con ella para ver si podemos obtener más información.

—Puede venir a casa cuando quiera.

—Sí, gracias. He hablado esta mañana con varios sacerdotes de la RIES, que son verdaderas eminencias, uno vive en Brasil y el otro está ahora en Roma.

—¿La RIES?

—¡La Red Iberoamericana de Estudio de las Sectas, por supuesto! — exclamó, resoplando—. Tampoco ellos habían oído hablar de los Druidas de Satán, si bien conocen sectas similares. También está informado nuestro obispo. En cuanto se ha enterado de que en su diócesis está funcionando esta secta de majaderos casi le da un infarto.

—Pero de momento no tenemos nada. La inspección no tuvo ningún resultado. Todavía me pregunto cómo se pudieron enterar en el centro. Además, no es sencillo encontrar tantos voluntarios y organizar a los pacientes para sacarlos de las celdas.

—Eso es muy fácil, es cosa del jefe de Hurtado.

—¿Su jefe? ¿Qué jefe?

—¿Pues quién cree usted? —preguntó, exasperado—. El de los cuernos y el tridente, ¿quién si no? Ya hablamos de eso: Satanás cuida de los suyos.

Lucas se quedó unos segundos pensativo.

—¿Y qué pasa con Lucy? Mucho me temo que Hurtado le ha echado el ojo.

—Es posible. Sin embargo, pienso que no nos hemos de preocupar demasiado. La secta debe actuar con cautela o será desenmascarada. Es lo que han hecho hasta ahora, llevándonos a un punto muerto. Pero, por seguridad, no la deje ir sola por la calle.

—Eso ya lo hago desde que vi a ese tipo raro del que le hablé.

—Bien, pues de momento no se puede hacer mucho más. Eso y rezar, que no es poco.

Eran ya las ocho cuando estaba a punto de despedir a Miguel. Había venido, como las veces anteriores, acompañado por su exuberante madre. El chico había mejorado, puesto que ya no había cometido más actos vandálicos y se había vuelto a relacionar con su anterior grupo de amigos. No obstante, en algunos aspectos, su actitud era la misma, ya que continuaba echando la culpa a los demás de que todo le iba mal y seguía sin prestar atención en clase. Lucas volvió a insistirle en que le hiciera caso y, sobre todo, en que dejara definitivamente de fumar porros, sobre todo ahora que tomaba una pequeña dosis de quetiapina.

—Pues me lo pone difícil, doctor.

—¿Por qué? —le preguntó Lucas.

—Precisamente dentro de una semana tenemos en casa de un amigo la fiesta de Halloween y usted ya sabe cómo acaban esas cosas.

—Pues procura que no te afecten demasiado «esas cosas», ¿vale?

Acompañó al muchacho y a su madre hasta la puerta y se despidió de ellos.

Halloween. Estaba seguro de que esa noche un buen montón de discotecas organizarían montajes por todo lo alto, como si fuese el día más importante del año, y harían, sin duda, un buen negocio.

Eso no le preocupaba demasiado. En su opinión, el problema real era las llamadas fiestas «rave». Sin duda esa noche las casas y ermitas abandonadas se convertirían en lugares de desenfreno y excesos. Los servicios de urgencias iban a tener mucho trabajo.

Sonó la melodía de su teléfono móvil que le avisaba de una llamada entrante y miró la pantalla. Se quedó sorprendido. Era su amigo Gonzalo Vargas, el empresario multimillonario.

—¿Gonzalo? ¿Cómo estás, hombre?

—Muy bien, Lucas.

—¿Cuánto tiempo llevábamos sin hablar! —le dijo.

Aparte de los correos electrónicos que se intercambiaban, hacía meses que no oía su voz. No recordaba la última ocasión en que se habían visto cara a cara, ya que Gonzalo había pasado últimamente mucho tiempo en Estados Unidos, ampliando su floreciente negocio.

—Pues sí. Por lo menos, un par de meses.

—Leí en una de las revistas del corazón que estabas saliendo con una actriz de Hollywood.

—Bueno, eso fue hace medio año. Ahora salgo con una modelo alemana.

Lucas silbó.

—Ya veo que no paras. Por cierto, he oído que estás en Madrid. Las malas lenguas dicen que te vas a meter en política.

Su interlocutor rió.

—Veo que las noticias vuelan.

—¿Entonces es cierto?

—Bueno... es un poco pronto para decirlo, ya que estoy todavía en una ronda de contactos con ciertas personas influyentes, pero esa es la idea. Mis negocios van muy bien y tengo gente muy preparada para gestionarlos, así que estaba pensando en dar un salto. Ya sabes cómo están las cosas en política.

—Sí, en las noticias salen casos de corrupción cada dos por tres.

—Efectivamente, hace falta una regeneración. La verdad es que yo nunca había pensado meterme en estas historias, pero gente que me conoce bien me lo ha sugerido más de una vez y eso me ha hecho pensar. Creo que podría hacer cosas buenas, primero por la ciudadanía de Madrid, y luego quizá por toda España.

—¡Suena fantástico!

—Eso quiero creer. Llevo en Madrid unas semanas y ha sido un no parar, pero me gustaría que nos viéramos en mi casa, dentro de unos días, y pudiéramos charlar, como en los «viejos tiempos».

—¿Quieres una sesión de psiquiatría? —preguntó Lucas, bromeando, ya que se habían conocido cuando Gonzalo empezó a acudir a Drusell por unos leves problemas de estrés.

—Claro, el doctor me va a psicoanalizar. Tráete el maletín lleno de fármacos, que los vamos a necesitar. Y ya sabes, nada de niños, ¡ja, ja!

—Por supuesto.

Era uno de los pocos defectos de su amigo: no le gustaban los niños. Eso no representaba nada en su contra. Sencillamente, en su día a día y en los ambientes en los que él se movía no encajaban. De hecho, en su consulta nunca tuvo problemas en ese aspecto, ya que en ninguna ocasión llegó a coincidir con su hija, ni con madres con hijos pequeños en la sala de espera. Lucas se encargaba de que Gonzalo no lo pasara mal en ese sentido cuando acudía a verle.

Estaba seguro de que, aunque de momento, Gonzalo era el «soltero de oro», al final sentaría la cabeza y se casaría. Entonces, una vez tuviera hijos, empezaría a buscar la compañía de otros niños para los suyos.

Así, quedaron que en unos días hablarían de nuevo.

Lucas colgó con una sonrisa en los labios. Gonzalo era un buen tipo, y además el perfil perfecto para político. Era alguien que se había hecho rico partiendo de la nada. Además, su personalidad transmitía eficiencia y carisma. Si fundaba un partido político, Lucas tenía claro que lo iba a votar. No podía existir nadie tan capaz.

#30

Tras un fin de semana sosegado, el lunes transcurrió con normalidad en el hospital Gregorio Marañón, si bien el término «normal» era bastante laxo, puesto que nunca un día era igual que el anterior.

Lucas hizo su rutinaria ronda de visitas, para luego verse con los familiares de algunos de los pacientes. La primera de las reuniones fue con los padres del chico al que su colega Luis llamaba «el pirado del perro muerto». La mujer debía de rondar los sesenta y cinco años, calculó el doctor, mientras que el marido ya tenía que tener los setenta.

Drusell empezó explicándoles cómo había ido el tratamiento de su hijo y en qué punto estaba ahora el joven.

—Pero, ¿mi hijo se curará del todo? —preguntó la madre, angustiada.

—Mire. Su hijo no va a estar nunca «bien», pero sí podemos lograr su estabilización. De hecho ahora, gracias a la medicación, ha mejorado mucho.

—Pero... ¿si está fatal! —exclamó su padre, balbuceando—. Si va a estar siempre así, ¿qué hará cuando nosotros ya no estemos? No puede valerse por sí mismo, y nosotros somos ya mayores.

Entonces la mujer rompió a llorar.

—Miren... —intervino Lucas, unos minutos después—. Podemos intentar que su hijo consiga un piso tutelado. De esa manera podría vivir con cierta independencia, y a la vez estar controlado. El problema es que los dan a cuenta gotas, pero por intentarlo no va a quedar por nuestra parte, se lo aseguro.

Estuvieron hablando durante unos minutos hasta que por fin salieron, todavía con el ánimo por los suelos.

Aprovechando un momento de descanso, llamó a Elena de nuevo. Había tratado de hablar con ella los días anteriores en varias ocasiones, sin conseguirlo. En cierto modo, deseaba recibir de su parte cierta conformidad con el audaz plan que le había confiado. No iba a resultar nada fácil entrar en la residencia de Collado Villalba sin ser visto y sacar de allí algunos documentos comprometedores. Una palabra de ánimo y de aprobación sería como un espaldarazo para continuar adelante.

Sin embargo, no pudo hacerse con ella. Le mandó un nuevo mensaje, pero vio que los anteriores todavía no los había leído. Ese día le tocaba trabajar en

turno de mañana, así que seguramente estaría liada, se dijo.

Desde la muerte de Antonio Poveda, la vida de Lucas casi había vuelto a la normalidad. Aparte del intento fallido de la inspección, no había vuelto a saber nada más del centro de Hurtado, si bien él se negaba a desentenderse del tema. Su conciencia le exigía justicia, no solo contra las maldades de Hurtado y sus secuaces, sino, sobre todo, por los pobres desgraciados que allí estaban encerrados.

Además, de alguna manera se lo debía a su antiguo profesor, José Antonio Brull. No por primera vez se preguntó si el incendio de su casa había sido fortuito o en realidad se trataba de un asesinato. Por desgracia nunca se sabría, ya que todo apuntaba a que había sido un lamentable accidente, nada más, aunque Lucas cada vez tenía más dudas al respecto.

A mediodía, después de comer, volvió a llamar a Elena, sin obtener respuesta.

Hizo un nuevo intento a los diez minutos y por fin hubo contestación al otro lado, aunque, en lugar de oír la voz de su amiga, le habló un hombre.

Al principio Lucas pensó que se había equivocado al marcar el número, pero eso no era posible, ya que no había marcado él los dígitos, sino que había buscado el contacto en la agenda del móvil.

—¿Quién es usted? —preguntó—. Quería hablar con Elena.

Durante unos instantes, su misterioso interlocutor no respondió, hasta que por fin lo hizo.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Eso mismo he preguntado yo —dijo Drusell, molesto—. Soy un amigo de Elena. No sé cómo ha acabado su teléfono en su poder, pero...

—Escuche —le interrumpió el hombre, con voz grave—. Soy el agente Martínez, de la policía local de Madrid.

Todas las alarmas se dispararon en la cabeza de Lucas y este notó cómo el pulso se le aceleraba.

—¿Qué le ha pasado a Elena? —preguntó con un débil hilo de voz.

—Verá... Su amiga ha fallecido.

Lucas se quedó de piedra, sin saber qué decir, y un torbellino de emociones le embargaron.

—Lo siento mucho.

—Pero... Pero... ¿cómo ha sido?

El policía dudó en contestar.

—Todavía hay que hacer la autopsia...

—Oiga, escuche, soy médico, y psiquiatra.

Aquello convenció al agente.

—Se ha suicidado —explicó sin más preámbulos—. Se ha cortado las venas.

Lucas no fue consciente de colgar el móvil. Se sentó y se cogió las manos con la cabeza. Era imposible que se hubiera quitado la vida. Tenía muchas ganas de vivir, proyectos e ilusiones.

Un nombre le vino a la mente.

—Hurtado.

Lucas bajó del coche y caminó hacia Los Pinos mirando en todas direcciones. A esa hora todo estaba tranquilo en Collado Villalba.

Todavía no había hecho nada ilegal y ya se sentía como si en cualquier momento le fuera a caer la policía encima.

No era la primera ocasión que se colaba en el centro, pero la vez anterior era diferente, había sido como entrar en el cine para ver una película sin pagar. Esta noche no iba por la función, quería reventar la caja fuerte; una pequeña diferencia.

Miró el reloj, la una menos veinte de la madrugada. Se detuvo en una esquina, a escasos metros de una puerta de servicio que, según su difunta amiga Elena, se abriría en unos minutos.

Lucas se frotó las manos mientras esperaba. A octubre le quedaban ya muy pocos días y el frío, especialmente de noche, se dejaba notar y mucho.

A la media hora, la puerta se abrió. Aunque lo esperaba, no pudo evitar sobresaltarse.

Salió uno de los enfermeros llevando un voluminoso cubo de basura con ruedas. Avanzó unos metros hasta el contenedor y empezó a vaciarlo, provocando bastante ruido.

Drusell inspiró profundamente y giró la esquina, recorrió los pocos metros que le separaban de su destino y entró sin mirar al enfermero.

Al hacerlo, casi se tropezó con otros tres grandes cubos de basura, colocados en fila.

Entró por la puerta que vio abierta y se agachó.

Elena le había informado de que por la noche el servicio era mucho menos que mínimo, por lo que en esa zona del edificio, donde también estaban la lavandería y la cocina, habitualmente no había ni un alma.

Recorrió a oscuras el largo pasillo, utilizando su móvil para iluminar el suelo y llevándolo lo más bajo posible.

El corredor terminaba en un pequeño vestíbulo. Al llegar al fondo, Lucas se detuvo y respiró profundamente, aliviado. No se había dado cuenta que durante todo el trecho recorrido había estado respirando poco a poco de forma involuntaria, en un intento de hacer menos ruido.

De momento todo estaba desierto. Había algunos centros como aquel que disponía de un servicio contratado de seguridad por la noche, pero no era lo normal.

Abrió una de las puertas, que sabía que daba a otro pasillo, al final del cual estaban los despachos del director y de la supervisora. También en esa zona, se encontró con todas las luces apagadas.

Avanzó casi a cuatro patas hasta llegar frente a la puerta de Hurtado. Estiró la mano y manipuló el pomo. Tal y como suponía, estaba cerrado con llave, algo lógico. También el de Laura tenía la llave echada.

Sacó la barra de metal que había traído y se dispuso a hacer palanca. En ese momento pensó que si él fuera el personaje de una película, sin duda sabría abrir la puerta con una ganzúa, una lima de uñas o algún objeto similar. O quizá la abriera de una patada; en las películas era algo muy simple, un buen puntapié y puerta abierta. Pero por desgracia eso era la vida real y él solo era un médico que poco sabía de abrir puertas.

La puerta en sí era bastante normal, no era blindada ni nada similar, así que metió la punta en el pequeño hueco existente entre la hoja y el marco e hizo fuerza.

Se oyó un chasquido y el cerrojo saltó hecho pedazos, junto con un buen trozo del marco.

Lucas se tiró al suelo instintivamente, con el corazón latiendo a mil por hora. El ruido se le había antojado tan intenso como el bocinazo de un camión. Esperó durante unos minutos agazapado en un rincón del pasillo, pero no hubo cambios, ninguna luz se encendió.

Cerró la puerta tras de sí como pudo y se incorporó, mirando a su alrededor.

El despacho era amplio y tenía una inmensa mesa, en la que descansaban un

ordenador y varias gavetas con papeles. Había otra mesa circular con cuatro sillas rodeándola, un mueble bar y, junto a este, una cafetera de cápsulas, además de dos grandes archivadores.

Encendió el ordenador y mientras el sistema operativo se cargaba, forcejeó con los archivadores. Como era de suponer, también estaban cerrados, así que, palanca en mano, los descerrajó. Un nuevo chasquido que podía alertar a cualquiera. «¡Pero qué estoy haciendo!». Estaba completamente loco, reconoció. Sí, pero había que tentar a la suerte; de momento, esta le había sonreído. Esperó fuera del despacho, escondido. Después de cinco minutos sin que apareciera nadie, se internó de nuevo en la sala y comenzó a examinar el contenido del archivador.

Se trataba de los expedientes de los enfermos, ordenados alfabéticamente. Lucas fue pasando las letras, sin saber qué buscaba, hasta que encontró un nombre que le resultó familiar: Ana Peinado.

Pasaba las páginas con una mano, mientras con la otra alumbraba utilizando el móvil. Reconoció lo que Brull había escrito en el cuaderno sobre esta paciente hasta que llegó al final. Leyó las últimas líneas y se quedó de piedra.

¡Hurtado había mentido! Ana no había muerto a causa de una infección, sino que se había suicidado.

Leyó los escasos dos párrafos que narraban lo sucedido. Como describía el doctor Brull en su cuaderno, uno de los hábitos de la joven era el de autolesionarse. No era raro que pasara con algunos pacientes, por lo que en los centros de enfermos mentales siempre se tenía a buen recaudo cualquier tipo de objeto cortante o punzante. Sin embargo, la falta de profesionalidad de los supuestos enfermeros provocó que uno de ellos se olvidara de guardar unas tijeras. Ana se las metió en el bolsillo en cuanto las vio y, una vez dentro de su cuarto, se destrozó las venas de las muñecas. Al cabo de unos minutos, había muerto desangrada.

Hurtado había ocultado este hecho y tenía una buena razón: algo así podía ser nefasto para su centro. No solo porque la familia lo denunciara, sino también porque la publicidad no iba a ser precisamente positiva.

Por fin tenía algo, se dijo, guardando las hojas en el bolsillo interior de su cazadora.

Continuó hurgando en los ficheros, sin encontrar nada más de interés, ya que sobre la muerte de Antonio, de momento, no se había escrito nada.

Decidió probar suerte con el ordenador, pero se encontró con que el sistema

pedía una contraseña para acceder a la sesión. Eso no iba a poder solucionarlo con una palanca, así que decidió probar suerte.

«Druidas de Satán»

«Clave incorrecta», le respondió el ordenador.

Probó con distintas variantes y combinaciones de las palabras «druida» y «Satán», sin éxito. Volvió a intentarlo con una treintena de palabras más, sabiendo que sería un milagro obtener la clave. El ordenador no se dejaba abrir.

Revisó el interior del cajón de la mesa pensando en la posibilidad de encontrar la clave. Había facturas sin ordenar, diversos tiques de compra, un par de encendedores, tarjetas de restaurantes y hoteles caros... Nada que pudiera aportarle alguna pista sobre el modo de acceder al ordenador.

«Hotel Ritz», «Club Allard», «Hotel ME Madrid Reina Victoria», «Hotel Villa Magna», «SantCeloni», «Zalacaín»... ¡Vaya con Hurtado! Todos ellos hoteles y restaurantes de lujo. No podía decirse que viviera como un pobre, se dijo. Lucas recordaba haber estado solo en uno de aquellos sitios, el Reina Victoria, en compañía de Gonzalo Vargas. Aún se acordaba del dineral que les habían cobrado por unas cervezas y algo para picar, aunque, por supuesto, pagó su amigo. Devolvió las tarjetas y facturas al cajón procurando dejarlas como las había encontrado, pero una de ellas se cayó al suelo en la operación. En el dorso descubrió unas símbolos escritos a mano: «DW345#5\$\$67&&&09».

—¡La clave!

Sin perder un instante, tecleó aquella extraña combinación de signos.

«Clave incorrecta», volvió a contestarle el ordenador.

Los escribió de nuevo, esta vez muy despacio, para no equivocarse. El resultado fue el mismo. Lo intentó una tercera vez, sin éxito. Entonces dio un puñetazo sobre la mesa de pura desesperación. ¡Aquellos símbolos no significaban nada en absoluto!

Tras unos instantes respirando hondo, recapacitó y guardó la tarjeta en el bolsillo del pantalón. Después de todo, si Hurtado la había conservado, sería por algún motivo.

En ese momento, sintió un movimiento a su lado pero cuando se dio cuenta ya era tarde. Notó cómo alguien se le abalanzaba. En esas décimas de segundo que transcurrieron hasta que el recién llegado cayó sobre él, se reprochó el haber sido tan estúpido. Había estado tan concentrado en aquello que había

olvidado por completo la vigilancia.

Intentó zafarse de su atacante arrojándolo al suelo, pero este era mucho más corpulento que él. Sintió un potente puñetazo en la mandíbula que hizo que rodara por el suelo. Para cuando se quiso dar cuenta de lo que pasaba, su agresor ya le había soltado dos potentes patadas al estómago.

Lucas intentó incorporarse y una nueva patada le alcanzó, haciéndole caer de nuevo.

Al poco tiempo se encendieron las luces del pasillo y aparecieron dos individuos más.

Uno de ellos y el que ya estaba allí lo inmovilizaron, mientras el tercero sacaba una jeringa.

Drusell forcejeó para liberarse, pero recibió a cambio un fuerte puñetazo en la boca del estómago. Mientras boqueaba, le inyectaron algo en el brazo.

Lo arrastraron por el pasillo, casi en volandas, mientras él intentaba liberarse, en vano.

Llegaron al patio trasero, por dónde él había entrado. El tipo de la jeringa se alejó y volvió unos instantes después con uno de los grandes cubos de basura con ruedas, que ahora estaba vacío. Iban a meterlo dentro.

Drusell intentó gritar pero de su boca no salió nada. Lo que fuera que le habían inyectado estaba surtiendo efecto. Sus agresores, al verle en ese estado, lo soltaron. Incapaz de mantenerse en pie, Lucas cayó al suelo. Todo le daba vueltas.

De improviso, se oyó un estrépito cuando un coche embistió la puerta de acceso de los vehículos, reventándola.

Los hombres, sorprendidos, se apartaron de la trayectoria del vehículo, que paró a un par de metros del doctor. Lucas, de espaldas al coche e incapaz de moverse, fue sumiéndose en la inconsciencia, mientras escuchaba gritos de sus agresores y luego disparos. Entonces perdió el conocimiento.

#31

Drusell abrió los ojos y en un primer momento le costó enfocar la visión, si bien los sonidos que le llegaban parecían indicar que se encontraba en un hospital. Antes de que llegara a preguntarse qué había pasado, lo acontecido la noche anterior le vino a la mente y el pulso se le disparó. Miró en todas las direcciones, alarmado, hasta que poco a poco se fue calmando.

No entendía cómo había llegado allí, se suponía que ahora debería estar enterrado en algún campo anónimo. Había sido un completo idiota atreviéndose a hacer esa locura.

Intentó incorporarse y un fuerte dolor en el abdomen se lo impidió, por lo que decidió quedarse quieto.

Estaba en la típica habitación de paredes blancas. Una cortina separaba su cama de la otra, que estaba vacía.

Cogió el pequeño pulsador que estaba sobre él y lo accionó. Un minuto después, se presentó un enfermero.

—Veo que ya está despierto, doctor. Ayer le dieron una buena paliza, ¿eh? Por suerte, no tiene nada roto ni ningún órgano dañado, pero sí un buen puñado de feos moretones, además de un buen chute de sinogan intramuscular.

—¿Cómo he llegado aquí?

—No sé, alguien lo trajo. Enseguida llegará el médico, ahora le darán algo para comer.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto rato he estado inconsciente?

—Llegó ayer a las 3 de la madrugada y ahora son las cuatro de la tarde. Su hija está informada de lo que pasa, está en casa de una amiga, creo.

—Gracias.

Lucas se incorporó con cuidado hasta quedar sentado y en seguida llegó la merienda. Dio buena cuenta de ella, estaba hambriento.

A los veinte minutos apareció la doctora, una mujer de aproximadamente su misma edad.

—Le han dado una buena tunda—dijo sonriente—. No sé qué hacía por ahí a esas horas de la madrugada, pero la cosa podía haber acabado muy mal.

—Sí.

—Bien, tendrá que personarse en la comisaría para poner la denuncia, esperan su declaración. Yo, por mi parte, le doy el alta; cuando quiera puede

marcharse.

—Gracias.

—Una pregunta... —le dijo antes de irse—. ¿Conocía a sus agresores?

—No, la verdad es que no sé por qué me atacaron —mintió.

Una vez salió del hospital, tomó un taxi hasta su coche y volvió a casa. Lucy se echó a llorar al verlo y se abrazó a él. No quería ni imaginarse lo que debía de haber sufrido su hija.

Esa misma tarde llamó al padre Francisco y le contó con pelos y señales lo sucedido la noche anterior. El sacerdote no pudo contenerse:

—¡Usted está loco de remate! ¿Sabe que podía haberle costado la vida?

Drusell aguantó el chaparrón como pudo, sabiendo que había sido demasiado osado. Sonrió, no obstante, el palparse en la cazadora el informe de Ana Peinado.

—¿Alberto Hurtado? —preguntó Gonzalo Vargas al otro lado de la línea.

—Sí, así se llama—le respondió Lucas.

—No, no me suena.

—¿Estás seguro? —insistió Lucas—. La factura que vi tenía unos pocos días, seguro que habéis coincidido. Es un tipo elegante, con barba cuidada, muy bien arreglado, más cerca de los sesenta que de los cincuenta. Dirige una residencia para enfermos mentales en Collado Villalba.

—Lo siento, Lucas. Me gustaría ayudarte pero no puedo. ¿Sabes la cantidad de gente que va y viene por este hotel?

A pesar de que tenía una residencia en Madrid, su amigo Gonzalo estaba hospedado en el ME Madrid Reina Victoria, ya que estaban reformando su lujosa casa, ahora que tenía intención de pasar más tiempo en Madrid.

El doctor Drusell se estaba empezando a desesperar. La idea de llamar a su amigo Gonzalo le vino al considerar la gran cantidad de personas que conocía y que, de seguro, podrían poner de su parte para acabar con Hurtado.

—A ti te pasa algo, Lucas, y no me lo quieres contar. ¿Me equivoco?

Lucas era un mar de dudas. No podía contar con la ayuda de nadie con cierta influencia o poder. La policía le pediría pruebas que no podía aportar. De hecho, ni siquiera había ido a presentar una denuncia, ya que no podía decirles que había entrado sin permiso en un edificio privado, además de

forzar cerraduras y husmear en documentación confidencial.

Se encontraba en un callejón sin salida y no sabía qué hacer. Y ahí tenía a uno de los más poderosos empresarios del país ofreciéndole su confianza.

—¿Estás preparado para escuchar una historia increíble?

—Me gustan ese tipo de historias. He protagonizado algunas de ellas y han salido estupendamente.

—No, Gonzalo. No se trata de negocios ni de asuntos económicos en los que tan bien te manejas. ¿Crees en el demonio?

—¿¡Cómo!?

—Te he preguntado que si crees en el demonio. Ese tipo que se suele representar con rabo, un tridente en la mano y un par de cuernos en la cabeza.

—¿Estás de broma?

—No, en absoluto.

Tras unos instantes de silencio, Vargas volvió a hablar.

—Si eres tú quien me lo cuentas, no tengo más remedio que creerte. Desembucha.

Lucas se armó de valor y pasó a relatarle cómo había cambiado su vida desde que recibió la invitación de Brull a su casa.

Después de veinte minutos, le dolía la mano de sostener el auricular. No obstante, se sintió aliviado. Guardar un secreto no era una tarea fácil para alguien que se encontraba prácticamente solo.

—Suen a película de terror—fue el comentario de Gonzalo cuando Lucas terminó.

—Sí. Lo malo es que es verdad. ¿Crees que podrás lograr algo contra ese cabrón?

—Lo intentaré. Lo que me has contado no puede seguir así ni un día más.

—¡Gracias, Gonzalo! Sabía que podía confiar en ti.

—Descuida. Te mantendré informado.

DW345#5\$\$67&&&09

Lucas tecleó la serie de símbolos en el buscador de Internet. No había nada con lo que aquello coincidiera en toda la red. Sin embargo, no tenía nada a lo que agarrarse salvo esa combinación escrita a bolígrafo en el reverso de la factura del Reina Victoria.

Aunque no le sonaba a nada, se parecía a esas larguísimas url de los sitios de la red donde uno acababa llegando sin saber muy bien cómo, pero por ahí ya lo había intentado.

Buscó en su teléfono móvil el número de su colega Luis, con la esperanza de que pudiera ayudarle de algún modo. Su compañero, además de trabajar en el hospital, estudiaba en su tiempo libre para sacarse el grado de ingeniero informático. Si no recordaba mal, le quedaban pocas asignaturas para terminar.

—Buenas noches, Luis. Espero pillarte en buen momento.

—Sí. Los niños ya están en la cama y también mi mujer. Estaba estudiando un rato a ver si me entra sueño.

—Quizá te ayude echarme una mano con un asunto. Me parece que tiene relación con la informática, pero, como creo que es difícil, seguro que lo dejas al poco tiempo y te vas a dormir.

Lucas sabía que ofrecer a Luis un pequeño reto era la manera más eficaz de ponerle a trabajar en algo.

—¿De qué se trata?

—¿Tienes algo para anotar?

Al cabo de unos segundos, Luis contestó:

—Ahora.

—De, uve doble, tres, cuatro, cinco, almohadilla, cinco, dólar, dólar...

—¡Eh, eh! ¡Para el carro, tío! ¿No sería más fácil que me lo enviaras por *whatsapp*?

—Vale. Ahora mismo te lo mando.

—¿Y qué quieres que haga con esto? ¿Es la combinación de la bonoloto y nos vamos a forrar?

—Eso es lo malo: que no tengo ni la más remota idea de qué puede significar. ¿Le puedes echar un rato? Es importante.

—Descuida.

—Tú sí que eres un amigo.

—Si descubro algo, me debes una, chaval.

Después de colgar, Lucas se relajó un poco. Le parecía estar dando palos de ciego pero no sabía qué más podía hacer. Se recostó sobre el sillón y cerró los ojos.

Le despertó el sonido de un mensaje entrando en su móvil. Miró el reloj, que marcaba las cuatro de la madrugada. Se había quedado dormido sin

apenas darse cuenta. Era un *whatsapp* de Luis.

Ve con cuidado, Lucas. No sé quién te habrá facilitado esa combinación de signos, pero no me gustaría ser su amigo.

Lucas se despertó del todo al leer aquello. Observó en la pantalla del móvil que su amigo le estaba escribiendo otro mensaje y decidió llamarle.

—¿Dónde te has metido últimamente? —le preguntó Luis nada más descolgar.

—No te preocupes. Son cosas mías.

—¿Tiene algo que ver con la paliza que te han pegado?

—Puede... —respondió, no queriendo darle más información.

—Sabes que podría llamar a la policía y que no te dejarían en paz hasta meterte entre rejas.

Lucas dio un bote en el sillón al escuchar a su amigo.

—¿Pero de qué coño hablas?

—No me digas que no sabes nada. Venga, que ya nos conocemos.

—¿Tú eres tonto o te lo haces? ¿No te he dicho que no tengo ni idea de a qué se refieren esas letras y números?

—Vale, tío, te creo—le respondió Luis, un poco más sereno—. Para ser más exacto tendrías que decir: «dos letras y una serie de signos ininteligibles»

—Bueno, ¿qué más da?

—¡Todo! —exclamó Luis—. Pareces un niño de pecho. ¿No sabes qué significa DW?

—Ni idea. ¿Un nuevo modelo de ordenador? —dijo Lucas, sin saber a dónde quería parar Luis.

—¿Has oído hablar alguna vez de la *Deep Web*?

—¿La qué?

—*Deep web*. La red profunda. Esa a la que no llegamos la mayoría de los mortales.

—Es la primera vez que oigo esa expresión—reconoció Lucas.

—Es algo inmensamente más grande que la web que conocemos. Un buscador normal como Google es incapaz de indexar sus contenidos y por eso, y por otros motivos, se queda bajo la superficie. No la vemos los usuarios normales.

—¡Vaya! Entonces, ¿se trata de algo secreto?

—No exactamente. Se sabe que existe y, si uno quiere, puede acceder a ella. Sin embargo, muchos contenidos no les interesan a los tíos normales como tú o

yo.

—Ponme un ejemplo.

—¿Vas a conquistar algún país o necesitas un par de matones para eliminar a tu peor enemigo?

Lucas pensó inmediatamente en Alberto Hurtado.

—De momento, no creo que lo haga —bromeó.

—Pues son esas las cosas que te encuentras ahí. Otras son más normales, pero si alguien busca un servicio, digamos, un poco especial, es muy posible que esté en la deep web. Venta de armas, chulos y putas, tráfico de drogas, venta de objetos robados, comercio de órganos... Es tan complicado rastrear un mensaje o una url que la policía apenas lo intenta. Los programadores de la página en cuestión elaboran su código intencionalmente para ser ignorado por los buscadores y hasta hay páginas privadas y encriptadas. Para moverte en la DW necesitas conocer las direcciones exactas del sitio que quieres revisar. No se trata de poner una palabra y a ver qué sale, como en la web normal.

Lucas no acababa de entender todo aquello, así que le preguntó directamente:

—Vale. Se ve que no entraré en ese submundo nunca ya que no me interesa nada de lo que ofrece. No obstante, ¿a qué te referías con eso de que me pueden meter en la cárcel?

—Al tráfico de órganos humanos.

#32

Lucas entró en la iglesia acompañado por Lucy y se sentó en los bancos centrales.

El templo no era muy grande pero bastaba para las pocas personas que se habían congregado.

Elena apenas tenía amigos, y su familia, por lo que veía, se reducía a sus padres, a cuatro tíos y uno puñado de primos. Imaginó que la gente más mayor eran amigos de los padres, y la gente más joven, que se había sentado junta y a distancia, debían de ser compañeros del hospital.

A las once en punto apareció el cura y poco después entraron los dos empleados de la funeraria empujando el carrito sobre el que iba el féretro con los restos mortales de su amiga.

El cura empezó la celebración en medio del completo silencio reverencial que se establecía en acontecimientos como aquel, solo roto por algún que otro sollozo de la madre. El padre Francisco llegó poco después y se sentó junto a Lucas y su hija en cuanto los vio. Su semblante era triste.

El funeral duró algo menos de media hora pero Lucas no siguió la celebración, sino que los acontecimientos recientemente vividos le volvían a la mente una y otra vez. Decidió que lo mejor sería centrarse en el momento presente si no quería volverse loco.

Una vez acabó la misa, se puso las gafas de sol para que no se notara tanto el moretón que tenía en el ojo derecho y se acercó a los padres de Elena. Los amigos y familiares les estaban dando el pésame y se pusieron en la cola.

Tal y como le había contado su amiga, eran dos personas bastante mayores: su padre debía de rondar los setenta y cinco años, y su madre no debía de tener muchos menos.

—Hola —dijo con torpeza, bajando la vista—. Reciban mi más sentido pésame. Su hija Elena era amiga mía y le tenía mucho aprecio, lo siento mucho.

El padre asintió con agradecimiento por sus palabras y la madre le dio un fugaz abrazo.

Una vez fuera, Lucas, el padre Francisco y Lucy contemplaron en silencio cómo el coche fúnebre se marchaba y la gente se dispersaba.

—¿Y ahora qué? —preguntó Drusell, mientras miraba al coche alejarse.

—Dios dirá, querido amigo, pero no pierda la esperanza. «La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero» —recitó.

El tráfico era lento y tardarían más de lo previsto en llegar a casa. Eso, no obstante, le ayudaba a reflexionar sin miedo a despistarse al volante. Sentada a su lado, Lucy también parecía sumida en sus propios pensamientos.

Hacía ya dos días del intento de asalto a la residencia de Hurtado y desde entonces no había movido ficha. Bastante tenía con recuperarse de la paliza recibida.

Sin embargo, la sangre le hervía dentro sin lograr evitarlo. Denunciar a Hurtado resultaba imposible porque sabía que él había entrado en una propiedad privada sin permiso, lo que de por sí constituía ya un delito. Además estaba seguro de que en cuanto llegara la policía allí lo encontraría todo bonito y maravilloso.

El descubrimiento del negocio oculto de Alberto Hurtado no contribuyó sino a turbarle más todavía. Los fallecimientos sin causa aparente y los enfermos que volvían al centro con cicatrices de los que le habló Elena cobraban ahora todo su sentido. ¿Quién se iba a preocupar si a algún interno se le quitaba un órgano? Ninguna familia volvía a tener en su casa a un paciente de la residencia para percatarse. De eso se encargaba Hurtado, ya que les insistía en que lo mejor era que no vinieran a visitarlos. Ninguno... salvo Javier Costa. Esa cicatriz en la zona lumbar solo se podía deber a una extracción de riñón.

Con motivo del funeral, había pedido un día libre en el trabajo, y tampoco Lucy iba a acudir a la escuela. Así, a las nueve en punto se había sentado frente a un ordenador y durante una hora estuvo navegando, siguiendo las instrucciones que le había facilitado Luis.

Aquella url era una especie de foro en el que los usuarios comenzaban un nuevo tema con palabras que daban a entender las necesidades que tenían. «Me duele la parte trasera de la espalda, a la altura de los riñones, en el lado izquierdo». Alguien respondía con una solución completamente idiota desde el punto de vista médico, pero añadía «mañana a las diez, podríamos quedar en...» y citaba una conocida sala de exposiciones. Más adelante, el foro no reflejaba ninguna entrada más sobre el extraño dolor «a la altura de los

riñones». Como este, Lucas vio varias decenas de temas iniciados y finiquitados, algunos con solo un par de transferencias de información.

—Está claro— le había explicado Luis—. La usan para tener el primer contacto y luego lo continúan por teléfono o en persona.

Lucas propuso a su amigo iniciar esa misma mañana un nuevo asunto en el misterioso foro. Se trataría de unas molestias supuestamente producidas por fallos en el hígado.

Al contrario de lo que esperaba, Luis en seguida se mostró encantado de ayudar.

—Déjalo en mis manos. En cuanto reciba una respuesta, tendrás noticias.

—Pero ten mucho cuidado.

—Tranquilo, yo soy más listo que tú, a mí no me pegarán ninguna paliza. Además, tengo la cabeza muy dura —respondió este, intentando tranquilizarlo.

Había que intentarlo, aunque fuera de esa manera tan burda. Quizá fuese la única vía para cazar de algún modo al puñetero doctor.

«¡Qué asco!», se lamentó interiormente. Pensaba que ya había visto bastantes desgracias y barbaridades en su vida, pero no. Aún había cosas peores.

La muerte de Elena, tan extraña, hacía que todo se complicara todavía más. Ahora había un testigo menos que podía declarar.

Lucy le sacó de sus reflexiones y de los recuerdos de esa mañana.

—¡Qué poca gente había en el funeral! ¿verdad, papá?

—Sí, hija. Parece que Elena tenía pocas amistades.

—Ojalá hubiera tenido un sueño en el que adivinase lo que le pasaba a tu amiga y así evitar su muerte —continuó Lucy, compungida—. Pero el único sueño que ahora tengo es el de la granja abandonada. Lo siento.

—Vamos, no te preocupes, tú no podías hacer nada, tranquila.

Aprovechó que se detenía en un semáforo en rojo para pasar la mano por el hombro de su hija.

Una vez se puso en verde, continuó su camino.

De pronto, lo vio. Un automóvil se había saltado el semáforo de la calle perpendicular y venía directo hacia él a toda velocidad.

Todo ocurrió en un instante. Antes de que tuviera tiempo de maniobrar, colisionó de lleno contra su lado. El golpe fue brutal y el cristal de su ventanilla y el de detrás estallaron en mil pedazos. Ambos coches unidos se desplazaron varios metros hasta que se detuvieron.

Lucas se quedó aturdido unos segundos por el golpe y se giró hacia su hija. Por suerte ambos llevaban el cinturón de seguridad y no sufrieron daños, aparte de la conmoción inicial. Drusell miró hacia el coche que le había embestido a la vez que cogía el móvil, con manos temblorosas. Entonces, se quedó helado al ver que de él bajaban cuatro encapuchados.

Lucas intentó abrir su puerta en vano. El golpe la había deformado.

Algunos peatones y conductores de otros vehículos que se habían detenido se acercaron para ver qué pasaba. Al ver a los encapuchados, y además todos armados, retrocedieron llenos de miedo. Finalmente echaron a correr cuando estos lanzaron al aire un par de disparos para ahuyentarlos.

Drusell empezó a forcejear con su cinturón de seguridad y justo cuando se lo quitó, dos de los hombres abrían la puerta de Lucy, mientras otro ya lo tenía junto a la ventana del conductor.

Lucas sintió un intenso dolor en la nariz cuando el encapuchado le golpeó con la culata de la pistola que empuñaba; mientras, los otros dos soltaban el cinturón de Lucy.

La niña se aferró al asiento con todas sus fuerzas y comenzó a gritar, pero poco podía hacer frente a la fuerza de los dos hombres, que la sacaron en volandas.

Al ver que se llevaban a su hija, Lucas se puso a gritar, pero se llevó un nuevo golpe en la cabeza.

En apenas unos segundos, los encapuchados habían hecho su trabajo y ahora se subían en otra furgoneta que acababa de llegar, llevándose a la muchacha. Solamente quedaba uno en la calle.

Este empezó a recular poco a poco hacia la furgoneta, sin dejar de apuntar a Lucas con su arma.

Drusell vio que alguien más se acercaba corriendo. Se trataba del tipo que había visto en varias ocasiones, el que seguía a Lucy, el hombre de rostro cuarteado y nariz aplastada.

El encapuchado, que hasta entonces no había dicho nada, amartilló el arma y dijo:

—Dale recuerdos de mi parte a tu dios cuando lo veas.

Justo en ese momento se oyó un disparo y el encapuchado cayó al suelo cuando una bala le atravesó la cabeza desde atrás.

Lucas, que había cerrado los ojos involuntariamente, los abrió y contempló atónito al encapuchado muerto en el suelo. El tipo del rostro cuarteado se giró

hacia la furgoneta y abrió fuego contra otro de los asaltantes, que estaba asomado por la puerta trasera, dándole de lleno en el pecho. Alguien del interior del vehículo tiró del herido, introduciéndolo dentro, mientras otro devolvía el fuego. El enigmático hombre se lanzó al suelo y en unos instantes estaba parapetado detrás del vehículo de Drusell.

La furgoneta se puso en movimiento en medio de un estridente ruido de neumáticos y huyó a toda velocidad.

Lucas pasó a toda prisa al asiento del copiloto y salió del coche tambaleándose. La nariz le sangraba abundantemente y le estaba empapando la camisa, pero él apenas era consciente.

—¡Lucy!, ¡Lucy! —chilló. La furgoneta en unos segundos se perdió de vista.

Drusell, llorando, miró a su alrededor. Lo único que vio fue el cuerpo sin vida del que iba a ser su verdugo.

La policía llegó en unos minutos. Lucas, sentado en el suelo y con la cabeza entre las manos, sollozaba.

A su alrededor se había congregado una veintena de personas, muchos de los cuales estaban grabando con el móvil el lugar de la tragedia.

Los dos coches patrulla pararon a escasos metros del lugar y enseguida media docena de policías bajaron y se dispersaron, acordonando la zona y alejando a los curiosos.

Lucas, ajeno a todo, permanecía sentado en el suelo, con el rostro ensangrentado.

—Todo ha sido por mi culpa. Por mi culpa se han llevado a Lucy...

El agente al mando hizo una señal a sus hombres para que no molestaran al doctor, limitándose a taparlo con una manta, y a los pocos minutos acudió la ambulancia.

Se llevaron a Lucas a urgencias y una vez allí, le hicieron pruebas para valorar sus posibles lesiones, acompañado en todo momento por dos policías. Afortunadamente no había fractura en la nariz, aunque sí varias contusiones provocadas por la brutal embestida. De momento, permanecería en observación hasta comprobar que no tenía ninguna lesión interior.

A la media hora, se presentaron dos agentes en la habitación.

—Buenas tardes, señor Drusell —saludó uno de ellos, un hombre de unos

cuarenta y cinco años, bajo y corpulento, y con un imponente bigote—. Soy el subcomisario Carlos Martínez, de la policía nacional. Me acompaña la agente María Pinilla.

Esta saludó con un movimiento de cabeza. Debía de rondar los treinta años.

—¿Saben algo de mi hija? —preguntó Lucas, esperanzado.

—Me temo que no —respondió con voz grave—. Gracias a los testigos tenemos la descripción y la matrícula de la furgoneta. Hemos mandado los datos a la Guardia Civil y se han montado controles de carretera en diferentes puntos, pero de momento no tenemos nada. Hay también varios helicópteros patrullando la zona. Créame, los encontraremos.

—Entonces, ¿para qué han venido? —preguntó, exasperado.

—Queremos que usted nos cuente lo ocurrido. Seguro que puede aportar algo que nos ayude a agilizar la investigación. Si le soy sincero, estamos muy sorprendidos de lo que ha pasado. Hemos visto algunas grabaciones de los móviles de los que allí se encontraban y todo parece de película. Usted debería estar muerto, ya puede darle las gracias a su ángel de la guarda. Si no llega a ser por él, el muerto no sería el encapuchado, sino usted.

—¿Saben quién es?

—No. En las grabaciones no se ve bien su rostro, aunque está claro que sabía lo que hacía.

Lucas se quedó pensativo.

—Mire, al principio creíamos que se trataba de un ajuste de cuentas, ya sabe que esto pasa. Sin embargo, revisando su historial nos hemos quedado completamente desconcertados. Usted es un médico, psiquiatra, ¿en qué negocios anda para verse envuelto en esto? Porque hace nada le propinaron a usted una buena paliza, paliza que usted no denunció; y ahora esto. Además, el asaltante ya ha sido identificado. Es un tipo muy peligroso relacionado con la mafia rumana, un mercenario.

—¿Sospechan de mí? —preguntó, enfadado—. ¿Están perdiendo tiempo conmigo en lugar de dedicarlo a buscar a mi hija?

Eran palabras de pura desesperación, parecían casi un grito.

—Tranquílcese, doctor. Solamente queremos esclarecer los hechos.

—Si quieren agilizar la investigación me parece perfecto —dijo Lucas, con disgusto—. ¡Alberto Hurtado! Ese es al que tienen que buscar, es el responsable de todo.

Ambos policías se miraron, sorprendidos.

—¿Sabe quién se llevó a su hija?

—No tengo pruebas, pero estoy seguro de que él está detrás.

Entonces les relató toda la historia, desde el principio.

El subinspector miraba a Lucas con el ceño fruncido, mientras la agente Pinilla iba apuntando en su libreta.

Al acabar la explicación se hizo el silencio durante unos instantes.

—Lo que usted nos cuenta es increíble. ¿Exorcismos? ¿Tráfico de órganos?

—Pues es la pura verdad. Pueden hablar con el padre Francisco, si quieren.

—Están bien, pondremos en marcha una investigación. No obstante, mañana por favor pase por comisaría y le tomaremos declaración de forma oficial. ¡Y esta vez acuda!

Los policías se despidieron y le dejaron solo con su dolor.

Lucy había desaparecido, y todo por su culpa, se dijo una vez más, rompiendo a llorar.

Instantes después de quedarse solo, se abrió la puerta y entró alguien, pero Lucas ni se dio cuenta.

Al cabo de unos minutos, consiguió calmarse y reparó en la persona que estaba sentada en la única silla que había en la habitación.

—¡Usted! —exclamó, al ver al hombre de rostro cuarteado.

Este asintió con la cabeza.

—Hubiera preferido permanecer en el anonimato como hasta ahora, pero esta es la segunda vez que me obliga a intervenir.

En ese momento, a Drusell se le encendió una luz.

—Usted fue el que me salvó el otro día en la clínica de Hurtado.

—Así es. Si no fuera por mí ahora sería pasto de los gusanos. Fue una temeridad lo que hizo. La primera vez, cuando la misa negra, no fue tan arriesgado, pero esta vez sí.

—¿Usted sabe lo de la misa?

—Sí. Llevo semanas vigilándolo.

—¿Por qué?

—Porque Brull confió en usted.

—¿Conocía a Brull? —preguntó Lucas, desconcertado.

—Desde hacía poco. Estuve en su casa dos días antes del incendio, y la noche de la tragedia hablé con él por teléfono.

—Pero, ¿quién es usted?

—Me llamo Vicente Vega. Soy... bueno, era miembro del Cuerpo de

Policía. Hace cuatro años que me retiraron porque se supone que tengo problemas mentales. Al igual que le va a pasar a usted, no creyeron lo que les conté, así que, como resultaba molesto, simplemente me apartaron. Prejubilación, lo llaman.

—A mí sí me creen —replicó Lucas, molesto por la afirmación.

—Eso es lo usted piensa. ¿Sabe lo que va a ocurrir? Se lo voy a contar: van a pedir una orden judicial para registrar el centro de Collado Villalba, pero no van a encontrar nada fuera de lugar. Además, como el doctor Hurtado es tan encantador, les convencerá de que usted no está bien de la cabeza. Así que archivarán toda esa parte y se dedicarán a buscar a su hija, pero no la van a encontrar.

Lucas se estremeció al escuchar todo aquello con tanta crudeza.

—¡Claro que la encontrarán!

—Siento ser tan poco delicado, pero llevo muchos años pisando la calle y conozco muchos casos. Estos tipos eran profesionales. En menos de un minuto había acabado la operación, y a plena luz del día. Si yo no hubiera intervenido sus sesos estarían ahora esparcidos por la tapicería de su coche. Y en cuanto a Hurtado, antes de vigilarle a usted, ya lo había hecho con él. Es un tipo muy escurridizo. Ignoro cómo lo logró, pero llegó a darse cuenta de que le seguía los pasos y hace unas semanas me topé con unos sicarios suyos. Salí vivo de milagro y tuve que mantener las distancias, si bien él no sabe quién soy yo.

—¿Entonces no se puede hacer nada? —preguntó Lucas, compungido.

—Yo no he dicho eso. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para recuperar a su hija. Usted piense en cualquier detalle que nos pueda dar su paradero. Aquí le dejo mi número, estaremos en contacto.

—¿Cómo se que me puedo fiar de usted?

—Le he salvado dos veces la vida, ¿le parece poco?

Dicho esto, el tipo se levantó y se dirigió a la puerta.

—Por cierto, una última cosa. No le diga a la policía nada de mí, mejor mantener el anonimato.

Lucy se despertó en una habitación casi a oscuras. Intentó moverse pero no lo consiguió. Se hallaba tumbada boca arriba en una vieja cama en cuyos extremos unas correas le inmovilizaban manos y pies. Trató de pedir auxilio,

pero las tiras de esparadrapo que cubrían su boca se lo impedían.

Recordó que después de meterla en la furgoneta, la habían atado y amordazado, además de colocarle una capucha en la cabeza. La furgoneta había circulado durante diez minutos, hasta que se detuvo. A pesar de la capucha, entraba un poco de luz, así que se dio cuenta de que estaba en el interior de un local apenas iluminado, seguramente un garaje, dedujo.

Allí le pusieron una inyección en el brazo y, a continuación, la metieron en el maletero de otro coche, que se puso en marcha enseguida. A los pocos minutos, se sumió en un profundo sueño del que acababa de despertar.

Miró a su alrededor, pero estaba demasiado oscuro. Al rato, sus ojos se acostumbraron a la penumbra y pudo apreciar algunos detalles. La habitación en la que estaba era toda de madera. Su único mobiliario era la cama y un mueble enorme. Todo estaba sucio y desgastado, lleno de polvo y telarañas. En el aire flotaba el típico olor a rancio de las casas viejas que han estado mucho tiempo cerradas.

Una imagen le vino a la mente y comenzó a temblar. Sabía dónde se encontraba.

Empezó a rezar el rosario interiormente.

Unos minutos después apareció una figura sonriente y al verla, a la niña se le puso la carne de gallina. Sentía cómo de todo su ser emanaba un aura maléfica.

—Lucy, Lucy, Lucy —dijo la voz, en tono paternal—. Eres una pequeña diablilla. Desde que te vi por primera vez, hace años, supe que ibas a traernos problemas.

Mientras le hablaba, se movía alrededor de la cama, sin dejar de sonreír.

Lucy lo miró, pero no lo reconoció.

—Seguramente te estarás preguntando quién soy. Eso no importa. Nos conocimos hace bastante tiempo, aunque seguro que tú no te acuerdas. Te pusiste a chillar como una loca en cuanto me viste y eso me confirmó que eras un peligro para nosotros. Y ahora, unos cuantos años después, te tengo aquí, a mi lado. Pero no te preocupes, no te odio ni tengo guardo rencor. Es más, vas a tener un papel muy importante en la ceremonia que celebraremos muy pronto; ya verás, te gustará. Va a resultar como ser la protagonista en una película.

Dicho esto salió de la habitación y cerró la puerta.

#33

Dos días después de la fatídica tarde, como había presagiado Vega, no se sabía nada de Lucy y el registro de la residencia de Hurtado había resultado infructuoso. No solo no habían encontrado nada, sino que el doctor había amenazado con denunciarle por calumnias y falsas acusaciones.

«¡Calumnias! ¡Será embustero ese cabrón!» Esa misma mañana, Luis se le había acercado en el hospital y en un aparte le dijo:

—Ayer acudí a la cita.

—¿De veras? Cuéntame qué pasó.

—De entrada, casi me caigo de espaldas. Apareció una pelirroja que estaba buenísima.

«¡Laura! ¡Maldita zorra!», pensó Lucas sin poder reprimirse.

—La entrevista fue muy breve. Fuimos al grano directamente. Quedamos en que habría un primer pago de cuatro mil euros y luego, una vez se hubiera realizado la operación, cuatro mil más, todo en una especie de lenguaje cifrado, guardándose las espaldas por si fuese una trampa. Me facilitó en un papel otra dirección de la *deep web* y nos despedimos.

—Esos cabrones hacen bien su trabajo. Seguro que no es nada fácil seguir su rastro.

—Dalo por hecho —le confirmó Luis.

Con aquello, Lucas tenía la confirmación que andaba buscando de que Hurtado tenía las manos manchadas de sangre.

—Esto es muy gordo, Lucas, tenemos que ir a la policía.

—No va a servir de nada. Ya han revisado la residencia de Los Pinos sin ningún resultado —le contestó, dando por concluida la conversación.

De nuevo, la sensación de impotencia ante los acontecimientos amenazaba con hundirle en la desesperación. Sentado en la cama de su hija, con la mirada perdida en un punto indeterminado de la pared de tono pastel, se preguntaba qué sería de ella. ¿Estaría viva? ¿Se encontraría asustada? Desechó tales pensamientos. Si continuaba por ese camino rápidamente perdería la cordura.

El padre Francisco lo había visitado el día anterior, tratando de consolarlo, en vano. Lucas le notó también muy afectado.

Antes de salir del hospital, el director le había animado a tomarse unos días libres. Por su parte, había encargado a Daniel que cancelara su agenda de la

siguiente semana, pero pronto entendió que había sido un error. Sin hacer nada en todo el día, su mente no dejaría de dar vueltas a lo sucedido, martirizándole cruelmente. Era el primer fin de semana que lo encaraba sin la compañía de alguien en casa.

El teléfono volvió a sonar, por enésima vez en dos días. Muchas llamadas de amigos y colegas no las había atendido, ya estaba cansado de repetir lo mismo. También se habían puesto en contacto con él algunos periodistas de la prensa y de la televisión. Les había contestado, esperando así que la noticia tuviera una buena cobertura y alguien, al enterarse, pudiera ofrecer información útil a la policía

Miró la pantalla del móvil, deseando con todas sus fuerzas que en esta ocasión se tratara de buenas noticias sobre el paradero de Lucy. Sin embargo, sus esperanzas se vinieron abajo, una vez más. Era su buen amigo, Gonzalo Vargas. Aunque no tenía ganas, decidió coger la llamada. Después de todo, era alguien a quien le había confiado toda la historia que le había conducido hasta la actual situación.

—Hola, Gonzalo —respondió con voz cansada.

—Ayer por la noche me enteré por las noticias de lo sucedido —dijo el otro en tono compungido—. ¿Cómo estás?

—Ya te puedes imaginar.

—¿De momento, hay alguna pista?

—Nada de nada.

—No te preocupes. Escucha, he movido algunos hilos y me han recomendado un par de detectives privados que se han puesto ya a buscarla. El gasto corre de mi cuenta.

—No hace falta...

—Insisto.

—Muchas gracias. Eres un buen amigo.

—¿Sospechas de ese tipo? Hurtado, se llamaba, ¿no?

—¿Qué si sospecho? —exclamó Lucas—. ¡Estoy absolutamente seguro de que ha sido él! Además, hay algo que he descubierto de este individuo.

—¿De qué se trata?

Lucas dudó un segundo si continuar. Resolvió que, sin duda, sería lo mejor. Vargas sería un excelente apoyo para complicarle la vida todo lo posible a ese malnacido.

—Tengo pruebas de que trafica con órganos humanos.

—Lucas, lo que acabas de decir es extremadamente grave y difícil de creer. ¿Qué tipo de pruebas tienes?

Drusell le refirió cómo había llegado a esa certeza.

—Un amigo contactó ayer con la amante del doctor Hurtado, haciéndose pasar por alguien necesitado de un nuevo hígado.

Se oyó un silbido al otro lado del auricular.

—¡Ese tío es un auténtico profesional de la delincuencia!

—Si puedes algo...

—Ese hijo de puta las va a pagar todas juntas. Tenme al corriente de lo que sigas averiguando y ya verás cómo le acabamos echando el guante. También tengo amigos influyentes en la policía, a ver si me entero de algo. No dejes de llamarme, por favor.

—Descuida, Gonzalo. No me olvidaré. Gracias por todo, de verdad.

Triste y abatido, se dirigió al salón y sacó del mueble bar una botella de whisky. Aunque era irlandés, no se sentía demasiado esa bebida, si bien la tenía para poder ofrecer a sus visitas, ya que se trataba de una buena marca de su tierra, traída directamente de allí en su última visita a la familia.

Estuvo jugueteando con la idea de pillar una buena borrachera, pero al final la cordura se impuso. No iba a conseguir nada con eso. Se sentía como un león encerrado en su jaula, con una presa cercana a la que no podía dar alcance. Dando una vuelta tras otra en su penosa soledad.

Así, vagando por la casa llegó hasta su dormitorio. Entonces recordó el manuscrito de Brull que había guardado en el armario. Ahora entendía que, sin duda, había sido cosa de Vega el que llegara hasta sus manos.

¿Qué interés tenía Vicente Vega en todo aquello?

Su aspecto, su dura mirada y el tono brusco de voz no invitaban a confiar en él. Quizá fuera una trampa, pero entonces, ¿por qué le había salvado? Por desgracia, él no tenía el don de juzgar con acierto a las personas, tal y como hacía su hija.

En ese momento recordó lo que Lucy le dijo después de contarle que ese tipo la espiaba, al volver de comprar churros. Le había dicho algo así como «a mí no me da miedo». Entonces no le había dado importancia, pero ahora que conocía más los poderes de su hija lo veía con otros ojos. Significaba, sin

duda, que el tal Vicente era de fiar. Si no, habrían saltado las alarmas de su Lucy, como ocurrió cuando vio a Hurtado por primera vez.

De todas maneras, ahora daba igual. Vega poco podía hacer por él.

Abrió la puerta del armario y vio el libro en el estante más elevado. No lo había terminado de leer y se dijo que acabar aquellas páginas quizá le despejaría su mente, ayudándole a mantenerla, al menos un rato, en otro asunto. Al sacarlo, hizo caer una caja metálica de considerable tamaño.

La caja se abrió al chocar contra los azulejos y su contenido se esparció por el suelo. Se trataba de cartas que su mujer guardaba.

Se agachó y empezó a recogerlas. Al hacerlo, fue leyendo el remitente de cada una.

«Lucas Drusell»

Era una de las primeras cartas que le había mandado, a los pocos meses de conocerse, cuando todavía no eran novios. Ángela ya estaba coladita por él pero Lucas no se había dado cuenta todavía, por lo que simplemente se escribían como amigos. Sonrió al recordar lo ciego que había estado en no verlo.

Otra carta suya, ya siendo novios.

Una carta de sus padres, la típica felicitación de Navidad.

Fue revisándolas todas, ordenándolas en la cama por remitente. Sabía que era una tontería, pero hacer aquello le estaba distrayendo, que era lo que en ese momento necesitaba.

«José Antonio Brull».

Lucas se sobresaltó al leer el nombre de su antiguo profesor. ¿Qué hacía esa carta allí?

Miró la fecha. Era de poco antes de que su hijo hubiera enfermado, cuando su mujer todavía estaba bien.

La abrió y comenzó a leer.

Estimada Ángela:

Te mando los resultados de las pruebas que le hicimos a tu hija. Debo decirte que no sale nada anormal, así que puedes estar tranquila. Esa reacción que tuvo en el parque no creo que se vuelva a repetir.

Voy a asistir a un congreso en Tokio durante una semana y luego aprovecharé para tomarme unas pequeñas vacaciones allí, así que hasta dentro de un mes no podremos hablar.

He de confesarte que la entrevista que tuve con tu hija fue realmente asombrosa. A pesar de su corta edad, es una niña muy despierta y con una sensibilidad especial. Pienso que de alguna manera tiene una especie de don para percibir e interpretar lo que a las personas normales se nos escapa, aunque sea este un tema que cae fuera del ámbito de la psiquiatría,

Estoy convencido de que el incidente del pozo, lo soñó realmente. A pesar de los avances científicos, el cerebro es un órgano extremadamente complejo y desconocemos muchas cosas de él. Lo que sí hay que hacer es ayudar a la niña a discernir lo real de lo fantasioso, para que no se deje llevar por cualquier sueño o pesadilla corrientes. Y con respecto a la pesadilla que tiene últimamente en la que su hermano muere, yo no le daría demasiada importancia.

Hablamos pronto.

José Antonio Brull

PS: Aunque no le has dicho nada a tu marido de todo esto para no preocuparlo, sería conveniente que lo hicieras; no es bueno tener secretos con la gente a la se quiere, aunque sea para protegerlos.

Lucas leyó la carta repetidas veces, con una mueca grabada en su rostro.

Por más que releía las palabras, su cerebro se negaba a aceptarlo. Miró de nuevo la fecha de la carta.

Efectivamente, databa de unos días después del incidente de Lucy en el campamento, y una semana antes del comienzo de la enfermedad de su hijo, que lo conduciría a la muerte.

Así, a pesar de que él nunca se había creído la historia del sueño hasta su conversación con el párroco, su mujer había consultado a un psiquiatra, y nada menos que a su antiguo profesor.

Recordó que durante esos días, él asistía a unas jornadas formativas en Barcelona. Sin duda entonces su mujer debió aprovechar para hacerle las pruebas que mencionaba el doctor Brull. Nunca llegaron a hablar del contenido de la carta porque Pedro enfermó al poco tiempo y, después de su muerte, Ángela comenzó a comportarse de esa manera tan extraña, que acabó con su ingreso en la residencia Ardiles.

Según lo que acababa de leer, Lucy había soñado con la muerte de Pedro, igual que lo había hecho con el niño del pozo y el incendio de la casa de Brull.

El sonido de su móvil le sacó de su ensimismamiento; era el padre Francisco.

—Hola, padre —saludó Lucas.

—¿Cómo está, querido amigo?

—Bastante mal. Supongo que se habrá enterado de lo de la furgoneta. La han encontrado calcinada cerca de Pozuelo.

—Sí, venía en las noticias.

—Y en el registro de la residencia de Hurtado no se encontró nada.

—Eso es algo que tenía claro. Recuerde quién es su amo. No tengo ninguna prueba pero yo también estoy convencido de que él es el responsable. Ahora ese desgraciado, perdón por la expresión, se sentirá contento y disfrutará como nunca de su gran fiesta.

—¿Qué fiesta? —preguntó Drusell, confuso.

—¡Claro! ¿Qué día es hoy, hombre?

—No sé... 31 de octubre...

—¿Y..?

Lucas se encogió de hombros involuntariamente, aunque obviamente el cura no podía verlo.

—Es víspera de la fiesta de Todos los Santos. ¡Es Halloween! Hoy celebrarán la misa negra por antonomasia.

Drusell sintió cómo su corazón empezaba a latir desbocado.

—¡Dios mío!

—¿Se encuentra bien? —le inquirió el sacerdote, sobresaltado.

—Estuve leyendo hace poco sobre esa fiesta. En la antigüedad se sacrificaban frutos y animales al dios Sanhain, y en ocasiones... ¡jóvenes vírgenes!

El padre emitió un grito ahogado.

—¡Virgen santísima! ¡Es verdad! —exclamó.

—Tenemos que ir a Collado Villalba.

—¡No! —dijo el cura—. No será ahí.

—¿Cómo?

—Se hacen llamar «Druidas de Satán» y hoy es Halloween. Una fiesta así no la van a celebrar en un manicomio, sino en otra parte; seguramente, al aire libre.

—Como en la antigüedad.

—Claro, en algún bosque... o en una finca de campo.

En ese momento, Lucas se quedó pálido como la cera al recordar el sueño recurrente de Lucy. ¡La granja!

—Padre, ¡sé dónde van a hacerlo! ¡Lucy me lo dijo! ¡Sé dónde es!

—Tranquilo, tranquilo, hombre de Dios.

—Le cuelgo, voy a llamar a la policía.

Antes de que el padre respondiera, colgó y, sacando la tarjeta del subcomisario, marcó el número de su móvil.

—¿Diga?

—¡Subcomisario Martínez! —exclamó, con los nervios a flor de piel—. Soy Lucas Drusell, ¡sé dónde está mi hija!

—A ver, tranquilícese y no chille tanto, hombre, que me va a dejar sordo.

—Está en una granja abandonada cerca del parque Warner.

—¿Cómo lo sabe?

Lucas hizo ademán de hablar, pero se calló. ¿Qué le iba a contar al inspector? ¿Que su hija lo había soñado?

—Se lo oí decir a uno de los secuestradores.

—¿Está usted seguro de eso? En su declaración no figura nada de eso.

—Porque no me acordaba, ¡pero ahora me acuerdo!

—¿Y dónde dice que está ese sitio?

—Cerca de la Warner...

—Perdone doctor, pero esa zona es muy amplia, puede haber decenas de granjas como la que usted busca.

—Pero sé que está ahí. Según me vaya acercando, sabré cuál es el camino.

El subcomisario se quedó unos instantes callado, para luego añadir:

—¿Pero cómo va a saberlo si nunca ha estado?

Lucas enmudeció.

—Mire —continuó el policía—, entiendo que esté alterado y no me quiero ni imaginar lo que está usted pasando, pero no puede dejarse llevar por el pánico y empezar a inventarse cosas. Acuéstese, tome algo para dormir y mañana cuando esté más tranquilo, hablamos.

—Pero...

No pudo añadir nada más porque el otro ya había colgado.

Lucas soltó un grito y golpeó con los nudillos la puerta.

En ese momento recordó algo. Cogió el teléfono y marcó otro número.

—Señor Vega. Sé dónde está mi hija, venga a recogerme inmediatamente. Y venga armado.

—Doctor, siempre voy armado —dijo el hombre al otro lado del teléfono.

#34

El amplio descampado que hacía de aparcamiento comenzó a llenarse poco a poco. Si alguien hubiera pasado por esa zona apartada habría pensado que se trataba de una exposición de vehículos caros.

Los recién llegados se dirigían a la parte delantera del patio, donde se había instalado una carpa y una barra, donde un camarero servía bebida, mientras otros dos paseaban con bandejas de canapés.

Todos los asistentes vestían de fiesta y charlaban animadamente.

Hurtado, que ejercía de anfitrión adornado con sus mejores galas, recibía a los invitados y los acompañaba, luciendo una amplia sonrisa de satisfacción.

El doctor consultó la hora en su Rolex. Todavía faltaba más de la mitad de los asistentes, pero aún era pronto. Sonrió. Iba a ser una velada que ninguno de los presentes olvidaría en mucho tiempo.

Vicente Vega conducía a toda velocidad su Toyota. En el asiento del copiloto estaba Drusell, y detrás iba el padre Francisco.

El cura se había empeñado en acompañarlos en cuanto Lucas le llamó para confiarle su plan.

—No se ofenda padre, pero no creo que pueda ayudar en nada. No tiene por qué exponerse al peligro.

—Gracias por su preocupación, pero estoy decidido.

Abandonaron Madrid en dirección al parque Warner, mientras Lucas consultaba un plano que llevaba en su regazo.

—Vamos a ver... El sueño de Lucy era claro. Se sale de Madrid por el sur, en dirección al parque, que tiene que quedar a la derecha... No, a la izquierda... Eso. Luego me dijo que se cogía la salida de la autopista, pero no me indicó cuál.

—Pues eso va a ser un problema —dijo Vega—. ¿No puede recordar nada más?

—No sé... Me lo contó varias veces. Creo que dijo algo de un bar de carretera.

Lucas sudaba a chorros a pesar de que hacía más bien frío.

—Bien, todavía queda tiempo. Esta vez vamos a tener suerte y

conseguiremos dar con esos hijos de puta —respondió el antiguo policía.

—Por cierto, ¿fue usted el que me dejó el manuscrito de Brull? —preguntó Lucas.

Vicente afirmó con la cabeza

—Fue otra de las cosas que se salvaron de la quema de su casa, al estar en la caja fuerte. Contacté con unos viejos amigos y conseguí hacerme con él. Total, seguro que sus herederos no lo querían para nada.

—¿Me permite una pregunta a mí, señor Vega? —dijo el sacerdote.

—Dispare.

—¿Por qué está usted metido en todo esto? ¿Qué interés tiene?

Vicente Vega no respondió enseguida. Parecía pensativo. Al cabo de unos segundos, se decidió a contar su historia.

—Conocí al doctor Brull dos días antes de su asesinato... Porque aquello no fue un accidente.

Lucas y el padre Francisco se miraron, pero no dijeron nada.

—Quedamos en su casa y le hice algunas preguntas. No tardó en confesarme su malestar por haber trabajado con el doctor Hurtado. Me contó las sospechas que albergaba y que luego hemos podido comprobar su realidad, aunque entonces ni él ni yo sabíamos nada del tráfico de órganos. Poco antes de que muriera estuvimos hablando por teléfono. Íbamos a vernos al día siguiente.

—¿Y por qué contactó Brull con usted? —preguntó Lucas.

—No fue él, fui yo quien me dirigí a él. Buscaba personas que hubieran tenido algún trato con Alberto Hurtado y fue fácil dar con José Antonio Brull.

—Sigo sin entender qué interés tiene en coger a ese hombre.

—Verá... Hurtado estuvo viviendo unos años en Colombia antes de montar Los Pinos aquí en Madrid. Allí es donde conoció todo esto de los «Druidas de Satán» e hizo la mayor parte de su fortuna, aunque entonces no trabajaba en ninguna clínica psiquiátrica.

—¿Y qué hacía? —preguntó Drusell.

—Básicamente era copropietario de una serie de clínicas de interrupción del embarazo.

—¡Dios bendito! —exclamó el cura.

—Bueno, padre, yo no soy religioso, así que no me meto en esos temas éticos, pienso que cada uno es libre de hacer lo que quiera, mientras se cumpla la ley.

—No estoy de acuerdo con eso —intervino el exorcista.

—Perdone —dijo molesto Vicente—. ¿Me deja terminar la historia o me callo?

—Lo siento, continúe.

—En Colombia, el aborto estaba despenalizado en tres supuestos, uno de los cuales era el peligro para la vida o la salud de la mujer.

—Y, si no me equivoco, Hurtado era el que firmaba los informes que reconocían que había peligro para la madre—apuntó Lucas.

—Es usted muy perspicaz. Pero no solo era eso. Hurtado se dedicaba a hacer informes falsos para que pudiera abortar cualquiera, previo pago, por supuesto. Además, para ahorrar costes, el personal de la clínica no era precisamente lo que se considera capacitado, quitando de los médicos.

—Eso me suena —dijo Lucas.

—Y, como colofón, dirigía una especie de grupo *reiki* o algo así, relacionado de alguna manera con los «Druidas de Satán». A través de ese grupo introducía a más miembros en la secta. También obtenía mano de obra casi gratis para su clínica, además de jovencitas con las que acostarse. Se ve que es una de las debilidades del buen doctor, jovencitas, y, si son menores de edad, mejor. En una de esas ocasiones, dejó embarazada a una chica de diecinueve años, una española que había ido a Colombia a pasar unos meses. Obviamente, la convenció para que abortara, a pesar de que ella de entrada no quería. Una mala práctica del médico que llevó a cabo la intervención, unida a las condiciones deplorables del centro, provocó que quedara en una situación de salud muy crítica. Se desentendieron enseguida de la chica para que el caso no influyese negativamente en su centro, por lo que la abandonaron todavía viva. Tres semanas después, un vagabundo encontró su cuerpo en un edificio abandonado.

—Pobre criatura... —murmuró el cura, cogiendo la cruz que llevaba colgada y murmurando una oración.

—Esa chica era mi hija.

Se hizo un silencio sepulcral en el vehículo, roto un minuto después por Vega, que siguió hablando con frialdad, a pesar de que las manos le empezaron a temblar ligeramente.

—Identificaron a mi hija, viajé a Colombia y averigüé todo esto que les he contado. Fui siguiendo el rastro, aquí y allí, casi sin medios. Fue muy complicado; en varias ocasiones estuve a punto de tirar la toalla. Pero, por un azar, di con una buena pista que me llevó hasta la clínica de Hurtado. Entré,

igual que hizo usted, doctor Drusell, pero de una forma más profesional, y allí encontré una carta de mi hija dirigida a mí, pero que se ve que le interceptaron antes de que la echara al buzón. Gracias a ella descubrí que Hurtado la había dejado embarazada. No fue difícil deducir qué había pasado a continuación ni tampoco averiguar el nombre del médico que le practicó el aborto. Pillé por banda a ese malnacido y le saqué a golpes la verdad. La rabia me pudo y maté a ese desgraciado. No me pude hacer con Hurtado porque había huido a España.

—¡Dios bendito! —exclamó el sacerdote.

—Dicen que la venganza no calma el dolor de una pérdida y es verdad, reconozco que luego no me sentí bien. No es que me arrepintiera, sino que no me pareció suficiente castigo. No quiero matar a Hurtado, me sabe a poco: quiero que acabe el resto de su vida entre rejas, humillado. Además sé que hay alguien detrás de él, por encima, que es el que de verdad mueve los hilos de la secta. Es a él a quién quiero. Sin embargo, tal y como comentaron ustedes en una ocasión, es como si una fuerza invisible protegiera a ese hombre.

—¿Cómo sabe que dijimos eso? —preguntó Lucas, asombrado.

—Bueno... Tendré que pedirle disculpas: puse micrófonos ocultos en su casa hace semanas.

Lucas se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir.

—¡Me ha estado usted espiando! —dijo en tono acusador.

—Así es. También lo he intentado con Hurtado, pero con él no ha funcionado. No sé cómo, pero todos los transmisores fallan, parece algo sobrenatural.

Vega ya no dijo nada más y el viaje transcurrió en silencio.

Según se acercaban a su destino, el nerviosismo de Lucas iba creciendo. Tenía miedo de pasarse la salida, algo bastante fácil, teniendo en cuenta la poca información de que disponía

En un momento dado, apareció a un lado un bar de carretera bastante peculiar, ya que el techo imitaba a la paja. Una luz se encendió en la cabeza de Drusell.

—¡Es esta salida! —exclamó.

Vicente Vega maniobró el coche y abandonó la autovía.

—Ahora tenemos que llegar a un coche incendiado.

A los pocos minutos lo vieron. Era una zona apenas transitada, poblada de campos de labranza en barbecho.

Un coche los adelantó a toda velocidad, a pesar de que había línea continua.

—El tío del Jaguar por lo menos va a ciento cincuenta —dijo Vega, soltando un silbido.

En ese momento, Lucas recordó el desfile de impresionantes coches que había visto la noche de la misa negra y se lo comentó a sus acompañantes.

—Por lo que dice, debemos de estar cerca. Vamos a dejar el coche por aquí donde no se vea —comentó Vega, tomando un camino de tierra medio oculto entre un grupo de abetos.

Bajaron los tres del coche.

Lucas hizo ademán de avanzar, pero Vega le retuvo.

—No tan rápido, doctor.

Abrió el maletero de su todoterreno y Lucas y el padre Francisco abrieron los ojos como platos.

En su interior, el policía retirado tenía todo un arsenal.

Añadió una pistola a la que ya llevaba en el sobaco y revisó la carga, enfundándola en el otro brazo. Luego sacó un arma mucho más grande.

—Es un rifle de asalto, una AK-47 —les explicó, al ver sus caras—. Espero no tener que usarla, pero nunca se sabe. También llevo algunas granadas de humo y para ustedes tengo un par de revólveres, fáciles de manejar.

—Yo no voy a usarla —dijo el cura.

—Yo tampoco, la verdad —añadió Lucas.

Vicente se encogió de hombros y las guardó en el coche.

—Bueno, por lo menos cojan la linterna. En un rato, se hará de noche.

—Bien, de eso me puedo encargar yo —dijo el padre Francisco, haciéndose con ella.

—Ahora sería un buen momento para llamar a la policía —sugirió Drusell.

—Ya llamo yo —dijo Vega—. Sé exactamente lo que hay que decir para que me hagan caso.

—Bien, pues yo aprovecharé para cambiarle el agua al canario —añadió el padre Francisco, alejándose de ellos a un lugar más discreto.

Vicente se alejó unos pasos, sacó el móvil del bolsillo y llamó. Habló durante unos pocos minutos.

—Van a mandar una patrulla. Han dicho que debemos esperar.

—¿Cómo les ha convencido?

—No les he dicho quién soy ni, por supuesto, les he hablado de usted. Tan

solo que he visto una niña que responde a la descripción de Lucy y que deberían venir lo más pronto posible. Les he insistido en que, sin duda, se trata de ella.

—Yo no voy a esperar —dijo Lucas, resuelto—. Pueden tardar más de veinte minutos. Al menos podríamos aproximarnos para asegurar que es el sitio correcto.

Vega lo detuvo.

—Aguarde. Todavía hay algo de luz. Además, esta gente hace sus ritos de noche. No tenemos prisa.

Un ruido les sorprendió. Era el exorcista, que volvía. Tenían los nervios a flor de piel y cualquier sonido les podía sobresaltar.

—Bien —dijo—, ahora que tenemos unos minutos de descanso, creo que es hora de que ustedes se confiesen.

—¿Cómo? —preguntaron los dos al unísono.

El sacerdote les miró con cara seria.

—Vamos a enfrentarnos a fuerzas maléficas y necesitan estar en gracia de Dios.

—¡Por favor! —exclamó Vega, resoplando.

—¡Escúcheme bien! —le dijo el padre, con un tono autoritario que dejó al hombre sin habla—. Usted ha visto el poder del Diablo, lo ha sentido. Ahora bien, igual que existe ese, también existe el poder de Dios. Necesitamos de ese poder ahora más que nunca, así que no desprecie un sacramento.

—Perdone, padre, tiene razón. Lo que pasa es que hace más de cuarenta años que no me confieso.

—Sígame —le invitó el sacerdote, cogiéndole del brazo.

Los dos hombres se alejaron unos metros, a la vez que el cura se ponía la estola sobre los hombros.

Al cuarto de hora, Vega volvió. Lucas observó que su mirada había cambiado, ahora parecía serena, apacible, sin rastro de esa especie de ira que siempre parecía a punto de estallar.

Le tocó el turno a Lucas. Se acercó con reticencia, pero una vez frente al sacerdote, se despojó de todo lo que llevaba dentro. El sufrimiento durante esos años de enfermedad de su mujer, la rabia y la rebeldía hacia Dios a causa de ese tormento y de la muerte de su hijo, y un sinfín de cosas.

Según fue sacando fuera todo aquello que le había padecer tanto, y tantas otras cosas malas de las que se sentía culpable, notó cómo si en su interior un

peso enorme se fuera aligerando por momentos.

El padre Francisco le dio unas palabras de ánimo y, una vez recibió la absolución de rodillas, se sintió realmente ligero, en paz.

—Ahora ya están preparados para enfrentarse a Satán —declaró el sacerdote.

#35

Ya llevaban más de treinta minutos allí y no había ni rastro de la policía. Los lujosos coches seguían llegando, pero cada vez en menor cantidad. La fiesta debía de haber comenzado ya.

—No puedo esperar —dijo Lucas—. Apenas hay luz diurna, avancemos.

—Me parece bien —dijo Vega—. Síganme y no hagan ruido.

Avanzaron un trecho a buen ritmo, con Vega a la cabeza, que caminaba ligeramente agachado y con su semiautomática lista. Por fortuna, el camino lo redeaban frondosos matorrales, por lo que no era fácil verlos. Además, gracias al silencio reinante, se podía escuchar con claridad el sonido de un vehículo cuando se acercaba.

—Cualquiera diría que estamos a media hora en coche de la capital —comentó el cura—. Este sitio está perdido de la mano de Dios.

—¡Silencio, padre! —le reprendió Vega.

A los diez minutos de caminar, una alambrada les cortó el paso. Vicente ordenó parar y dejó en el suelo la mochila que había llevado hasta entonces al hombro.

—Ahora ustedes dos se esperan aquí. Si viene la policía por el camino, les salen al paso y les conducen al interior. Yo voy a ver cómo está el percal.

Acto seguido sacó unas tenazas de su bolsa y cortó el alambre, teniendo cuidado de no pincharse con las afiladas púas.

—Nos vemos en seguida.

No tuvieron tiempo de añadir nada más, ya que el expolicía desapareció en un instante.

—Bueno, parece que al final todo se solucionará —dijo el padre Francisco, soltando un suspiro—. Gracias al sueño de su hija sabemos exactamente dónde están los malvados.

—Eso espero, mientras lleguemos a tiempo...

—Delo por hecho, hombre. Nuestro Señor está de nuestra parte, no lo dude.

—Sí, supongo que tiene razón.

En ese momento, el cura empezó a palparse los bolsillos

—¡La linterna! ¡Vaya por Dios!, me la he dejado en el suelo, cuando he ido a orinar. Vengo en seguida.

Dicho esto se marchó a la carrera, antes de que Lucas le dijera algo.

Alberto Hurtado miraba en todas direcciones, ligeramente nervioso.

Todo marchaba a pedir de boca. Prácticamente todos los invitados habían llegado y estaban disfrutando del succulento aperitivo que tenían dispuesto.

Como ya estaba todo encarrilado, decidió relajarse y tomar una copa, se lo había ganado. Iba a pegar el primer sorbo de la bebida cuando uno de los ayudantes del jefe lo llamó.

Entró en la pequeña carpa blanca que se había instalado a un lado de la casa y se encontró con que este contemplaba el suelo con semblante serio.

—¿Ocurre algo? —preguntó, sintiendo cómo se le hacía un nudo en el estómago.

—Acabo de hablar con uno de nuestros invitados. Ha recibido una llamada en la que le informaban de que alguien se ha puesto en contacto con la policía, afirmando que sabía dónde estaba la niña desaparecida. Les han dado esta ubicación.

Hurtado palideció de golpe.

—No puede ser —murmuró—. Todos ellos son de fiar, y solamente nosotros dos, y sus tres ayudantes saben dónde se encuentra.

—Dos ayudantes —puntualizó el líder—. El tercero ha muerto hace poco a causa de las heridas del misterioso samaritano, pero ese no es el problema. Estoy convencido de que no ha sido ninguno de los que están aquí. No saben nada. Además, son la cúpula de nuestra organización, a este nivel es imposible que haya traidores. De todas maneras, no debemos preocuparnos. Ese aviso ha sido eliminado; nadie de la policía sabe que se ha hecho esa llamada, y el agente que la recibió pensará que se ha tramitado de la forma habitual.

—¿Pero quién ha podido hacerlo?

—Me huelo que ha sido Drusell.

—Imposible —dijo Hurtado, con desdén—. Ese hombre no sabría ni atarse los zapatos aunque su vida dependiera de ello.

—Alberto, me parece que te equivocas con él y pronto te darás cuenta.

—¿Qué quiere decir?

—Que, yo de ti, tendría mucho cuidado con él—contestó el maestro dejando a Hurtado desconcertado—. ¿Hay vigilancia en la finca?

—Por supuesto—respondió, tratando de mostrar seguridad, esa que siempre

le faltaba cuando estaba delante de aquel hombre—. Ocho hombres, los mejores.

—Diles que probablemente tengamos algún merodeador cerca. Que lo capturen y me lo traigan vivo, si puede ser.

Hurtado abandonó la carpa y transmitió las órdenes a tres de sus hombres, veteranos excombatientes, gente ruda y sin escrúpulos.

¿Qué habría querido decir el maestro acerca de Drusell? Habría sido estupendo no haberle dejado con vida cuando secuestraron a su hija. Sin embargo, no llegaba a comprender por qué podía ser tan peligroso para él.

Se obligó a desechar esos pensamientos sombríos y volvió a poner la atención en sus invitados. Acababa de llegar uno de los más importantes. Recuperando la sonrisa deslumbrante cazó al vuelo dos copas de cava de una bandeja y se acercó al recién llegado.

—¡Presidente! ¡Bienvenido! —le saludó efusivamente, hablando en fluido inglés—. No sabe la alegría que me da verle aquí. ¡Qué honor!

—Muchas gracias por su recibimiento, señor...

—Hurtado. Doctor Alberto Hurtado, a su disposición.

Dicho esto, alargó las copas, una para él y otra para su acompañante, una rubia espectacular que rondaba los cuarenta, y lucía un ostentoso collar con diamantes.

—Y sea bienvenida también usted. Es un placer contar con su presencia —añadió el médico, besando la mano de la dama.

Hurtado se hizo con otra copa para él.

—Les propongo un brindis. Por su fantástica reelección como presidente de su país y por estos cuatro años más que espero sean de gloria.

—Amén —dijo sonriendo el político, chocando su copa con la de Alberto Hurtado y la de la mujer.

—Y ahora, si me acompañan, antes de iniciar la ceremonia, tenemos preparado un pequeño aperitivo de bienvenida fabuloso, todos productos españoles de la más alta calidad. Por cierto, imagino que le habrá costado salir de su hotel sin sus guardaespaldas.

—Sí, casi hemos tenido que escaparnos para poder venir solos. En otras circunstancias habría sido una locura. Ya sabe que siempre vamos fuertemente escoltados.

—Espero que los muchachos que mandé para traerlo hasta aquí lo hayan hecho con eficiencia.

—Así es. Gracias de nuevo por todo.

—Este sitio es fantástico para la ceremonia —habló por primera vez la mujer—. La casa vieja, el granero, el campo, el pequeño bosque...

—Así es —dijo Hurtado, hinchando el pecho de puro orgullo—. Además, este año tenemos una sorpresa muy especial, ya lo verán.

Se quedó un poco rezagado al acompañar a sus invitados y echó una mirada por encima del hombro, como buscando a los posibles espías.

Vega se asomó por entre los matorrales, los últimos que había. A partir de ahí se dibujaba una amplia zona completamente desbrozada. Al fondo, observó una carpa rodeada por mesas con viandas, a la que tres camareros iban y venían con las bandejas, mientras los invitados conversaban.

Detrás destacaba un caserón con aspecto de estar abandonado. Adosado a una de las paredes había un cobertizo, y en lado opuesto se veía una zona despejada en la que destacaba una fogata de considerable tamaño. En ese momento se encendió la iluminación artificial, una serie de focos repartidos por toda la finca.

Le llegaba el murmullo de las conversaciones, aunque no podía entender nada.

Vega ajustó los prismáticos hacia aquellos sujetos y calculó cuánta gente había allí congregada. Contó que, al menos, serían cuarenta. Reconoció a alguno de los presentes por haberlo visto en la televisión.

«¡Me cago en la leche! ¿Quién lo hubiera dicho?», se dijo, contemplando la esbelta figura de una famosa modelo francesa. La mujer se reía, al parecer, de algún comentario que le acababa de hacer un hombre de unos setenta años, que la miraba con ojos lascivos. Aquel tipo le sonaba de algo. También reconoció a un importante político italiano y a un actor de Hollywood.

Dejó para otro momento la distracción e hizo un barrido del resto de la finca. Localizó algo parecido a un atril junto a la fogata. Más allá, se adivinaba lo que debía ser un generador de electricidad alimentado por un enorme depósito de gasolina. Sin duda, debía de abastecer de energía a las cámaras frigoríficas instaladas en el exterior, además de a los potentes focos diseminados por toda el área.

Entonces reconoció a alguien más entre los asistentes y se quedó

petrificado.

—¡Hay que joderse! Es el presidente de...

En ese momento un leve ruido a su derecha hizo que saltaran todas las alarmas de su cabeza y se pusiera en tensión. Se giró a la vez que levantaba el arma y vislumbró una silueta a unos quince metros de él. Al verse descubierto, la figura se incorporó y preparó su arma.

Vega no dudó y le disparó, acertándole en plena cara. El hombre se desplomó en el suelo y el expolicía empezó a retroceder, agachado. Sonó otro disparo cerca. Vega sintió un fuerte dolor en el hombro derecho y dejó caer involuntariamente el arma, al perder de golpe la fuerza de la mano.

Sin perder tiempo, se agachó y metió la mano izquierda en la bandolera para sacar su segunda pistola. Antes de conseguirlo, alguien cayó sobre él.

Lucas se agachó instintivamente, aunque sabía que esos disparos no habían sonado cerca. Dudó entre acercarse o esperar, pero al final se decidió por mantenerse en su posición. Así era como había quedado con Vega.

Miró el reloj, cada vez más impaciente. Hacía ya un cuarto de hora que el sacerdote se había ido a por la linterna, debía estar al llegar.

Escuchó un sonido detrás de él.

—Ya era hora, padre —dijo Lucas girándose, para encontrarse con el cañón de un subfusil apuntándole.

El hombre que tenía en frente debía de medir cerca de metro noventa y era puro músculo. Llevaba el pelo cortado al cero y en su rostro destacaban unos fríos ojos azules. A Lucas le recordó el aspecto de los marines de las películas.

Con cara de pocos amigos, indicó a Drusell con el arma que saliera al camino, sin decir ni una palabra.

Una vez allí, llegó un segundo individuo, también armado, y, entre los dos, lo condujeron al interior de la finca.

Cuando los invitados lo vieron aparecer, se hizo el silencio. Lucas miraba en todas direcciones, en un vano intento por descubrir a su hija. Al disminuir el paso involuntariamente, uno de los matones le pegó un fuerte empujón con la culata de su arma.

Lo llevaron hasta donde estaba Hurtado, que lo miró con ojos cargados de

ira.

—Nos volvemos a ver, doctor, pero esta vez en diferentes circunstancias — saludó, sonriendo forzosamente.

—La policía sabe que estamos aquí. Como le hagan algo a mi hija, le juro que lo pagarán.

—Claro, claro, ya imagino... —respondió Hurtado. Y girándose hacia los guardas, agregó—: Llévalo detrás de la casa y atádelo; si grita, le golpeáis.

Lo condujeron entre los dos hombres hacia la parte trasera hasta un trozo de valla que aún se mantenía en pie y le ataron las manos a la madera. Desde su incómoda posición, Lucas divisó a unos treinta metros de él una carretilla elevadora y un depósito de combustible, que alimentaba un generador. Más cerca de la casa, una imponente hoguera rugía con fuerza. Descubrió también algo que parecía un altar colocado sobre un pequeño pedestal, además de un atril, y varios objetos más. Drusell enseguida se dio cuenta de que se trataba de toda la parafernalia para officiar una misa negra.

#36

Después del tercer rechazazo en plena cara, al viejo policía se le nubló la vista momentáneamente. La silla en la que estaba atado, al igual que en las veces anteriores, se vio empujada hacia detrás pero no cayó porque estaba casi tocando la sucia pared.

—¿Quién te envía? —preguntó de nuevo el matón, con su fuerte acento de Europa del este.

Vega escupió un coágulo de sangre pero no dijo nada.

Esta vez recibió una nueva patada a las costillas y la misma pregunta otra vez, pero él seguía sin contestar.

Los dos hombres que estaban allí intercambiaron varias frases en su idioma. Uno de ellos se acercó a la mesa que había en la vieja habitación de madera y cogió algo de una caja que había sobre ella.

Una vez volvió a estar frente a él, Vega pudo ver que se trataba de unos alicates.

—Eres un tipo duro, ¿verdad? —le dijo hablando a menos de un palmo de su cara. Su presa no pudo evitar aspirar su desagradable aliento a cebolla—. Eso me gusta, también a Dimitri.

El otro asintió enérgicamente, a la vez que mostraba una fiera sonrisa. Vega los miró con desprecio y contestó:

—Que os den por el culo a los dos.

Ambos hombres soltaron una risotada, como si hubiera dicho la frase más divertida del mundo.

Entonces su torturador cogió la herramienta y le arrancó una de las uñas de la mano derecha.

Vega apretó los dientes pero ningún sonido salió de su garganta.

De nuevo, los tipos intercambiaron unas palabras incomprensibles para él y, justo cuando iban a repetir la operación con otro dedo, alguien entró.

—¿Ha cantado? —preguntó Hurtado.

—Todavía no

—¿Cómo que no? Lleváis diez minutos con él. ¡Se supone que sois unos profesionales, para eso os pago! —exclamó, fuera de sí.

—No es tan fácil —se excusó uno de ellos, nada contento con lo que acababa de decir su jefe—. Es muy resistente, creo que tiene entrenamiento

militar.

—Y vosotros también. Se supone que habéis combatido como mercenarios en no sé cuántos sitios, por eso os contraté.

—Déjenos veinte minutos más y verá como habla —intervino el compañero.

—Da igual, ya es tarde. Además ya imagino quién le manda.

En ese momento entró otra persona en la sala.

Vega no pudo evitar poner una expresión de haberlo reconocido.

El recién llegado también lo hizo.

—Es él, jefe; el que estaba fisgoneando por el centro y le pegó una paliza al Cenizas cuando entre los dos intentamos cogerle. Es un tipo muy escurridizo.

—Bien, parece que no lo es tanto, después de todo —dijo Hurtado, para luego dirigirse a los mercenarios—. Vamos a empezar la ceremonia y lo quiero fuera. Este trabaja solo, seguramente contratado por Drusell. Solo han venido ellos dos y todo lo que saben morirá hoy cuando les hagamos desaparecer. Sacadlo afuera.

Lucas llevaba diez minutos allí atado cuando aparecieron dos individuos, llevando a un tercero casi a rastras. En la oscuridad, no pudo identificarlo hasta que lo iluminó la hoguera. Se trataba de Vega.

Sangraba de un hombro y tenía la cara desfigurada de golpes.

Lo acercaron a empujones y a lo ataron a un par de metros de él. Luego se alejaron hasta quedar de espaldas a ellos.

—¡Joder! ¡Cómo le han dejado! Le han dado una buena paliza.

—Las he recibido peores —dijo Vega, hablando con dificultad a causa de las contusiones en la boca—. Me han pillado como si fuera un pardillo, ¡la madre que me parió!

—¿Y ahora qué podemos hacer?

—Me temo que nada, querido amigo. Estamos a su merced. Tenemos muy pocas posibilidades de salir de esta. ¿Dónde está el padre Francisco?

—Un rato antes de que me atraparan, se volvió a coger la linterna que se había dejado olvidada. Espero que no lo hayan matado.

—No lo creo, no se ha oído ningún disparo y Hurtado piensa que solo hemos venido nosotros dos.

Durante unos minutos, Drusell volvió a forcejear con sus ataduras, sin

conseguir liberarse.

—Si tuviéramos un cuchillo... —dijo.

—Hay uno escondido en mi bota, pero no puedo sacarlo y me temo que usted está demasiado lejos.

—¡Chsst! Se acerca alguien.

Al poco, distinguieron a Hurtado, acompañado de uno de sus matones.

Lucas le reconoció como uno de los supuestos enfermeros que trabajaban en Los Pinos.

—Bueno, bueno. Aquí están los dos. A usted no lo conozco, ni me importa —dijo, mirando a Vicente Vega—, y dentro de poco dejará de importarle al resto del mundo.

El viejo policía lo miró con asco y, con una expresión desafiante en la cara, le dijo:

—Amparo Vega.

—Ese nombre me suena —respondió Hurtado—. ¡Ah, ya recuerdo! Una chica guapísima. Tuvo muy mala suerte. ¿La conocía de algo?

—Soy su padre.

—¡Vaya, vaya! El mundo es un pañuelo.

—Tú eres el hijo de puta culpable de su muerte y lo vas a pagar.

Hurtado dio un paso atrás ante el gesto amenazador de Vicente Vega. En un instante, recuperó su compostura y, dirigiéndose a Lucas, continuó:

—Tengo que darle una mala noticia. Hace ya unos minutos que sabemos que llamaron a la policía y, para su tranquilidad, les diré que no va a acudir nadie.

—¡Maldito desgraciado! ¡Eres un monstruo!

En respuesta, Hurtado le propinó un fuerte bofetón.

—Ahora no puedo perder tiempo contigo, pero te aseguro que dentro de unas horas me encargaré yo mismo de ti, igual que hice con Brull y con esa puta enfermera.

Lucas hizo un esfuerzo en un vano intento de soltarse, rojo de ira.

—Sé que lo imaginabas. Nadie que represente un peligro para mí vive lo suficiente. El viejo profesor llegó a amenazarme diciendo que tenía pruebas en mi contra y que iba a acudir a la policía. ¡Menudo estúpido!

Se oyeron unos pasos, aproximándose a ellos. Hurtado giró la cabeza unos segundos y luego le dijo:

—Estás a punto de conocer a alguien muy interesante.

Dicho esto se echó a reír y se marchó con su esbirro.

Al contrario que los demás asistentes, vestidos con trajes elegantes y caros, este llevaba una túnica púrpura.

—Le has traído de cabeza a nuestro querido doctor Hurtado, amigo mío.

Lucas miró el rostro del que le hablaba al sonarle familiar la voz. Se fijó más y abrió los ojos como platos, a la vez que en su cara se dibujaba una mueca.

—¡No puede ser! ¡Gonzalo Vargas!

—¿El famoso empresario multimillonario? —preguntó Vega, abriendo su único ojo sano.

—El mismo —dijo, sin dejar de sonreír y ejecutando una pequeña reverencia.

—¿Tú también formas parte de esto? —preguntó Drusell con asco, repuesto de la sorpresa inicial.

—No solo formo parte, sino que soy el líder de la organización a nivel mundial.

Lucas se quedó sin habla.

—Pero... yo confiaba en ti ¿Cómo te has podido meter en algo así?

—¿Bromeas? ¿Por qué te crees que he llegado hasta donde estoy? ¿Cómo piensas que he tenido éxito en todas mis empresas, hasta el punto de que me llaman el Rey Midas? Ha sido gracias a mi señor, que paga muy bien por sus servicios. He triunfado en todo lo que me he propuesto, y sé que en política también llegaré muy lejos, hasta lo más alto. Nadie se puede interponer en mi camino.

—Te creía mi amigo. ¡Dijiste que me ayudarías a buscar a mi hija!

—Ay, querido Lucas, siempre has sido tan inocente...

—Deja a Lucy en paz. ¡Suéltala! Ya me tienes a mí.

Gonzalo negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa. La sonrisa se convirtió en una carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó, indignado.

—Tú. ¿Te crees que tú eres la causa de todo? ¿Piensas que tú puedes hacer algún daño a nuestra Orden? La que realmente supone una amenaza es precisamente tu hija.

Lucas lo miró, desconcertado.

—Lo supimos desde que nos enteramos del episodio del niño del pozo. La prensa difundió poco la noticia pero fue suficiente.

Drusell se quedó helado al escuchar aquello.

—Pero... Lucy... —balbuceó.

—Lucy es el peligro real para nuestra organización. En seguida nos dimos cuenta. Por aquel entonces yo todavía no era el líder de los Druidas, así que me encomendaron la misión de recabar información sobre ella. Aún me acuerdo de cómo reaccionó la primera vez que me vio. Estaba jugando en el parque con unos niños, mientras su madre la vigilaba. Me acerqué a ellos y en cuanto me vio, se puso blanca y empezó a chillar como si estuviera loca. Tu mujer también se asustó mucho, pero no de la reacción de tu hija, que es lo que habrías hecho tú, sino de mí, cosa que no me gustó en absoluto. Algo debió de notar y eso confirmó a la Orden que teníamos que hacer algo con tu familia.

Lucas pensaba a toda velocidad, intentando recordar algo de todo aquello. Esa crisis de Lucy ocurrió estando su mujer todavía sana y debió de ser entonces cuando puso a la niña en manos del doctor Brull. La carta que había encontraba tenía que ver, sin duda, con aquel suceso.

Si no se equivocaba, fue entonces cuando Gonzalo empezó a acudir a su consulta privada. A partir de ahí, había surgido su supuesta amistad, que Lucas había tomado por sincera. Al poco tiempo se había puesto enfermo su hijo y luego Ángela y...

De repente, Lucas lo entendió todo, y sintió cómo la ira que ya sentía se multiplicaba en su interior, amenazando con volverlo loco.

—¡Tú mataste a mi hijo! ¡Tú hiciste enfermar a mi mujer!

Por fin lo veía claro. Ángela tenía una enfermedad muy extraña y no reaccionaba a tratamientos. Era una maldición.

—Te ha costado mucho pillarlo, ¿eh, viejo? —dijo Gonzalo Vargas con voz amigable—. Le echamos a tu familia un maleficio de los buenos. Lucy debería haber muerto sin levantar sospechas. Sin embargo, ella salió ilesa y nos encontramos con que afectó a tu hijo y a tu mujer. A ti tampoco te dañó, cosa extraña. No obstante, vuestra familia quedó tan destrozada que pensamos que Lucy ya no se interpondría nunca en nuestro camino. Tu hija es única, Lucas, algo extraordinario, un don que tu patético dios le ha dado a este mundo. Un don, ahora en nuestro poder y que vamos a mancillar, para gloria de nuestro amo y señor, el que realmente gobierna el universo.

—¡Maldito seas! ¡Como la toques, te juro que te mataré!

Vargas le miró con desprecio y se alejó, dejándolos solos de nuevo.

Lucas comenzó a maldecir a voz en grito y uno de los hombres armados se acercó al oír las voces y le hizo callar con un puñetazo en la boca del

estómago.

El doctor se dobló sobre sí mismo, jadeando.

#37

Dos horas de tensa espera no hicieron sino enfurecerle todavía más. Ver a aquella gente le llenaba de asco. Traidores, politiquillos vendidos al mejor postor, adoradores de Satanás, empresarios ávidos de sangre, prostitutas de lujo...

En un momento determinado, Lucas observó cómo los invitados dejaban de comer y de conversar y avanzaban en silencio hasta la parte trasera de la finca. Pasaron de largo junto al lugar en el que estaban los dos prisioneros, ignorándolos por completo.

Al cabo de un rato los volvió a ver. Todos vestían ricas túnicas sobre sus trajes y llevaban en la mano una máscara. Desfilaron hacia la hoguera y acabaron formando un círculo alrededor del fuego. La pira ardía con fuerza y las llamas alcanzaban los tres metros de altura. Dispuestos así, se colocaron la máscara, a cada cual más grotesca.

Durante unos pocos minutos nadie se movió, hasta que aparecieron tres figuras, dos de ellas vestidas con ropajes ceremoniales: eran Hurtado y Vargas. Ambos hombres caminaban con solemnidad y rostros pétreos, seguidos de Laura, que iba prácticamente desnuda luciendo una salvaje sonrisa. La mujer se recostó sobre el altar y se liberó de la única prenda que llevaba encima.

Hurtado llevaba en las manos una gran custodia dorada, en la que había una hostia.

En cuanto la colocó encima del altar, junto a los pies de Laura, la multitud empezó a chillar enloquecida, profiriendo todo tipo de insultos a la sagrada forma en diferentes idiomas. Varios se acercaron a ella y, quitándose las máscaras durante unos instantes, escupieron con rabia sobre ella.

Lucas hizo ademán de chillar de nuevo, pero sabía que al poco tiempo se acercaría uno de los esbirros de Vargas y le golpearía, tal y como ya había ocurrido. De poco podía servirle ya que a estas alturas tenía claro que la policía no iba a aparecer y no había nadie cerca que pudiera socorrerles.

Hurtado, que dirigía la celebración, empezó a recitar oraciones a Satanás, secundadas por todos los asistentes.

Tan metido estaba Lucas en la abominable ceremonia, que no se dio cuenta de un movimiento detrás de él. De pronto, notó cómo sus ataduras se movían.

—No digan nada —dijo una voz detrás de ellos. ¡Era el padre Francisco!
—¡Vaya! Este nudo está muy bien hecho.

—Ha tardado mucho en llegar, padre —dijo Vega en un susurro—. En mi bota hay una pequeña navaja.

El cura se le acercó con sigilo y encontró lo que buscaba. Afortunadamente, los habían abandonado en una zona algo apartada de la ceremonia y en ese momento, todas las miradas estaban fijas en lo que se estaba desarrollando allí.

El sacerdote liberó a Vega con manos temblorosas.

—¡Es usted cojonudo! —exclamó este, en un susurro—. Ahora encárguese de Drusell mientras yo me quedo quieto para guardar las apariencias. ¡Drusell! Escúcheme. Nada de moverse en cuanto le corte las cuerdas. Debemos pensar muy bien qué vamos a hacer. En cuanto nos descubran, tendremos muy poco tiempo.

Las ataduras de Lucas cayeron y él se mantuvo quieto, a pesar de que todo su cuerpo le pedía acción.

—Escóndase, padre —dijo Vicente—. Ya ha hecho suficiente, aléjese de aquí.

Un instante después oyeron detrás de ellos unos pasos distanciándose.

Pasaron un par de minutos, que a Drusell se le hicieron eternos, hasta que por fin dijo:

—¿Ya se le ha ocurrido algo? No vamos a quedarnos aquí parados.

Inquieto, a punto estaba de levantarse cuando un movimiento hizo que se pusiera rígido. Dos personas se acercaban a la hoguera desde la parte delantera de la casa. Eran mercenarios y traían a Lucy en volandas.

Lucas sintió que el corazón se paraba en su pecho.

—¿Qué van a hacer con ella? —se preguntó con hilo de voz, para luego añadir:

—¡Es la víctima!

—¡Quieto, Drusell! —exclamó Vega—. Tenemos que pensar.

—Pero... ¡La van a matar! —gritó Drusell.

Al oírle, uno de los guardias se giró hacia ellos y se acercó unos pasos con mirada amenazante.

—Hijo de puta, como vuelvas a gritar, te rompo la mandíbula. ¿Entendido?

Lucas asintió en silencio. El tipo se alejó, girándose cada poco en dirección a los prisioneros.

Vega se volvió hacia su compañero y le explicó su plan.

—Necesito una distracción para ganar tiempo mientras consigo un arma. En cuanto ese tipo se olvide de nosotros, nos pondremos en movimiento, aunque va a ser muy arriesgado.

Lucas miró a su alrededor, intentando pensar. Sus ojos se fijaron en el depósito de combustible. Sin él, todo se quedaría a oscuras. Esa podía ser la solución, pero ¿cómo? El generador quedaba al otro lado y a unos metros de distancia. Demasiado cerca de los hombres armados.

Entonces reparó también en la carretilla elevadora. Era una máquina robusta, con dos largas palas para trasladar cargas pesadas. Sin duda, la habían utilizado para transportar el depósito y las instalaciones añadidas a la finca para la celebración. Estaba seguro de que tendría las llaves puestas.

Tenía una idea, pero de momento no se podía mover; si lo hacía, su guardián lo acribillaría a tiros antes de que avanzara unos pocos metros.

Lucas sudaba pensando en que cada segundo era crucial. Su hija estaba al borde la muerte y él no podía hacer otra cosa que quedarse quieto.

Hurtado se apartó de Laura, jadeando, y se volvió a colocar la túnica, mientras los cánticos continuaban. Estaba pletórico, ya que se acercaba el momento culmen de la noche y todos los participantes estaban disfrutando de la fiesta.

Los asistentes danzaban alrededor del fuego sagrado, mientras entonaban cánticos ancestrales que arrancaban del corazón sentimientos de súplica presentados ante el demonio Sanhain, el dios de la muerte. Las túnicas eran de los más diversos colores. Entre todas, destacaba la del sumo sacerdote, negra con bordados en tonos rojos y verdes, y una gran figura del demonio que cubría la parte delantera.

Siguiendo la vieja costumbre, cada cual llevaba la máscara de un animal. Algunos de ellos, los auténticos druidas, escondían su rostro tras una careta que representaba a un macho cabrío. El resto ocultaba su cara con máscaras de toros, lobos, serpientes... Todos sabían que la única que no debían llevar era la de un cordero.

Laura se incorporó, dejando el altar vacío. Se revistió con una túnica escarlata y se unió a los demás.

En ese momento, el baile cesó y se hizo un hueco para dejar entrar en el círculo sagrado a los dos hombres portadores de la ofrenda de esa noche.

Todo estaba dispuesto: la mesa de madera, los dos cirios, uno en cada extremo, el libro ritual, colocado sobre un atril de pie, y el fuego purificador, que se iba alimentando de las ramas arrancadas a los pinos del gran bosque.

—¡Escuchadme todos! —exclamó Hurtado, en su papel de sacerdote principal.

El silencio se hizo más profundo.

—Nuestro amo y señor nos ha concedido este año la gracia de poder ofrecerle la víctima más agradable: una joven virgen, y no una cualquiera, sino alguien que ha sido bendecido por el dedo de Yahvéh.

Se oyeron murmullos de excitación.

Colocaron a Lucy sobre el altar, con el cuerpo en forma de aspa. Sus manos y sus pies estaban fuertemente sujetos por cuerdas a cada una de las patas de la mesa. No podía gritar porque tenía la boca sellada. Si alguno de los presentes se hubiera fijado en sus ojos, habría adivinado el terror de la muchacha. Sin embargo, sólo Hurtado se encontraba lo suficientemente cerca para advertirlo y disfrutar de ello. La chica, revestida con una túnica blanca, símbolo de la pureza de su alma, se debatía vanamente con la intención de liberarse de aquellas ataduras.

Hurtado sintió junto a él la presencia de su líder. Aunque no podía verle el rostro por la máscara que lo cubría, estaba seguro de que se sentiría muy satisfecho con el devenir de los acontecimientos. No solo iban a tener un sacrificio sublime, sino que se iban a deshacer para siempre de unos peligrosos enemigos de la secta.

—¡Oh, Satanás, príncipe de este mundo! Acepta favorablemente el sacrificio de esta joven que te entregamos en cuerpo y alma, tú que vives y reinas por siempre y para siempre.

—Amén —respondieron al unísono todos los presentes.

Uno de los acólitos le ofreció una daga con solemnidad, a la vez que se renovaban los cantos. El sacerdote de Satán sabía que ese cuchillo tenía una historia que se remontaba muchos siglos atrás. Había bebido cientos de veces la sangre de los sacrificios, igual que haría esa noche una vez más. Ceremoniosamente lo agarró con las dos manos y lo alzó sobre el pecho de la joven.

—¡Satanás! Recibe con agrado el corazón de esta virgen que en tu honor

hoy sacrificamos.

—¡Alto! —rugió una potente voz.

Al instante, el centro de atención dejó de ser la asustada muchacha y el maestro de ceremonias. Todos se giraron en silencio en dirección al intruso que se atrevía a interrumpir un momento tan importante e intenso como aquel.

Unos segundos después, un murmullo se elevó entre los presentes al observar que se acercaba con paso vivo un cura, inconfundible por su vestimenta.

En cuanto el sacerdote llegó al círculo de asistentes a la misa negra, algunos se apartaron para dejarle entrar.

—En nombre de Dios, ¡deteneos! —exclamó, poniéndose en medio de ellos, a pocos metros de la hoguera y de Lucy—. Esto que estáis haciendo os va a llevar a la condenación eterna, ¿no lo entendéis?

Hurtado guardó el cuchillo en su cinturón y se acercó al padre Francisco andando despacio y sin quitarse la máscara.

Uno de los guardaespaldas hizo ademán de entrar en el círculo humano para atrapar al extraño, pero Vargas lo disuadió con un movimiento de su mano.

—En nombre de Cristo, os digo: ¡reconciliaos con Dios!

Dicho esto, levantó una pequeña cruz de oro que llevaba en el cuello, para que todos la pudieran ver.

—«A quién no conoció el pecado, Dios le hizo pecado, para que fuésemos justicia de Dios en él, con su sangre nos ha justificado y nos ha perdonado todas nuestras faltas, ha ganado la Vida Eterna para todos nosotros». ¡La Vida Eterna! Así que os digo: ¡reconciliaos con Dios!

En ese momento alguien se acercó por detrás y le pegó una patada en el trasero. El golpe no fue doloroso, pero el padre Francisco se giró instintivamente buscando quién había sido. El atacante había vuelto rápidamente a su posición, junto a los demás.

La reacción del cura hizo que todos empezaran a reír. Entonces otro de los asistentes hizo lo mismo que el anterior. El exorcista se giró de nuevo y esta vez sí pudo ver a su agresor, pero las risas ganaron en intensidad.

—Como verá, padre, creo que aquí no hay nadie que quiera salvarse —le dijo Hurtado, quitándose la careta y mostrando una sonrisa torcida—, y me temo que usted tampoco tiene salvación ahora.

En cuanto se escuchó la orden del padre Francisco a pleno pulmón, los mercenarios de Hurtado se giraron en busca del origen de la voz y avanzaron hacia allí.

Entonces, Lucas y Vega abandonaron su posición.

—No sé si será suficiente distracción —dijo Vega—. Usted escóndase.

Viendo que Lucas se dirigía hacia la gente, exclamó:

—¿Pero dónde va?

—Voy a conseguirle esa distracción que necesita —respondió Drusell, alejándose de él.

Lucas corrió hacia el tanque de combustible, apenas iluminado, ya que en esa zona no se habían instalado focos. Lo rodeó por detrás para no ser visto, hasta llegar a la carretilla elevadora. Las llaves estaban puestas.

Se subió a la máquina y la puso en marcha. Esta se encendió con un débil rugido, apagado completamente por los cánticos y el fuerte ronroneo del generador.

El doctor miró los controles. Jamás en su vida había manejado un aparato como ese, pero no podía ser complicado. No tenía marchas, solamente un pedal para acelerar y otro de freno, además de las palancas que controlaban las palas.

Pisó el acelerador a fondo, rumbo al depósito de combustible.

—No debería haber venido aquí, curita —espetó Hurtado al padre Francisco.

—No tengo miedo a la muerte, sé dónde voy a ir después —respondió el sacerdote serenamente—. Sin embargo, ¿sabe usted dónde va a acabar, doctor?

Uno de los presentes avanzó de nuevo por detrás del exorcista con una gruesa rama en las manos y le golpeó en la cabeza.

—¡Esto por meterte donde no te llaman, imbécil! —le insultó.

El sacerdote cayó al suelo aparatosamente, pero antes de que se pudiera levantar varios más se acercaron a él, hombres y mujeres, y empezaron a darle patadas, a la vez que reían, mientras los demás seguían danzando y cantando.

Vargas, con la máscara puesta, se acercó a Hurtado.

—¡Esta noche estoy disfrutando como nunca! —le dijo—. Quiero ser el que le dé el golpe de gracia al cura, nunca he matado a uno.

—Por supuesto, Maestro —dijo Hurtado, poniéndose de nuevo la máscara de macho cabrío y ofreciéndole el cuchillo.

De repente, se oyó un fuerte golpe. La carretilla elevadora había embestido el depósito, volcándolo y perforándolo. Los cientos de litros de gasolina se derramaron por el suelo y empezaron a correr por la suave pendiente, en dirección al círculo humano.

La máquina hizo ademán de continuar avanzando pero el depósito se había volcado junto a un desnivel del terreno, por lo que se quedó ahí parado.

Rápidamente el grupo de esbirros encargados de la seguridad se desplegaron formando un semicírculo alrededor del vehículo, con las armas automáticas dispuestas a disparar.

—¡Es Drusell! —exclamó Hurtado, al mirar en dirección al lugar donde debería estar atado.

—Ya está bien de tonterías —dijo Gonzalo Vargas—. Acabad con él de una vez.

De repente, se apagaron todas las luces.

Vicente Vega permanecía escondido tras una de las esquinas de la casa, a tan solo diez metros de donde se celebraba la misa negra.

Vio cómo Lucas realizaba la maniobra con la carretilla elevadora y aplaudió en su interior tal ocurrencia. Eso era una distracción y lo demás gilipollices, se dijo.

En cuanto vio que todo el personal de seguridad se colocaba en posición, avanzó hacia ellos. Todas las miradas estaban clavadas en el depósito volcado, por lo que los matones le daban la espalda. El hombro derecho le ardía por la herida de bala y sentía una aguda punzada de dolor en el costado, además de en la nariz. Seguro que le habían roto varias costillas durante la paliza que le habían pegado, pero a pesar de ello notó que podía moverse con cierta soltura.

Se encontraba a apenas un par de metros de uno de los guardias cuando las luces se apagaron.

Sin perder un segundo, Vega se abalanzó sobre él y lo degolló con su

cuchillo, para luego tantear en busca del arma. La encontró. Se trataba de un Tipo 58, un fusil de asalto muy similar a su desaparecida AK-47.

En ese momento los mercenarios abrieron fuego contra la máquina y los disparos iluminaron la noche. En la distancia y a la débil luz de la hoguera, Vega vislumbró una figura que corría y se escondía tras una pequeña elevación del terreno. Se alegró al descubrir que Lucas había abandonado la carretilla unos segundos antes de que empezaran a disparar.

Olvidado por todos, el pequeño río de combustible seguía corriendo y había llegado hasta los asistentes que más próximos estaban al depósito. El derrame continuó su avance pasando a unos metros del altar y siguió descendiendo hasta encontrarse de frente con la enorme hoguera. El líquido entró en contacto con ella y comenzó a arder. En un instante, una lengua de fuego recorrió toda la superficie de la gasolina hasta su origen. Tres de los asistentes estaban sobre el charco y sus ropas comenzaron a incendiarse.

—¡Joder! —exclamó Vega unos segundos después, al verlos correr envueltos en llamas.

El resto de participantes en la ceremonia se apartaron del líquido, que continuaba su camino, formando un mar de llamas, y se quedaron mirando a los tres que ardían. Ninguno hizo el menor gesto para auxiliarles. Una de las antorchas humanas se dirigió corriendo hacia varios de sus compañeros, pero estos se apartaron a su paso; incluso uno de ellos le golpeó con un tronco al ver que se le iba a echar encima.

Gracias a la iluminación que ahora proporcionaba el fuego, Vega no perdió tiempo y disparó contra los hombres armados. De una pasada, abatió a tres de ellos antes de que el resto reaccionara.

Sin congratularse en lo conseguido, retrocedió a toda prisa para ponerse a cubierto, a la vez que acababa con otro más.

Aquello desató el caos. Los asistentes a la ceremonia descubrieron que alguien abría fuego sobre los hombres que se suponía que los tenían que defender, y no sabiendo bien qué pasaba, empezaron a correr, presa del pánico.

El río de fuego, de más de un metro de ancho, había dividido el círculo ceremonial en dos mitades. Los que quedaban a un lado del charco empezaron a correr hacia abajo para rodearlo, mientras los otros comenzaron a huir hacia el aparcamiento.

Los mercenarios que quedaban en pie disparaban con toda su potencia de

fuego contra Vicente Vega, que se había parapetado tras la vieja casa y permanecía agachado, incapaz de devolver el fuego. Varios de los que huían del fuego, al cruzar corriendo la zona de tiro rumbo a sus coches, cayeron acribillados por los disparos de las AK-47.

Mientras, los que estaban al otro lado del arrollo ardiente continuaron atravesando la finca hasta llegar al final, donde el río de fuego se había estancado y empezaba a acumularse. Se trataba de un fragmento de una vieja pero robusta tapia de piedra, pegada a la verja metálica que delimitaba la finca e impedía, de momento, el paso del combustible

El espectáculo era dantesco. Una decena hombres y mujeres espléndidamente vestidos y, muchos de ellos, todavía con las máscaras puestas, apresurándose a subir a un grueso muro de piedra, dispuestos a pasar por encima de cualquier obstáculo.

Según fueron llegando, empezaron a ascender por el muro, de algo más de dos metros de altura, aprovechando que había grandes fragmentos caídos, que hacían de escalera. El estrecho paso hizo que se creara un cuello de botella, ya que solo podían subir de uno en uno. Para mayor dificultad, algunas de las piedras no presentaban demasiada estabilidad y se movían.

Los tres primeros ya estaban escalando cuando los dos que iban a continuación empezaron a empujarse para ser los siguientes en subir. Los empujones derivaron en una pela en toda regla, un hombre con cabeza de serpiente contra otro con cabeza de lobo. Después de unos momentos de forcejeo, el «lobo» sacó una pistola y acabó con su contrincante con un tiro en la frente.

Al escuchar el disparo, la mujer que subía en tercer lugar, espantada, aceleró el paso y chocó con el que tenía delante, agarrándolo del brazo de forma involuntaria. Este, sintiéndose agredido, intentó soltarse con violencia e hizo que la mujer perdiera el equilibrio y cayera sobre el charco en llamas, mientras que también procuraba apresurarse, sin conseguirlo, debido a la lentitud del primero. Los gritos de la mujer llegaron un instante después pero nadie hizo el menor caso.

El que abría la marcha y acababa de encaramarse al muro era un tipo muy grueso con careta de toro. El hombre miró el estrecho paso, asustado, y empezó a moverse muy despacio, a la vez que sentía ascender un calor abrasador.

Detrás de él, el que lo seguía rebufaba, pero al primero le daba igual; debía

ir con cuidado para no caer.

—Venga, puto gordo, ¡más rápido! —exclamó.

Al escuchar el insulto, el otro se revolvió y sintió crecer la ira en su interior. ¿Quién se ha creído que es ese imbécil?, pensó. Sin embargo, no dijo nada y continuó avanzando lentamente.

—¡Vamos, que aquí hace mucho calor, joder! ¡Maldito gordo!

Ese nuevo comentario acabó con su poca paciencia. Sacó una navaja del bolsillo y, girándose, se la clavó varias veces en el pecho a su molesto acompañante. Se lo merecía, se dijo, mientras veía la confusión en su rostro y luego, pocos segundos después, escuchaba sus gritos desgarradores al caer al fuego.

Ahora que ya estaba más seguro, puesto que los siguientes estaban a una distancia prudencial de él, siguió progresando a pasos cortos. Había avanzado unos metros sobre el muro y solo le quedaban tres más para dejar atrás el fuego.

El denso calor continuaba subiendo desde abajo y golpeándolo; parecía que estuviera dentro de un horno.

Se deshizo de la máscara y sacó un pañuelo para secarse el sudor de la cara, que hacía que le picaran los ojos.

Junto con el pañuelo, salió también su reloj de oro, un modelo único. De forma instintiva, estiró la mano para agarrarlo, perdiendo el equilibrio y precipitándose sobre el lago de fuego, que, gustoso, lo acogió entre sus llamas.

Lucas, aprovechando el desconcierto que se había creado, salió de su escondite y corrió hacia su hija. Para su suerte, los pocos mercenarios que quedaban vivos estaban demasiado ocupados tratando de acabar con Vega, mientras los invitados corrían por su vida.

Llegó hasta el altar del sacrificio, en el que Lucy se esforzaba en vano por liberarse, y empezó a forcejear también él con las ataduras. A un metro de donde se emplazaba el altar, el río ardiente continuaba fluyendo poco a poco.

Consiguió liberarla y, tomándola en brazos, se alejó con ella pendiente arriba, rumbo a la seguridad del montículo en el que antes se había escondido.

Sin embargo, no se apercibió de que alguien se había fijado en él y le seguía.

—Dejad de disparar y larguémonos, ¡joder! —gritó Gonzalo Vargas a sus hombres.

La situación se le había ido de las manos y era el momento de desaparecer. Algunos de sus invitados ya habían llegado a sus coches y abandonaban la finca a toda velocidad. Tanta prisa tenían en alejarse de allí, que en su huida embistieron a cuantas personas se les cruzaron corriendo hacia sus vehículos.

Vargas subió a su *Lamborghini*, y pisó el acelerador rumbo a la salida, seguido por sus matones en un todoterreno

Al encarar la puerta de la granja, vio muy cerca de la entrada a una mujer tendida en el suelo, en medio de un charco de sangre, tratando de incorporarse.

El coche de del Maestro le pasó por encima.

—Mala suerte, cariño —dijo, sin rastro de emoción.

Aprovechando que los mercenarios habían dejado de dispararle, Vega abandonó su parapeto y corrió hacia el padre Francisco, que estaba caído en el suelo.

No muy lejos de su posición, pero ajenos a él, dos de los que habían estado haciendo de camareros durante la fiesta, empleados de Hurtado en su clínica, revisaban los bolsillos, las muñecas y los cuellos de los fallecidos a causa del tiroteo, en busca de joyas y otros objetos de valor. En un momento dado ambos empezaron a pelear por un collar especialmente valioso.

Vega observó cómo sacaban sus navajas para solucionar el problema y los ignoró, llegando hasta donde se encontraba tendido el cura. Lo colocó boca arriba y lo examinó. Tenía el labio partido, una herida bastante profunda en la cabeza, que sangraba profusamente, y un ojo en muy mal estado. Además, de seguro que habría algunas costillas rotas, como él mismo, pero, gracias a Dios, estaba vivo.

Lo sacudió y el padre volvió en sí.

Vega le pasó el brazo por debajo de la axila y le ayudó a incorporarse. Al apoyar el cura parte de su peso en Vicente, este emitió un gruñido al sentir el dolor de su herida y de su costado, pero se mantuvo firme y alejó al exorcista

de allí.

Una vez a salvo, Lucas dejó a Lucy en el suelo. Esta retiró con rabia las tiras de esparadrapo que tapaban su boca. De sus ojos, apenas visibles, caía un río de lágrimas.

—Tranquila, cariño, aquí estamos a salvo.

La luz de las llamas apenas llegaba hasta allí, por lo que solo se apreciaba a su lado la carretilla elevadora medio volcada.

De pronto, Lucas vio que en la mirada de su hija aparecía miedo y se giró.

Frente a ellos, a tan solo unos metros, estaba observándolos un hombre con ropas ceremoniales y máscara de macho cabrío.

—Hurtado —musitó Lucas, incorporándose y poniéndose frente a su hija en actitud defensiva.

Este avanzó unos pasos hacia ellos.

—No tienes nada que hacer aquí. ¡Vete, estás acabado!

En lugar de responder, se adelantó unos pasos más y emitió un terrible balido que hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—¡Has perdido la razón! —exclamó Drusell, asiendo un fragmento de madera que había en el suelo, a modo de arma.

Entonces, antes de que el doctor reaccionara, el hombre con cabeza de macho cabrío se lanzó sobre él y le dio un fuerte empujón. Lucas salió disparado hacia atrás varios metros, sorprendido de la tremenda fuerza de su enemigo.

Drusell se incorporó a toda prisa pero ya lo tenía encima de nuevo. Esta vez Hurtado lo agarró por el cuello y lo alzó, hasta que Lucas dejó de tocar el suelo con los pies.

—¡Lo has estropeado todo! —dijo una voz inhumana tras la máscara.

Lucas, mientras, movía los pies en el aire, haciendo fuerza con sus manos para liberarse de su férrea presa.

—¡Déjalo! —gritó una voz chillona de niña

—¡Lucy, no te acerques! —balbuceó Lucas, apenas capaz de hablar.

La muchacha se aproximó y Hurtado soltó a Drusell, para encararse a la niña, emitiendo un nuevo balido.

Lucas boqueó, sin poder creer lo que estaba pasando. ¿Quién era aquel ser

con semejante fuerza? ¿Qué podía hacer contra él? De repente, cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo y se quedó helado de terror. Su pelea no era contra Hurtado, sino contra el mismísimo Diablo, que de alguna manera había tomado el cuerpo del doctor.

Mientras Drusell se recuperaba, Lucy avanzó hacia su enemigo con mirada desafiante. Por su parte, lo que fuera que estaba frente a ella no dejaba de exhalar gruñidos y sonidos guturales, sin moverse. Cuando la joven estuvo a escasos dos metros de él, aquel monstruo empezó a retroceder.

—¡En nombre de Dios, te ordeno que te marches! —exclamó Lucy con voz imperante.

Entonces, empezó a recitar en voz alta las oraciones que usaba el padre Francisco durante sus exorcismos, aprendidas en las sesiones a las que había asistido.

Hurtado empezó a emitir más sonidos desagradables, como si cada frase de la niña fuera un dardo que le clavaba en el cuerpo.

—¡Sal de él, Satánas! —escuchó Lucas por detrás de Hurtado.

Era el exorcista, que avanzaba hacia ellos apoyándose en Vicente Vega y mostrando en la mano su pequeña cruz de oro. Con paso vacilante y aspecto débil, su voz sonaba firme.

El hombre-carnero se giró hacia él y soltó otro mugido, esta vez desafiante.

—¡Ríndete o acabarás mal! —dijo Vega, sacando una pistola y apuntándole.

Loco de rabia, el sacerdote de Satán se abalanzó hacia ellos.

Vega disparó varias veces, impactando primero en las piernas de su enemigo para inmovilizarlo, pero este seguía corriendo esparciendo su sangre, como si fuera inmune a las balas.

—¡No me jodas! —exclamó Vicente, asombrado, mientras seguía disparando contra él, esta vez en dirección al pecho.

La primera bala le alcanzó en el abdomen, pero no hubo una segunda, porque Hurtado los embistió a ambos con fuerza, lanzándolos varios metros atrás igual que había hecho con Lucas, para luego agarrar a Vega y empezar a estrangularlo.

—¡Déjalo! —exclamó Lucy, cogiéndolo del brazo.

La criatura emitió un gemido de dolor y se apartó de golpe, soltando a Vega, como si el contacto con la niña le quemara.

En ese momento el hombre de la máscara fue consciente de la herida de su abdomen, que sangraba con abundancia.

—Se ha acabado, Hurtado —dijo Lucas, poniéndose al lado de su hija—. Deja que te socorra, todavía te puedes salvar.

—Reconcíliate con Cristo —añadió el cura.

—¡Jamás! —dijo una cavernosa voz detrás de la máscara.

Dicho esto salió corriendo, rodeando el montículo.

Todo el grupo se asomó para en qué acababa todo, y se quedaron mudos de espanto.

El hombre-macho cabrió se había arrojado al río de fuego y permanecía en medio de él, arrodillado y quieto, mientras la llamas lo devoraban.

Lucy, sobrecogida, se volvió para no ver la escena, y los otros la imitaron.

Entonces la muchacha reparó por primera vez en Vega.

—¡Es él! —exclamó, identificándolo como el hombre que les había estado vigilando.

—No tengas miedo. Es amigo —dijo Lucas.

—Lo sé —dijo la niña, mirándolo con fijeza unos instantes.

—¿Está bien, padre? —preguntó Drusell.

El sacerdote asintió, sin decir nada, y se dejó caer al suelo.

—Aquí estamos a salvo —dijo Vega—. Los mercenarios que quedaban se han marchado escoltando a algunos de los invitados más importantes. Los coches están abandonando el lugar a toda prisa.

—¿Nadie va a ayudar a los heridos? —preguntó Lucy, horrorizada.

—Esta clase de gente solo se preocupa por sí misma —le respondió el antiguo policía.

—Deberíamos hacer algo —insistió la muchacha.

—Han estado a punto de matarte, ¿y quieres ayudarles? —preguntó Vega, asombrado.

—Opino igual —dijo el exorcista, hablando con dificultad.

Vicente Vega se encogió de hombros y todos abandonaron su escondite.

A poca distancia de donde se encontraban, una mujer chillaba de dolor, sin poder moverse. Lucas se acercó hasta ella y en ese momento reconoció a Laura.

Aunque deseó sentir odio hacia ella o un sentimiento de triunfo, lo cierto es que solamente notó pena. La mujer, que gritaba desesperadamente, tenía quemaduras en una parte considerable de su cuerpo, incluida la cara y, en caso de sobrevivir, las terribles marcas del fuego ya nunca le abandonarían.

El padre Francisco llegó junto a los dos y se agachó. Apoyó la mano en el

hombro de la mujer, a la vez que le hablaba en voz baja.

Poco a poco Laura logró tranquilizarse, a pesar de que seguía llorando de dolor.

—Quizá tenga todavía posibilidad de salvación —le dijo el sacerdote.

Drusell entendió a la perfección que no hablaba de salvar su vida.

#38

Eran las siete y media de la mañana y todavía permanecían allí. Después de rescatar a Lucy, habían permanecido ocultos esperando a que todo se calmara. El padre Francisco llamó a la policía y esta vez sí acudieron.

La oscuridad de la noche, rota hasta hacía poco por las luces de las ambulancias y los coches de policía, dio la bienvenida a los primeros rayos del sol.

Lucas contemplaba el amanecer sentado en el capó de uno de los coches, tapado con una manta. En la ambulancia situada a unos pocos metros estaba Lucy. Aunque se encontraba bien y había resultado ilesa, una enfermera le estaba haciendo una exploración inicial.

La ambulancia con Vega había partido hacía cosa de una hora y el padre Francisco conversaba con tres policías a unos metros de lugar del rito, que ahora era una zona completamente calcinada.

Lucas todavía no era capaz de asimilar lo que había ocurrido durante las últimas horas.

Según el policía que estaba al mando, la macabra fiesta había arrojado el saldo de doce muertos, contando a los cinco que había matado Vega.

De Gonzalo Vargas no se sabía nada, había desaparecido.

La celebración satánica de la noche de Halloween ocupó la primera plana en varios periódicos del día siguiente. La investigación de la policía en la finca dio como resultado el hallazgo de una fosa común con restos de siete personas, entre ellos cinco niños. Con ello, el fenómeno mediático se disparó, y alcanzó su culmen cuando se desvelaron, pocos días después, las identidades de los muertos y de los heridos en el ritual satánico fallido.

Gonzalo Vargas no apareció por ninguna parte, si bien todos sus bienes fueron incautados. En una finca en Texas de su propiedad, también se encontraron restos humanos enterrados. Así, el multimillonario se convirtió en uno de los hombres más buscados, no solo en España, sino en todo el mundo.

La policía española, en colaboración con sus colegas de otros países,

trabajó durante meses en el desmantelamiento de la organización «Druidas de Satán». Aunque el máximo dirigente se encontraba en paradero desconocido, sí se consiguieron pruebas para encausar a una decena de miembros que la noche del 31 de octubre se encontraban entre los asistentes a la macabra ceremonia.

La red de tráfico de órganos en la que participaba el doctor Hurtado, y que se extendía por varios países, también voló por los aires, tras apresar a varios de los peces gordos de la organización. Como si se tratara de un dominó, una vez cayeron las piezas grandes, fue cuestión de tiempo que cayera el resto.

Sin embargo, muchos de los participantes en la misa negra de ese fatídico día pudieron escapar y mantenerse en el anonimato. A pesar de que se sospechaba de algunas personas, eran simplemente demasiado poderosas y las evidencias de su implicación en los hechos, casi inexistentes, quitando de las declaraciones del antiguo policía nacional Vicente Vega y del doctor Lucas Drusell.

EPÍLOGO

Lucas y Lucy esperaban en el jardín de la residencia Ardiles a que la enfermera trajera a Ángela. Después de una espera que les pareció eterna, por fin la vieron aparecer.

—Hola, querida —le saludó Lucas—. ¿Cómo estás?

—Bien... algo asustada... y un poco nerviosa... —respondió Ángela.

—No te preocupes, ya verás, mamá, te vamos a cuidar muy bien hasta que estés del todo repuesta —dijo Lucy, cogiéndola de la mano.

—Las maletas están en la entrada, doctor —anunció la enfermera.

—Muchas gracias por haberla atendido durante todo este tiempo —se despidió Lucas, estrechándole la mano.

Avanzaron hacia la entrada despacio. Ángela todavía se veía insegura para todo, incluso para andar. Todavía tenía que mejorar mucho pero, a pesar de ello, Lucas estaba encantado de su recuperación. Ahora volvía a ser una persona, un ser humano consciente de lo que había a su alrededor.

—¿Hoy no viene el sacerdote, el padre Francisco? —preguntó ella, deteniéndose y mirando en todas direcciones.

—No, querida. Las próximas sesiones curativas con él las tendremos en casa. Además, ahora que estás tan bien, no hará falta que venga a verte tan a menudo.

El padre Francisco, junto con Lucy, habían sido las personas que habían obrado el milagro. Una vez descubierto que el estado de Ángela era debido a un maleficio, tal y como le había descubierto Vargas, no había sido difícil imaginar que el objeto que lo había provocado se encontraba en la residencia de los Drusell.

Lucy enseguida lo identificó, ya que había algo en la casa que le daba terror: el armario de sus padres. Durante todos aquellos años, Lucas había pensado que se debía a que allí se guardaban las cosas de su madre y eso le producía dolor. Pero no se trataba de eso. El don de Lucy había identificado aquello como un peligro. Así, tras una cuidadosa búsqueda en el mismo, hallaron un pequeño joyero en cuyo interior había un dedal, un huevo similar al de una codorniz, pero completamente negro, y un mechón de cabello.

El exorcista realizó el ritual de purificación y súbitamente Ángela empezó a mejorar por sí sola.

—Me gusta que venga, me cae muy bien —dijo la mujer.

—Me alegro. Es una persona estupenda —comentó su marido.

—A mí también me cae genial —intervino Lucy—. Además, ahora ya soy su ayudante oficial, me llamará cuando me necesite.

—Sí. A mí también. Formamos un buen equipo, aunque un poco raro, ¿verdad? Un psiquiatra, un cura y una hechicera.

Lucy rio ante el comentario.

—También tengo ganas de ver a tu otro amigo, Vicente, aunque ese da un poco de miedo, ¿no te parece? —dijo Ángela.

—Sí. Va de tipo duro, pero es una buena persona —respondió Lucas, sonriendo.

El antiguo policía había sido dado de alta pocos días antes y se había marchado a su Valencia natal, si bien se habían prometido mutuamente que se mantendrían en contacto.

Drusell era consciente de que todavía quedaba mucho trabajo por hacer, no solo con ella, sino con los enfermos del centro de Hurtado. Ahora, por fin, el sacerdote podría socorrerles con la inestimable ayuda de Lucy.

Lucas inspiró una larga bocanada de aire frío y la dejó escapar poco a poco.

—¿Sabes? Estoy pensando en comprar una casa, una casa más alejada del ajetreo de Madrid, con jardín y una piscina.

—¡Papá, eso sería genial! —exclamó Lucy, entusiasmada.

—Es lo que siempre hemos querido —dijo Ángela, con mirada soñadora.

—Miraremos con calma. Ahora, vámonos a casa.

GRACIAS

Querido lector:

Muchas gracias por haber leído esta novela; esperamos de corazón que la hayas disfrutado.

Te agradeceríamos mucho que tuvieras a bien puntuar la novela y dejar tu comentario en **Amazon.es**, **Lektu**, **Google Play** o **iTunes**.

Si además quieres mandarnos tu opinión y/o sugerencias, nuestros correos electrónicos son:

jaimablanca79@gmail.com

ferreira.josemaria@gmail.com

AGRADECIMIENTOS

Detrás de la redacción de esta novela ha habido una serie de personas que nos han ayudado, y por ello es de justicia mencionarlos.

Así, queremos agradecer a los doctores Emilio Hernández y Liliana Coto toda la información que nos han dado sobre este complejo mundo de la psiquiatría, además de a la asistente social Ana Batres.

Además, también agradecer a nuestros *lectores beta* Anna Biel, Lucas Blanch y Lucca Manni su impagable colaboración.

SOBRE LOS AUTORES



Jaime Blanch Queral nació en Castellón (España) en mayo de 1979.

Con estudios de ingeniería química pero dedicado a la prevención de riesgos laborales desde 2005, su pasión más grande siempre ha sido la lectura de novelas, desde su más tierna infancia, con especial predilección por las novelas de fantasía y ciencia ficción.

Esta pasión por la lectura, unida a su asombrosa y desbordante imaginación, le llevó en 2007 a crear el Universo Luminion, una serie de novelas de fantasía y ciencia ficción sobre el maravilloso mundo de Luminion, que ya cuenta con miles de descargas (www.universoluminion.com).

Actualmente compagina su trabajo como técnico de prevención de riesgos laborales con su afición como escritor independiente y como bloguero en un blog dedicado a juegos de mesa infantiles (www.universin.wordpress.com), además de con su rol de marido y padre de cuatro niñas.



José María Ferreira Mañá ha nacido en Madrid, pero desde hace veinticinco años es valenciano. Se licenció en Ciencias Físicas en 1986 y ha desempeñado trabajos tan diversos como la enseñanza, la ingeniería o la dirección de personal.

Le gusta escribir. Es autor de las novelas “Proyecto prohibido” (2006) y “Un nuevo arte” (2015).